

PAUL PEN

LA CASA ENTRE LOS CACTUS



PLAZA  JAMES

PAUL PEN

LA CASA ENTRE
LOS CACTUS

PLAZA  JANÉS

PAUL PEN

LA CASA ENTRE LOS CACTUS



PLAZA  JANÉS

El autor español de éxito internacional, Paul Pen, regresa con un inquietante *thriller* psicológico.

Elmer y Rose han creado una familia perfecta entre los enormes cactus de un remoto paisaje desértico, un

hogar lleno de amor para sus cinco hijas, todas con nombres de flor: Edelweiss, Iris, Melissa, Dahlia y Daisy.

Pero la inesperada llegada de Rick, un excursionista en busca de refugio, revoluciona a las hermanas. Y cuando Elmer y Rose descubren que el muchacho no es quien dice ser, el enfrentamiento que librarán —una lucha entre la verdad y la mentira, la justicia y el crimen— destapará terribles secretos que cambiarán para siempre la vida de todos ellos.

Índice

[La casa entre los cactus](#)

[Sobre este libro](#)

[La casa entre los cactus](#)

[Nevada](#)

[Texas](#)

[Colorado](#)

[Sobre Paul Pen](#)

[Créditos](#)

Para Roberto, mi casa entre los cactus

En algún lugar del Desierto de Baja California, México.

En algún momento de los años sesenta.



Rose abrió los ojos con la certeza de que había ocurrido algo malo.

Deslizó la mano sobre el colchón para avisar a su marido.

—Elmer —susurró.

Él se giró hacia el otro lado.

—Despierta. —Le pellizcó la espalda—. Ha entrado alguien en casa.

Elmer respondió con un ronquido, se apropió de la sábana.

Rose bajó de la cama. Caminó hacia la puerta de puntillas, pisando el suelo donde no crujía.

Pegó la oreja a la madera.

Se oyó a sí misma tragando saliva.

Sin respirar, rodeó el pomo con los dedos. Lo giró atenta a los chasquidos del mecanismo. Abrió el espacio mínimo que le

permitía asomar un ojo. La luz lunar que inundaba la habitación

se derramó por la rendija, entre sus pies, dibujando una franja plateada sobre el pasillo.

Todas las puertas de las habitaciones de sus hijas estaban cerradas.

También la del baño.

Aliviada, dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

Pero la puerta de Melissa osciló, mecida por alguna brisa nocturna.

Las bisagras rechinaron.

—¡Melissa!

Rose salió del cuarto con un grito. Soltó la puerta con tanta fuerza que el pomo golpeó la pared. Sus pasos retumbaron en el pasillo, en la casa entera. Encendió la luz de la habitación de Melissa. Desde la estantería la observaron un montón de piedras

con ojos.

La cama estaba vacía.

—¡Melissa!

Revolvió la sábana. Miró debajo del somier. Giró sobre sí misma con las manos en la cabeza, mareada en aquel cuarto que parecía enorme.

—Se la han llevado —susurró.

Apretó las manos contra su vientre, retorciendo el camisón como si acabaran de arrebatársela a su hija después del parto.

Elmer apareció en la puerta.

—Se la han llevado, Elm —le dijo—. Se han llevado a Melissa.

—No se han llevado a nadie.

—¿Y dónde está?

La pregunta culminó en un sollozo. Elmer la abrazó contra su pecho descubierto, protegiéndola entre sus brazos, calmándola con el calor de su cuerpo. Ella frotó la cara contra el vello de su marido, se dejó acunar por la contundencia del latido de su corazón.

—Nos la han quitado...

Elmer la llevó a la ventana de la habitación. La invitó a mirar al exterior guiando su barbilla con los dedos. Sólo una bombilla brillaba en lo alto de un poste de madera, proyectando un campo de luz en la arena rojiza del terreno. Iluminaba también la *pick-up* de Elmer, aparcada junto a un cactus más alto que la camioneta.

—¿Ves? —dijo él—. No hay nada allí fuera, no hay nadie.

Más allá del poste, todo estaba oscuro. Tan sólo el brillo de la luna permitía adivinar las siluetas de las rocas y cactus que completaban el paisaje hasta donde alcanzaba la vista.

—Nadie va a venir tan lejos.

Rose miró la cama vacía.

—¿Y dónde está mi hija?

Sintió la ausencia en su pecho, en su vientre.

—Estoy aquí, mamá. —Melissa habló desde el umbral, llevaba



una roca con ojos en las manos. Dirigió una pregunta a su padre

—: ¿Otra vez?

Elmer asintió.

—Salí a hablar con los cactus, mamá. —Mostró las zapatillas

llenas de polvo como prueba—. Aunque el único que me ha hecho caso ha sido Needles, no sé qué le pasaba hoy a Pins.

Rose la abrazó.

—Me he asustado mucho —susurró en su oído—, os quiero

tanto...

Aspiró el olor del cabello de su hija, inflando el vacío en su pecho. Sobre el hombro de la niña, preguntó a Elmer si había

despertado al resto de las hermanas con tanto escándalo.

—Ni se han enterado —respondió él.

Melissa cerró los ojos y se los tapó con las manos para dejar claro

a sus hermanas que no pensaba hacer trampas.

—¿Seguro que no ves nada? —preguntaron ellas a la vez.

—¿Cómo voy a ver?

Melissa oyó reír a las dos. Las imaginó haciendo aspavientos frente a ella, fingiendo que iban a pegarle un puñetazo o poniendo caras raras para hacerla reaccionar.

—Venga, parad. Escondeos ya.

Cuatro pies zapatearon a su alrededor, la arena crujió bajo el calzado mientras se alejaban. Melissa notó que habían sincronizado sus zancadas para apoyar el mismo pie a la vez, tratando de reducir al máximo las pistas sonoras. Cuando llegaron al lugar acordado, las oyó dar un salto.

—¿Ya? —preguntó.

—No, espera.

Sus hermanas contestaron en sincronía. Consonantes y vocales coincidieron de tal forma que podría haber sido una sola persona

la que hablara. Eran expertas en hacer eso. Melissa las imaginó atusándose el pelo, comprobando cada pliegue de sus vestidos,

acordando la manera exacta en que le mostrarían el pie o la mano

cuando se lo pidiera, si con los dedos juntos o separados. Ella tomó aire. El desierto olía a tierra, a piedra caliente. Justo cuando

cambió la cadera sobre la que reposaba el peso de su cuerpo, las

niñas terminaron de prepararse.

—¡Ya! —gritaron a la vez.

Melissa abrió los ojos. Sus pupilas se ajustaron sin esfuerzo a la

luz del ocaso. Decenas de cactus, todos más altos que ella, se erigían por el terreno. Las rocas mostraban el color naranja

profundo habitual a esa hora de la tarde. Algún reptil se escondió

debajo de una de las piedras cuando ella se movió. La risita

simultánea de sus hermanas emanó de detrás de los dos cactus

enormes que habían acordado como escondite. Ambos contaban con un gran tronco central del que surgían a cada lado ramificaciones que parecían brazos flexionados.

—Voy a empezar —avisó a sus hermanas.

— *Tres órdenes y un solo paso. Si pides más, no hacemos caso* — canturrearon ellas en sincronía.

—Primera orden: quiero ver la palma de la mano derecha.

Dos manos asomaron tras el tronco central de ambos cactus, a unos diez pasos de ella. Las observó con atención. A esa distancia no podía distinguir las líneas de cada palma, que siempre eran una buena pista. Entornó los párpados tratando de discernir la forma de cada meñique. Se había propuesto acertar a la primera orden, pero era casi imposible estando tan lejos.

—Voy a dar el paso.

— *Si pides más, no hacemos caso* —entonaron las niñas, entre risas.

Melissa se acercó a los cactus mientras las manitas de las niñas desaparecían tras el tronco.

—¿Segunda orden? —preguntaron al unísono.

—Brazo izquierdo.

Las dos lo mostraron. Más cerca que antes, Melissa pudo

distinguir los pliegues marcados en las muñecas de sus hermanas. Veía también el lunar repetido en la piel pálida de los

antebrazos. Se esforzó por diferenciar el grosor de cada uno de los pulgares.

—¿Tercera orden? —solicitaron a la vez las niñas.

—Esperad, que sigo mirando.

Ver los codos le serviría de más ayuda, pero hacerlas girar el brazo contaría como orden y prefería apostar por otro rasgo con el

que tendría más posibilidad de acertar.

—Tercera orden —anunció—: quiero ver el pie izquierdo.

Dos zapatos brotaron de cada cactus como flores rastreras.

Eran blancos, ajustados con una correa que atravesaba el

empeine. Melissa se arrepintió de su estrategia, las niñas habían

tenido la precaución de subirse al máximo los calcetines de color

rosa. A una de ellas le había picado un escorpión en el tobillo y la

marca de la cicatriz hubiera servido como pista definitiva.

—Veo que ésta ya os la habéis aprendido.

Las niñas rieron, creyéndose ganadoras. Melissa se percató

entonces de que uno de los calcetines se ajustaba con menos

tensión a la pierna de su dueña. La goma estaba dada de sí por culpa de la propia Melissa, que la había estirado hacía dos tardes,

al lanzarse al suelo para agarrar a la niña mientras jugaban entre

las rocas. Ésa era información suficiente para descifrar el enigma.

—Daisy a la izquierda y Dahlia a la derecha.

Las

niñas

permanecieron

en

silencio.

Las

imaginó

intercambiando miradas incrédulas de cactus a cactus,

encogiendo los hombros, quizá dibujando algunas palabras sólo con los labios.

—No puede ser —dijeron a la vez desde sus escondites.

—¿He acertado? —Melissa ya sabía la respuesta—. Venga, salid.

Emergieron por los laterales más próximos de cada cactus.

—¡Acerté!

—Es imposible que lo sepas. Somos igualitas.

Las niñas se examinaron la una a la otra de arriba abajo, compararon los brazos y las manos mostradas, inspeccionaron los zapatos. Dahlia repasó el calcetín más holgado de su hermana gemela, pero no lo identificó como la prueba reveladora. Susurró al oído de Daisy.

—Nos has hecho trampa —dijeron a la vez.

—No hago trampa. Sólo soy más lista que vosotras.

—Ya, ya, seguro —añadieron.

A Melissa aún le sorprendía la facilidad con la que las dos niñas hablaban a la vez, usando las mismas palabras. En ocasiones cuchicheaban entre sí antes de soltar una frase idéntica, pero otras lo hacían sin prepararse, de manera natural. Se rió al verlas subirse los calcetines para que estuvieran a la misma altura, ajustar la correa del calzado al mismo agujero, deslizar los tirantes del vestido blanco para que mostraran la misma cantidad de hombro. Daisy incluso cogió un puñado de la arena rojiza que cubría el terreno y estampó una mancha en la falda de su hermana imitando una que descubrió en la suya propia, justo

encima de la flor de grandes pétalos que ambas tenían bordada.

—Vamos a jugar otra vez —pidieron al unísono.

—No, que ya es tarde. Ya casi no veo.

Melissa señaló la línea del horizonte, el sol había desaparecido.

Un coyote aulló en algún rincón del desierto. Una columna de polvo se levantó en la distancia, desde el suelo. Se desvanecía por encima de los cactus más altos, acercándose a ellas.

—¡Es papá! —gritaron las gemelas.

Se dieron de la mano y emprendieron el camino a casa sincronizando sus zancadas. Melissa fue detrás de ellas. Antes de alcanzar el camino, una piedra grande, del tamaño del melón que tomaron de postre hacía unos días, llamó su atención. La recogió palpando su contorno, acariciando una protuberancia en forma de ángulo recto. Colocó la piedra a la altura de sus ojos para observarla de frente.

—¿Qué pasa? —preguntaron las gemelas mirando hacia atrás, sin soltarse de la mano.

Les mostró la roca, y su particular protuberancia, con una sonrisa.

—¿Otra más? —dijeron.

—Ésta parece que tiene nariz.

Las gemelas retomaron su camino con indiferencia, pero

Melissa estaba satisfecha de su hallazgo. No era fácil encontrar

rocas con un rostro tan marcado. Sujetó la piedra entre las manos, apoyada en su vientre. Continuaron avanzando hasta que

la camioneta *pick-up* de papá pasó frente a ellas sin detenerse.

Melissa cerró la boca y los ojos antes de que arreciara la tormenta

de polvo. Las gemelas gritaron entusiasmadas, después

escupieron arena entre risas.

Papá detuvo el vehículo frente a la casa. Era la única vivienda levantada hasta donde alcanzaba la vista. Durante el crepúsculo,

cuando la fachada adquiría la misma tonalidad morada que el resto del terreno, parecía camuflarse y desaparecer entre los cactus.

Como si no existiera.

Papá bajó de la camioneta y la cerró con un portazo. Las niñas trotaron hacia él. Lo abrazaron por la cintura, en una pierna cada una.

—¡Nos traes cosas del pueblo! —gritaron.

—A ver, dejadme caminar.

Las gemelas no hicieron caso. Papá caminó a un lado de la camioneta con zancadas pesadas, como si vistiera una armadura.

Cogió bolsas de la zona de carga.

—En serio, como no me soltéis, dejo todo esto aquí y mañana se lo habrán llevado los coyotes.

Papá reparó unos segundos en la piedra que Melissa llevaba en las manos. Después le pidió ayuda para controlar a las niñas.

Dejó la roca con nariz en el suelo y logró que las gemelas soltarán a papá a base de cosquillas. Se ofreció a cargar algunas bolsas.

—Deja —contestó él mientras levantaba varias de golpe—, me basta con que me quites a estas dos de en medio. Y que consigas que la que está ahí dentro —señaló con la barbilla la cabina de la *pick-up*— deje de leer.

Papá salió disparado hacia la casa, cargando bolsas de papel a cada lado del cuerpo. Caminó deprisa para acortar el trayecto, los antebrazos hinchados por el peso, las venas gruesas como lombrices azules. Subió los tres escalones del porche sin mirar.

Dahlia y Daisy, de puntillas, se asomaron al interior del vehículo, agarrándose a la ventanilla abierta del conductor.

—Hola, Iris, ¿qué lees?

Melissa recuperó su roca y rodeó la camioneta por detrás, donde grandes letras de metal escribían la palabra «Ford». Alcanzó

la ventanilla del copiloto, también abierta. Iris leía un libro

grueso, abierto sobre la falda del vestido holgado que cubría sus piernas por debajo de las rodillas. La mayoría de las páginas se acumulaban sobre el muslo izquierdo, así que estaba a punto de

acabarlo. El ligero movimiento de su cabeza, de un extremo a otro

de cada línea, provocaba una leve oscilación de su coleta rubia.

—¿Qué lees? —dijo Daisy.

—¿Qué lees? —dijo Dahlia.

Cuando no acordaban de antemano sus palabras y una de las

gemelas se adelantaba a la otra en decir algo, la segunda lo

repetía enseguida. Iris dirigió un dedo levantado hacia ellas, sin separar la vista del texto, mandándolas callar. Las niñas se

miraron y se abrocharon una cremallera imaginaria en los labios.

Ella pasó la última página, escrita sólo hasta la mitad. Terminó de

leer el libro con un suspiro de sorpresa. De susto. Después

levantó la mirada y parpadeó para regresar al mundo real, como

saliendo de un sueño. Tenía la boca abierta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dahlia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daisy.

Iris no respondió. Parecía que se hubiera quedado sin palabras aunque acabara de leer miles de ellas.

—¿Qué pasa? —insistió Melissa.

Por el tiempo que su hermana se estaba tomando para responder, intuyó que se avecinaba alguna declaración apasionada. Iris no leía los libros, los vivía, y todo lo que sabía del mundo, que no era mucho, lo había aprendido de ellos.

—Pues pasa que este mundo en el que vivimos es un lugar muy retorcido —contestó por fin, indignada de verdad con lo que hubiera ocurrido entre esas letras—. Y que no sé para qué intento leer libros de ahora si a mí los que me gustan son los clásicos del siglo pasado. De amor, de cosas bonitas... No esto. —Cerró el libro y lo mostró como si fuera una prueba irrefutable de lo que defendía.

Melissa leyó el título en la portada.

—¿Qué significa «retorcido»? —preguntaron las gemelas al unísono.

—Retorcido es algo raro, inquietante y feo —explicó Iris—. Como lo que pasa en este libro. Como vosotras hablando a la vez.

—Nosotras no somos retorcidas.

Coincidieron en cada palabra y celebraron la casualidad soltándose de la camioneta para saltar con los brazos en alto. Se abrazaron como si hubieran ganado el juego de esconderse en los cactus.

Papá regresó a la camioneta a por más bolsas.

Melissa abrió la puerta a su hermana. Caminaron juntas a casa, precedidas por las gemelas, quienes subían al porche apoyando a la vez el mismo pie en cada escalón.

—¿Y eso? —preguntó Iris sobre la piedra.

—Mira, parece que tiene nariz. —Melissa la recorrió con el dedo

—. Y tiene una frente muy varonil.

—¿Varonil? Eso me interesa. —Iris detuvo el paso para examinar mejor la roca—. Pues es verdad, un poco —concedió con una sonrisa—, pero no me sirve.

—¿Has visto muchos chicos en el pueblo?

—¿Chicos? ¿En ese pueblo? Ya me gustaría a mí. Sólo he visto tres señores mayores, bajitos y con bigote. Y sólo hablan español.

—¿Nada interesante?

—Nada. No sé ni por qué nos peleamos por ir.

—Porque siempre será mejor que pasar un día más aquí haciendo lo mismo de siempre.

—No sé yo qué decirte.

—Si quieres voy yo todos los meses a partir de ahora.

—No te pases. —Iris golpeó a Melissa en el hombro.

Desde lo alto de los escalones, que ellas alcanzaban ahora, hablaron las gemelas.

—¿Y nosotras por qué no podemos ir al pueblo?

—Porque sois muy pequeñas —respondió papá, que salía por la puerta principal en su tercer viaje a por bolsas.

Antes de que la puerta mosquitera se cerrara, una mano la

detuvo.

—Bueno, ¿qué? ¿Tengo un montón de hijas y ninguna es capaz de ayudarme a poner la mesa?



Las gemelas cuchichearon.

—Es que el mundo es un lugar muy retorcido, mamá.

Las niñas rompieron a reír y entraron en casa esquivando las piernas de mamá, que terminaba de secarse las manos en un delantal bordado con la imagen de un sol de piedra. Ella interrogó con la mirada a las que quedaban fuera.

—Les acabo de enseñar la palabra —explicó Iris—. Ha sido culpa de este libro, que me ha dejado aturdida, conmovida y estupefacta.

Mamá hizo un gesto burlón para desacreditar la manera en que Iris presumía de vocabulario. Miró la portada.

—Yo es que no sé qué necesidad hay de leer cosas feas —dijo—.

Con lo bonita que es nuestra casa, nuestra familia y nuestra vida.

Dirigió su mirada al horizonte, a los acres de terreno abierto frente a ella. Melissa vio la amplia sonrisa que dirigió al paisaje y a todo lo que contenía: los cactus, las rocas, las huellas de sus hijas pequeñas en la arena, su marido trayendo la compra.

Después azotó a Iris con el libro para que entrara en casa de una vez. Melissa esperó a que ambas cruzaran el umbral. Cuando la

mosquitera se cerró delante de ella, dejándola sola en el porche, respondió al comentario de su madre sin que nadie pudiera oírlo.

—Sí, ya, una vida perfecta.

Iris dejó el libro de contenido retorcido en una estantería de la cocina. Había leído todos los que ocupaban el mueble. Usó como

tope un frasco lleno de monedas sobre las que navegaban algunos

billetes verdes. Al girarse vio a su padre fuera, tratando de abrir la

puerta mosquitera con el pie, los brazos comprometidos con más

bolsas. Corrió a abrirle, esquivando a las gemelas, que llevaban a

la mesa cubiertos y servilletas. Papá agradeció la atención, apartó el flequillo de sus ojos con un soplido y alcanzó el fregadero.

Depositó los artículos junto al grifo mientras mamá hacía el

recuento.

—¿Y el arroz? —preguntó.

Él extrajo un saco pesado del fondo de la bolsa y ella le besó en

la mejilla. A Iris le encantaba descubrir cómo sus padres se

demostraban su amor en cualquier momento, con espontáneos

gestos cariñosos entre paquetes de carne y pan o cuando se

lavaban juntos los dientes frente al espejo del baño. Era un amor

cotidiano del que hablaban pocas veces en los libros que leía, más

dados a romances pasionales en los que alguno de los amantes

solía acabar muerto.

—¿Y tú por qué suspiras? —le preguntó su madre, cortando con

las tijeras una punta del paquete de arroz.

Iris negó con la cabeza, quitándole importancia.

—Ay, qué miedo me da vuestra adolescencia... —Mamá señaló

también a Melissa, con la tijera en la mano, para incluirla en la amenaza.

—¿Nuestra? —dijo la señalada—. A mí no me metas en el mismo saco que a ella.

Melissa sacó la lengua a Iris, contenta de no ser aún tan mayor

como ella. Iris arrugó la nariz, contenta de haber superado ya la edad de Melissa. En la mesa, Dahlia y Daisy se dijeron algo al oído.

—¿Qué nos has traído, papá?

—Ahora lo veréis —contestó a punto de salir por la puerta—. Lo vuestro está en la última bolsa.

Las niñas aplaudieron.

—Vosotras terminad de poner la mesa y no interrumpáis a papá —intercedió mamá—, que bastante cansado está de conducir todo el día.

Iris sacó una jarra de agua de la nevera mientras las gemelas se dedicaban a colocar los seis servicios. Sincronizando sus movimientos, distribuyeron primero los vasos, después las servilletas y, por último, los cubiertos. Melissa respetó la disposición, pero abrió un hueco para acomodar a su roca con nariz.

—Va a cenar con nosotros —dijo.

Cuando Iris consideró completada la labor de sus hermanas,

colocó la jarra en el centro de la mesa. Los hielos tintinearón contra el cristal. Al ver cómo las gemelas seguían comprobando

con exactitud milimétrica que los cubiertos estuvieran centrados

en la servilleta, Iris guiñó un ojo a Melissa y descolocó algunos cuchillos. Ellas los recompusieron sin pararse a regañarla.

Sonrieron satisfechas al recuperar la simetría.

—Qué locas estáis —dijo Iris.

Mamá se dio la vuelta delante del fregadero.

—No les digas eso.

Papá regresó a la cocina, esta vez sólo traía una bolsa.

—¿Cómo está la ciudad? —preguntó Melissa.

—Horrorosa, como siempre —contestó él—. Y no es una ciudad.

Es un pueblucho con seis tiendas.

—Por lo menos allí hay gente —dijo Melissa—. Gente con ojos.

Gente que habla. Me gustaría ir todos los días y pasarme las horas hablando con la gente.

—¿Con esa gente fea y bajita?

Mamá dio un manotazo a Iris por el comentario.

—Es la verdad —se defendió—. No hay ni un solo chico guapo.

—A mí eso me da igual —dijo Melissa—, yo lo que necesito es hablar.

—Pues ya puedes ir aprendiendo español, que inglés sólo habla

el señor de la librería. Y habla lo justo para conseguirme los libros

que le pide papá. Y eso de que los chicos te dan igual, ya me lo dirás dentro de... —Iris se acercó a su hermana y le tocó los

pechos valorando su crecimiento—, dentro de dos años.

Melissa se ruborizó y le soltó un manotazo más fuerte que el

que le acababa de soltar mamá. Papá las separó como si pelearan, pero en realidad estaban riendo.

—Cuando aprendáis a conducir, si es que algún día os enseño, podréis ir al pueblo cuando os dé la gana.

—¿Y si vamos andando? —preguntaron las gemelas.

—Tardaríais cuatro días y os moriríais de calor, sed y hambre.

Las gemelas bebieron un vaso de agua como si acabaran de caminar esa distancia sólo de pensarlo.

—Ya, como que nos ibas a dejar ir por mucho que aprendiéramos a conducir —dijo Melissa—. Si no nos dejas ni acompañarte a la gasolinera.

—¿Vosotras creéis que algún otro compañero lleva a sus hijos al trabajo?

Melissa encogió los hombros.

—De todas formas —intervino Iris—, si se trata de aprender a conducir, yo ya puedo ir.

Guiñó el ojo a su madre en el fregadero.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó papá—. ¿Por qué te guiña el ojo?

Mamá amonestó a Iris con la mirada. Ambas reprimieron una sonrisa.

—¿Qué? —insistió él.

Alargar el silencio sólo impacientaría más a papá, así que Iris confesó.

—Mamá me ha enseñado a conducir un poco.

—No será verdad.

—A ver, sólo un poco, con la Dodge —aclaró mamá—. Sabe acelerar y pisar el freno, nada más. El primer día casi acabamos estampadas contra un cactus.

—Qué exagerada —se defendió Iris.

—¿El primer día? —preguntó papá—. ¿Ha habido muchos o qué?

Madre e hija rieron. Las gemelas se susurraron al oído antes de

hablar.

—Vais a aprender a conducir antes que nosotras y os vais a ir a la ciudad —dijeron—. Nos vais a dejar solas.

—Que no es una ciudad —corrigió el padre.

—No nos dejéis solas, por favor —dijo Dahlia.

—No nos dejéis solas, por favor —dijo Daisy.

—Que nos comen los coyotes y los pájaros de cuello raro —dijo Dahlia.

—Que nos comen los coyotes y...

Melissa tapó la boca a Daisy para que no repitiera la frase.

—Nadie va a dejaros solas —las tranquilizó papá—. Además,

esos pájaros de cuello raro, que se llaman buitres, sólo comen carne muerta. Y vosotras estáis libres de peligro porque me parece

a mí que estáis muy vivas. —Esperó alguna reacción de las niñas

mientras se acercaba a la mesa—. ¿O no? —Les hizo cosquillas en

la tripa, consiguiendo que se retorcieran a carcajadas sobre sus sillas—. ¿Veis? Ningún buitre se va a comer a unas niñas que se

mueven tanto.

—Uf, menos mal.

Representaron el alivio que les provocaba esa información

secándose de la frente un sudor imaginario. Pero Iris vio cómo el

rostro de Daisy pasaba del desahogo repentino a la total

preocupación.

—Pero si comen carne muerta, se van a comer a Edelweiss —

soltó.

—Pero si comen carne muerta, se van a comer a Edelweiss —

repitió Dahlia.

Una lluvia de arroz se precipitó contra el suelo de la cocina, los

granos alcanzaron los pies de Iris. Melissa tapó la boca de las niñas cuando ya habían callado. Mamá se agachó con una

disculpa y se dispuso a limpiar el desastre con un cepillo.

—No pasa nada. —El temblor de sus manos revelaba otra cosa

—. Estoy bien. En serio.

Papá solicitó a Iris que ayudara a mamá. Él se ocupó de las

niñas.

—Eso no va a pasar —les dijo—. Los buitres no saben escarbar,

así que no van a llevarse a Edelweiss. Va a seguir estando ahí fuera con nosotros.

Las gemelas cuchichearon.

—Nos gustaba más cuando estaba de verdad y podíamos jugar

con ella.

Iris reconfortó a mamá apretándole una mano, arrodilladas

ambas recogiendo el arroz. Ella se secó la nariz y forzó una

sonrisa.

—Me iré acostumbrando —susurró.

—Bueno, ¿alguien quiere que abra la bolsa con cosas especiales

del pueblo? ¿O lo dejamos para el próximo fin de semana?

Iris percibió el alivio en el rostro de mamá, agradecida por haber

cambiado de tema. Papá siempre sabía cómo hacerla sentir mejor.

—¡Nosotras! —gritaron las niñas.

Corrieron a por papá, que buscaba en el fondo de la bolsa lo

que les había traído de la papelería del pueblo. Iris observó su excitación mientras tiraba a la basura dos puñados de arroz.

—¿De qué colores?

—¿De qué colores?

Papá prolongó el momento moviendo la mano dentro de la bolsa.

—Os he traído cuentas de color rojo —sacó un frasco de plástico lleno de chaquira roja—, verde, morado y naranja.

Las gemelas recogieron los botes entusiasmadas, pasándoselos de mano en mano para inspeccionar con la boca abierta la cantidad de cuentas que contenían. Celebraron el botín

decidiendo el uso que podrían dar a cada color. El verde serviría para rellenar dibujos de cactus, el rojo para el cielo, el morado para algunas flores y el naranja para las rocas o la camioneta de papá.

—Además, Iris ha elegido estas horquillas para vosotras — anunció él.

Le dio un par de color verde a Dahlia. Daisy esperó el suyo con emoción. Al recibir un par de color blanco, lo rechazó. Dahlia devolvió el suyo.

—No las queremos. No son iguales —dijeron a la vez—, tenemos que parecer la misma.

—Pero no siempre, hijas, sólo cuando viene...

—Tenemos que parecer la misma —le interrumpieron sin escucharle.

Papá interrogó a mamá con la mirada.

—Es una fase —dijo ella—. Ya se les pasará.

Iris iba a proponer una idea para solucionar lo de las horquillas, pero su padre se le adelantó. Separó los pares unidos

y creó dos nuevos con una horquilla verde y otra blanca. Ofreció

un par mixto a cada niña.

—¿Y ahora?

—Ahora son iguales. ¿Cómo lo has hecho?

—¡Magia!

—¡Magia!

Papá les pellizcó la nariz.

—No es magia. A veces sólo hay que esforzarse un poquito para

que las cosas sean como queremos que sean. Todos podemos

conseguir lo que deseamos por mucho que se ponga todo en

contra. —Dedicó a mamá una mirada a la que Iris adjudicó

connotaciones románticas—. ¿Entendido?

Las niñas asintieron y regresaron a la mesa con su botín.

—¿Y tú? —preguntó mamá a Iris desde el fregadero, mojando

sus manos para limpiarse el polvo de arroz—, ¿qué te has traído?

Antes que ella, respondieron a coro sus tres hermanas:

—Un libro.

—Pues sí, otro libro, ¿qué pasa? Y de los míos, para quitarme el

mal sabor de boca de ese último. —Lo sacó de la bolsa y leyó el título en voz alta vaticinando los buenos momentos que le haría pasar—: *Orgullo y prejuicio*. Espero que sea de mucho amor... —se

acercó a Melissa y le susurró—, y algo más.

—Te he oído. —El dedo en tensión de mamá la apuntaba.

Después se dirigió a papá—: No será verdad.

Él negó con la cabeza.

—Déjame que lo vea.

Iris entregó el libro a mamá. Ella examinó la portada. Leyó la sinopsis en la parte de atrás. Acabó por

devolvérselo, no debía de

haber encontrado ningún motivo de preocupación.

—Todo el día metida en estos libros, fantaseando con otras vidas. A veces pienso que no valoráis lo mucho que vuestro padre y yo hacemos por vosotras, lo maravillosa que es nuestra vida en familia.

Papá le masajeó un hombro.

—Nosotras valoramos mucho lo que tenemos —dijeron las gemelas.

—Y yo también, mamá —añadió Iris. Después se dirigió a las pequeñas—. Pero ya tendréis vosotras dieciséis años también y os apetecerá algo más que hacer dibujitos con cuentas. Os apetecerá conocer a algún chico. —Iris extendió los brazos hacia las ventanas y habló como si declamara—: Y como entre estas yermas tierras pobladas de cactus no vais a encontrar a ningún galán, os tendréis que conformar con vivir apasionadas historias de amor a través de los personajes de los libros. Libros que, por suerte, no tendréis que ir pidiendo a un señor de una librería perdida en este rincón olvidado de México, porque vuestra hermana mayor se habrá encargado de ir coleccionándolos en aquella estantería. Las gemelas escucharon con los ojos muy abiertos. Después cuchichearon.

—Nuestra hermana mayor era Edelweiss.

Los hombros de mamá volvieron a caer. Melissa desvió la conversación.

—Si quieres te presento a *Needles* —le dijo a Iris—. O a *Pins*. Yo creo que *Pins* es más tu tipo.

—Muy graciosa —respondió ella—. Pero yo lo que ansío es un

chico de verdad.

Mamá dirigió a Iris un chasquido de la lengua.

—Hablando de *Needles y Pins*... —Papá entregó a Melissa la bolsa de papel.

—¿Me has traído ropa?

Papá asintió. Ella se levantó de la silla para asomarse a la bolsa. Sonrió al descubrir su contenido. Extrajo una vieja camisa de vestir, de hombre, con cuidado de no desdoblarla. Sacó también un pantalón vaquero roto, desteñido. Lo colocó bajo la camisa, formando una figura humana sobre la mesa, entre los platos. Por último, cogió del fondo una gorra.

—Es de tu gasolinera. —Mostró a todos el logotipo estampado en la parte delantera, el mismo que papá llevaba bordado en el mono de trabajo—. A ver cómo me las ingenio, voy a necesitar la escalera para poder ponérsela.

Mamá anunció que la cena estaba lista.

Sentados a la mesa, Melissa entabló con las gemelas una conversación sobre rocas con cara, pegamento para cuentas y horquillas. Papá detalló a mamá la excursión mensual al pueblo. Iris optó por abrir su libro, colocarlo junto al plato y leer con los codos encima de la mesa, masticando sobre las páginas. Hubo un momento en que mamá la miró, pero no la instó a que cambiara su postura o a que dejara de leer. En lugar de eso, agarró la mano de papá y ambos la observaron como si fuera la cosa más bonita



que hubieran visto en su vida. Cuando empezó a sentirse incómoda y les dedicó un gesto avergonzado, ellos dirigieron miradas idénticas a las gemelas, que habían ordenado sus patatas fritas y se las comían a la vez una por una. Después se centraron en Melissa, que acercó una patata al lugar donde su roca tendría la boca e imitó el ruido que haría al masticar. Mamá apoyó la cabeza en el hombro de papá. Él la besó en la frente. Suspiraron a la escena familiar que tenían delante. Iris devolvió la atención a su libro. Melissa abrió su cuarto con dificultad. Tenía las manos ocupadas con la roca y la ropa de hombre que le había traído papá. Cuando consiguió entrar, dejó caer las prendas sobre la cama. Apoyó la piedra sobre el escritorio, sin molestarse en apartar los recortes de revistas y dibujos a lápiz que la cubrían. Buscó las tijeras por la habitación. No las encontró en la estantería sobre el cabecero. Tampoco en ninguna de las mesillas junto a la cama. Removió los papeles sobre la mesa, pedazos de revista cayeron al suelo. Las encontró debajo de uno de sus bocetos de retrato familiar, uno de los que no acabaron por convencerla. Los que de verdad consideraba buenos los clavaba con chinchetas en la pared frente a la cama, cubierta casi por completo de memorias familiares capturadas a lápiz. Cada mañana, las imágenes resplandecían frente a ella como en un altar, iluminada la pared por la luz amarillo pálido del amanecer (era una visión que agradecía en esos días en que se levantaba segura de no pertenecer a este lugar). Con las tijeras en la mano, sacó del cajón del escritorio más revistas. Eran ejemplares de

*CINE*avance que papá traía de la gasolinera cuando se quedaban en el estante más de dos meses sin que nadie los comprara. Hablaban de cine en un idioma que ella no podía leer. Sólo reconocía el inglés en los nombres de los actores y las actrices, en ciudades de Estados Unidos o en los títulos originales de las películas, que citaban en contadas

ocasiones. A Melissa le gustaba especialmente encontrar retratos

de un actor llamado Rock Hudson, no había nombre más

apropiado para donar un par de ojos a sus rocas. Pasó varias

hojas con la tijera en ristre, esperando encontrarlo. No hubo

suerte, así que se conformó con una imagen de James Dean.

Recortó sus ojos de una fotografía a página completa. Del mismo

cajón sacó un frasco de cola blanca y, con un pincel, lo aplicó al

papel. Pegó los ojos justo encima de la protuberancia en la roca que se asemejaba a una nariz.

—Por fin puedes verme —dijo—. Yo soy Melissa. Luego te

presento a los demás.

Dahlia y Daisy hablaron a sus espaldas.

—¿Por qué no te vale con nosotras?

—¿Por qué decís eso? —Rebuscó en el cajón hasta dar con un

pincel diferente al que había usado para la cola—. Claro que me vale con vosotras, pero quiero tener más amigos. ¿No puedo tener

más amigos que vosotras o qué?

Desenroscó el tapón de un frasco de témpera negra mientras las

niñas cuchicheaban.

—También tienes a Iris. Y a papá y a mamá. Y Edelweiss sigue

fuera.

—Ya, pero y si, por ejemplo, quiero hablar con alguien en mitad

de la noche, ¿con quién hablo? Estáis todos durmiendo a esas

horas.

Las niñas se encogieron de hombros.

—Pues por eso.

Melissa trató de pintar una sonrisa en la roca, pero el relieve desvió el trazo y acabó por dibujar una boca distorsionada. La dio

por válida. Le gustaba que sus piedras tuvieran personalidad propia y si ésta quería expresarse con una mueca, podía hacerlo.

La giró para que mirara a sus hermanas.

—Decidle hola. Se llama James.

Las niñas saludaron con la mano.

—Está triste —dijeron.

—Qué va. Sólo es un poco serio —defendió Melissa. Después susurró cerca del oído de la piedra—: Ellas son Dahlia y Daisy. ¿A que son igualitas?

Las aludidas intercambiaron miradas de soslayo, sonrisitas.

Desde el salón llegó el sonido de un tocadiscos.

—¡Música! —gritaron.

Corrieron escaleras abajo.

—Yo también voy a ir —explicó Melissa a James—. Espero que no te importe, no vas a estar solo.

Dejó la piedra en uno de los pocos huecos libres que quedaban en la estantería sobre el cabecero, al lado de otra decena de piedras con ojos pegados y sonrisas dibujadas. La madera estaba

ya curvada bajo el peso de todas ellas. Melissa apretó con los dedos una de las tuercas de sujeción, que se aflojaba con cada trasvase de piedras. Las fue señalando una a una a modo de presentación.

—Mira, James, éste es Marlon, éste es John, éste es Clark y

éste es Rock. Ésos son Cary, Gregory y otro Rock. Y aquéllas son Natalie y Doris, con otro Rock más. —Chasqueó los dedos al terminar la retahíla de nombres—. Saludad todos a James, que se va a quedar en el cuarto con nosotros.

Melissa permaneció en silencio.

Escuchando.

—Son los viejos discos de papá —respondió a alguna pregunta.

Asintió a las piedras.

—Claro que sí.

Sonrió a Gregory.

—En un rato. Cuanto antes me vaya, antes vuelvo. No va a durar mucho la música, de todas formas.

Sin dar más explicaciones, Melissa bajó las escaleras como habían hecho sus hermanas.



Iris vio pasar a Melissa por detrás de ella, reflejada en el espejo.

Estaba sentada frente al tocador de su habitación, completando las cien pasadas diarias que daba a su cabello con el cepillo.

Según mamá, era la mejor manera de mantener el brillo natural del pelo rubio, color que compartían todas las hermanas en diferentes tonos. En la pasada número ochenta y tres, dejó el cepillo para seguir a Melissa y unirse a la familia junto al tocadiscos. Antes de alcanzar la escalera, vislumbró en el

escritorio de su hermana una revista abierta. Mostraba la imagen de un hombre con los brazos casi al descubierto.

A Iris se le aceleró el pulso.

Al acercarse descubrió que el actor vestía una camiseta blanca de mangas muy cortas. Se humedeció los labios. Con el dedo repasó los músculos de los brazos, la curvatura de los hombros.

Palpó en la página los pectorales del actor, su abdomen. Se sintió tentada de tocar también más abajo. Recorrió la imagen con la yema del dedo, queriendo atreverse a descender un poco más. Notó cómo se le calentaban las mejillas. La respiración se le aceleró sólo de pensar en tocar esa parte del pantalón. Cuando reunió el valor para lanzarse más abajo, descubrió que la imagen tenía los ojos cortados. Aquellos agujeros en la cara neutralizaron su deseo. Abandonó la habitación.

En el salón encontró al resto de la familia. Sus padres bailaban mecidos por la música que emergía del tocadiscos, papá agarrando por la cintura a mamá y ella con las manos en su cuello. Con los rostros tan cerca como para poder besarse, papá susurraba la letra de la canción.

— *I want to live with you among the flowers. With them and me you'll never be alone...*

Los ojos de mamá brillaron.

—Quiero que esto dure para siempre —dijo.

Iris identificó en la voz de su madre el requiebro temeroso que tomaba a veces. Había leído sobre el miedo constante que acecha

a las madres desde el momento en que dan a luz, pero la intensidad en la preocupación que brotaba de pronto en ella evocaba casi una certeza de que algo malo iba a ocurrir.

—Va a durar para siempre, Rose, te lo prometo —susurró papá en su oído—. Está todo bien.

Iris se sintió violenta al escuchar lo que parecía un secreto.

Mamá apoyó la cara en el pecho de él. Con los ojos cerrados, lanzó un suspiro que culminó en sonrisa, como si confiara plenamente en las palabras de papá.

— *The future and this place it's only yours...* —cantó él.

Imitando a sus padres, Dahlia convirtió a Daisy en su pareja de baile. Danzaron agarradas como adultas, entre risas. Pisaron repetidamente la pequeña alfombra que tanto resbalaba, limitándose a reír más fuerte cada vez que un resbalón las obligaba a improvisar un paso de emergencia para evitar la caída.

Cuando la aguja del tocadiscos alcanzó el final de la canción, Melissa la devolvió al principio del surco y dirigió una reverencia exagerada a Iris.

—¿Me concedes este baile?

Tomó la mano que su hermana le ofrecía. Juntas formaron la tercera pareja de baile.

—Ojalá fueras un chico de verdad —susurró Iris cuando supo que sus padres no la oirían—. A Caronte entregaría mi alma si con eso pudiera convertir tus brazos en los de un hombre.

—¿De verdad tienes que usar esas palabras para decir las cosas?

—Tengo un amplio vocabulario y hago uso de él. Te ruego que me disculpes si te molesta.

—No me molesta. Y si necesitas un hombre... —Melissa agravó

su voz para que sonara masculina—, puedes llamarme Bob.

Iris enarcó las cejas.

—Necesito a un hombre de verdad, no a mi hermana pequeña

poniendo voces y usando el nombre de la funda de un disco.

Señaló la portada tirada en el suelo, junto al aparato. Mostraba

el nombre de Bob Davis en grande junto a un retrato suyo y un ramo de flores. Las hermanas rieron mientras ejecutaban pasos

de baile más dinámicos y complejos de los que requería la

canción. Tratando de copiar esos aspavientos, las gemelas

resbalaron del todo en la alfombra. Cayeron al suelo a la vez, de culo. Explotaron en carcajadas que contagiaron a toda la familia.

Se levantaron escalando el sofá, dobladas de tanto reír. Iris se apretó la tripa para aliviar el dolor abdominal. Entonces las niñas

repararon a la vez en la guitarra colgada sobre esa pared, se

dijeron algo al oído antes de proponerlo en voz alta.

—¡Toca la guitarra, papá!

Mamá detuvo el paso de baile. Papá se quedó mirando al suelo.

Iris vio el nombre de Edelweiss inscrito en el instrumento, lo

había tallado su propia hermana en un costado de la caja.

Edelweiss podía pasarse días enteros con esa guitarra,

encontrándole infinitas melodías a los cinco acordes que conocía.

—No, hijas —respondió papá sin levantar la mirada—. Todavía no puedo.

La canción concluyó por segunda vez.

En el silencio que inundó el salón, Iris oyó el viento silbar entre

las espinas de los cactus en el terreno.

Mamá besó a papá en la mejilla.

—Quizá deberíamos irnos a dormir —dijo—. Habéis venido

cansados del pueblo y mañana trabajas pronto.

Pero papá pidió a las gemelas que pusieran otra vez la canción.

Ellas celebraron la decisión y volvieron a bailar en cuanto

comenzó la música. Iris animó a su pareja a retomar el

movimiento, y consiguió que también sus padres acabaran por

unirse al baile. Papá entonó la letra muy cerca de los labios de mamá.

— *And any place I'm with you feels like home.*

La mirada de Iris regresó al nombre de Edelweiss tallado en la guitarra. Pensó en otra madera en la que papá había tallado ese mismo nombre hacía algo más de un año: la de la cruz clavada en

la tierra detrás de la casa. Al otro lado de la ventana de ese mismo

salón, imaginó a su hermana mayor bajo las rocas, entre los

cactus, observando desde la oscuridad la luz anaranjada de lo



que fue su hogar, incapaz de unirse ya a ningún baile en familia o

de volver a tocar su guitarra. A Iris se le humedecieron los ojos.

—Yo también la echo de menos —dijo Melissa.

Con un dedo, le secó las lágrimas.

Bailaron abrazadas hasta que terminó la canción.

Al amanecer, las sombras de los cactus eran tan alargadas que

parecían manos arrastrándose por la tierra, ansiando tocar el

horizonte. Apoyada en el marco de la puerta, Rose observaba el

despliegue de colores con los que el cielo del desierto daba la bienvenida al sol.

—Nunca me cansaré de mirar este paisaje —le dijo a su marido.

—Yo ahora no tengo tiempo de mirar nada.

Él se abrochó hasta arriba la cremallera del mono de la gasolinera con un tirón. Rose planchó con la mano la tela del pecho, la etiqueta bordada donde ponía «Elmer». Tapó las dos últimas letras del nombre para leerlo como ella solía decirlo.

—Mira que te avisé ayer, Elm. Tendrías que haberte ido a dormir antes.

Rose frotó sus párpados inferiores retirando sueño y legañas. Se recogió el pelo en una coleta que mantuvo sujeta con la mano, esperando que el aire de la mañana le refrescara la nuca. La dejó caer sin conseguirlo. Incluso al alba, la brisa era débil y cálida.

—¿Qué sentido tiene todo si no puedo disfrutar de ellas cuando llego a casa? —preguntó él.

Rose esperó a tenerlo al alcance para agradecer esa respuesta como merecía, con un beso, la mano apoyada en una mandíbula que raspaba más que la lija de su caja de herramientas. El techo crujió sobre sus cabezas con el movimiento de las niñas. Rose

reconoció los pasos arrastrados de Melissa, esa mañana parecía haberse levantado triste otra vez. Identificó también los de Iris, que solía moverse de puntillas como si pudiera echar a volar en cualquier momento propulsada por los pájaros en su cabeza. El

galope de las gemelas atronó en dirección a las escaleras.

—Te han pillado —avisó a Elmer, con los labios aún pegados a los suyos.

Él trató de escapar a tiempo, pero las niñas lo alcanzaron como si hubieran bajado las escaleras en trineo.

—¿Ya te vas, papá?

—¿Ya te vas, papá?

—Hola, mamá.

—Hola, mamá.

Rose abrió la puerta mosquitera e invitó a salir a los tres para que representaran el número habitual de cada mañana, ése en el

que papá caminaba hasta la camioneta con una niña agarrada a cada lado del cuerpo. Se quedó a observarlos desde la barandilla del porche. Elmer avanzaba como un astronauta que explorara un planeta de mayor gravedad.

—Te queremos tanto, papá...

—Te queremos tanto, papá...

Él se cortó el cuello con los dedos, quejándose del engorro, pero

Rose sabía que en realidad disfrutaba de esta rutina mañanera.

—Puaj, huele mucho a gasolina —dijo Dahlia sobre el mono.

—Pues a mí me gusta el olor. —Daisy pegó la nariz a la tela y aspiró.

—No te puede gustar porque a mí no me gusta.

—A lo mejor no puede no gustarte a ti porque a mí sí me gusta.

Las gemelas se enzarzaron en una de las discusiones que se originaban cada vez que discrepaban en algo, ya fuera por cuál de sus tres vestidos iban a ponerse un día cualquiera, por la edad a la que tenían pensado casarse, o si les gustaba el olor a gasolina.

Como ocurría siempre con estas disputas, ninguna logró convencer a la otra.

—¿Cuándo vuelves, papá? —preguntaron, sincronizadas de nuevo como si la discusión no hubiera ocurrido.

—Ya lo sabéis, cuando el sol esté desapareciendo por allí.

Señaló el lugar aproximado donde caía el sol a esas alturas del año. Rose vio cómo la larga sombra del brazo de su marido se

sumaba a las de los cactus, una mano más ansiando tocar el

horizonte.

—Oh, no, eso es mucho.

—Oh, no, eso es mucho.

Lo abrazaron más fuerte. Él lanzó una mirada de socorro a

Rose.

—Vamos, hijas, que se tiene que ir —gritó ella desde el porche.

Las bisagras de la puerta mosquitera rechinaron a sus

espaldas. Iris y Melissa se colocaron a su lado, apoyadas en la barandilla. Iris sujetaba su libro nuevo con un dedo entre las

páginas, marcando una posición de lectura.

—Ya están las niñas enfrentando su tragedia personal de todas

las mañanas —dijo.

Elmer recurrió al truco de las cosquillas para conseguir que lo soltaran.

—Venga, vamos, que me tengo que ir corriendo y mamá os está

llamando. —Su voz llegaba clara hasta el porche—. No se lo

pongáis difícil el último día de clase.

Rose dejó caer los hombros, temiendo la reacción de Melissa a

esas palabras. Le habría gustado darle la noticia ella misma,

durante el desayuno. Las gemelas magnificaron la información

dando saltos de alegría.

—¡Último día de clase! —gritaron al unísono.

—¿Es eso verdad? —preguntó Melissa, su voz tan débil como la

brisa de la mañana.

Rose asintió con un suspiro. Melissa entró en casa dando un portazo. El golpe atrajo la atención de Elmer y las niñas, que interrumpieron su celebración.

—¿No lo sabía? —preguntó él desde allí.

Rose negó con la cabeza, cruzando los brazos. Elmer encogió los hombros a modo de disculpa, pero aprovechó la distracción de las

gemelas para subir a la *pick-up*. Dahlia y Daisy regresaron al porche, escapando de la nube de polvo que levantó el vehículo.

—¡Es el último día de clase! ¡Tenemos hambre!

—¡Es el último día de clase! ¡Tenemos hambre!

Corrieron a la cocina como si pudieran prepararse el desayuno ellas solas. Rose tomó a Iris de una mano y fueron detrás de las niñas. Las encontraron en la cocina, sentadas en el suelo, junto a

la nevera. Se miraban fijamente la una a la otra, repitiendo gestos

en una secuencia aprendida. Una subió las cejas, la otra también.

Dahlia sacó la lengua, Daisy sacó la lengua. Inflaron a la vez los mofletes y los vaciaron con cachetadas. Iris suspendió la

interpretación poniendo el libro entre sus rostros. Les pidió que se

levantaran. Después sacó cuatro boles de un armario para servir

el desayuno.

Melissa estaba sentada a la mesa. Miraba por la ventana con la

cabeza apoyada en una mano, la vista perdida en la lejanía, entre

los cactus.

—¿Cuándo pensabais decírmelo? —preguntó.

—Cuando dejes de tomártelo tan a la tremenda.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Melissa, deslizándose por

su antebrazo hasta alcanzar la superficie de la mesa. Con el

pulgar acariciaba una de sus rocas con ojos, como si estuviera

viva. Rose colocó una mano sobre la de su hija.

—Serán sólo tres meses —dijo—. Dentro de nada empezaráis otro curso y Socorro vendrá todos los días, como siempre. Vais a estar libres para disfrutar del verano, ¿no quieres eso?

Negó con la cabeza, frunciendo los labios. Exprimió más lágrimas apretando los párpados. Rose buscó el apoyo de Iris.

—A ver, no estés tan desolada, que tampoco es para tanto. Ni que fueras Fantine en *Los miserables*. —Sirvió a su hermana un bol de cereales—. Si nuestro profesor fuera un chico guapo, podría entenderte, ser partícipe de tu pesar, pero Socorro es una señora mayor y no pasa nada por perderla de vista una temporada.

Melissa chasqueó la lengua. Rose entendió lo mucho que le molestaba que Iris pretendiera solucionar sus problemas imponiéndole su despreocupada visión de la vida, sobre todo desde que ella lo simplificaba todo en función de intereses sentimentales.

—Es una persona de fuera —dijo Melissa—. Casi la única con la que hablamos. Me gusta que venga y la echaré de menos todo el verano. Si no me entendéis, dejadme en paz. —Centró su atención en el exterior, sorbiéndose la nariz. A Rose le conmovió la manera en que se le arrugó la frente, como si llevara toda la vida tratando de descifrar el significado de ese paisaje que era su hogar, esforzándose por aceptarlo pero sin llegar a conseguirlo. Sabía que muchos niños pasan por una etapa en la que se rebelan contra su mundo, su casa y su familia, pero había algo más profundo en el anhelo de su hija.

Y no le gustaba verlo.

Le asustaba.

—En agosto tenemos el cumpleaños del hijo del compañero de papá —dijo para intentar consolarla—. Iremos a visitarlos como siempre.

Melissa le devolvió una mirada incrédula. Una mirada que significaba que conocía muy poco a su hija si de verdad pensaba que la visita anual a esa familia que no hablaba inglés podía servirle de algún consuelo.

—Un niño tan solitario como nosotros. —Melissa se secó la nariz con el dorso de la mano—. Que además es muy raro.

Tras decir esto, ofreció unos copos de maíz a su piedra con ojos.

Machacó los cereales contra la boca pintada, como si fuera la roca la que masticara.

—¿Cuántos años cumple ya ese niño? —preguntó Iris.

—No sé, once. O doce.

—Nada, no me sirve.

Rose intentó azotar a Iris por el comentario fuera de tono, pero

ella la esquivó con una sonrisa. Sentó a las gemelas a la mesa y les sirvió leche. Las niñas cuchichearon.

—Nosotras estamos muy contentas de que Socorro no venga más —dijeron a la vez—. Así ya no tendremos que escondernos.

Melissa soltó su cuchara contra el borde de su plato.

—Claro, como tú no tienes que esconderte —respondió Dahlia al desaire.

—Claro, como tú no tienes que esconderte —repitió Daisy.

Melissa rechazó sus comentarios con un hondo suspiro.

—A ver, ¿quién se esconde hoy? —les preguntó Rose.

Las gemelas se señalaron mutuamente.

—¿No me lo vais a decir?

Permanecieron en silencio apretando los labios.

—Le toca a Dahlia —apuntó Iris.

—Y Dahlia eres... —Rose paseó un dedo extendido frente a las

niñas, tratando de discernir cuál de las dos era Dahlia. En

realidad era capaz de distinguir las incluso de espaldas, pero le gustaba premiar el esfuerzo que hacían por parecer la misma

cuatro horas al día—. ¿Eres tú?

Señaló a propósito a la gemela equivocada. Ellas rieron

encantadas de generar confusión.

—No, mamá, Dahlia es ella. —Daisy dirigió el dedo de su madre

hacia su hermana.

—¿Eres tú? ¿De verdad? Cada vez es más difícil diferenciaros —

dijo—. Entonces hoy te escondes tú y Daisy se queda aquí

aprendiendo. Y luego le contarás a tu hermana todo lo que os

enseñe la profesora, ¿a que sí?

—Sí, mamá, como siempre.

—Sí, mamá, como siempre.

El tono cansino en las palabras de las niñas, repitiendo una

lección más que aprendida, arrancó una sonrisa a Melissa.

—De verdad, cómo os gusta burlaros de vuestra madre.

Las gemelas rieron con la cuchara en la boca, salpicándose de

leche. Iris trajo dos tazas de café. Una la dejó sobre la mesa, la otra se la bebió ella de pie junto a la

ventana, con el libro bajo el

brazo. Rose dio un sorbo al café, observando a sus dos hijas mayores. Miraban a la vez un mismo paisaje pero parecían absortas en mundos muy diferentes. Las gemelas cuchichearon durante todo el desayuno.

En cuanto Dahlia tomó la última cucharada de cereales, Rose la instó a levantarse.

—Venga, vamos, que Socorro está a punto de llegar. Y las demás, id sacando los libros.

Melissa se levantó, cogió tres libros de la estantería.

—Pero no nos dará clase siendo el último día del curso, ¿no? — preguntó Iris.

Melissa dejó caer los libros sobre la mesa. Uno de Economía, otro de Ciencias Naturales y el único ejemplar de Caligrafía que se intercambiaban las gemelas.

—¿A que no, mamá? —insistió Iris.

Rose oyó la pregunta mientras salía de la cocina. Subió las escaleras guiando de la mano a Dahlia. Entraron en el cuarto que compartía con Daisy.

—¿Seguro que mañana ya no tenemos que escondernos? — preguntó la niña.

—Bueno, hasta el próximo curso.

—Puf, eso es dentro de *muuucho*.

Alargó la vocal todo lo que pudo, como si de verdad el verano fuera a ser eterno. Corrió entusiasmada hasta la ventana abierta y aspiró el aire de fuera.

—Me encanta el verano, mamá. Es cuando más bonitos están los cactus. Con todas esas flores blancas. Voy a cogerlas todas.

Voy a pasarme el verano entero cogiendo flores.

—Pues no sé cómo te las vas a ingeniar porque los cactus florecen sólo este mes.

—¿Un mes sólo? —Dahlia se puso muy seria, cavilando cómo enfrentarse a aquella contrariedad—. Bueno, pues voy a arrancarlas todas durante un mes. Y me voy a hacer un vestido con ellas. Y otro para ti. Y para Daisy, para Iris y para Melissa, a ver si se pone más alegre. Y le quiero hacer otro a Edelweiss también. Qué guapas vamos a ir todas de blanco. Bueno, Edelweiss no. Pero a ella se lo puedo dejar encima de la tumba y que...

Rose le tapó la boca. Los labios inocentes de una niña tan pequeña no tenían por qué mencionar la tumba de su hermana mayor. Iba en contra del orden natural de las cosas. Retiró a Dahlia de la ventana y echó la cortina.

—Y ahora, calladita hasta que se vaya Socorro.

La niña se llevó un dedo a los labios. Se quitó los zapatos para evitar el ruido de sus pasos. Guiñó el ojo a mamá. De debajo de una de las dos camas idénticas que había en la habitación, sacó una cartulina ancha que apenas lograba abarcar con los brazos abiertos. La dejó sobre la cama. Mostraba el dibujo de un paisaje muy similar al que rodeaba la casa: a lápiz estaban trazados los contornos de varios cactus, las rocas, el sol y algunas nubes.

Dahlia había rellenado ya más de la mitad de las formas con cuentas de colores, pero aún quedaba mucho trabajo por hacer.

—Te está quedando muy bien —dijo Rose.

—He hecho otros mejores.

Dahlia señaló dos de la decena de obras parecidas que colgaban de las paredes. Eran imágenes de animales, criaturas fantásticas, paisajes y rostros más o menos parecidos a los de la familia.

Melissa los había esbozado sobre cartulinas de diferentes

tamaños para que las gemelas los colorearan, cuenta a cuenta,

durante sus horas a escondidas. Los que Dahlia señalaba ahora

eran un retrato de Rose, que costó terminar porque en el pueblo se agotó la chaquiras marrón necesaria para sus ojos, y un cuadro

más pequeño en el que la palabra MAMÁ ocupaba toda la

superficie. Ése lo tenía colgado sobre el cabecero de su cama.

Daisy tenía otro sobre el suyo, con las letras coloreadas de

distinta forma. A Rose le emocionó imaginar las manitas de sus

niñas aplicando pegamento a la cartulina, seleccionando las

cuentas y colocándolas una tras otra, durante horas, para escribir

las cuatro letras que definían el mayor logro de su vida.

—También son mis favoritos —dijo.

Dahlia sonrió y cogió de su mesita el bote de color naranja que

papá le había traído ayer.

—Es un atardecer. —Señaló el cielo en la cartulina. Después

pidió a Rose que acercara el oído para contarle un secreto—: Voy

más rápido que Daisy.

Sacó de debajo de la cama de su hermana un dibujo igual, pero

con menos cuentas pegadas a la cartulina.

—¿Lo ves?

Rose no pudo evitar sonreír. Dahlia devolvió el otro cuadro a su

lugar, orgullosa de ir por delante. Después subió a la cama, se sentó con las piernas cruzadas frente al desierto dibujado por

Melissa y extrajo un primer puñado de cuentas naranjas.

Rose se quedó embelesada ante la belleza que veía en su hija.

—Al final nos va a pillar Socorro —la regañó Dahlia.

—Me voy, me voy.

Salió de la habitación y cerró la puerta por fuera. Imaginó a su hija rellenando con pegamento el círculo que sería el sol, creando



un atardecer con sus manos. Casi pudo sentir el calor de ese sol ficticio en el pecho, el calor del amor de sus niñas, antes de que el miedo a la pérdida lo nublara todo. Aparecía siempre en momentos de total felicidad como éste. Dejó la llave en la cerradura y bajó la escalera repitiéndose que todo estaba bien.

Con cada escalón fue recuperando la tranquilidad y la sonrisa.

Sentada a la mesa de la cocina que hacía las veces de pupitre, Melissa vio entrar a mamá. Sonreía como cuando miraba el

paisaje desde la puerta mosquitera, agradecida por todo. Le

dedicó a ella una inclinación de cabeza como para preguntarle si estaba mejor y Melissa asintió, aunque no fuera verdad.

—Y a ver si vosotras os aplicáis tanto como Melissa —dijo a las otras.

Iris estaba enfrascada en su libro, apoyada en la encimera. Roía una galleta sin separar la mirada de las páginas.

—Eh, la del libro.

Iris siguió leyendo.

—Tú, ¿no me oyes?

Tuvo que darle dos toques en el hombro para que reaccionara.

—¿Qué pasa?

—Pasa que tenéis clase.

—Hoy no hay clase, es el último día —dijo Daisy desde debajo de la mesa.

Mamá levantó el mantel, de cuclillas.

—Eso es un invento de tu hermana. Hay clase como todos los días —se incorporó y encaró a Iris—, que para eso le pagaré hoy lo mismo que siempre.

—Bastante os ahorráis con el dos por uno este que os habéis inventado. —Señaló a Daisy en el suelo—. Esa pobre señora tiene cuatro alumnas y se piensa que sólo tiene tres.

Mamá se quedó seria. De un armario sacó la cesta grande que usaba en el huerto. De un cajón, los guantes del jardín. Colgado detrás de la puerta encontró su sombrero de paja. Se lo puso mirando a Iris.

—Cuando trabajes y te cueste conseguir el dinero, seguro que entenderás a tus padres. Ahora, siéntate a dar la clase, por favor.

Daisy también acató la orden. Salió de su escondite y se sentó frente al libro de caligrafía, en el lado opuesto a Melissa. La niña

debió de percibir que ella aún seguía triste porque acarició su mano para reconfortarla. Iris se sentó en uno de los extremos de

la mesa. Abrió el manual de economía y, sobre sus páginas, abrió

Orgullo y prejuicio.

—Tengo que ir al huerto antes de que el sol esté más alto y lo queme todo. Iris, quedas encargada de asegurarte de que Socorro

os dé clase.

—Mira, vas a poder decírselo tú misma.

La arena del terreno crujió bajo los neumáticos de la camioneta de la profesora.

—Daisy, a partir de ahora te llamas Lily —dijo mamá.

Era el nombre que compartían ambas gemelas delante de Socorro, así resultaba más sencillo para todos no equivocarse.

—Ya lo sé, mamá...

Melissa distinguió la silueta de la profesora al volante. La puerta de la cocina se abrió poco después.

— *Híjole*, el calor que hace —dijo nada más entrar.

Llevaba el pelo gris recogido en un moño que la hacía parecer

más alta. Vestía prendas más largas y telas más gruesas de las que requerían las temperaturas. Como hacía siempre, dedicó a

Melissa el primer saludo, apenas un guiño. La niña se acomodó

en la silla, estirando la espalda. Empezaba a sentirse más

contenta. Después la profesora saludó a mamá.

—Buenos días, Rose. ¿Otra vez al huerto? Qué gusto ver lo bien

que se te da, no sé cómo lo haces. A mí se me muere cada cosa que planto con tanto sol. Mi marido ya me ha dicho que deje de intentarlo. Donde mejor crecen los *chiles* y la *jícama* es en el

mercado, me dijo el otro día. ¿Te lo puedes creer? Debo de ser la peor *esposa* de todo el estado.

Socorro hablaba inglés con fluidez, pero seguía pronunciando

ciertas palabras en español. Aunque a veces lo hacía porque

desconocía la traducción, en una ocasión confesó a Melissa que

su verdadera intención era que las niñas aprendieran algo del

idioma del país en el que vivían. Como mexicana le ofendía que un matrimonio de gringos llevara casi veinte años viviendo aquí y

no enseñara el idioma a sus hijas.

—¿Y a tus niñas qué les pasa hoy que están tan acomodadas?

—preguntó arqueando las cejas—. ¿No pensaréis que vamos a quedarnos aquí dentro en el último día de curso?

Melissa vio la sonrisa llena de dientes que Iris dedicó a mamá.

Rose abrió la boca para decir algo pero Daisy se le adelantó.

—Mamá dice que nos des clase igual, porque te va a pagar igual.

—¿Ah, sí? ¿Eso dice? —Socorro miró a mamá—. Pues yo digo que la vida es corta, llevamos un año entero estudiando y sería un crimen no salir a oler esas flores que nos brindan fugazmente los cactus.

Mamá permaneció en silencio mientras ajustaba sus guantes de jardinería. Presionó la tela en el espacio entre los dedos sin responder.

—De todas formas, si vuestra madre cree que sólo aprendiendo una lección de vuestros libros sacaréis provecho a su *lana* —eso lo dijo también en español—, os enseñaré mientras tanto, allí

fuera, la lección número *veintitrés* de este mismo libro.

Abrió el manual de ciencias de Melissa por una página que mostraba el diagrama de una flor. Varias flechas indicaban el nombre científico de las partes que la componían. Mamá lo miró por encima.

—Además, las flores del *cardón* son perfectas para diferenciar todas esas partes porque son flores *bien grandototas* —añadió Socorro, sonriendo a Melissa cada vez que usaba una palabra en

español.

—¿Qué es un *cardón*? —preguntó Daisy.

— *Cardón* es como llamamos aquí a esos cactus tan altos que rodean tu casa —respondió a la niña. Después se dirigió a mamá

—: Entonces, ¿qué opinas de la clase al aire libre?

Rose ajustaba el último dedo del guante derecho.

—Vale, usted gana —concedió.

Daisy se esfumó frente a Melissa. Un segundo estaba ahí y al otro estaba corriendo por el terreno, la puerta mosquitera sacudiéndose en el marco. Iris cerró con tantas ganas su libro de economía que levantó polvo de la mesa. Buscó las miradas de mamá y Melissa para regodearse en su pequeña victoria. Salió al porche, donde Daisy la recibió gritando que iba a hacerse unos collares con las flores. Mamá salió de la cocina por la puerta trasera, la que daba acceso más rápido al huerto y al pequeño gallinero.

Melissa no se movió de su sitio. Se quedó leyendo el capítulo sobre la reproducción de las flores. Acarició su piedra mientras descubría que las flechas del diagrama señalaban partes denominadas estambre, pistilo, cáliz. Socorro se sentó frente a ella, en la silla que Daisy había dejado libre. Detuvo los mimos de Melissa a la roca poniendo una mano encima de la suya.

—¿Sabes que existe un truco para no estar nunca triste?

Melissa miró a su profesora. A unos ojos enmarcados por arrugas tan profundas que parecía que su rostro hubiera superado tantas tormentas como un desierto.

—¿Un truco?

—Un truco muy sencillo que cualquiera puede llevar a cabo.

Consiste en alegrarte por lo que tienes en lugar de lamentarte por lo que no tienes.

—Eso es lo mismo que dice mamá.

—Porque es la mejor forma de enfrentarse a la vida.

Melissa se encogió de hombros, insegura de poder aplicarse el consejo.

—No eres la única niña que vive en un lugar tan apartado —

continuó Socorro—. Hay niños en otros lugares que tienen verdaderos problemas, asuntos de los que tú nunca vas a tener que preocuparte.

—¿Y qué hago con los que sí me preocupan? Me preocupa que no vengas en todo el verano y dejar de verte durante tres meses.



Socorro se llevó una mano al pecho.

—Y no sabes lo mucho que eso significa para mí. Pero debes valorar si de verdad es razón para estar tan triste. Si usas el truco que te he dado, dejarás de lamentarte por no verme a mí o por no tener más amigos y podrás alegrarte por tener dos hermanas maravillosas, unos padres que te quieren mucho y una casa preciosa en plena naturaleza. Ya me gustaría a mí tener una familia tan bonita como la tuya, o seguir teniendo a mis hijos en

casa. Pero no me lamento por ello, me alegro de seguir teniendo un marido fiel que me hace compañía. Aunque haya perdido la

esperanza de que su mujer saque una *jícama* de la tierra.

Melissa forzó una sonrisa. Socorro le apretó la mano.

—Y cuando de verdad no puedas más, cuando te sientas muy

sola y necesites *platicar* con alguien, puedes pedirle a tu padre que te lleve a la gasolinera y llamarme siempre que quieras. —

Abrió el libro de ciencias por la primera página, donde había

escrito su número a principio de curso—. O también puedes

insistir a tus padres para que instalen teléfono en casa de una vez, que ya casi todo el mundo tiene uno.

Melissa repasó el número con un dedo.

—Y ahora, en pie —añadió Socorro—. Vamos afuera, que se nos

va a pasar el día aquí metidas.

Melissa cerró el libro con una sonrisa, se levantó de la mesa.

Cuando quiso coger la piedra con ojos, Socorro se lo impidió.

Señaló a través de la ventana a Iris y a Daisy, enzarzadas en una

batalla de puñados de tierra.

—Tienes ahí a tus hermanas.

Rose regresó del huerto con la cesta cargada de cebollas, tomates,

huevos y chiles de diferentes colores. La apoyó sobre la mesa, junto a los libros cerrados de las niñas. Se quitó los guantes y con

ellos se secó el sudor del escote, la frente y la nuca. Algunas plumas cayeron al suelo. Vio a Socorro y a sus hijas ahí fuera.

Ella se dedicó a limpiar la verdura, disfrutando del olor a tierra, vida y naturaleza que inundaba la cocina cada vez que lo hacía.

Quitó también excremento de los huevos. Cuando seccionó del

último tomate la parte quemada al sol, faltaban cinco minutos

para que terminaran las clases.

Se secó las manos en el delantal y, de puntillas, cogió el bote con dinero de la estantería. Los libros de Iris se desplomaron

hacia un lado. Del frasco sacó un billete y las monedas necesarias. Recuperó el sombrero del gancho colocado detrás de la puerta y caminó hasta la profesora y las niñas.

—¿Ya? —preguntó Daisy, su voz era tan aguda que debía de resultarle difícil creer que hubieran pasado cuatro horas. Llevaba en las manos un collar hecho de flores blancas.

Socorro, sentada en una roca, miró el reloj alejando la muñeca de los ojos.

—Qué rápido se va el tiempo cuando una lo está pasando bien, ¿eh, Lily? —le dijo a Daisy—. ¿Ves, Rose? Hacía un día demasiado bonito para quedarnos encerradas en la cocina.

—Aquí todos los días son bonitos. Sólo hace más o menos calor.

Y yo pretendía usar este dinero —mostró el billete que llevaba en la mano— para que les enseñe a mis hijas cosas importantes.

Manualidades les puedo enseñar yo durante todo el verano.

—También hemos aprendido el ciclo vital de las flores —dijo Melissa—. Era la lección veintitrés del libro.

—Sí, mamá. —Daisy se acercó a sus piernas con una flor entre las manos, señaló dos partes diferentes en el interior de la flor—.

Esto son estambres y esto es el *pistilo*.

—Pistilo —la corrigió Socorro.

—Pistilo —repitió la niña—. Y te he hecho este collar.

Rose se agachó y Daisy le colgó del cuello una hierba larga atada como un lazo, decorada con varias flores ensartadas con

espinas de cactus. Las hermanas mayores llevaban otros similares.

—Muchas gracias, Daisy —abrazó a su hija—, te ha quedado muy bonito.

Cuando la niña le dio un pisotón, cayó en la cuenta de que se había equivocado de nombre. Pensó mil respuestas a la pregunta

que formularía a continuación Socorro, pero la profesora no había prestado atención, porque se limitó a levantarse de la roca y sacudir el polvo de su falda y su bolso.

—Habremos aprendido mucho, pero cómo nos hemos puesto —dijo.

Rose y las niñas siguieron la corriente a la profesora sacudiéndose sus propios vestidos.

—Y tú —Rose señaló manchas de restos vegetales en los brazos de Daisy, la cara y las manos—, la que más se ha ensuciado, como siempre.

La niña sonrió orgullosa.

—Anda, llévatela a la manguera y que se lave —pidió a Iris.

La mayor acató la orden cogiendo a Daisy de la mano.

—¿Y no os despedís de mí? —preguntó Socorro.

Daisy corrió a abrazar la cintura de la profesora.

—Adiós, Socorro —dijo.

La imagen despertó celos en Rose, que consideraba a su marido y a ella como los únicos merecedores de esa muestra de afecto tan característica de las gemelas.

Iris se despidió con un beso en la mejilla.

—No dejes de leer —dijo la profesora—. Una buena colección de

libros enseña cosas más importantes de lo que podrían enseñarte cien profesores.

—No pensaba hacerlo. Aunque a mi madre le parezca que me meten muchos pájaros en la cabeza.

Rose retiró la mirada para ahorrarse el gesto condescendiente que le estarían dedicando. Iris agradeció el consejo a Socorro con un abrazo espontáneo.

—A la manguera —dijo Rose para interrumpirlo.

Melissa fue la última en despedirse. Su abrazo a Socorro fue tan sentido que Rose prefirió distraerse viendo cómo Iris desenredaba la manguera a lo lejos, a un lado del porche, junto a la barbacoa. El abrazo aún duraba cuando Daisy recibió el primer chorro de agua.

—Acuérdate del truco que te he enseñado —dijo Socorro—.

Alégrate por lo que tienes...

—Lo intentaré —dijo Melissa—. Espero volver a verte pronto.

A Rose le molestó que pudieran hablar sin terminar las frases, como grandes amigas. Con lo difícil que le resultaba a ella comunicarse con Melissa.

—Será antes de lo que imaginas. Los veranos se pasan volando

—añadió Socorro.

Melissa se dirigió al porche, estampando en la arena estelas

más que pasos. Miró al suelo durante todo el camino, al acecho de nuevas rocas a las que dotar de rostro.

—Cuida a Melissa —dijo la profesora—. Es una niña muy inteligente, pero la noto triste.

—Ha heredado la melancolía de su madre. —Rose no necesitaba que nadie describiera la personalidad de sus hijas—. Pero la gente no se muere de eso. Ella siempre ha sido así.

—Tu hija dibuja ojos a las piedras. Habla con los cactus.

—Todos hemos tenido amigos imaginarios.

—¿Con trece años?

Rose entregó a Socorro el dinero de las clases.

—Nos cuesta mucho ganarlo. Por eso he insistido en que les diera la clase. No crea que no me gusta ver disfrutar a mis hijas.

Socorro la cogió de las manos.

—¿Y crees que no lo sé? Se te desborda el amor a tus hijas por cada poro de la piel. Lo demostraste reponiéndote a lo de Edelweiss de la manera en que lo hiciste. Por ellas. Te has enfrentado al reto más duro al que se puede enfrentar una madre, pero aún te quedan muchos por superar. Iris entra ahora en una edad... complicada.

La forma en que pronunció la palabra dejó claro a qué se refería.

—Aún es joven para eso —dijo Rose.

—¿Joven? ¿A qué edad conociste tú a tu marido?

Rose no respondió.

—¿A qué edad? —insistió la profesora.

—Quince.

Las cejas de Socorro alcanzaron casi la línea de su cabello.

—Tu hija es mayor que eso.

—Pero era diferente. Vivíamos en una ciudad, rodeados de gente.

—Créeme, el deseo de tu hija no es muy diferente del que tuviste tú a su edad. Ni del que tuve yo cuando era joven, hace un siglo. Es lo natural. ¿O para qué crees que sirven esos estambres

y pistilos que tienen las flores? No hay ningún problema en el *despertar* de tu hija. —Aunque Socorro usó una palabra en español, resultó muy fácil imaginar el significado—. El problema

es que no pueda conocer a nadie con quien satisfacer ese deseo. Y

tan bonita como es...

Rose hubiera preferido abrazar el cactus lleno de espinas que tenía a su lado que seguir hablando sobre el deseo sexual de su hija.

—Cuando sea mayor de edad podrá irse si quiere —dijo más

alto de lo que pretendía, la sola idea de que Iris abandonara el hogar la mareaba—, y satisfacer esos deseos que usted dice que

tiene. Pero de momento es una niña que vive con sus padres.

—Pues luego no te sorprendas de su decisión. Y te lo digo por experiencia. Vivimos en un lugar precioso para criar una familia.

Pero ahora los jóvenes quieren otras cosas. Quieren coches.

Quieren ver el cine desde el coche. Quieren comerse una hamburguesa mientras ven el cine desde el coche. Aquí no hay nada para ellos.

Socorro invitó a Rose a mirar a su alrededor. Sólo rocas, cactus y varios tipos de matorrales espinosos cubrían el paisaje hasta donde llegaba la vista.

—Tus hijas no ven a otras personas que no sean de su familia.

—¿Cómo que no? Acompañan a su padre al pueblo una vez al mes.

—Cada una —puntualizó la profesora—. ¿Cuántas veces ha ido en total Melissa? ¿Y con quién va a hablar si no sabe español?

—Ya van al pueblo más veces que yo. Yo sí que no salgo de aquí. Y no puedo ser más feliz.

—Pero tú y tu marido habéis elegido este modo de vida. Ellas no.

—¿Acaso los hijos de alguien eligen su modo de vida?

Socorro pareció dispuesta a responder, pero al final no dijo nada. Transformó las palabras que había pensado pronunciar en una sonrisa que incomodó a Rose. Era la sonrisa de quien se calla porque sabe que a veces uno necesita cometer un error por sí mismo para aprender la lección. Ella misma dedicaba esa sonrisa a sus hijas.

—Gracias por la clase —dijo Rose.

Caminaron hasta la camioneta de la profesora sin decir nada más, oyendo los gritos de Daisy bajo el chorro de la manguera.

Cuando Socorro subió al vehículo, Rose le deseó que tuviera unas felices vacaciones.

—Y tú también —respondió ella—. Aprovecha estos veranos.

Serán los mejores de tu vida.

Con las manos en el volante, señaló a las niñas. Rose vio a

Daisy en ropa interior, dando vueltas dentro de un charco, con los

brazos extendidos. Sobre ella, un arco iris brillaba en el agua pulverizada que emanaba por alguna rotura en la goma de la

manguera. Iris buscaba con el chorro la cara de la niña y reía cada vez que la alcanzaba, mientras Daisy intentaba protegerse

con las manos. Rose sonrió por la escena hasta que sus ojos descubrieron a Melissa, sentada a solas en la cocina que tan oscura parecía ahora, vista desde fuera. Movía la boca. Algo llamó la atención de Rose en el segundo piso. La cortina de la habitación de las gemelas se había movido.

Dio dos golpes en el capó de la camioneta para acelerar la despedida.

—Nos vemos en septiembre, Socorro.

La camioneta se alejó por el camino, levantando una columna de humo y polvo. Ella regresó a casa dando largas zancadas, sin hacer caso a los gritos de Daisy que solicitaban su atención.

Quien seguramente iba a necesitar atención era Dahlia. Subió los escalones de dos en dos. Giró la llave metida en la cerradura. Al abrir la puerta, encontró a la niña sentada en el suelo, con la cabeza escondida entre las piernas. El bote de chaquiras naranjas, también en el suelo, estaba vacío, lejos de ella, las cuentas desperdigadas por toda la habitación.

—Hija...

—Eso no es dar clase.

Desde fuera llegaron más carcajadas de Daisy e Iris.

—Siempre me pierdo lo mejor.

—Era el último día, la profesora ha querido hacer algo especial con tus hermanas.

La niña sacó la cabeza de entre las rodillas, encarando a mamá.

Se quedó boquiabierto al verla.

—¿Habéis ido a coger flores sin mí?

Tragó saliva al terminar la pregunta, tan indignada como la vez

que descubrió que era mamá la que hacía hablar a su conejo de peluche. Rose palpó el collar sobre su pecho, como si necesitara corroborar que seguía allí.

—Dahlia, ha sido la profesora, yo no...

Rose no pudo terminar la frase cuando su hija rompió a llorar.

Se sentó en el suelo frente a ella, cruzando las piernas.

—Hija...

Dahlia agarró el collar y tiró de él. La hierba se partió sin dificultad, Rose apenas sintió un instante de tensión en la nuca.

La niña salió de la habitación. Ella fue detrás. En las escaleras se encontraron con Melissa. Dahlia rompió su collar de la misma forma, desperdigando las flores por los escalones. Rose no habría tenido tiempo de dar explicación alguna a Melissa, pero ella tampoco la solicitó. Siguió subiendo las escaleras susurrando algo a su roca. Dahlia corrió afuera. Se detuvo al encontrar a sus hermanas jugando con la manguera. Miró a Rose como si le costara creer que hubiera permitido que se perdiera tanta diversión. La niña descubrió el collar de su hermana enganchado a la llave de la manguera, junto al resto de la ropa que se había quitado antes de entregarse al chorro de agua. Lo rompió sin más.

Luego se fue hacia ella y la empujó. Daisy cayó al barro.

—Lo has hecho sin mí.

—Hoy me tocaba a mí dar clase —se defendió Daisy mientras se secaba los ojos de las salpicaduras de tierra húmeda—. Yo no me quejo cuando te toca a ti.

Dahlia no respondió, sino que se desnudó para quedarse en ropa interior, como Daisy. Junto a ella se sentó en el charco y replicó con la mayor exactitud posible las manchas que su hermana tenía en el cuerpo. Acabó por cruzar

los brazos,

enfadada con todo lo que la rodeaba.

—Yo también quería coger flores —sollozó.

Rose se arrodilló junto a ella tratando de evitar el barro.

—¿Quieres que cojamos más? ¿Mañana?

Dahlia le volvió la cara.

—Mañana podemos coger flores de nuevo, todas juntas.

Le pellizcó el codo pero la niña sacudió el brazo. Entonces Rose pensó algo. Alargó un brazo hacia Iris, solicitando que le prestara su collar intacto. Su hija se lo entregó con el ceño fruncido.

—Mira, Dahlia, escúchame.

La niña se mostró reticente aunque acabó por volverse.

—Huele este collar —dijo Rose.

Dahlia acercó la nariz a las flores.

—No huele a nada.

—Claro que no, porque es de día. Pero ¿sabes qué vamos a hacer mañana? Coger las flores al anochecer, que es cuando huelen bien. Mañana vamos a hacer unos collares mucho mejores que los de hoy.

Dahlia volvió a olisquear las flores.

—No huelen a nada —dijo con una sonrisa. Después se dirigió a Daisy—: Tus collares no huelen a nada. Mañana vamos a hacer otros mejores. Collares con olor.

Daisy respondió con una mueca.

—Y además te voy ganando en el dibujo del atardecer —añadió

Dahlia—. Ya he coloreado el cielo.

Las gemelas se enzarzaron en una de sus discusiones, esta vez

debatieron cuál de las dos era más rápida pegando cuentas de

colores. Rose se levantó sin interrumpir la disputa. Susurró algo al oído de Iris, que dirigió la manguera a las niñas. Ella, sigilosa,

alcanzó la llave. Avisó a Iris antes de abrirla a toda presión. El chorro impactó primero contra la cara de Dahlia, después contra

la de Daisy. Los gritos iniciales se convirtieron en carcajadas. Las

gemelas se levantaron y saltaron sobre el agua tratando de

salpicar a Iris y a ella, que se reían desde una zona segura. Dahlia

aprovechó algunos saltos para pisotear flores de los collares que



habían caído en el barro, tiñéndolas de marrón oscuro.

—¡No huelen a nada!

Rose pidió a Iris que terminara de limpiar a las niñas y regresó

a casa. Antes de llegar al porche, se dio la vuelta. Llevaba en las

manos el collar de Iris. Jugueteeó con él, palpando la textura de las flores. Viendo la felicidad de sus hijas, le fue imposible no pensar en Edelweiss. Tuvo una idea. Modificó el collar uniendo las

flores en un puño. De las escaleras recogió las que habían caído del collar de Melissa. Del cuarto de las gemelas recuperó las de su

propio collar que había roto Dahlia, entre montones de cuentas

naranjas. Mientras lo hacía, escuchó a Melissa hablar en su

habitación.

—Menos mal que os tengo a vosotros —dijo a sus rocas.

Rose bajó a la cocina en busca de una escoba con la que barrer

las cuentas. Allí utilizó las flores para formar un centro de color blanco. Lo colocó en un bol lleno de agua, aprovechando algunas

espinas de cactus para mantener el arreglo unido. Uno de los pétalos se rasgó, como una herida que se abriera. La fragilidad de esa flor le hizo pensar en las niñas y tuvo ganas de llorar.

También quiso gritar el nombre de Edelweiss para hacerla volver de allá donde estuviera. Reprimió el impulso de lanzar el bol contra una pared y anudó con delicadeza la hierba larga del collar de Iris. Sonrió a la vez que una lágrima resbalaba por su mejilla.

El charco en el terreno se secó casi por completo antes de la llegada del ocaso. Una mariposa tardía libaba el último líquido del

barro, pero las gemelas la asustaron con el temblor de sus pasos al salir a recibir a papá, que llegó puntual con la caída del sol.

Dahlia y Daisy lo aturdieron con sus gritos mientras la mariposa,

las sombras de los cactus y la humedad de la tierra desaparecían a la vez que el día. Sólo las sombras regresaron poco después, cuando una luna en cuarto creciente apareció entre las columnas

oscuras en que se habían convertido los cardones, proyectando

otra vez sus siluetas a lo largo del suelo. Arrojó también nuevas sombras, entre ellas la de un escarabajo que buscaba alimento en

el suelo y la de un murciélago que lo encontraba en el néctar de las flores que lo seducían con su aroma nocturno, cooperando con

su presencia en el mecanismo de reproducción que las niñas

habían estudiado esa mañana en el capítulo veintitrés.

En la cocina, Rose terminó de fregar los platos de la cena. Oyó

los escalones crujir con el peso de su marido, que bajaba desde las habitaciones.

—Todas en la cama —dijo a sus espaldas.

Ella sacudió el agua de un último cubierto antes de dejarlo

secar sobre el resto de los platos húmedos. Limpió el fregadero, escurrió la bayeta y cerró el grifo. Se dio la vuelta a tiempo de recibir a Elmer con un beso.

—He hecho algo —le dijo. De lo alto de la nevera, cogió el arreglo floral que había confeccionado por la mañana—. Es para Edelweiss.

Él sonrió. Abrió la puerta trasera de la cocina, la misma por la que ella se había dirigido al huerto, y tomó la mano de su mujer invitándola a salir juntos.

La cruz con el nombre de Edelweiss tallado en el tablón horizontal se encontraba a la derecha. Podía verse desde la ventana grande del salón, cerca del tocadiscos. Aunque seguía haciendo tanto calor como para que el sudor se evaporara sobre la piel en lugar de humedecerla, a Rose se le erizó el vello de los brazos. Sintió el estómago encogerse, el corazón dilatarse. La mezcla de amor y angustia que solían provocarle las visitas a

Edelweiss. A cuatro manos, dejaron el centro de flores sobre un rectángulo de tierra enmarcado con piedras de colores. Dahlia y

Daisy las habían decorado con sus cuentas para alegrar el lugar en el que descansaba su hermana mayor. De noche, esos colores

no se veían. Todo era gris, oscuro, opaco.

Rose apoyó una mejilla en el hombro de su marido.



—Nada me ha dolido más que no seguir viendo crecer a

Edelweiss. —Se sorbió la nariz—. Y, sin embargo, ahora no quiero

que nuestras niñas sigan creciendo. Iris es tan mayor... Ha

pasado todo tan rápido.

Él la apretó contra su pecho. Besó su pelo.

—Mis hijas van a querer irse de aquí —dijo Rose—. ¿Por qué elegimos un lugar tan solitario? ¿Tan lejano?

Elmer no respondió, no hacía falta. Los dos sabían la respuesta

a esas preguntas. Su marido se limitó a acunarla con un ligero balanceo del cuerpo. Siseó en su oído para tranquilizarla, pero

ella humedeció con lágrimas su camisa.

Permanecieron así, frente a la tumba de Edelweiss, mientras

una luna gris brillante ascendía en el cielo. Las bisagras de la puerta mosquitera rechinaron. Cabezas de decenas de insectos

repiquetearon contra el cristal de la única bombilla encendida en

lo alto de un poste, que titiló a causa de alguna irregularidad en

el flujo de corriente.

El lápiz silbó contra el papel cuando Melissa coloreó de oscuro las

sombras de los cactus. Sentada en la cocina, junto a la ventana,

dibujaba a Dahlia y Daisy, que jugaban en el terreno a imitar la forma de los cardones. Extendían los brazos en perpendicular al

cuerpo y los flexionaban con las manos hacia arriba. Dahlia tocó

a una Daisy convertida en cactus y fingió pincharse con sus

espinas. Melissa rió al verlo.

—¿De qué te ríes? —preguntó Iris, junto al fuego. Estaba

preparando agua de Jamaica, la infusión fría que tomaban por las

tardes. Cuando el agua comenzó a hervir, añadió cuatro puñados

de flores secas de *hibiscus*. El líquido se tiñó enseguida de rojo

oscuro—. ¿Qué están haciendo esas dos?

Melissa la invitó a acercarse para que lo viera ella misma. Las gemelas señalaban ahora el horizonte usando las manos como

visera. Dahlia se tumbó en el suelo, encajada en la sombra de una de las ramas de los cactus.

—Está más larga que antes —dijo Daisy—. La sombra ya es más larga que tú.

Dahlia se levantó y juntas celebraron el hallazgo con palmas y saltitos.

—¡Mamá, está bajando mucho el sol! —gritaron a la vez—. ¡Ya falta poco!

Iris rió sobre el hombro de Melissa. Ella añadió un detalle a su dibujo del paisaje y de las niñas, presionando con fuerza la punta del lápiz para hacer más profundas las grietas en el terreno.

—Al final me veré obligada a admitir que posees algo de talento —dijo Iris—. Te está quedando muy bonito. Me gusta mucho la forma que le has dado al sol —lo señaló—, y me encanta el movimiento que transmiten las niñas. Se las ve contentas hasta dibujadas a lápiz.

—¿Bonito? —preguntó Melissa—. Eso depende de cómo lo mires. Si ves a unas niñas jugando entre los cactus, al atardecer, seguro que sí. Pero si te fijas en las sombras paralelas de los cactus, son como los barrotes de una cárcel que las mantiene enjauladas aquí.

Iris resopló.

—Y luego mamá dice que la dramática soy yo, la que inventa historias.

Melissa cerró el cuaderno de dibujo.

—Anda, no te enfades —dijo Iris—, pero es que te pones muy trágica, melancólica y exagerada a veces. Haz el favor de mirar ese paisaje. Mira dónde vivimos. Vivir aquí es lo contrario de estar encerradas. Si algo nos sobra es aire libre.

—No me refiero a eso —dijo Melissa. Observó el exterior de la casa deseando encontrar algo diferente. Un cactus que no reconociera. Una formación de rocas cuya silueta no hubiera visto todos los días de su vida. Fantaseó con un edificio levantado allí mismo. Imaginó otras casas ahí cerca. Una persona a la que no conociera. Una calle con gente. Un cine como los que veía en las revistas—. A veces siento que no pertenezco a este lugar. Que debería estar en otro sitio.

—Ay, hermana, eso lo piensa la humanidad entera. Casi todos los libros que ves ahí —señaló su biblioteca en la estantería— reflexionan de una manera u otra sobre el tema. Pero ¿adónde vas a pertenecer tú, si no? Aquí estás conmigo, con ellas —tocó a las gemelas en el dibujo—, y con papá y mamá.

—Ya, como si tú no pensaras en irte.

—Primero, soy mayor que tú y por eso debo empezar a plantearme mi futuro. Y segundo, más que en irme, pienso en la manera de tener acceso a algún chico. Si me lo traes aquí, me quedo para siempre en esta casa.

Melissa iba a quejarse de que Iris desviara la conversación siempre hacia el mismo tema, pero un sonido sibilante emanó del fuego. El agua se había desbordado del cazo. Iris fue a atenderlo. Coló el líquido rojo vertiéndolo en una jarra que quedó llena hasta la mitad. La otra mitad la completó con hielo. Añadió limón

exprimido a la mezcla y la removió con un cucharón de madera.

Melissa devolvió su atención a las gemelas. Tardó en entender por qué iban de cactus en cactus con la nariz por delante. Hasta que empezaron a gritar.

—¡Mamá! ¡Ya huelen! ¡Las flores ya huelen! ¡Vamos, mamá!

Mamá entró en la cocina por la puerta trasera. Llevaba una cesta grande de mimbre. Varios pares de guantes asomaban por el borde.

—Las oigo gritar, ¿no?

Melissa e Iris asintieron.

—Qué bien que hayas hecho eso —mamá señaló la bebida—, tengo tanta sed como si hubiera comido arena.

Iris fue a servirle un vaso, pero ella dijo que mejor afuera. Que sólo tenían una hora hasta que oscureciera. Melissa cogió la ropa

de hombre que papá le había traído del pueblo. Apiló la camisa sobre el pantalón. La gorra se la puso en la cabeza. Cogió también

unas tijeras.

—Venga, vamos —dijo Rose.

Iris sujetó en una mano una torre de cinco vasos. En la otra, la

jarra. En cuanto salieron al porche, Dahlia y Daisy corrieron junto a mamá. Le arrebataron dos pares de guantes de la cesta.

Las niñas rieron al ponérselos, les quedaban enormes.

Cuchichearon antes de hablar.

—¡Tenemos manos gigantes! —dijeron—. ¡Vamos a poder coger millones de flores!

—A ver, a ver, con calma —dijo Rose—. ¿Cuántos collares

vamos a hacer?

Daisy habló al oído de Dahlia. Y ésta le respondió, también al oído. Miraron a Melissa, a mamá, a Iris. Señalaron la casa, o algo

que había más allá, probablemente la tumba de Edelweiss.

Llegaron a algún acuerdo.

—Seis —dijeron a la vez.

Melissa tuvo la sensación de que mamá iba a decir algo —quizá

recordar que ya no eran seis mujeres en esa casa o tal vez

agradecer el detalle de que siguieran teniendo tan presente a

Edelweiss—, pero las gemelas salieron disparadas hacia los

cactus, dejándola sin opción a réplica. A mitad de carrera, a

Dahlia se le salieron los guantes. Cuando se detuvieron a

recogerlos, se le salieron a Daisy los suyos. Optaron por dejarlos allí tirados.

—Ya sabía yo que no iban a servirles de nada.

Mamá salió corriendo cuando las niñas hicieron amago de

mover ellas mismas la escalera plegable. Papá la había sacado

durante el desayuno para que pudieran alcanzar las flores más

altas. Iris y Melissa bajaron juntas las escaleras del porche, la torre de vasos tintineando con cada escalón. En el camino

encontraron una roca de forma interesante. Melissa se puso de

cuclillas para examinarla de cerca.

—Tiene pómulos —le dijo a su hermana. Después se dirigió a la

piedra—: Luego te cojo, que voy cargada. —Mostró la ropa

doblada a la roca.

—Pero ¿adónde vas a pertenecer tú si no es aquí? —dijo Iris con

una sonrisa—. ¿Haciendo que las rocas y los cactus cobren vida?

Melissa le sacó la lengua. Desvió su camino separándose de su hermana, que continuó en dirección a mamá y las niñas.



Dahlia y Daisy peleaban por subirse a la escalera cuando Iris llegó con la jarra de agua de Jamaica. Ofreció un vaso a las niñas.

—¿No ves que no podemos? Estamos muy ocupadas —dijo Dahlia.

—¿No ves que no podemos? Estamos muy ocupadas —repitió Daisy.

—Vale, vale —respondió Iris.

Intercambió con mamá una mirada burlona.

—A ver, no tenéis que pelear, cabéis aquí las dos perfectamente.

—Mamá tocó el peldaño más alto y más amplio de la escalera plegable. Dejó que Dahlia subiera primero y después indicó a

Daisy dónde colocar los pies. Las dos alcanzaron a la vez la parte

superior de varias ramas del cactus, repletas de flores—. Podéis empezar a cogerlas, pero mucho cuidado con las espinas. Por favor.

Las niñas olieron las flores.

—¡Qué bien huelen! —dijo Dahlia.

—¡Huelen a melón! —dijo Daisy.

—¡Huelen a melón! —repitieron al unísono.

Mamá pidió a Iris que le sirviera un vaso.

—Deja que caiga mucho hielo.

Lo bebió sin soltar la base de la escalera. Allá arriba, las gemelas reían. Contaron cada flor arrancada antes de dejarla caer en el interior de la cesta en el suelo, a los pies del cactus. Cuando terminaron con el primero, trasladaron todo el equipo al cardón vecino. Las gemelas aprovecharon el regreso a tierra para beber dos vasos del refresco casero. Mientras nuevas flores llovían sobre la cesta, Iris observó a Melissa, a unas yardas de ellas.

Sentada en una roca, cortaba con las tijeras la espalda de la camisa, del cuello hasta abajo. También hizo un corte grande a un lateral del pantalón, desde la cintura hasta el final de la pernera. Después se subió a la roca y vistió un cactus con las prendas. La ropa quedó perfectamente sujeta, clavada a las espinas del cardón. Melissa ajustó las puntas del cuello de la camisa y estiró el pantalón. Abrochó algunos botones.

—¿Tú también piensas que es muy mayor para seguir con esas cosas?

La pregunta de mamá sorprendió a Iris. Un par de flores blancas se precipitaron al suelo desde lo alto de la escalera. El recuento de las niñas alcanzaba ya las tres decenas. Iris se encogió de hombros y miró a Melissa, que realizaba una pequeña reverencia frente al cactus, saludándolo.

—¿Cómo lo vas a llamar? —gritó mamá.

Melissa se dio la vuelta.

—Que cómo lo vas a llamar —repitió mamá, aún más alto.

Desde su posición les enseñó una piedra plana en la que había escrito «Thorns» con témpera negra.

—Hola, *Thorns*. —Mamá levantó una mano como si de verdad

saludara a alguien—. Y hola a vosotros también, *Needles y Pins*, que no os había dicho nada todavía.

Al lado del cactus que acababa de vestir Melissa, había otros dos ataviados también con ropa de hombre. A sus pies, sendas piedras caligrafiadas servían como identificación. Melissa bautizó al tercer cactus colocando la piedra en su base.

Después se acercó a ellas.

—¿Puedo usar la escalera para ponerle esto? —preguntó, señalando la gorra en su cabeza.

En lugar de responder a Melissa, mamá habló al cactus, a gritos.

—No te preocupes, *Thorns*, cuando acaben las gemelas con las flores, te ponemos la gorra.

Iris tuvo que hacer un esfuerzo para no reír.

—Mamá... —Melissa miró al suelo, pisando algunos guijarros con la punta del pie—. No hace falta que hables con ellos...

Esto..., esto es una cosa mía. Pero son sólo cactus. No te oyen.

Mamá se rascó la nuca. Cambió de tema preguntando a las

gemelas cómo iba la recolecta. Tres flores cayeron en la cesta, que ya casi estaba llena. Iris la cogió y la olió.

—Qué bien huelen —dijo.

—¡Son nuestras! —gritaron las niñas desde arriba.

—Pero venga, que tenéis ya muchas —dijo mamá—. Parad ya.

Iris rodeó el cactus para mostrarles el contenido de la cesta.

Había flores más que suficientes para confeccionar seis collares como los de ayer.

—¡Nos falta una!

—¡Nos falta una!

Señalaron una flor grande en lo más alto. Iris dio un paso atrás para verla con claridad.

—La voy a coger yo —dijo Daisy, estirándose de puntillas en la escalera.

—No, la voy a coger yo. —Dahlia dio un salto para adelantarse a su hermana.

Al ver la peligrosa maniobra, mamá las regañó. Daisy pegó un grito.

—¿Qué pasa? —chilló mamá. Agarró con fuerza la escalera, los hombros encogidos como si esperara una caída—. Iris, ¿qué pasa?

La flor grande de lo alto del cardón se desprendió pero no tocó el suelo. Quedó ensartada en una espina del propio cactus.

—¡Me has empujado! —Daisy rompió a llorar—. ¡Mira lo que me has hecho!

Enseñó a Dahlia las consecuencias de su impaciencia. Iris también pudo verlo.

—Se ha raspado el brazo con el cactus.

—Bueno, ya está bien —dijo mamá—. ¡Daisy, baja!

La niña obedeció. Bajó llorando con la barbilla arrugada, pegada al pecho. Iris se acercó a mirar mejor la herida. Tenía un raspón en la cara interna del antebrazo. Cinco arañazos rojos destacaban en una zona irritada que iba desde la muñeca hasta el pliegue del codo.

—No es nada. —Mamá sopló la rozadura—. Es sólo un rasponcillo, ni siquiera hay sangre.

La niña sollozó.

—Dahlia me ha empujado.

Mamá subió por la escalera tan enfadada que las patas del artefacto rechinaron en la tierra cada vez que pisaba un nuevo

escalón. Arriba, agarró a Dahlia de la cintura. La niña se resistió.

Estiró un brazo intentando coger la flor desprendida.

Mamá empezó a regañarla.

Pero se interrumpió de golpe.

Se quedó en silencio.

Permaneció inmóvil, con la mirada fija en algún lugar del

terreno, a lo lejos. La niña aún se esforzaba en alcanzar la flor, retorciéndose entre los brazos de mamá, pero a ella ya no parecía

importarle.

—¿Qué pasa? —preguntó Iris, que aún trataba de consolar a

Daisy—. ¿Qué ves?

Mamá se puso de puntillas en la cima de la escalera. Entrecerró

los ojos, forzando la vista.

—¿Qué ves, mamá?

Iris siguió la dirección de la mirada de ella, pero desde el suelo

no vio más que cactus y rocas. Melissa se colocó a su lado.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —susurró Iris—. Pero mamá ha visto algo.

Mamá movió los labios, murmurando algo para sí misma. Volvió

la cabeza hacia la casa. Miró a Melissa, a Iris, a Daisy. Sus ojos revisaron el contenido de la cesta. Se detuvieron en la jarra de agua de Jamaica. En los cinco vasos. Volvió a mirar a lo lejos.

Emitió un hondo suspiro mientras se mordía el labio inferior.

Pensando. Calculando.

—Mamá, por favor, ¿qué pasa? —dijo Iris—. Estás asustando a las niñas.

La inquietud en su voz alertó incluso a Dahlia, que detuvo sus esfuerzos por alcanzar la flor para observar a mamá. Ahora parecía más tensa que enfadada. Más nerviosa que molesta.

Su respiración resultó audible.

—Mamá, por favor —repitió Iris.

Rose reaccionó de pronto. Aprisionó a Dahlia y bajaron a toda prisa. Casi empujó a la niña para que se colocara al lado de Daisy. Ella se chupaba los dedos de una mano extendiendo saliva por la rozadura.

—Una de vosotras, al cuarto.

—¿Viene Socorro? —preguntó Melissa.

Mamá no respondió.

—Venga, ¿cuál de las dos se va?

Las gemelas ni se miraron, enfadadas como estaban una con la otra.

—¿Por qué tienen que irse? —insistió Iris—. ¿Quién viene?

—Es Socorro —concluyó Melissa sonriendo con las manos recogidas en el pecho.

La mirada que le dedicó mamá dejó claro que no era así.

—¿Papá? —aventuró Iris, aunque las gemelas nunca se escondían por papá.

—Si no decidís vosotras, os vais las dos.

A Iris no le gustó el tono que mamá estaba empleando con las

gemelas.

—Te vas tú —dijo Daisy.

—No, te vas tú —repuso Dahlia.

—Te vas tú porque me has hecho esto en el brazo.

—Te vas tú porque ayer me fui yo.

—Pero ayer era por las clases. Esto no son clases. Esto es porque viene un extraño. Y la última vez que vino un extraño me escondí yo.

—¡Mentira! ¡Nos escondimos las dos!

—Bueno, pero fue hace siglos, así que no cuenta.

En realidad no hacía siglos de aquello, pero a Iris le alegró que sus hermanas recordaran el funeral casero de Edelweiss como algo tan lejano.

—Mamá, si no es Socorro la que viene —preguntó por encima de las voces de las gemelas—, ¿por qué tienen que esconderse?

—Anda que también tú... —respondió mamá—. Cualquiera que

las vea puede hacer que se corra la voz entre las casas, por el pueblo. —La mirada se le escapó a un lado—. ¿Queremos que

Socorro se entere de que está dando clases a cuatro niñas en

lugar de a tres?

—¡Yo no me voy a ir! —gritó Dahlia.

—¡Pues yo menos! —gritó Daisy.

—Entonces os vais las dos. Vamos, Iris, llévatelas.

—¿Yo? ¿Por qué? Que las lleve Melissa.

—Hija, por favor... Que tú no tienes seis años.

Iris se giró hacia Melissa para traspasarle la tarea, pero su

hermana ya no estaba a su lado. Había subido a lo alto de la escalera. De puntillas, haciéndose sombra en los ojos con la

mano, miraba a lo lejos, como había hecho mamá. Sus tobillos crujieron al descender. Tenía la boca abierta.

Iris sintió emoción en el estómago.

—¿Qué es? —preguntó.

El rostro asombrado de Melissa dibujaba ese momento una sonrisa. Antes de que pudiera responder, mamá volteó a Iris cogiéndola por los hombros. Las empujó a ella y a las gemelas.

—Llévatelas. Ya. Y tú, Melissa, baja ahora mismo. A ver si empezamos todas a comportarnos un poquito.

Daisy se sentó en el suelo.

—Yo no me voy.

Trató de cruzar los brazos, pero los separó con un gemido al rozar la herida. Iris quiso levantarla, llevarse a las gemelas de una vez y volver cuanto antes para averiguar qué estaba pasando. La niña se tumbó, se retorció. Mamá se agachó a por ella. Daisy se resistió.

Iris acabó llevándose sólo a Dahlia.

Corrió tirando de su mano, sin preocuparle que la zancada de la

niña no fuera tan larga para seguir el ritmo de su carrera. Oyó sus zapatos arrastrarse en algunos tramos. La oyó gritar y llorar.

El porche lo atravesaron con apenas tres pasos. Para subir la escalera, la cargó a pesar de que la niña sacudiera brazos y

piernas. Al meterla en la habitación, Dahlia se tiró boca abajo sobre su cama. Lloró contra las sábanas. Iris se acercó a la

ventana.

Retiró la cortina.

Tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que lo que veía en el camino era real.

No podía ser verdad.

Salió del cuarto a toda prisa. Cerró por fuera, dejando a Dahlia en el interior. Bajó las escaleras de dos en dos, de tres en tres.

Abrió la puerta mosquitera con tantas ganas que el pestillo golpeó



contra la pared. El porche pudo haberlo sorteado flotando.

Regresó al lugar donde estaban mamá y sus hermanas con la respiración entrecortada. De pronto se arrepintió de haberse dado tanta prisa porque había roto a sudar. Tenía algunos pelos pegados a la cara, notaba la humedad en la costura del escote.

Separó la tela de su piel y sopló. Sintió el frescor hasta el vientre. Con los dedos peinó su cabello, nerviosa. Ajustó su ropa interior a través del vestido, enderezando el elástico. Acomodó sus pechos en el sujetador. Detuvo el movimiento al ver la cara de disgusto de mamá. De rodillas, metía todo cuanto podía en la cesta de mimbre. Daisy le pidió que tuviera cuidado de no aplastar las flores.

—Contigo estoy muy enfadada —dijo mamá.

Y aunque se lo decía a la pequeña, no despegó la mirada de Iris.

Ella pensó responder algo para justificar su coquetería, pero fue en ese momento cuando oyó la voz del chico y todo quedó

reducido al dulce y grave sonido de sus palabras. Imaginar la lengua que se movía dentro de esa boca para pronunciarlas generó en el cuerpo de Iris una corriente eléctrica. Sintió el calor de esa energía concentrarse en el pecho, en el estómago, entre las piernas.

Al ver al extraño, Melissa pensó en la foto de James Dean a la que había arrancado los ojos hacía dos días. El chico tenía los labios igual de gruesos, la frente igual de ancha, con el flequillo peinado hacia arriba. Su mirada era tan intensa como la de la imagen en la revista antes de que ella se la trasplantara a una piedra. Vestía una camiseta blanca muy similar a la del actor, las mangas ajustadas hasta el inicio del bíceps. Un cerco de polvo marcaba la humedad alrededor del cuello y bajo los brazos. El pantalón vaquero tenía las rodillas tan gastadas que la tela, de un azul desvaído, amenazaba con rasgarse en la siguiente flexión de la pierna. Calzaba unas botas aparatosas, con mucha suela y mucho cordón, a un paso del desgarró. Una mochila colgaba de sus hombros. Melissa vio a Iris humedecerse los labios y le resultó muy fácil descifrar la trayectoria que sus ojos recorrieron sobre el cuerpo del chico.

Él también las observó a ellas, repasando sus caras con una intensidad que Melissa no podía saber si era la habitual en los encuentros entre personas. La profundidad en su mirada, la manera en que estudió los rostros delante de él, recordó a Melissa la manera en que ella inspeccionaba las rocas en el suelo, buscando rasgos concretos.

En Iris se detuvo tanto tiempo que acabó por sonrojarla.

Mamá tiro de ella.

A Melissa le sobrevino un ataque de timidez que no pudo controlar. Se agazapó al otro lado de mamá, al igual que una niña pequeña. Incluso Daisy parecía más cómoda que ella, sentada junto a la cesta contando sus flores como si la visita de un desconocido fuera un suceso normal y no algo que ocurría por segunda vez desde que Melissa recordaba. Y en aquella otra ocasión sólo mamá y papá atendieron al sacerdote que ofició en español una misa por Edelweiss.

Melissa sintió que mamá estiraba la espalda, tensa, encarando al muchacho como si protegiera a sus hijas de lo desconocido. Las tres formaron una barrera. A pesar de la firmeza en la postura de mamá, una mano empezó a temblarle. Lo disimuló cerrándola en su hombro.

El chico levantó una de las suyas mostrando la palma.

— *Ho...*, ¿hola?

Lo dijo en español, con un acento parecido al de papá cuando hablaba con la gente en el pueblo.

— *Hola* —respondió mamá.

— *Qué suerte enc...*

—Hablamos inglés —soltó Iris.

Melissa escuchó el chasquido de la lengua de mamá.

Se produjo un llamativo cambio de ángulo en el rostro del chico.

Algunas arrugas aparecieron en su frente.

—¿En serio? ¿Sois americanas también? —Abrió mucho los ojos

remarcando su sorpresa—. Hoy debe de ser mi día de suerte.

Llevo cuatro días sin ver a nadie. Ni una sola persona. Y por fin encuentro a alguien y resulta que habláis mi idioma. No sabéis lo

mucho que me alegro. En español sólo sé decir *más cerveza, por favor y quiero otro taco*. Y eso habría sido una conversación aburrida para todos.

Melissa hubiera querido responder al comentario, o reír, pero la fuerza con la que mamá apretaba su hombro le hizo sospechar que era mejor permanecer callada. Iris tampoco dijo nada. Tan sólo parpadeaba con una sonrisa bobalicona en la cara.

—Me llamo Rick —añadió el chico.

Dio un paso adelante con la mano tendida, ofreciéndosela a mamá. Ella reaccionó con un espasmo, alejándose de él. El chico retrocedió. Enganchó los pulgares en las correas de su mochila.

—Lo siento, no pretendía...

—¿Qué es lo que buscas?

Rick se aclaró la garganta.

—No..., no busco nada, la verdad. Un poco de compañía, supongo. Llevo veintisiete días andando y hace cuatro que no veo a nadie. Estoy por ponerme a hablar con las rocas.

—¿Con las rocas?

Melissa se quedó boquiabierta. El desconocido resultaba cada vez más interesante. Ella podía contarle muchas cosas sobre la necesidad de hablar con las piedras. Mamá le apretó aún más el hombro, mandándola callar.

—De hecho —continuó Rick—, me alegra escucharme ahora.

Qué alivio. A ver cómo sueno. Uno, dos, uno, dos. Todo bien,

menos mal. En serio, pensaba que se me estaba olvidado hablar.

—Rubricó el comentario con una sonrisa de medio lado.

Iris suspiró.

—Pues no se te ha olvidado —dijo Daisy en el suelo—, porque no callas desde que has llegado.

Lo soltó sin más, mientras terminaba de contar sus flores. Hubo

un momento de sorpresa, de cómico sobresalto. Incluso mamá

buscó la mirada de sus hijas. Fue el propio Rick quien empezó a reír, su media sonrisa transformándose en una carcajada que

mostró el blanco brillante de sus dientes. La risa se le contagió enseguida a Iris, que rió más alto y más agudo de como solía

hacerlo. Melissa se unió poco después, sin apartar la vista de

Rick, cuya camiseta se ajustaba ahora a su abdomen en tensión.

Cuando tomó aire, los músculos de su pecho se ensancharon

tanto que la prenda pareció encogerse, mostrando la hebilla de su

cinturón. Daisy también reía. Mamá necesitó un pequeño

empujón de Melissa para arrancarse. Cuando lo hizo, rió con

ganans, la tensión de sus músculos fue desapareciendo poco a

poco. El agarre que mantenía sobre ella acabó cediendo.

—Me gusta tu sinceridad —dijo Rick a Daisy—. Ojalá al crecer

mantuviéramos todos la honestidad de los niños, ¿verdad?

Dirigió la pregunta a mamá. Tanto Melissa como Iris la

enfilaron con la mirada, esperando que actuara con mayor

amabilidad. Ella observó a Rick de arriba abajo.

—Ya lo creo —dijo—. El mundo sería un lugar mucho mejor.

Tendió la mano a Rick, que se limpió la suya en el pantalón

antes de aceptarla.

—Me llamo Rose.

—Encantado, Rose. ¿Y vosotras os llamáis...?

—Se llaman Iris, Melissa y Lily.

Mamá usó el nombre común de las gemelas, como hacía con

Socorro.

—Todas con nombres de flores, qué bonito.

Mamá sonrió, le gustó que el chico se diera cuenta del detalle. A

Melissa le cautivó el interés con el que Rick escuchaba, prestando total atención a mamá, concentrado.

Casi parecía que estuviera tomando notas en su cabeza.

Iris aprovechó el momento de las presentaciones para recoger

del suelo la jarra de agua de Jamaica. Llenó un vaso con la

intención de dárselo a Rick, pero mamá impidió que se acercara extendiendo un brazo a modo de barrera.

El chico levantó las manos.

—Soy inofensivo, se lo juro. Y ese vaso tiene una pinta

estupenda, la verdad. Con tanto hielo. No sé cuántos días hace que no bebo algo frío.

—¿Qué haces andando por aquí?

—Eso mismo me pregunto yo a veces. Y mi madre. Ella me lo

pregunta sin parar siempre que me ve preparando un nuevo

camino. ¿Y sabe qué? Que no sé la respuesta. Ando porque no

sabría estar sin andar, así de simple. Y cada vez necesito retos más grandes. El Pacific Crest Trail me llevó cinco meses. Cinco meses andando.

A Iris se le escapó un suspiro de asombro.

—Estados Unidos ya lo tengo muy visto, así que ahora he querido probar con México, recorrer toda la península de Baja California, de norte a sur. Casi mil millas. Voy a estar entretenido una temporada. No tratamos bien a este país allí arriba, ¿no cree? Sólo lo mencionamos como escondite para fugitivos, pero resulta que tiene estas maravillas.

Rick hizo una pequeña pausa, con la vista fija en mamá.

—Bueno, pero qué le voy a decir a usted si ha decidido vivir aquí. Por algo será. Es increíble este paisaje. No me canso de mirarlo, con todos estos cactus, estas rocas tan imponentes. Esta soledad. Me gustan mucho los desiertos. Y este olor, este aire tan puro. —Rick inspiró con ganas, observando el terreno con los brazos abiertos, como si quisiera respirar el paisaje entero—. ¿Ve lo que le digo? Nos hacen creer que sólo existen saguaros en Arizona, el símbolo del Lejano Oeste y todo eso, y resulta que aquí hay incluso más que en nuestro país. Estamos muy equivocados allí arriba. Muy equivocados.

—Esos cactus no son saguaros —le corrigió Daisy—. Se llaman cardones.

—¿Ah sí? —dijo Rick—. ¿Y qué diferencia hay?

Daisy se encogió de hombros. Sacó dos flores de la cesta.

—Mira qué bien huelen.

—¿Puedo? —preguntó Rick a mamá, que asintió tras alguna deliberación interna.

El chico hincó una rodilla, frente a Daisy, y olió la flor.

—¿Y eso? —Señaló el raspón en el brazo de la niña—. ¿Te lo ha

hecho el cactus por intentar llevarte sus flores?

—No, me lo ha hecho mi hermana —respondió Daisy.

La espalda de mamá se tensó.

Daisy se tapó la boca cuando se dio cuenta de que había hablado de más.

—Sí, fui yo —se adelantó Melissa para encubrir el lapsus—.

Pero fue sin querer y ya te he pedido perdón.

—Es verdad. —Daisy asintió exageradamente—. Te perdono.

Rick siguió mirando la lesión del brazo, ajeno a la mentira.

—Bueno, no es gran cosa. Yo creo que no se va a hacer ni costra. —Sopló encima de la rozadura—. En una semana no tendrás nada.

Al levantarse, el peso de su propia mochila lo desequilibró. Tuvo que dar dos pasos a un lado para recuperar la estabilidad. Quedó orientado hacia los cactus que vestía Melissa. Boqueó sorprendido.

—Ésos son de mi hermana —se apresuró en aclarar Iris—. Ella es la que hace esas cosas raras.

Melissa la recriminó con la mirada.

—No, bueno, son una tontería, no son nada, no...

—Oye, oye —Rick volvió la cabeza—, que me encantan. Me parecen muy originales, nunca había visto nada igual. Son como espantapájaros del desierto.

La muestra de aceptación infló el pecho de Melissa. Dedicó una sonrisa a su hermana.

—¿*Needles, Pins* y *Thorns* son sus nombres? —preguntó Rick—.

Qué apropiados.

Melissa asintió, sin rastro de timidez.

—Tiene usted unas hijas preciosas —dijo Rick a mamá.

—Mi marido está a punto de llegar.

—Lo siento, no pretendía... Vaya, no hago más que meter la pata.

—No has dicho nada malo —intervino Iris.

—Además, es verdad que somos preciosas —añadió Daisy—.

Somos tres hermanas preciosas.

Guiñó el ojo a mamá al decir el número.

—Eso veo. Uno, dos y tres. —Señaló a Daisy, Melissa e Iris—.

¿No tenéis más hermanas?

Las cuatro contestaron a la vez:

—No.

Se produjo un silencio. Melissa percibió en mamá su intención de no proseguir la conversación. A pesar de las risas de antes, no terminaba de gustarle la presencia de aquel desconocido en la casa.

—¿Y cuántos años tenéis? —soltó Rick de pronto.

—Yo seis —contestó Daisy enseguida.

Mamá chistó a la niña para que se callara, pero Melissa respondió también.

—Yo trece.

—Y yo dieciséis —terminó Iris.

Rick repitió la edad de Iris en un murmullo, como si lo apuntara en una de esas notas mentales que Melissa lo había imaginado archivando. Iris jugueteó con un mechón de pelo. Melissa entendió el significado que su hermana estaba dando a las atenciones del muchacho. Ella siempre pensando en lo mismo. —¿Puedo entonces tomarme eso? —Rick señaló el vaso en las manos de Iris—. Creo que estoy disimulándolo bastante bien pero llevo cinco minutos sin pensar en otra cosa que no sea en saborear esa agua tan fría. Me gustaría hacerlo antes de que terminen de derretirse los hielos.

Melissa e Iris rieron.

—Puedes —dijo mamá—. Pero luego te voy a pedir que te vayas.

Mi marido está a punto de llegar.

—¿Me permite un consejo? —Rick invitó a mamá a acercarse.

Le habló al oído para que las niñas no se enteraran, pero Melissa alcanzó a oírlo—. La próxima vez que aparezca un desconocido en

su terreno, mejor no le diga que su marido no está en casa. Me lo

ha dicho dos veces ya. Yo porque soy un chico inofensivo, pero para alguien con peores intenciones habría sido una gran noticia

saber que está aquí sola con sus hijas.

Mamá asintió como si hubiera recibido una reprimenda. Cogió

el vaso de las manos de Iris y fue ella misma quien se lo dio a Rick. Él lo bebió de un trago, dejando sólo los restos de hielo.

Expresó su satisfacción con un jadeo que hizo reír a Daisy.

—Bueno, muchas gracias por esto —enseñó el vaso vacío—. Y por todo. Tiene una familia preciosa, de verdad. Una familia de

flores. Yo me voy por donde he venido.

Esta vez mamá sí agradeció el cumplido. Melissa e Iris se comunicaron con ella subiendo las cejas una y otra vez.

—Vamos, mamá —dijo Iris por la comisura de los labios—. Es un buen chico. Que cene con nosotros. Sólo eso.

—Por favor... —acabó susurrando Melissa—. Quiero hablar con alguien.

Mamá dirigió la mirada a los cactus vestidos.

—Ya casi es de noche —añadió Melissa—. Por favor...

—No se preocupe, de verdad —dijo Rick—. Estar solo es parte de mi aventura. A veces creo que camino para alejarme de todo el mundo. Y si me voy a ir, es mejor que la haga antes de que el sol desaparezca del todo.

El chico se tragó los hielos del fondo del vaso. Iris estalló en susurros en la oreja derecha de mamá. Melissa siguió los

movimientos de Rick, que se agachó a los pies de uno de los cactus para dejar su bebida junto a la jarra y el resto de los vasos.

Melissa vio cómo los señalaba, uno por uno.

Contando.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

De la misma manera las había contado antes a ellas. Se quedó pensativo con el codo apoyado en la rodilla, pellizcándose el labio inferior. Después se levantó con ganas, como impulsado por una nueva energía.

—¿Sabe qué? Le voy a ser sincero. Necesito compañía de verdad. Cenar con personas me vendrá muy bien. Creo que el

cerebro se me va a atrofiar si no hablo durante un buen rato.

Siempre he confiado en la bondad de los desconocidos y creo que

ésta es una buena oportunidad para que el universo me

demuestre que existe.

—La bondad de los desconocidos —repitió Iris—. Eso es de *Un tranvía llamado deseo*.

—Me encanta esa obra. ¿Te gusta leer?

—¿Que si me gusta?

Iris terminó la pregunta con la boca abierta y una mano en el pecho. Tardó varios segundos en cerrarla.

Rick se dirigió de nuevo a mamá.



—Puedo cocinarme mi propia comida. Tengo una lata de alubias cocidas.

Mamá tardó en decidir. El sol se escondió tras el horizonte. La luz en ese momento del día era la favorita de Melissa, porque

iluminaba lo justo para ver la realidad de las cosas, sin sombras

ni deslumbramientos. Una nube de polvo resultó visible a lo lejos.

—Ahí viene mi marido —dijo mamá. Parecía contenta de poder delegar la decisión—. Vamos a preguntarle a él.

Rick entró en la cocina agarrando las correas de su mochila.

Enseguida buscó en la estancia alguna fotografía. Algún retrato

familiar. No encontró ninguno. Buscó información en la puerta de

la nevera, pero sólo había dibujos infantiles coloreados con

cuentas.

—Tiene una cocina preciosa —le dijo a Rose—. Gracias por dejar que me quede, Elmer.

El hombre dio un paso al frente. Encaró a Rick con el pecho inflado.

—¿Cómo sabes mi nombre? No te lo he dicho todavía.

—Por su mono. —Señaló la etiqueta bordada en la prenda.

Elmer ladeó la cabeza, frunció el ceño.

—Un chico que se fija en todo...

Rick no supo si era un cumplido o una sospecha.

—Pues mejor no te fijas en este desorden —intercedió Rose.

En un único brote de actividad, retiró de la mesa un cuaderno, quitó un cazo del fuego, tiró los restos de un limón a la basura.

Con un trapo limpió gotas secas de color rojo en la encimera y acumuló migas en una mano que sacudió junto a la escoba, en una esquina.

—Puedes dejar eso aquí.

Se abalanzó sobre él para quitarle la mochila, pero Rick dio un paso atrás. No quería que la tocara.

—Viajas ligero —observó Elmer.

Otra vez, la intención de sus palabras resultó difícil de descifrar. Rick desplazó su mochila de la espalda a la tripa y la abrazó como a un compañero de viaje.

—Es lo primero que uno aprende cuando empieza a caminar largas distancias, hay que elegir entre llevar cosas o poder seguir caminando —dijo—. Cuanto más pesa, menos probabilidades hay de completar el camino.

—¿Y tú qué llevas? —preguntó Melissa.

—Preguntar es de mala educación —la regañó Rose.

—Lo justo para sobrevivir —contestó él—. Una brújula, un suéter, un chubasquero...

—¿Caminas con este calor?

—La verdad es que hubiera hecho mejor viniendo en otro momento del año, tiene usted toda la razón —señaló las marcas de sudor alrededor del cuello—, voy muy lento por culpa del calor.

De hecho, ¿les importa que use el baño para cambiarme?

Iris se mordió el labio inferior, esperando la respuesta de sus padres con los ojos muy abiertos. Rose salió de la cocina, entró en

una estancia que probablemente era el aseo y permaneció en ella casi un minuto.

—Listo —dijo al salir, sujetando la puerta a Rick.

Él agradeció el gesto con una sonrisa. Entró en el baño y cerró

por dentro. El reducido espacio disponía de un retrete y un

lavabo. Lo primero que hizo fue contar los cepillos de dientes en un vaso. Había tres. Abrió la puerta de espejo sobre el grifo.

Encontró varias cuchillas de afeitar usadas. Una pastilla de jabón

seca. Un frasco de plástico con agua perfumada. Horquillas y

gomas de pelo. Unas pinzas. Otro cepillo de dientes con las cerdas

muy abiertas, casi negras, de haberlo usado para limpiar las

juntas de las baldosas. En el estante superior, encontró varios

medicamentos. La mayoría tenían el texto en español, pero Rick

reconoció algunos de los principios activos. Salicex era un

analgésico, profenil, un antiinflamatorio. Y dormepam, algún tipo

de tranquilizante. Por el número de cajas de ese último, alguno de los dos adultos, o ambos, sufría de ansiedad. Debajo del lavabo, una caja metálica contenía gasas, esparadrapos, alcohol, tiritas,

tijeras, un termómetro. Rick escudriñó su alrededor como si

pudiera encontrar algo de interés en las paredes, junto a la taza,

en el techo. Chasqueó la lengua.

Abrió su mochila.

Extrajo primero la toalla que había usado para hacer bulto. Vio

que la otra camiseta había acabado en el fondo de la bolsa. Para

poder acceder a ella tuvo que sacar todo el contenido de la

mochila: una cámara de fotos Polaroid, una linterna, una

grabadora, una libreta de bolsillo cuyas tapas estaban decoradas

con falsos sellos de pasaporte y la lata de alubias cocidas. Se cambió de camiseta a otra igual a la que llevaba, pero limpia y seca. Rehízo la mochila dejando fuera la lata. Volvió a usar la toalla para hacer bulto y tapar con ella el contenido real de la bolsa. Sólo dejó por encima la cámara de fotos.

Aunque no había usado el retrete, tiró de la cadena.

Salió secándose las manos con la camiseta que se acababa de

quitar. En la cocina seguían Rose y sus tres hijas. La pequeña revoloteaba alrededor de las piernas de su madre, mientras ella

cortaba hortalizas en una tabla.

—Mi marido ha subido a cambiarse.

Lo invitó a usar una de las sillas. Él dejó la camiseta sucia en el

respaldo antes de sentarse. En el lado opuesto de la mesa estaban

Iris y Melissa. Rick escapó de su exagerada atención mirando por

la ventana.

El último rastro de la luz del día, una línea de color morado, se

desvanecía a lo lejos. La oscuridad se iba cerniendo sobre los

cactus, las rocas, las camionetas en el terreno. Había dos nada más salir de la casa, en buen estado. Algo más apartadas

distinguió la carrocería de otras tres, quizá cuatro. Parecían

quemadas, pero con tan poca luz era difícil asegurarlo. Dentro de

unos minutos, ni siquiera podría verlas, sería como si no hubiera

nada allí fuera. Rick imaginó la casa vista desde el cielo, apenas un punto de luz naranja perdido en un inmenso desierto de color

negro.

—Es increíble cómo los seres humanos nos empeñamos en vivir en los lugares más recónditos, ¿no cree?

—Es increíble, sí, sí —repitió Iris.

—¿Donde tú vives hay calles? —preguntó Melissa—. ¿Y gente?

Rose se dio la vuelta. Reprendió a sus hijas señalándolas con el cuchillo.

—¿Cuánto hay al pueblo más cercano? —continuó Rick—.

¿Setenta millas? ¿Cien? Ni siquiera recuerdo cuánto hace que pasé la gasolinera. Tiene que estar lejísimos.

—Ahí trabaja papá —dijo la pequeña.

Rose chistó.

—O a lo mejor lo increíble es que los humanos nos apelonemos en ciudades. Que vivamos puerta con puerta, sin espacio. Que todo el mundo se meta en los asuntos de todo el mundo cuando tenemos este espacio libre a nuestra disposición para vivir más libres y tranquilos. Sin dar explicaciones a nadie de nada.

—La entiendo perfectamente —dijo Rick para calmarla—.

¿Usted vivió en la ciudad?

—Ella sí, nosotras no —dijo Iris—. ¿Te parece justo?

—Hace mucho —contestó Rose—. Antes incluso de tener a las niñas. Mi marido y yo nos cansamos de la vida acelerada y decidimos dar a las niñas una vida mejor. Una vida más real. Más

tierra y menos asfalto.

—Y separarnos de la gente —añadió Melissa.

—¿Nacisteis aquí?

—Ya te he dicho antes que sí. —Rose dejó caer con fuerza una jarra de agua en la mesa—. Nacieron aquí mismo.

—Como yeguas —susurró Iris cuando su madre se retiró.

Rick le dedicó una sonrisa y vio cómo se encendían las mejillas de la muchacha. También aumentó la intensidad de los golpes del cuchillo de Rose contra la tabla de cortar.

—¿Te gusta el picante? —preguntó.

—No se preocupe. —Rick sacó una navaja multiusos de un

bolsillo lateral de la mochila y se apostó en la encimera junto a ella—. No quiero molestar más de lo necesario. Yo me hago mi

comida y ustedes la suya, que imagino lo difícil que será cuidar aquí de un huerto.

Clavó la cuchilla abrelatas en el metal. Rasgó la tapa circular alrededor del filo hasta que una mano gruesa, áspera,

interrumpió su movimiento. Rick olió la gasolina. Elmer habló cerca de su oído.

—Si comes en mi casa, comes en mi casa. —Le arrancó la lata

de las manos y la tiró a la basura—. Además, estarás harto de comida en lata y comida en polvo.

—Se lo agradezco, pero...

—Pero ¿qué?

—Que no hacía falta que tirara la lata. Podría haberme servido para comer mañana.

Iris rió tapándose la boca. Elmer miró al chico con la cabeza

ladeada, las manos metidas en el bolsillo delantero del peto vaquero por el que se había cambiado el mono de trabajo, valorando si tomarse el comentario como una ofensa. La deliberación culminó en una risotada.

—Te aseguro, chico, que no querrás perderte la comida de mi mujer. Es la mejor cocinera en cien millas a la redonda.

—Tampoco hay otra —murmuró Melissa en la mesa.

El hombre sacó dos cervezas de la nevera y le lanzó una a Rick sin avisar. Logró cazar el botellín en el aire.

—Atrapas bien. ¿Te gusta el baloncesto?

—Juego al béisbol.

Elmer reprobó su respuesta con un corto abucheo. Rick se encogió de hombros mientras abría la chapa de los botellines con su navaja.

—¿Sabes lo bueno que tenemos los hombres? —preguntó Elmer después del primer sorbo—. Que podemos tirar cada uno por un deporte, incluso ser de equipos distintos, pero nunca dejamos de compartir una buena cerveza.

Lo agarró por los hombros y chocó el cristal de los botellines.

Rick aprovechó el gesto amistoso para proponer algo.

—¿Podría pasar la noche aquí? —soltó sin más.

Una silla rechinó contra el suelo. Melissa e Iris se tomaron de la mano. El cuchillo de Rose se clavó en la tabla. Hasta la pequeña, que se había sentado en el suelo con la cesta de las flores entre las piernas, alzó la mirada para escuchar la respuesta.

—¿Aquí? ¿En la casa? —El tono en la voz de Elmer había subido al menos una octava. La propuesta debía de parecerle tan disparatada que ni siquiera hubo lugar para el enfado—. Ni lo sueñes, chico. ¿Crees que no me doy cuenta de lo guapas que son mis hijas?

Rick se arrepintió de haber lanzado la idea tan pronto. Pensó en los cinco vasos que había contado fuera, junto a la jarra.

Necesitaba más tiempo en la casa.

—A lo mejor puede dormir fuera —dijo Iris.

Elmer lo miró de arriba abajo. Examinándolo una vez más.

—Si quieres dormir en alguna de las *pick-up*, eso no te lo voy a negar. Pero la puerta de esta casa se cierra en cuanto salgas. Ahí fuera estás solo. Si necesitas un baño, tienes todo el desierto. Y en cuanto salga el sol, vas a asarte, así que más te vale emprender camino antes del amanecer.

—Sin problema —dijo Rick, eso era mejor que nada—. Después de veinte días durmiendo en el suelo, el asiento de una camioneta me parecerá una cama.

Rose se asomó a la ventana.

—Métete en la Dodge. Le ha dado la sombra por la tarde y estará más fresca.

La pequeña se levantó, le enseñó la cesta de flores a su madre.

—Se están poniendo raras.

—Es el calor. Ven.

Las dos se arrodillaron frente a la nevera, buscándole espacio a

la cesta. Movieron hortalizas, botellas de leche y paquetes de carne. Rick las vio susurrarse al oído. La pequeña intentó mirarlo a él, pero su madre le sujetó la cara para evitarlo.

—Vamos un segundo arriba —anunció Rose tras guardar la cesta—. Tenemos que..., tengo que..., voy a limpiarle la herida a...

Lily.

Tiró de la niña y salieron de la cocina. Rick se acercó al fregadero y se lavó las manos con la sola intención de ver adónde iban. Justo en ese momento llegaban al inicio de una escalera.

—¡Mamá, se quema la cebolla! —gritó Iris.

Ella misma se levantó a atender el fuego, pero la sacudida que



dio a la sartén provocó una llamarada de aceite. Pegó un grito.

Rose se detuvo. Explicó algo a la pequeña, hablando muy cerca de su cara. También le dio algo que sacó de un bolsillo de su delantal. Mirando de soslayo, Rick no podía estar seguro de lo que veía, pero pareció que le entregaba una barra de mantequilla y una rebanada de pan.

Se le aceleró la respiración.

Desvió la mirada cuando Rose regresó a la cocina. Mientras ella

resolvía el incidente en los fogones, Rick se obligó a mantener la calma fijándose en cómo la espuma se disolvía bajo el agua, entre sus dedos.

Pensó en su madre.

Se salpicó adrede jabón en los ojos por si alguien preguntaba

por qué le lloraban.

Daisy llegó a lo alto de la escalera dejando migas de pan a su paso. Giró la llave del cuarto, manchándola con grasa del queso que llevaba en la mano. El movimiento estiró la piel del brazo herido. Sopló sobre la rozadura para aliviar el ardor. Aunque la habitación estaba a oscuras, distinguió el volumen de su

hermana encima de la cama.

—¿Sigues enfadada? —preguntó.

—Eres una egoísta.

—Te traigo algo de comer.

Dahlia se sentó en el colchón y encendió la lámpara de la

mesilla de noche que compartían, en medio de las dos camas.

Daisy le dio el queso, el pan y una servilleta. Lo recibió como si llevara días sin comer.

—No piensas nada en mí. —Dio un bocado al queso—. Ayer

estuve toda la mañana aquí metida. Y hoy otra vez.

—Y tú me has hecho esta herida. —Daisy le mostró el

antebrazo.

Dahlia no miró.

—Eso ha sido sin querer. Yo sólo quería coger la flor. —Masticó

un trozo de pan mirando a la pared. Como siempre que estaba

enfadada, rehuía los ojos de su hermana—. ¿Qué ha pasado con

los collares?

—Mamá ha metido las flores en la nevera. Para que se

conserven. No podemos hacerlos hoy porque el chico va a cenar

aquí.

Dahlia se cruzó de brazos.

—Me lo pierdo todo. Ayer el último día de clase. Y hoy una visita. —Hizo un puchero con el labio inferior—. Y todo por tu culpa.

A Daisy le afectó verla tan triste.

—¿Me perdonas?

Dahlia no contestó. Daisy trató de poner la cara frente a la de su hermana, pero ella lo evitó girando el cuello. La cogió de la barbilla.

—¿Quieres bajar tú ahora?

Los ojos de Dahlia la buscaron al instante. Daisy notó en sus dedos cómo aparecían pliegues en la mejilla de su hermana, dando forma a una sonrisa.

—¿En serio?

—Yo ya lo he conocido. Y tampoco es tan interesante.

Dahlia la abrazó.

—Gracias, gracias, gracias...

—Pero entonces el queso es mío. No comas más. Que va a ser mi cena.

Dahlia lo dejó en la mesilla, sobre la servilleta. También el pan.

Saltó al suelo y abrazó otra vez a Daisy. Para celebrarlo, dio comienzo al juego del espejo contando con los dedos.

—Uno, dos y tres.

Frente a frente, iniciaron la secuencia de gestos aprendida.

Subir cejas. Sacar lengua. Bajar cejas. Levantar comisura izquierda. Levantar comisura derecha. Comisura izquierda.

Comisura derecha. Abrir boca. Cerrar boca. Mirar a la izquierda.

Mirar la derecha. Subir cejas. Sacar lengua. Inflar mofletes.

Aplastar mofletes. Arrugar nariz. Sacar lengua. Guiñar ojo

izquierdo. Guiñar ojo derecho. Chocar manos dos veces.

Saltaron al completar la secuencia sin error.

—¡Somos un espejo! ¡Somos iguales!

Daisy le arregló el pelo a su hermana, que se había enredado de estar tumbada en la cama. También le colocó las horquillas de manera más parecida a como las llevaba ella.

—A ver si se dan cuenta papá y mamá —dijo—. El chico seguro que no.

—¿Cómo se llama? —preguntó Dahlia.

—Se llama Rick. Y habla mucho. No se calla. Lleva un año caminando.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tiene los zapatos todos rotos. Yo creo que a Iris le gusta.

Se ríe como una tonta cuando dice algo. Melissa también está

contenta. A lo mejor le gusta más hablar con otra persona que

con sus cactus. Pero mamá está nerviosa. Está rara. Y a papá

creo que no le gusta que esté aquí, pero hace como que sí. Está bebiendo cerveza con él, pero no creo que sea su amigo.

—Vale. A ver qué veo yo. Ya estaba aburrida aquí. ¿Tú qué vas a hacer?

—Cuentas. Que me llevas mucha ventaja.

Daisy acompañó a su hermana a la puerta.

—Vamos, ve, que estamos tardando mucho.

Dahlia fue a la escalera. Volvió la cabeza y se despidió de Daisy.

Mientras bajaba, oyó al chico preguntar en la cocina si las

hermanas iban a la escuela o no. Cuando alcanzó el suelo, vio a mamá en la cocina. Abría un melón junto

al fregadero.

—Vamos, la cena está en el plato —dijo—. ¿Por qué has tardado tanto?

En cuanto la vio, dejó las rodajas de fruta en la encimera y fue a por ella, secándose las manos en el delantal.

—¿Qué hacéis? —le habló de rodillas muy cerca del oído—. ¿Por qué os cambiáis?

—¿Te has dado cuenta?



—Hija, por favor...

—Daisy me ha dejado bajar. Porque ayer también estuve yo encerrada y es injusto.

—Ya, pero Daisy no decide. Sube y que baje ella. Corre. ¿Qué tontería es ésta de arriesgarnos ahora?

—Mamá, no pasa nada. Somos iguales.

—Basta ya. Sube ahora mismo.

Detrás de Rose, Dahlia vio a Rick acercarse a la nevera. El chico reparó en ellas.

—Anda, Lily, ¿ya has vuelto? —preguntó desde allí.

—Ya he vuelto —contestó Dahlia.

Rose soltó un suspiro. El chico abrió la puerta, se acuclilló y sacó dos de las botellitas verdes que bebía papá. El resto tintinearón en el estante.

—Tus flores están muy bien aquí dentro. —Rick las señaló con la barbilla—. Ha sido buena idea meterlas en frío. ¿Quieres venir a echarles un ojo?

—¿Lo ves? —susurró Dahlia en el oído de su madre—. No se ha dado cuenta.

Dahlia corrió a la nevera. Observó su interior apoyada en la rodilla flexionada de Rick. Él acarició el montón de flores y comentó lo suaves que seguían. Juntos, regresaron a la mesa. Cuando Dahlia se sentó, percibió el acelerado intercambio de miradas entre papá, Melissa e Iris. Ella les guiñó el ojo a los tres.

—Ya he vuelto.

Antes de tomar asiento, Rick entregó al padre la cerveza que había cogido de la nevera. Esperó a que Rose regresara a la cocina. Retiró una silla agarrándola por el respaldo, invitándola a que se sentara.

—Muchas gracias. —Levantó su delantal con gran afectación, como si asistiera de pronto a una cena de gala. Después guiñó un ojo a su marido y añadió—: No estoy acostumbrada a tanta atención.

Rick cogió las rodajas de melón que Rose había dejado en la encimera, las depositó en un plato en el centro del mantel.

—Estás a todo —dijo Iris, pronunciando las palabras como en un suspiro.

—Es muy simpático, ha acariciado mis flores.

—Cuéntanos cosas de la gran ciudad —añadió Melissa.

—A ver, a ver —interrumpió el padre—, dejad al chico que se siente y que coma en paz.

Rick usó la silla de la que aún colgaba su camiseta sucia.

Custodió la mochila entre sus piernas. Los padres encabezaban los extremos de la mesa, Iris se había cambiado de sitio, ahora la tenía a un lado. Enfrente estaban la pequeña y Melissa, que había traído de su cuarto una piedra con ojos, colocada junto al plato.

—¿Y eso? —Rick señaló la roca.

—No es nada. —Melissa bajó la mirada a su sopa, concentrada en removerla.

—¿Es como lo de tus cactus de allí fuera? ¿Te gusta dar vida a las cosas?

Ella no contestó.

—¿Tiene nombre?

Una débil sonrisa apareció en el rostro de Melissa.

—Sí.

—¿Y cómo se llama?

—Ésta es Natalie.

—Hola, Natalie. Qué ojos más bonitos tienes. —Rick hizo una pausa como si escuchara alguna respuesta de la piedra—. Ah, pues gracias. Encantado de saludarte.

Guiñó el ojo a Melissa, cuya sonrisa ya era plena.

—¿Te gusta la sopa de tortilla? —preguntó Rose.

—Me gusta todo.

Rick tomó una cucharada para demostrarlo. Aunque hubiera agradecido un plato menos caliente, alzó el pulgar otorgando su aprobación. Casi había olvidado que estaba hambriento de verdad.

—No me han dicho de qué estado son originarios —dijo después de tragar—. Por el acento diría que del Medio Oeste. Pero puedo equivocarme.

Elmer ocupó su boca con el botellín de cerveza. Rose corrigió la postura de Iris. A Rick empezaba a no gustarle el tiempo que se tomaban para responder a muchas de sus preguntas.

—¡Somos de Estados Unidos! —gritó Lily.

—Eso ya lo sé. Pero les pregunto a tu papá y a tu mamá de qué...

Lo que vio le arrebató el habla.

—... de qué...

Trató de disimular su turbación, pero la garganta encogida apenas le permitía articular palabra. Se esforzó en seguir hablando. Superar el susto.

—... qué estado...

Tenía que dejar de tartamudear.

—... de qué estado son concretamente.

Acabó la frase como si la escupiera.

—No sé, ¿de México? —respondió la pequeña.

El disparate originó un estallido de risas.

Durante el resto de la cena, Rick logró mantener una calma

aparente. Sonrió cuando la conversación lo exigía y se mostró

comprensivo cuando el tema lo demandaba. Asintió mucho y no

comentó el hecho de que la silla de Iris estuviera cada vez más cerca de la suya. Rick se sirvió comida, masticó y tragó. Señaló lo

rico que estaba el segundo plato y halagó a la cocinera por el dominio que demostraba de la cocina mexicana. Mantuvo

conversaciones sin importancia sobre el calor que seguía

haciendo a esas horas de la noche, lo altos que podían llegar a crecer los cactus en Baja California o cuál había sido el escorpión

más grande que habían encontrado en el terreno. La voz no volvió

a fallarle, pero mientras Rick reía, pasaba platos con tacos de camarón o aceptaba una tercera cerveza, sus ojos regresaban una

y otra vez al antebrazo de la niña que tenía frente a él. Un antebrazo ileso, sin rastro alguno de rozaduras o arañazos de las



espinas de ningún cactus. Él mismo había soplado la herida hacía

menos de dos horas. Esa Lily no era la misma Lily de antes.

Elmer regresó del salón con el licor en la mano. En los dedos llevaba ensartados dos vasos de trago corto. La cena había

terminado y rodajas mordidas de melón adornaban cada uno de los platos.

—Qué, ¿te atreves con uno de éstos de postre? —preguntó a Rick—. A mi mujer le parece muy fuerte, así que nunca puedo compartirlo con nadie.

Pellizcó la mejilla de Rose para que no se tomara a mal el comentario, aunque sabía que no lo haría.

—Eh, tú, te hablo a ti.

Sacudió la botella frente a la cara del muchacho, que tendía a perderse en sus propios pensamientos. Ya lo había pillado

ausente en varios momentos de la cena. Rick salió de su

ensimismamiento y cogió el licor. Primero leyó la etiqueta.

Después inspeccionó el interior del envase. El líquido dorado proyectó un reflejo del mismo color sobre el mantel.

—¿Es un gusano? —preguntó.

—Claro, chico, es mezcal.

Con la boca abierta, Rick giró la botella, la agitó. El cadáver de la larva buceó en el líquido. Después regresó al fondo del envase.

—Es un maldito gusano.

Elmer lanzó los vasos sobre la mesa, como si fueran dados.

—¿Te atreves a beber o no?

—¿Que si me atrevo?

Rick abrió la botella. Elmer apartó a Melissa para sentarse frente a él.

—¡Yo quiero! —gritó Dahlia.

—¿En serio quieres beberte un líquido con un bicho muerto?

—¿Tiene un bicho muerto?

Elmer asintió.

—Qué asco. Entonces no quiero.

Dahlia se limpió la lengua con la mano.

—¿Puedo yo? —preguntó Iris—. Yo sí que me atrevo.

—¿Cuántos vasos he traído? —Elmer señaló el par sobre la mesa.

—Puedo beber del mismo vaso que él —respondió Iris.

Elmer miró a su hija. Casi por primera vez advirtió la

profundidad del canal entre sus pechos, lo rosadas que lucían

siempre sus mejillas, cómo había brotado el vello dorado en sus brazos, su piel de pronto convertida en terreno fértil. Observó los

granitos en la barbilla y la frente, tan parecidos a los que tuvo su

esposa a esa edad. Le asustó caer en la cuenta de que su hija tenía un año más que Rose cuando la conoció. Porque recordó el

deseo insaciable de aquella muchacha.

—Ni lo sueñes. —Con el brazo barrió los dos vasos para

separarlos de Iris. Después se dirigió a Rick—: Y tú, ni la mires.

—No dejes que te asuste —le dijo Rose—. Es inofensivo.

El muchacho llenó los dos vasos hasta arriba.

—¿Se toma de un trago?

—Se toma como quieras.

—¿Sabe a gusano?

—Pruébalo y me dices.

Rick se llevó el licor a los labios. Lo dejó ahí unos segundos, valorando cómo tomarlo. Acabó por inclinar el vaso por completo.

Se bebió el mezcal de un trago. Primero, abrió mucho los ojos.

Después la cara se le arrugó tanto que los rasgos desaparecieron entre los pliegues de su piel. Empezó a toser. Se golpeó el pecho.

—¿Qué? —preguntó Elmer—, ¿te sabe a gusano?

Rose ofreció al muchacho un vaso de agua. Él lo apartó, deslizando su silla hacia atrás. Apoyó los codos en las rodillas, tosiendo de cara al suelo. Una de las toses se convirtió en arcada, pero no vomitó.

—Chico, acabas de convertirte en un hombre.

Tanto Iris como Melissa censuraron su comentario con un chasquido de lengua.

—Por favor, pero si sólo es un trago de mezcal. No le he dado veneno.

Rick se irguió. Parpadeó muy seguido para secar el montón de lágrimas que rodeaban sus ojos.

—Quiero compartir tu dolor —le dijo Iris—, entender tu sufrimiento.

El segundo vaso desapareció entre las manos de Elmer, que vio a Iris vaciarlo en el interior de su boca. Nada más tragar, se tapó la cara con las dos manos. Su cuerpo se estremeció como si lo recorriera un escalofrío, pero no modificó la postura. Cuando volvió a descubrir su rostro, estaba rojo, las pestañas húmedas.

—Ahora entiendo por lo que has pasado —le dijo a Rick—. He sentido también el ardor en el alma.

Melissa puso los ojos en blanco.

Elmer buscó en su mujer alguna explicación al comportamiento de Iris.

—Nuestras hijas están creciendo —fue su respuesta.

Rick cogió el vaso de agua que le ofrecía Rose. Pegó un grito amplificado por alguna inyección de adrenalina.

—Guau, sí que estaba fuerte. —El sufrimiento había

desaparecido de su rostro, mostraba la sonrisa tonta de quien acaba de superar un trance inofensivo—. ¿Se supone que esto se bebe por placer?

—Claro, muchacho, si no es más que el licor de un cactus.

—El agave no es un cactus —le corrigió Melissa.

—Qué más da. Son todo plantas con pinchos.

Elmer recuperó el vaso que le había arrebatado Iris. Lo llenó hasta el borde. Lo bebió de un trago.

—Yo me tomaría otro —dijo Iris.

Rose soltó una risotada.

—No tientes a tu suerte, anda que te has librado de una buena porque tenemos un invitado. No te voy a contar lo que me hizo a mí mi padre la primera vez que me encontró bebiendo.

—Los tiempos cambian, mamá.

—Ya, eso mismo dice tu profesora.

—Nadie va a tomar otro. —Elmer interrumpió la conversación, cerró la botella—. Tú porque tienes dieciséis años, yo porque

mañana tengo que trabajar y tú, muchacho, porque no quiero que te mueras deshidratado mañana en tu caminata.

Recogió los vasos y los depositó en el fregadero. La botella de mezcal la dejó en la encimera, junto a la licuadora. Rick se

levantó enseguida a ayudar. Añadió a los vasos el resto de la vajilla usada, que acumuló en apenas dos viajes. Sin preguntar, encendió el grifo y comenzó a fregarlos. Elmer oyó a Iris lanzar un suspiro, la barbilla apoyada en sus manos entrelazadas. También

vio la sonrisa sorprendida en la cara de su mujer.

—No tienes por qué hacer eso —le dijo a Rick—. Hay muchas mujeres en esta casa.

—Una madre y tres hijas —dijo Dahlia.

Guiñó el ojo de una manera tan descarada que Elmer se alegró de que el muchacho estuviera de espaldas a la mesa.

—¿En tu casa no hay mujeres o qué?

—Sólo mi madre —contestó Rick, que tenía las manos llenas de espuma—. Crecí siendo hijo único, pero ayudé en casa desde muy pequeño.

Otro suspiro de Iris.

—¿Y cómo es crecer sin hermanos? —preguntó Melissa.

Rick tardó unos segundos en responder.

—Pues no lo sé porque nunca los he tenido. Pero viendo familias como la vuestra, creo que me he perdido mucho.

Dahlia aplaudió, contenta de haber ganado algún tipo de competición. Iris, Melissa y Rose intercambiaron miradas conmovidas. El muchacho se secó la nariz con la muñeca, sin soltar el estropajo. Elmer le dio dos palmadas en la espalda.

—¿Te apetece quedarte a escuchar música con nosotros antes de ir a dormir?

Rick asintió.

—¡Bien! —gritó Dahlia.

Elmer fue al salón a preparar el tocadiscos. Cuando llegó junto a la ventana que daba a la parte de atrás de la casa, escuchó los

pasos de su mujer acercarse.

—Venía justo a eso —susurró Rose—. No me apetece que pregunte y tengamos que hablar del tema.

Elmer lanzó un beso a la oscuridad, a través del cristal.

—A mí tampoco.

Giró la varilla que cerraba las lamas de una persiana veneciana, ocultando la cruz de Edelweiss. Descolgó la guitarra de la pared y la escondió detrás de una butaca. Echó un brazo sobre el hombro de su mujer y juntos regresaron a la cocina. Cuando pasaron frente a la escalera, Rose le susurró que iba a hacer una visita a Daisy, para que no se enfadara.



El matrimonio bailaba en el centro del salón. La pequeña los imitaba, abrazada a una pareja invisible. Melissa era la encargada de ir cambiando los discos, atendiendo o no a las peticiones de los demás. Su piedra con ojos descansaba junto al aparato. Iris ocupaba un extremo del sofá, con los pies subidos al asiento y los codos apoyados en el lateral del mueble. No dejaba de mirar a Rick, que estaba sentado en una butaca, con la mochila entre las piernas.

La pequeña patinó al pisar una alfombra. Mientras su madre la ayudaba a levantarse, refiriéndose a ella con el nombre de Lily, Rick se fijó de nuevo en su brazo ileso.

—Ten cuidado, Lily. Ya sabes lo mucho que patina.

Rick deseó que el efecto de las cervezas y el licor de gusano se desvaneciera por completo para poder pensar con mayor claridad. Se concentró en el ruido de sus dedos tamborileando en el brazo de la butaca. Lo que realmente necesitaba era revisar sus recortes.

—¿Te apetece bailar? —preguntó Iris desde el sofá—. Soy muy buena pareja.

—¡Iris! —la regañó su padre.

—No, no sé bailar —contestó Rick.

Sí sabía, pero no pensaba hacer nada que complicara las cosas con Elmer.

—¡Si es muy fácil! —Lily, o como se llamara la gemela del brazo ileso, giró sobre sí misma hasta que se mareó.

Rick cogió la mochila.

—Lo que me gustaría es tomaros una foto. —Sacó la Polaroid—.

Quiero hacer un álbum de toda la gente que estoy conociendo en el camino.

La fuerza de los pasos de Elmer desvió la trayectoria de la aguja del tocadiscos. La canción se interrumpió con un sonido estridente. Antes de que Rick pudiera reaccionar, lo tenía frente a él.

—Suelta eso.

La espalda de Elmer, ancha como la cabina de su camioneta, cegaba el campo de visión de Rick.

—¿La cámara?

—Métela en tu mochila, anda.

—Pero si...

—No me hagas repetírtelo —le interrumpió—. Guárdala.

Rick sintió en la cara su aliento a cerveza. Acató la orden de Elmer.

—¿Sois menonitas? —preguntó mientras devolvía la cámara a la mochila—. He oído que hay muchos en México. Pero pensaba que no usabais electricidad, ni vestíais así, normal, como todo el mundo.

—No somos nada de eso, chico. Pero no nos gustan las fotos.

¿Acaso has visto alguna en este salón?

Rick fingió no haberse dado cuenta del detalle. Echó un vistazo a la estancia como si fuera la primera vez que lo hacía, como si no hubiera dedicado al menos tres canciones enteras a inspeccionarla.

—Yo nos dibujo —dijo Melissa.

Corrió a la cocina y regresó con un cuaderno. Le mostró a su padre una de las hojas. Cuando él dio permiso con un asentimiento, se la enseñó a Rick.

—¿Ves? Éstos son mis padres el mes pasado.

Un retrato a lápiz reproducía a la perfección los rostros de la pareja, dotados de relieve gracias a un hábil uso de las sombras.

El trabajo en los ojos, llenos de personalidad, era excepcional.

—Oye, esto está muy bien. No me extraña que no queráis tener fotos.

—Lo malo es que yo no salgo en casi ninguno, como si no fuera de esta familia —dijo Melissa.

Rick intentó pasar las hojas para ver algún otro retrato, pero Elmer se lo impidió.

—Creo que ya es hora de que te marches.

—Pero si casi no he podido hablar con él —se quejó Melissa.

—¡Yo quiero seguir bailando! —gritó la pequeña.

—Nos vamos a ir todos a dormir.

Iris abandonó el salón.

—¿No te vas a despedir? —preguntó Elmer a su hija. Al no obtener respuesta, volvió a dirigirse al chico—: Vamos, te acompaño a la *pick-up*.

Rick se levantó de la butaca, se echó la mochila a la espalda.

Melissa se despidió con su roca en las manos.

—Que te vaya bien el camino.

—Seguro que sí. Y si me aburro —señaló a Natalie—, ya veo que puedo hablar con todas esas rocas y cactus que hay por ahí fuera.

—Mejor habla con la gente —dijo ella—. Seguro que es más interesante.

Rick no supo interpretar la mezcla de sentimientos que se

alojaba en las palabras de Melissa.

—Gracias por fregar los platos. —Rose le estrechó la mano.

—Gracias a usted por la cena.

—Adiós, señor —dijo la pequeña.

—Adiós..., Lily —le costó pronunciar el nombre porque ya no creía en él—, un placer.

Iris regresó de la cocina. Llevaba un libro en las manos. Se detuvo frente a Rick.

—Mira, es *Un tranvía llamado deseo*. —Le mostró la portada—.

Voy a leerlo otra vez.

Elmer abrió la puerta mosquitera con un resoplido. Iris se quedó apoyada en la barandilla de la escalera. Enganchó un pie en el talón contrario, por detrás de la pierna. Se mordió la uña del pulgar con una sonrisa.

—¿Puedo poner una canción más? —preguntó Melissa en el salón.

—Sólo hasta que vuelva —dijo Elmer.

Salieron de casa al tiempo que la música regresaba al salón. En la oscuridad, parecía que los escalones del porche desaparecieran

en la nada. Rick oyó el aire silbar entre los tablones. Matorrales secos crujían agitados por la brisa. Al fondo, sólo una bombilla brillaba en lo alto de un poste. Una corriente defectuosa la encendía y apagaba, haciéndola palpar, como si el desierto tuviera pulso.

Elmer le colocó un brazo sobre el hombro. Caminaron sin

hablar hasta una de las dos camionetas, la Dodge que había recomendado Rose. Elmer se apoyó en el espejo retrovisor,

mirando al salón. En el cuadrado anaranjado de la ventana, aparecían y desaparecían su mujer y sus hijas, que bailaban al ritmo de la última canción.

—¿Tienes hijos, muchacho?

—Se me está haciendo un poco tarde para eso. Tengo veinticinco y ninguna chica a la vista.

—¿Tarde? Yo hasta los treinta no tuve a la mayor.

Rick miró a Iris a través del cristal. Aunque no creía que ella pudiera verlo desde allí, sus movimientos cambiaron. Se hicieron más sensuales.

—Los que no tienen hijos ignoran muchos placeres —dijo Rick—, pero también evitan muchos dolores.

A pesar de la poca luz que los rodeaba, pudo ver cómo Elmer arrugaba el entrecejo.

—Es de Balzac —explicó.

—Eres de los que leen, como mi hija.

Rick asintió.

—Pues ¿sabes qué te digo? Que un hombre sin familia... —

Elmer escribió en el aire, como si recordara otra cita célebre—, es un desierto sin cactus.

—¿De quién es ésa?

—Es mía, muchacho. Inventada ahora mismo.

Rick forzó una sonrisa.

—Hazme caso, chico. Un hombre sin familia no es hombre ni es nada. ¿Qué sentido tiene una vida sin hijos? ¿Qué se supone que iba a hacer? ¿Trabajar duro cada día para cenarme el dinero a

solas con mi mujer? ¿Sin las risas de una niña? —Abrió los brazos como si fuera incapaz de abarcar la gigantesca estupidez

de la idea—. Muy mal le irá a la humanidad si chicos jóvenes

como tú empiezan a dejar de lado la idea de formar una familia.

Sin esas niñas que bailan ahí dentro, valgo menos que el cráneo de un coyote secándose al sol. Valgo menos que las moscas que se

comen la carne podrida de los agujeros de esa calavera.

—La suya es una familia muy bonita —dijo Rick—. Todo chicas.

—La naturaleza hace lo que quiere con nosotros. —Su voz resultó atonal, como afectada por algún pensamiento sombrío—.

Pero ahora dedico mi vida a esas mujeres. Es lo único que le da sentido.

Elmer se quedó mirando a la ventana. Rose giraba en el salón

convertida en un remolino de tela blanca, piel sudorosa y el

destello de su amplia sonrisa. Culminó el paso de baile estirando

los brazos y desplegando los dedos como en un abanico. Su

carcajada se oyó hasta la camioneta.

—Todo empezó queriendo hacer feliz a la mujer más maravillosa

del mundo. —Elmer cerró los ojos—. Haría lo que fuera por oírla reír así siempre.

Prolongó tanto el silencio, deleitándose en sus recuerdos, que

Rick se sintió incómodo. Un coyote aulló a lo lejos.

—Te deseo sinceramente que tengas la suerte de sentir una

felicidad parecida a la que siento yo —abrió los ojos lentamente, regresando de alguna memoria placentera—, y que formes pronto

tu propia familia. Antes dijiste que te hubiera gustado tener

hermanos, aún puedes hacer que tus hijos los tengan. O tus

hijas. Eso sí —bajó la voz hasta el susurro—, no tengas cinco, que

son demasiadas.

Rick dejó de respirar.

—Usted tiene tres.

—Cuento a mi mujer, hablo de mujeres en mi familia.

—Son cuatro, ¿no? —Señaló al salón.

—Familia de cinco, muchacho. ¿O yo no formo parte de esta familia? Familia de cinco. Cuatro mujeres. ¿Estás intentando volverme loco o qué?

En realidad era él quien estaba enredando las palabras para que significaran algo diferente a lo que había dicho al principio.

—Vaya lío tienes, muchacho. Ese trago de mezcal te ha dejado tocado. Creo que es mejor que te duermas. —Elmer abrió la

puerta del vehículo. Al descubrir que las llaves estaban en el

contacto, las sacó. Las guardó en el bolsillo frontal de su peto vaquero, aclarándose la garganta—. No te ofendas.

—Claro que no, lléveselas. Así no tendré la tentación de ponerla en marcha y acabar mi ruta en dos días en lugar de hacerlo en tres meses.

Elmer dio una palmada al asiento.

—Toda tuya. Si te tumbas así, a lo ancho, vas a estar cómodo.

No eres muy alto, así que cabrás sin problema. Yo en ésta no quepo ni sentado, me dan las rodillas en el volante. Por eso es la que usa mi mujer. Si prefieres, puedes echarte en la zona de carga, pero veo que no llevas ni esterilla.

—La... —pensó una excusa lo más rápido que pudo—, la perdí justo ayer.

—Buenas noches, muchacho. Y lo que te dije de que te vas a freír en cuanto salga el sol, mejor no lo compruebes por ti mismo.

Echa a andar antes de que ocurra. Le diré a mi mujer que te saque una bolsa al porche para que te lleves algo de desayuno.

—No se preocupe, no...

—No me preocupo, pero me siento mal por haber tirado tu lata a la basura. Que te vaya bien, muchacho.

Elmer regresó a la casa.

—Deja las ventanillas abiertas —gritó desde el porche.

Rick lo oyó cerrar la puerta mosquitera. Usó el cerrojo. Cerró también la puerta principal y echó la llave.

—¿No quieres que entre? —preguntó a la oscuridad.

La brisa sacudió los matorrales secos.

Sonaron como serpientes de cascabel.



A petición de mamá, Iris se dispuso a devolver la guitarra de

Edelweiss a su clavo en la pared. Tuvo que esquivar a Dahlia, que

giraba con los brazos abiertos por todo el salón. Papá regresó de acompañar a Rick a la camioneta. Cerró la puerta por dentro, con

llave.

—¿Es peligroso? —pregunto mamá.

—Es un desconocido.

—¿Cómo va a ser peligroso con lo guapo que es?

De puntillas, Iris no atinaba a enganchar en el clavo el alambre atado al clavijero del instrumento. Papá le arrancó la guitarra de

las manos. La miró con los labios muy apretados.

—¿No puedo decir que es guapo o qué?

Él resopló. Ensartó el alambre a la primera y centró el instrumento dando toques a los laterales de la caja.

—Os dije que sólo una canción más.

—Has estado tanto tiempo hablando con él... —Melissa levantó la aguja para interrumpir la música, guardó el disco en su funda y cerró la tapa del aparato—. A mí me hubiera gustado hablar más con él. Podría haberme contado muchas más cosas. Tenía muchas preguntas que hacerle.

—Bastante le has preguntado ya —dijo mamá.

—En realidad —papá raspó dos dedos contra su barbilla—, el que ha hecho muchas preguntas ha sido él, ¿no crees?

Iris interceptó un diálogo de miradas entre sus padres. Pasaron de la preocupación a la calma, de la calma a la inquietud, de la inquietud a la tranquilidad. Resultaba imposible interpretar su significado.

—¿Puedo ir a por Daisy? —preguntó Dahlia.

—Sí, pero quédate arriba. Aquí no bajéis, que está la ventana.

Iris cogió su ejemplar de *Un tranvía llamado deseo* para devolverlo a la cocina. Se quedó agarrada al umbral antes de entrar.

Rick había olvidado su camiseta sucia en el respaldo de la silla.

Algo parecido a una descarga eléctrica volvió a prender en su estómago. Se giró para comprobar que el resto de la familia

siguiera en el salón. Nadie la veía. Soltó el libro en la estantería sin molestarse en colocarlo. Cogió la camiseta. Sintió el impulso de olerla. Infló su pecho con el aroma de Rick. Un cosquilleo

recorrió sus muslos, de la rodilla al ombligo. No lo sintió en la piel, sino por dentro.

—¿Iris? —preguntó papá.

Ella dio una vuelta sobre sí misma buscando un lugar donde guardar la camiseta. Su madre podría encontrarla en cualquier cajón, mueble o estante. Se la metió por debajo de la falda. El tacto húmedo del tejido entre las piernas le provocó un escalofrío.

Usó los elásticos del sujetador y las bragas para mantener la prenda ajustada a un costado. Planchó con las manos el exterior del vestido, disimulando su relieve.

Papá apareció en la puerta.

Iris tomó aire.

—Pensaba que estabas en el baño —dijo él.

Negó con la cabeza.

—¿Lo puedo usar yo?

Iris asintió sin decir una palabra. Cuando papá se metió en el baño, completó la respiración que había dejado a medias.

Después comprobó la puerta trasera de la cocina, la que mamá usaba para ir al huerto. No la habían cerrado. Sonrió. Se escabulló escaleras arriba sin que la viera nadie.

En su habitación, tumbada boca arriba en la cama, sacó la camiseta. Con ella se tapó la cara. Sintió la cálida humedad del sudor de Rick en la frente, la nariz, los labios. Realizó una honda respiración bajo la prenda húmeda para que Rick entrara en ella.



Sentado en el asiento del copiloto, Rick vio apagarse la luz del salón. La de la cocina. Después se iluminaron las ventanas del

piso superior de la casa delatando los movimientos de la familia en su interior. Él inspeccionó el salpicadero de la camioneta,

revisó los parasoles, investigó la guantera, metió la mano en todos

los compartimentos que encontró. Nada. En el espacio detrás de

los asientos sus dedos palparon varias herramientas, trapos

ásperos, algún producto de limpieza y un largo cilindro metálico.

Doble. Lo recorrió hasta dar con un gatillo, una culata. Una

escopeta. Retiró la mano como si quemara.

Rick echó mano de su mochila, en el asiento del conductor.

Reconoció al tacto la libreta de bolsillo y la linterna. La encendió manteniendo la luz muy cerca de sus vaqueros para no llamar la

atención. La cabina quedó iluminada con un tenue resplandor

azul. En la libreta escribió los nombres de Iris, Melissa, Lily, Rose.

También el de Elmer. Apuntó sus descripciones físicas, sus

edades, la suposición de que fueran del Medio Oeste. Anotó

también detalles sobre la cocina, el salón, los medicamentos que había visto en el baño. La negativa total a hacerse fotos. Partiendo

del nombre de Lily dibujó una flecha a las palabras GEMELAS DE 6

AÑOS. Las subrayó y añadió a su lado un símbolo de interrogación.

Su pierna se movía a un ritmo endiablado.

En la última página de la libreta, protegido por la tapa

posterior, guardaba un mapa. Lo desplegó con un crujido de

papel. Mostraba toda Norteamérica. Una línea gruesa marcaba la

ruta que iba siguiendo, una trayectoria serpenteante por el

sudoeste de Estados Unidos que acabaría en el último extremo de

la península de Baja California, ya en México. En el trayecto había quince destinos marcados a bolígrafo con un círculo. Doce de ellos aparecían tachados. De los tres restantes, uno señalaba



la zona donde se encontraba en esos momentos. Los otros dos, más al sur, eran los últimos lugares que faltaban por visitar.

Respiró hondo, agotado de ver la ruta recorrida, de recordar el sufrimiento que se escondía tras ese simple trazo que atravesaba

parte de Estados Unidos y México.

Plegó el mapa, cerró la libreta.

Aún había luz en alguna de las habitaciones.

—¿No pensáis iros a dormir nunca?

Apagó la interna.

Apoyó la cabeza en el marco de la ventanilla.

Cerró los ojos sólo un segundo.

Unas risas lo despertaron.

Seguía siendo de noche, sin rastro alguno de claridad en el horizonte. Fue incapaz de calcular cuánto tiempo había dormido, pero la baba acumulada en una de sus comisuras atestiguaba que lo había hecho. Se la secó con el dorso de la mano. Ni siquiera había soltado la libreta.

Las risas se repitieron.

No venían de dentro de la casa, sino de fuera, de entre las

rocas. Rick sacó la cabeza por la ventanilla. En medio de la oscuridad, los cactus parecían presencias que vagaran por el desierto, sombras fantasmales que se lamentaban con el ulular del viento.

Otra risita.

Rick se desplazó al asiento del conductor. Se asomó por esa ventanilla. Vio una nube de luz anaranjada en el mismo lugar donde se había encontrado con la familia por primera vez. El resplandor vibraba, como producido por una vela. Creyó ver unos pantalones flotando en el aire. También el brillo de una melena rubia. Una mirada en mitad de la noche. Era Melissa, sentada en

el suelo frente a sus cactus vestidos. Los pantalones no flotaban en el aire, estaban clavados a las espinas. Rick oyó susurros, más

risas. La niña gesticulaba girando la mano, abriéndola y cerrándola, los ademanes típicos de una conversación. Hubo más susurros. Otra risita contenida.

Rick metió la cabeza.

—Y lo raro es vivir en ciudades, ya.

Suspiró frotándose los ojos. Ahora tendría que esperar a que Melissa terminara de hablar y regresara a la casa. Miró la libreta en el asiento del copiloto.

La manilla de esa portezuela se sacudió.

—¿Qué demonios...?

Comprobó si Melissa seguía en el mismo sitio. Allí estaba, en medio de la oscuridad, refugiada en una burbuja de luz naranja.

La manilla se movió otra vez. Alguien tiraba de ella por fuera. Los

intentos cesaron de pronto. Hasta que una mano se coló por la

ventanilla, buscando el seguro. Lo destrabó. Rick tuvo el tiempo justo de coger la libreta antes de que la puerta se abriera.

La escondió debajo de su asiento.

Al incorporarse, encontró a Iris subiendo a la *pick-up*. Cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido, los hombros encogidos.

—No queremos que nos pille papá —susurró.

Rick pensó en la escopeta.

Iris tomó asiento. Se quedó allí, mirando al frente, frotándose las manos entre las rodillas. Respiró profundamente.

—Ya huele a ti. —Los ojos de ella buscaron los suyos—. La camioneta, está impregnada ya de tu aroma.

No supo qué responder.

—¿Gracias?

Iris se deslizó en el asiento, aproximándose. Vestía un camisón del color de su nombre. Incluso olía a la flor de su nombre. Rick trató de fijar la mirada, pero se le desvió hacia los hombros descubiertos de la chica. Al cuello amplio de la prenda que bordeaba su escote. Notó que ella se había dado cuenta porque las mejillas se le encendieron. Rick pegó la espalda a la puerta, distanciándose tanto como pudo.

—Me haces sentir como la protagonista del mejor libro.

—Iris, no...

Los muslos de ambos se rozaron. Ella apoyó la mano en la

rodilla de él, debajo del volante. Pesaba poco, como una polilla que hubiera volado al interior de la camioneta desde la bombilla en el porche. Ella misma parecía sorprendida con su atrevimiento, porque miró a la mano tan estupefacta como él.

—Hasta este momento no me conocía a mí misma —susurró.

Pronunció las palabras como si ya las conociera, como si hubiera deseado encontrar el momento de hacerlas suyas. Rick intuyó que las habría sacado de uno de sus libros. La polilla ascendió desde la rodilla hasta la mitad del muslo.

—Iris, por favor.

Rick atrapó el insecto curioso. Los dedos de ella se enredaron entre los suyos. Iris llevó las dos manos a su regazo. Usó la que le quedaba libre para acariciar la unión entre ambos.

—Vaya, estoy nerviosa. Nunca le había dado la mano así a un

chico. He fantaseado infinidad de veces con el día en el que al final tendría mi oportunidad y, de repente, está ocurriendo. Esta noche. No he conocido a muchos chicos, ni siquiera he visto a

muchos chicos. Pero mírame ahora, cogida de la mano con uno que parece un actor de cine.

Los ojos de Iris brillaron al humedecerse. Durante un instante, Rick se conmovió con la pureza de su sonrisa, la inocencia de sus palabras, la sencillez de los sentimientos que describía.

—Podemos pedirle a la noche que nos guarde un secreto —añadió ella.

Rick retiró la mano del regazo de Iris, como si hubiera descubierto de repente que la tenía ahí.

—No creo que a tu padre le guste mucho la idea.

—Sólo la luna y las estrellas serían testigos.

Se aproximó aún más a él. El rostro de Iris estaba tan cerca del suyo que Rick respiró el aire que ella exhaló. Despertó en él una sensación parecida a la de morder una fruta en verano.

—Estoy preparada.

—Yo, esto, no...

Pudo ser por el cansancio, por un misterioso embrujo nocturno del desierto o simplemente porque Iris era una joven hermosa,

pero los labios de ella se posaron sobre los suyos sin que él hiciera nada por evitarlo. Ambos dejaron de respirar mientras

duró el beso.

Una risotada de Melissa rompió el hechizo.

—No, no, no. —Rick separó a Iris empujándola suavemente de los hombros.

Aún ofreciendo los labios, ella mantuvo los ojos cerrados. Los abrió despacio, como si se preparara para descubrir alguna sorpresa o temiera enfrentarse a alguna realidad. Miró a Rick a los ojos.

—He contado hasta diez para darte tiempo a desvanecerte si eras una fantasía —dijo Iris—. Pero aquí sigues.

Él fue incapaz de retirar la mirada.

Hasta que se oyeron unos pasos fuera de la camioneta.

—¿Está Melissa hablando con sus cactus? —preguntó Iris.

Rick asintió. Ella se agachó para esconderse y él se hizo el

dormido. El crepitar de la arena bajo las zapatillas de Melissa trazó una trayectoria que bordeó el vehículo hasta alejarse en

dirección a la casa. Ambos se incorporaron cuando crujieron los

tablones del porche, ya lejos. Melissa llevaba una vela contenida en un farol.

—¿Y cómo piensa entrar? —susurró Iris.

Su hermana ni siquiera se acercó a la puerta. Se dirigió a un lateral del porche y se subió a la barandilla. Después, trepó sin dificultad por uno de los postes.

Iris emitió un gemido de sorpresa.

—Ese truco no me lo sabía yo.

Melissa caminó sobre el tejado hasta una de las tres ventanas del piso superior, la del extremo izquierdo. En cuanto entró en su habitación, la luz del farol se apagó.

—Esa Melissa está llena de secretos —dijo Iris.

—Debe de ser cosa de familia.

El pensamiento se le escapó a Rick en voz alta. Se arrepintió enseguida. Cuando Iris lo miró con el ceño fruncido, desvió la atención remarcando el carácter furtivo de la visita de la chica a la camioneta, haciéndole entender que eso también contaba como secreto.

—Lo mío no es un secreto —dijo ella—. Es un sentimiento prohibido.

Rick no supo qué responder. Tosió sin necesitarlo para romper el silencio.

La luz de la cocina los sobresaltó al encenderse.

Se oyó cómo giraba, desde dentro, la llave de la puerta principal de la casa.

Iris miró a Rick con los ojos muy abiertos.

—¿Mi padre?

Se abrió también el cerrojo de la mosquitera.

—Me voy —dijo ella.

—No, no, que te va a ver, no...

Iris se escabulló por la misma puerta por la que había entrado.

Aún tuvo tiempo de susurrarle por la ventanilla que por favor se quedara un día más, que lo suyo no podía acabar así. Después

huyó, encorvada. En lugar de ir hacia el porche, rodeó la casa por

un lateral, dirigiéndose a alguna puerta trasera.

Cuando se encendió la luz del porche, Rick se frotó los labios con la mano, por si acaso Elmer era capaz de percibir en ellos el

rastro de un beso dado por su hija.

Un brazo surgió del marco.

Rick dejó de respirar hasta que, entrecerrando los ojos,

reconoció la mano de Rose. Dejó una bolsa de papel sobre una

mesita exterior a la entrada. Desde el vehículo distinguió una

protuberancia aguda, la esquina de un sándwich. Rick respiró

aliviado. Se sintió estúpido. Tal y como había prometido Elmer, su

esposa le estaba dejando algo de comida para que desayunara

antes de partir, aún de noche. Se habría acordado en su cuarto, quizá en la cama, y se había tomado la molestia de bajar a la cocina a preparar algo y sacárselo al porche. Rose cerró las

puertas de nuevo, echando ambos cerrojos. Rick pensó en la

libreta bajo el asiento. En las anotaciones. En los quince círculos

marcados en la ruta. De pronto, viendo la bolsa del desayuno que

Rose le había preparado en mitad de la noche, estuvo seguro de que acabaría tachando también en el mapa el círculo que



marcaba esa casa.

Una luz se encendió dos ventanas más allá de la de Melissa, en

el extremo derecho de la fachada. Era la habitación de Iris. Su figura apareció en el cristal. Aunque ella no vería nada en la oscuridad exterior, lanzó un beso a la camioneta.

La ventana se apagó como si la casa cerrara su último ojo.

Rick esperó aún media hora más para salir del coche.

Abandonó el terreno siguiendo el camino marcado entre los cactus por las ruedas de la *pick-up*. Los primeros pasos a lo largo de las rodadas en la arena fueron lentos, sigilosos, sujetando la mochila para que nada hiciera ruido dentro de ella. Llevaba la linterna en la mano, pero no la encendió hasta estar seguro de que nadie vería la luz desde la casa. Cuando ni el crepitar de los guijarros podía delatarlo, Rick echó a correr.

Corrió por el borde del camino de tierra, levantando polvo a su paso, muy atento al círculo de luz que proyectaba la linterna, esperando encontrar la señal. El cansancio lo obligó a aminorar la velocidad. Recuperó el ritmo poco después. Cuando el flato le pinchó en el abdomen, temió haber dejado atrás la marca.

Llevaba más tiempo corriendo del que había calculado que tardaría. La incertidumbre creció hasta que la única opción válida era darse la vuelta, pero fue en el momento justo de tomar la decisión cuando el montículo de piedras apareció a un lado del camino. Colocadas una encima de la otra, se asemejaban a una pirámide circular, una formación que no ocurriría de manera natural. Rick se detuvo. Respiró violentamente por la boca. Le ardía la garganta, le pitaban los oídos, le dolía el pecho. La saliva parecía pegamento. Se secó el sudor de la frente con el vello de los antebrazos.

El montículo de piedras marcaba el lugar en el que debía salirse del camino para adentrarse en el desierto. Caminó entre cactus y rocas guiado por el haz de la linterna. Un escorpión atravesó el círculo luminoso en el suelo, saliendo de la oscuridad y refugiándose de nuevo en ella. Cruzó con el aguijón enroscado sobre su espalda, las pinzas elevadas como si presumiera de ellas.

Tras cinco minutos andando en perpendicular al camino de tierra, Rick llegó al desnivel. Se sentó en el borde con los pies colgando. Se dejó caer. Tocó suelo enseguida, la diferencia de altura no era grande.

La linterna iluminó la matrícula de Colorado de su coche y una sensación acogedora lo llenó de paz. En mitad de la noche, perdido en aquel desierto, su hogar parecía tan inalcanzable como la luna que brillaba en el cielo, pero su Lincoln del 59 estaba ahí y de alguna manera era como estar en casa.

Abrió el maletero con las llaves que había escondido en el tubo de escape. Cogió la gruesa carpeta marrón escondida bajo una caja de herramientas. Una de las gomas de cierre sujetaba un bolígrafo rojo. El asiento de su coche lo acogió como si lo abrazara, de manera opuesta a como lo había recibido el de la

pick-up de Elmer. Su corazón, que por fin había recuperado un ritmo normal tras la carrera, se aceleró de nuevo al colocar la carpeta sobre sus rodillas, apoyada en el volante. Dejó la linterna encendida sobre el salpicadero.

Abrió la carpeta con manos temblorosas.

Contenía decenas de recortes, documentos originales y copias de artículos de prensa. Aunque Rick los había leído todos, incluían demasiados datos, demasiadas fechas y demasiados nombres para habérselos aprendido de memoria. No los dominaba al detalle, pero estudiar todo ese desorden tantas veces había acabado por clasificarlo de alguna manera en su cabeza y, a grandes rasgos, sabía por dónde empezar a buscar. Cuando quería encontrar un documento, sus dedos lo llevaban

directamente al comienzo o al final del montón, reduciendo la cantidad de material a examinar. También acostumbraba a saber con antelación si la información que necesitaba la encontraría en una de las copias o en uno de los documentos originales, si el artículo que creía recordar estaba acompañado de una imagen, e incluso en qué parte de la página estaría escrito el dato una vez que la encontrara. Echó mano de su mochila en busca de la libreta. Sus dedos palparon tres veces los objetos contenidos en ella antes de caer en la cuenta de que la había escondido debajo del asiento cuando Iris entró en la camioneta y allí la había olvidado.

—Maldita sea...

Forzó su memoria para recordar lo apuntado. Con el bolígrafo en la mano, navegó por los documentos con destreza. Comparó unos con otros. Fue seleccionando algunos y los colocó delante del montón. Desechó gran parte de los que creía que no le servirían. Desplegó papeles que volvió a doblar. Chasqueó la lengua varias veces, las mismas que temió que la búsqueda no diera resultado alguno. Como había ocurrido siempre. Empezó a creer que el documento que buscaba no existía, que lo había fabricado su imaginación mientras cenaba tacos de camarón con la familia. Negó con la cabeza mientras leía muchos de los artículos. Sus manos y sus ojos interactuaron a la perfección, contrastando la información. La emoción fue revolucionando su estómago a medida que algunos documentos superaron varios de los exámenes. La sonrisa en su rostro se amplió con cada una de las equis de color rojo con las que marcó varios documentos.

Hasta que apareció el que de verdad estaba buscando.

En el que había pensado en cuanto vio el brazo ileso de una niña haciéndose pasar por su hermana gemela.

No era una fabricación de su imaginación.

Era real.

Rick cerró la carpeta. Tiró de la goma con tanto ímpetu que la rompió. La sacudida del elástico le propinó un latigazo que ardió

como una pequeña quemadura. Devolvió el montón de artículos al maletero. Al mover la caja de herramientas, una botella de Coca-

Cola rodó hacia delante. La abrió contra el parachoques y se la bebió sin importarle que estuviera tan caliente como un café.

Necesitaba algo de líquido para volver a correr. Un pájaro cantó a la noche agonizante. El horizonte ya no era negro sino azul oscuro



y él debía estar de vuelta, tumbado en la *pick-up*, antes de que amaneciera. Cerró el maletero con tanta fuerza que alguna

criatura escapó asustada, arrastrándose entre los matorrales.

Elmer salió del baño ajustándose el mono de trabajo. Las gemelas

lo recibieron abrazando su cintura. El cuello aún le ardía por

efecto del *after shave*. Al piso de arriba llegaron, desde la cocina, los olores del desayuno, los ruidos de las sartenes. Rose había bajado cuando él se metía en la ducha. Elmer abrió la puerta del

cuarto de Melissa.

La encontró hablando a la estantería, a sus rocas.

—¿No hueles los huevos? No hagáis esperar a mamá.

—Ya voy. —Se volvió hacia las piedras—. Hoy le toca bajar a...

No, Clark, tú no. Y Natalie bajó ayer. Le toca a... Gregory.

Cogió la roca seleccionada y salió con ella. Lo esquivó a él y a las gemelas en la puerta. A esa hora de la mañana, los rayos del

sol iluminaban la pared del cuarto en la que Melissa colgaba los retratos

familiares.

Elmer

los

recorrió

con

la

mirada,

concediéndose unos segundos para pasear por tantos buenos

recuerdos compartidos con su mujer, con sus hijas.

Después abrió la habitación de Iris.

—¿No puedes llamar? —preguntó ella, tapándose con la sábana

hasta la cabeza.

—Estamos todos abajo desayunando ya.

—Pero si estamos aquí, papá —dijeron las gemelas.

—Ella entiende lo que quiero decir. Vamos.

Iris tardó en incorporarse. Cuando lo hizo, arrastró consigo la

sábana, usándola como bata para taparse.

—¿Duermes desnuda o qué?

Iris dejó escapar un suspiro molesto.

—¿Me puedo cambiar a gusto o tengo que hacerlo delante de

todos vosotros?

Elmer se llevó a las gemelas, que bajaron las escaleras de la mano, delante de él, sincronizando sus pasos. Cuando alcanzaron el suelo, mamá les gritó desde la cocina que sólo quedaba cacao para una de ellas y salieron disparadas a pelearse por él. Rose le dedicó un guiño, haciéndole cómplice del truco que nunca fallaba para atraer a las niñas.

—Abre ahí, anda —le pidió—, que corra el aire.

Elmer destrabó el cerrojo de la puerta principal. A través de la tela verde de la mosquitera vio la bolsa del desayuno sobre la mesita exterior. Reconoció la manera en que su mujer enrollaba el extremo del papel. Le molestó tanto el desplante del muchacho, la poca educación que mostraba al rechazar la comida que Rose había preparado en mitad de la noche, que pensó en esconder la bolsa para que su mujer no se enterara. Pero ella apareció a su lado antes de que él pudiera hacer nada.

—¿Qué miras? —preguntó, con una espumadera en la mano. Al ver la bolsa, la conclusión de ella fue otra—: ¿No se ha ido aún?

Las palabras de su esposa contenían sólo un ápice de alarma.

—¿Cómo va a seguir ahí metido? —Elmer señaló la Dodge, la cabina cubierta completamente por el sol—. Debe de haber cien grados dentro de esa camioneta.

Un traqueteo frenético estalló en el piso de arriba. Descendió por las escaleras hasta alcanzar la puerta. Iris trató de asomarse por encima de los hombros de Elmer.

—¿Sigue aquí? —preguntó—. ¿No se ha ido?

Melissa se unió a ellos, cargando con su roca.

—Llévate a una gemela —pidió Elmer a Rose.

Ella fue a la cocina y salió tirando de Dahlia, que avanzaba sin

quitar el ojo del vaso de leche con cacao que llevaba en la otra mano. Antes de alcanzar la escalera, Rose le dio la espumadera a

Iris y le encargó que se ocupara de los fuegos.

Elmer salió de casa cerrando la mosquitera en la cara de sus hijas.

—Se ha quedado por mí —susurró Iris a sus espaldas.

Él cogió la bolsa de papel y barrió el porche con la mirada.

Encontraba más lógico que Rick se hubiera refugiado en algún lugar con sombra. No halló rastro de su presencia. Mientras bajaba los escalones, las sospechas sobre el muchacho, las que había terminado por desestimar durante la noche, regresaron con mayor intensidad. Por supuesto que ese chico no estaría sentado a la sombra mascando una hierba, descansando antes de continuar su caminata. Ese chico habría aprovechado la confusión para colarse en casa por la puerta trasera y estaría ya en el piso de arriba saltando sobre la espalda de su mujer.

Atacando a su niña. Elmer se giró hacia la fachada. Durante un instante vio al muchacho en la ventana de las gemelas,

amenazando a Rose con un cuchillo en el cuello. Preguntándoles

a gritos si acaso no sabían en el fondo de su alma que antes o después recibirían el castigo que... Sacudió la cabeza para

deshacer el espejismo. En la ventana sólo estaba su mujer, expectante como él.

Elmer avanzó hacia la camioneta. Las dos ventanillas estaban

bajadas. Recordó la conversación que había tenido con el

muchacho la noche anterior, recostado sobre ese retrovisor. De

pronto le pareció ridículo pensar que aquel chico, que ni siquiera

podía tomar un poco de mezcal sin toser como un crío, albergara

oscuras intenciones.

—Eh, muchacho —dijo—. ¿Estás ahí dentro?

Elmer dio otro par de pasos. Antes de echar un vistazo al

interior del vehículo, llamó a la puerta con los nudillos.

No hubo respuesta.

Volvió a llamar.

La cabeza de Rick apareció de pronto. El muchacho miró a los

lados, desorientado. Tenía el rostro arrugado, el pelo enredado.

Parpadeó detrás de un flequillo que se había derrumbado sobre

los ojos. Un mechón disparado a causa de un remolino lo hacía

parecer un niño. Si había un joven inofensivo en la inmensidad de

aquel desierto, era él. Elmer se sintió aliviado. Enfadado consigo mismo por dejar que el miedo fabricara malos presagios tanto

tiempo después.

—¿Te he despertado yo?



—¿Despertado? —preguntó Rick—. ¿Qué hora es?

Elmer tuvo que soltar la manilla varias veces antes de poder

abrir la puerta. Quemaba. El chico salió de la camioneta envuelto

en una asfixiante oleada de aire que olía a plástico caliente. Tenía

la camiseta pegada al cuerpo, empapada.

—Venga, hombre, no me digas que has dormido hasta ahora.

Con el calor que hace...

—Toda la noche. Como un tronco. —Gotas de sudor resbalaban por la patilla del chico, que sin embargo estiró brazos y columna con un gemido de placer—. Espero que no le moleste que me haya quedado hasta tan tarde. Eran ya muchos días durmiendo en el suelo. Estar ahí tumbado ha sido un auténtico placer.

Los ojos de Rick repararon en la bolsa de papel.

—¿Y eso? —preguntó.

—Mi mujer te dejó algo de desayuno en el porche, como te dije que haría. Por si te ibas antes de la salida del sol. —Empujó la bolsa contra el pecho del chico—. Tuya es. Puedes llevártela o comértela dentro de la camioneta que tanto te gusta. Así se te tuesta un poco el pan.

Rick sonrió sólo con la mitad de la boca.

—Nosotros vamos a desayunar, que tengo que ir a trabajar.

Melissa gritó desde la casa.

—¡Puede quedarse a desayunar con nosotros!

Iris abrió la puerta mosquitera. Salió al porche. Abrazada a uno de los postes de la estructura, blandió la espumadera en el aire.

—¡Ya le he preparado huevos a él también!

Rick dejó sus botas en el suelo, con los calcetines hechos una bola dentro. La mochila la protegió entre sus piernas. Lo primero

en lo que se fijó al sentarse a la mesa fue en el brazo de la niña pequeña. Era la gemela del brazo herido, no la misma que había cenado con ellos anoche. El corazón se le aceleró al recordar el documento en su carpeta. Melissa tomaba cereales acariciando

una de sus rocas, moliendo alguna hojuela contra la boca pintada de la piedra.

—La de hoy es Gregory —le susurró.

La gemela del brazo herido observaba al resto de su familia con la boca encajada en el borde de su vaso, provocando burbujas en la leche cada vez que algo la hacía reír. Iris buscó a Rick con la mirada en numerosas ocasiones, dedicándole sonrisas cómplices cada vez que sus ojos se encontraban. Él trató de esquivarlas para evitar que el padre las interceptara. Tampoco preguntó por la camiseta sucia que se había dejado colgada en el respaldo de la silla, intuía que Iris tenía algo que ver con la desaparición y prefirió no arriesgarse a que la familia lo descubriera. Sobrellevó como pudo las ganas que tenía de quitarse la que llevaba, empapada en sudor. Permanecer dentro de la camioneta hasta que fueron a buscarlo le había exigido de un gran esfuerzo. Ya cuando el sol alcanzó la cabina poco después del amanecer, poco después de que él regresara de su escapada nocturna, la temperatura había ascendido hasta dificultar la respiración. Se obligó a aguantar porque la coartada de haberse quedado dormido resultaba más creíble que ninguna otra. Era la excusa más casual para forzar su permanencia en la casa después de que Elmer lo hubiera instado, por dos veces, a abandonar el terreno antes del amanecer. El padre comió rápido, su tenedor chirriando contra el plato cada vez que pinchaba los huevos revueltos. Intercaló cada bocado con sorbos de un café tan negro como el lomo del escorpión que se había cruzado durante la noche frente a la linterna de Rick. Por la cantidad de salsa verde con la que había regado el desayuno, cada bocado ardería más que la picadura de ese mismo escorpión. Un pie rozó los de Rick, las mejillas encendidas de Iris la delataron.

—Qué suaves son tus pies —susurró ella.

Él desplazó su silla hacia atrás.

—Venga, muchacho, come —dijo el padre—, que nos vamos en cinco minutos.

—¿Nos vamos?

—Te vienes conmigo a la gasolinera. Así te ahorras noventa millas de caminata.

Rick dio un sorbo a su café para darse tiempo a pensar.

—Pero eso sería hacer trampa —improvisó—. He venido a caminar y caminar es lo que tengo que hacer. No se preocupe por mí.

—Buen intento, muchacho. —Elmer dejó escapar una risotada

—. Pero no te voy a dejar solo en casa con mis hijas.

—Papá, aún le queda mucha comida —intervino Iris.

Rick señaló con el tenedor su plato medio lleno para reforzar el argumento. Elmer se levantó y recogió las botas del suelo.

—Tienes cinco minutos para tragártelo todo o se queda ahí. —

Dejó caer el calzado sobre la mesa haciendo que las cucharillas tintinearan en las tazas—. Cinco minutos.

—¿Te parece normal poner unas botas entre la comida? —

regañó Rose a su marido. Las quitó de inmediato, cogiéndolas con dos dedos a modo de pinza—. ¿Tan sucias y destrozadas como están?

La bola de calcetines se salió del calzado. Rodó sobre el mantel entre las tazas, los platos, la caja de cereales. Rick la vio avanzar a cámara lenta, su mente trabajaba a toda velocidad barajando decenas de excusas para prolongar su estancia.

—¡Qué mal huelen! —gritó la pequeña, que se rió contra el vaso

de cacao salpicándose la cara de leche.

Rick atrapó la bola como si cazara un animal. El comentario de la niña le había dado una idea.

—Tienes razón, Lily, huelen fatal, como yo. —Arrugó mucho la nariz para que la pequeña siguiera riendo. Después preguntó a Elmer—: ¿Le importa que me duche? Creo que la niña ha dicho en voz alta lo que estábamos pensando todos. Tardo cinco minutos.

Elmer abrió la boca, pero la cerró sin decir nada, como si hubiera buscado razones para negarle la ducha pero no las hubiera encontrado.

—Cinco minutos, ni uno más —dijo al fin—. Y porque no me apetece conducir noventa millas con un hombre que apesta a coyote atropellado, no porque me des pena.

—No hueles mal —susurró Iris—, hueles a ti.

Rick fingió no haberlo oído. Se bebió el resto del café de un trago, introdujo la bola de calcetines en las botas y se levantó sujetando la mochila.

—Supongo que la bañera está arriba, ¿no? —Logró disimular el temblor que le provocaba en la voz la posibilidad de investigar el segundo piso—. El baño de aquí abajo no tenía.

El hombre resopló.

—Nuestra ducha está arriba, sí —dijo—. Tú ven conmigo.

Rick lo siguió. Cuando pasaron delante del aseo en la entrada,

Elmer le preguntó si necesitaba toalla o pastilla de jabón.

—Ambas.

—Pues sí que has ahorrado espacio en esa mochila. —Sacó las dos cosas del baño—. Dime que al menos llevas cepillo de dientes.

Rick asintió aunque era mentira. Su estómago empezó a

contraerse cuando se acercaron a los pies de la escalera que lo llevarían al piso superior. Entonces Elmer se desvió hacia la

puerta principal. Lo guió afuera, a través del porche. Rick notó el calor de los tablones en las plantas de los pies. Bajaron al terreno y rodearon la casa hacia la izquierda, esquivando algunos cactus.

Rick pisó guijarros dolorosos. Sobre la pared lateral se elevaba una tubería estrecha que desembocaba en una abertura a la

altura de la barbilla de Rick.

—Ningún hombre va a desnudarse en la misma casa que mi mujer y mis hijas, muchacho, así que tendrás que apañarte con esta toma de agua —dijo Elmer—. Pero no pongas esa cara, que yo mismo me lavo aquí cada vez que trabajo fuera con las camionetas.

Le entregó la pastilla de jabón. Ensartó la toalla en las espinas de uno de los cactus, de manera similar a como Melissa las usaba para vestirlos.

—Como ves, sitio para colgar la ropa no te falta. Pero ten cuidado de no pincharte las pelotas. Venga, no te quedes ahí parado, tienes cinco minutos. —Elmer abrió la llave de paso antes

de irse. Un potente chorro impactó contra el suelo. Al doblar la esquina del porche, gritó—: ¡Te quedan cuatro minutos!

Rick tardó en reaccionar. La idea de usar la ducha para colarse en el segundo piso no había salido como él esperaba. Necesitaba más tiempo. Debía evitar que Elmer lo llevara a la gasolinera. Giró sobre sí mismo como si pudiera hallar la solución en el suelo. El borboteo del agua le salpicó de barro. Dejó la mochila a un lado.

Empezó a desnudarse porque era lo que se suponía que debía hacer.

—Piensa, piensa, piensa...

Igual que la toalla, colgó la camiseta usando las espinas del cactus. El pantalón lo dobló sobre la mochila. Cuando se quitó los calzoncillos, que clavó en otra espina, su propia desnudez lo hizo sentir indefenso. Flexionó las rodillas para meterse debajo del chorro, esperando que el masaje de agua en el cráneo alumbrara alguna idea. Frotó la pastilla de jabón contra su pecho.

—¡Te quedan dos minutos, muchacho!

El grito de Elmer desde dentro de la casa retumbó en la pared.

Rick deslizó el jabón por su cuerpo esperando una epifanía. Pies.

Entrepierna. Axilas. Cara. La revelación llegó mientras se

enjuagaba el pelo. Salió de debajo del chorro, dejando la llave abierta. Ni siquiera se quitó toda la espuma. Sin darse tiempo a madurar la idea, para no arrepentirse, cogió la toalla colgada del cactus.

—¡Un minuto! —gritó Elmer.

Rick mordió la toalla, empujando el tejido dentro de su boca.

Empezó a respirar con más fuerza. El sonido de la fricción del aire

al entrar y salir por su nariz superaba incluso el del chorro de agua contra la tierra. Rick se aproximó al cactus. Era diestro, así

que eligió el brazo izquierdo.

Tenía que hacerlo.

Tenía que hacerlo ya.

Tomó aire una última vez.

Clavó la cara interna del brazo en el cactus.

Las espinas atravesaron su piel como decenas de inyecciones administradas de golpe, las agujas hipodérmicas extrayendo sangre desde la muñeca hasta el bíceps. Las del músculo ardieron



especialmente. Rick gritó a la toalla. Tomó aire una vez más antes de desplazar el brazo hacia abajo sin separarlo del cactus. Las púas arañaron la carne como el más rabioso de los gatos. Al retirarlo, dolieron menos las púas que permanecieron clavadas en el brazo. Las que resistieron en el cactus salieron de la carne como si las enfermeras que hubieran administrado las inyecciones removieran las agujas con afán de tortura.

La toalla ahogó un nuevo grito.

Rick volvió a clavar el brazo en el cactus.

Esta vez el dolor lo mareó. El olor a sangre y savia de cactus le revolvió el estómago. Las lágrimas que le provocaron las arcadas se mezclaron con la espuma en su cara. Clavó el brazo una vez más.

El cuerpo se le puso frío. Observó el destrozo entre lágrimas. La sangre cubría el antebrazo entero, goteaba sobre el suelo y sus pies. Multitud de espinas brotaban de la carne en los ángulos más inesperados. La idea de afeitarlos como si fueran vello le provocó una carcajada desquiciada que hizo que se atragantara.

Se tumbó en el suelo. Sacó la toalla de su boca esforzándose por contener los gritos. La utilizó para taparse por si salían las niñas. Derrumbado en la arena, manchado por su propia sangre y salpicado de barro por el chorro de agua, gritó con fuerza. Primero

fueron alaridos genéricos de dolor para llamar la atención, gritos que no necesitó fingir. Después solicitó auxilio.

—¡Socorro!

La estructura de la casa al completo crujió a causa del movimiento que estalló en su interior.

Un temblor recorrió el cuerpo de Rose al oír el primer grito. La taza enjabonada que estaba fregando se le resbaló de las manos.

Las sillas de las niñas chirriaron contra el suelo de la cocina. Ella abandonó los cacharros.

—¿Qué le pasa? —preguntó Iris tras el segundo alarido.

Rose no la había visto tan pálida desde que le comunicó lo ocurrido con Edelweiss. Daisy intentó refugiarse entre sus piernas, pero ella se la quitó de encima para correr a la puerta de la entrada. Las niñas la siguieron.

Elmer estaba fuera, en el porche.

—¿Qué pasa? —preguntó Rose.

—No lo sé, pero vosotras no venís.

—Necesita mi ayuda —sollozó Iris.

Rose chasqueó la lengua ante el interés desmedido de su hija por el chico. Sabía las fantasías que su hija estaría creando en su cabeza.

—Yo voy contigo. —Abrió la mosquitera a pesar de la resistencia de su marido. Desde fuera ordenó a sus hijas que no se movieran.

Daisy lloraba abrazada a Melissa—. Daisy, no tengas miedo, no pasa nada.

Un nuevo grito del muchacho la sacudió del susto.

—¿Le ha picado una serpiente? —La voz de Iris se quebró.

—Quedaos aquí.

Rose se agarró al brazo de Elmer. Rodearon la casa hacia la toma de agua. A ella se le escapó un grito cuando encontraron al muchacho tirado en el suelo, junto a uno de los cactus, manchado de barro y sangre. Fluía desde uno de sus brazos, diluyéndose en el agua hasta manchar la toalla que tenía arremolinada en la entrepierna, el vello púbico al descubierto.

Tenía dificultades para hablar.

—Me..., me he resbalado al salir. —Tosió—. Quería coger la toalla, pero he caído así, sobre el cactus. Justo sobre el cactus con este brazo. Por culpa del jabón.

Señaló con la mirada la pastilla que flotaba en un charco de espuma en el suelo. Después les mostró el antebrazo desollado.

Rose se llevó las manos al pecho con un gemido.

—Me duele sólo de verlo. —Sorbió saliva—. Todas esas espinas...

Se arrodilló junto a Rick para evaluar el daño. La sangre no permitía ver la profundidad de las lesiones, pero decenas de púas

sobresalían de la carne como en un alfiletero.

—Menudo lío, muchacho. —Elmer se llevó las manos a la cabeza, las llaves de la camioneta enganchadas en el dedo gordo

—. Con lo retrasado que iba ya.

—Por favor, mira cómo está —le reprochó Rose—. Ayúdame a levantarlo.

Entre los dos lograron que se pusiera de pie. Rose limpió la

sangre con puñados de agua hasta conseguir una mejor visión de las heridas.

—No es para tanto —dijo al fin.

—¿No?

Era extraño, pero al chico no parecía alegrarle la observación.

—El dolor me está mareando. —Se llevó una mano a la frente.

—Tienes piel y carne abierta, pero no parece que haya ningún nervio dañado. Tampoco veo hueso —explicó Rose—. Lo malo son las espinas. Son muchas y pueden infectarse. Tengo que sacártelas.

—¿Todas?

—preguntó

Elmer,

soltando

un

bufido

de

impaciencia.

Rose no se molestó en contestarle.

—Ven, vamos a la cocina.

Sin dar opción a que su marido añadiera ninguna queja, guió a Rick de vuelta a la casa manteniendo su brazo lo más recto posible.

—Muchacho, ajústate bien esa toalla —gritó Elmer detrás de ellos—. No quiero que se te caiga delante de mis hijas.

Subieron con cuidado los escalones del porche. Rose no separó la vista de la herida, pero Rick iba mirando a otro lado. Elmer los alcanzó a la carrera, llegó a la puerta antes que ellos. Al otro lado de la mosquitera, las niñas estallaron en preguntas.

—Oh, no, ¿qué ha pasado? ¿Por qué está roja la toalla?

—Tengo miedo, mamá.

—¿Estás bien, Rick? Dime si estás bien, necesito saber que estás bien.

Rose les pidió que se apartaran, Elmer ayudó a abrirles paso.

En cuanto entraron, Daisy corrió escaleras arriba, Melissa preguntó si dolía mucho y a Iris se le humedecieron los ojos. Trató de acercarse al chico, pero su padre se lo impidió.

—Si quieres ayudar, trae el botiquín.

—Y las pinzas —añadió Rose.

Sentó a Rick en la cocina, el brazo extendido sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Melissa, sujeta al marco de la puerta.

—Me resbalé y caí sobre un cactus. Ojalá hubiera estado vestido como los tuyos.

—Ni *Thorns*, ni *Needles* ni *Pins* te hubieran hecho eso nunca.

Iris entró en la cocina como una enfermera de urgencias. Se mordió el labio inferior al descubrir la lesión. Vacío el contenido de la caja metálica sobre la mesa. Depositó también unas pinzas.

—Tu piel herida me duele tanto como a ti —susurró a Rick.

Rose la apartó con el codo. Daisy regresó de allá a donde hubiera huido y cogió el termómetro.

—¿Tengo fiebre, mamá?

Rose se levantó con los brazos en alto.

—¡A ver! ¡Todas fuera, que molestáis!

Elmer apoyó la moción señalando la puerta. Iris cogió a Daisy.

Melissa se unió a ellas en el umbral. Antes de salir, la mayor se volvió.

—Cuando el dolor termina, el recuerdo de éste se convierte en placer.

Rose negó con la cabeza. Elmer resopló.

Lo primero que ella cogió fue un bote de yodo.

—Esto te va a arder —avisó.

Bañó la herida con la solución oscura de olor metálico. Rick cerró el puño, también los ojos. Mostró los dientes sorbiendo saliva.

—Venga, muchacho, no seas quejica. —Elmer caminaba por la cocina a un lado y a otro, agitando la llave de la camioneta.

Rose secó la herida. Cogió la pinza, era la que usaba para las cejas. Sintió vértigo al enfrentarse al campo de espinas en el

brazo. Seleccionó primero una de las más gruesas. Tiró de ella de pronto, sin avisar. La depositó sobre una de las gasas, pintando un lunar rojo oscuro en el tejido. Extrajo otra espina.

—¿Vas a tardar mucho?

Rose dejó caer los hombros.

—Ésta es la segunda. —Enseñó a su marido la pinza con la espina—. Mírale el brazo y calcula.

—¿Y qué hago? No puedo llegar dos horas tarde.

Ella pintó otro lunar en la gasa.

—No te muevas —le dijo al muchacho.

Rose se levantó e invitó a su marido a salir por la puerta de atrás.

—Creo que puedes irte —susurró una vez estuvo fuera.

Olía a las verduras del huerto calentándose al sol.

—¿Estás loca?

—Míralo.

Rose guió la mirada de Elmer hacia el chico. Tenía el pelo pegado a la cara, la toalla alrededor de la cintura como una falda que le quedara pequeña. Temblaba.

—Es inofensivo —añadió—. Intentaba disimularlo, pero ha saltado con cada espina que le he quitado.

—Es bastante patético, sí.

—Y si intenta algo, somos cinco contra uno.

Elmer sonrió.

—Lo curas y se va. —Agarró la cara de su mujer—. Lo curas. Y se va. Y a Iris que ni se acerque.

—Yo también lo quiero fuera. Pero si ese chico tiene una madre, me agradecerá que no lo deje ponerse a caminar con un brazo infectado.

—Eres muy buena.

—No, sólo soy madre. Es muy fácil sentir compasión cuando entiendes que todo el mundo es hijo de una mujer como tú misma.

Elmer la besó en los labios. Regresaron a la cocina.

—Muchacho, tienes suerte de que mi mujer sea mejor persona

que yo. Voy a irme, ella va a curarte. En cuanto te saque la última espina, te vas por donde has venido. ¿Entendido?

El muchacho asintió.

—Ni comer, ni descansar, ni beber, ni despedirte de mis hijas.



Te vas. Si es por esa puerta de atrás, mejor.

—Se lo agradezco.

—Y vas a hacer el favor de vestirte ahora mismo por mucho que te duela.

Iris apareció en la cocina. Llevaba la mochila y la ropa de Rick.

El muchacho se la arrebató de las manos lanzando el brazo sano con la velocidad de un látigo. Rose lo atribuyó a la timidez de ver expuesta su ropa interior.

—Vamos a dejarte un minuto para que te vistas —dijo Elmer.

Antes de salir de la cocina con él y con Iris, Rose sacó la cesta de flores de la nevera. Encontraron a Melissa sentada en las escaleras, Daisy usando sus piernas de respaldo.

—Todas vosotras, fuera —dijo Elmer—. Esto se ha convertido en un hospital y no se admiten visitas.

Las niñas salieron al porche con los brazos caídos.

—Haced los collares, anda. —Rose entregó la cesta a Daisy—.

Así os entretenéis.

La pequeña saltó de la emoción, pero Iris y Melissa se dejaron caer en el columpio sin ningún interés en

las flores.

Rick logró ponerse la camiseta sin flexionar demasiado el brazo.

Manchó la tela de yodo y sangre. A través de la ventana, vio cómo

Rose despedía a su marido.

—Eso, vete... —susurró abrochándose el pantalón.

La camioneta se alejó por el camino. A las chicas se las oía

hablar en el porche. Cuando vio a Rose regresar a la casa, Rick recuperó su posición en la silla, el brazo extendido sobre la mesa,

junto a las pinzas.

—¿Estás vestido ya? —preguntó ella desde el salón.

—Siempre que no le asusten unos pies desnudos.

Rose entró en la cocina y retomó su trabajo con las espinas.

Seleccionaba con la pinza la que encontraba más aislada, o

menos inclinada, y tiraba de ella con seguridad. Las fue

acumulando sobre una gasa cada vez más roja. Rick no

exteriorizó el dolor que le provocaba cada extracción.

—Se le da bien.

—Viviendo aquí con tanta hija, entenderás que no es la primera

vez que saco espinas de un brazo.

—Ya vi el percance que tuvo la pequeña ayer.

Rick se arrepintió de sus palabras cuando la pinza de Rose se

detuvo en el aire. Quizá estuviera recordando cómo ese brazo de la niña se había curado de manera milagrosa durante la cena, a ojos de un extraño. Tardó más de lo acostumbrado en seleccionar

la siguiente espina. Al arrancarla, dolió más que las anteriores.

Rose continuó la extracción a mayor velocidad. Ya no se molestó en buscar las espinas mejor situadas ni en apartar antes los

jirones de piel, las sacó una detrás de otra por cercanía.

—Vamos a acabar rápido para que puedas irte por donde has venido —murmuró.

Arrancó otra espina. Encontró dos próximas y las sacó de un solo tirón. Pronto necesitó una segunda gasa donde acumularlas. Acabó formando un abultado montón. Paseó la pinza una última vez sobre el brazo.

—No veo ninguna más.

Aplicó una nueva capa de yodo a la herida antes de cubrirla con varias gasas que ajustó con esparadrapo, a modo de vendaje.

—Se lo agradezco mucho —dijo Rick.

Ella devolvió el yodo, el esparadrapo, el termómetro y los demás utensilios a la caja metálica.

—Al menos ya no se te va a infectar, pero sería mejor que visitaras a un médico en el siguiente pueblo. —Cerró la tapa—.

Mis cuidados son sólo los de una madre.

—¿Existe mejor cuidado que ése?

Rose no respondió. Se levantó, tiró las espinas sangrientas y gasas sucias a la basura y deslizó su silla bajo la mesa.

—Ya has oído a mi marido. —Señaló la puerta trasera de la cocina—. Puedes irte por ahí. Si quieres llevarte la bolsa del desayuno que te dejaste esta mañana, ahí sigue.

Ella se apartó para permitirle el paso a la salida. Rick necesitó unos segundos para calcular su próximo movimiento.

—Vamos, tengo que atender el huerto y las gallinas —le dijo.

Rick dejó las piernas flojas y se abalanzó contra el fregadero.

Resbaló con la espalda contra el mueble hasta quedar sentado en

el suelo. Vio sus botas junto a la pata de la mesa.

—Vaya, qué mareo. —Exageró la sensación tumbándose allí mismo.

Oyó cómo Rose chasqueaba la lengua. Sus pies se movieron en un círculo, sin desplazarse.

—Debe de ser por la sangre —continuó él—. Creo que he perdido más de lo que parecía.

Una cucharilla tintineó dentro de un vaso. Rose se arrodilló y se lo ofreció levantándole la cabeza.

—Es agua con azúcar, te hará bien.

Rick dio unos sorbos a la mezcla dulce y forzó una tos.

—Anda, ven. ¿Puedes levantarte? Túmbate unos minutos en el sofá.

—No sé si puedo.

Entorpeció adrede sus movimientos. Rose ofreció sujeción mientras recogía del suelo las botas. De camino al salón, pasaron frente a la puerta mosquitera.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó Melissa.

—Se ha mareado, no pasa nada.

—¿Necesitas algo de mí? —preguntó Iris—. Lo que sea...

—No necesita nada.

Rose guió a Rick hasta el sofá. Dejó caer sus botas a un lado.

Ahucó un par de cojines que colocó debajo de la cabeza y de las rodillas.

—Tienes diez minutos para recuperarte.

Ella se sentó en la butaca, a esperar. No parecía tener intención de dejarlo solo. Desde el porche llegó la voz de Iris.

—¿Mamá?

—No necesita tu ayuda para nada, no.

—Es Lily.



—¿Qué pasa con Lily?

—Que no está.

—¿Cómo que no está?

—Estaba aquí con sus flores, pero ahora no la vemos.

—A ver, Melissa, dime tú qué pasa, que de tu hermana no me fío. —Rose gritaba sin moverse de su asiento, sin dejar de vigilar a Rick.

—Es verdad, mamá —confirmó Melissa—. Nosotras estamos aquí en el columpio y Lily estaba al sol con sus collares. Ahora está sólo la cesta.

—Bueno, pues buscadla.

Las hermanas gritaron el nombre de la pequeña. Lo repitieron una y otra vez. Chillaban cada vez más alto, sin moverse del porche. Empezaron a reírse después de cada grito. Parecían más preocupadas por ganar algún premio al alarido más estridente, que por encontrar a esa gemela a la que también llamaban Lily.

Con un bufido, Rose abandonó la butaca.

—Ni te muevas —le dijo a Rick.

Cuando salió al porche, la mosquitera golpeó el marco con fuerza.

Rick se levantó del sofá de un salto.

Iris dejó de gritar al ver lo enfadada que salía mamá.

—¿Os parece normal?

Melissa contuvo una risa.

—¿Dónde está... —mamá miró a un lado como calculando si

Rick podría oírla, para saber qué nombre usar— Lily?

—Estará por ahí, mamá, ya volverá.

—¿Por ahí? —Señaló el terreno—. ¿Subida a las rocas y

cayéndose sobre los cactus? ¿O levantando piedras hasta que encuentre un escorpión como la otra vez?

Iris iba a disculparse cuando el pitido de un claxon las

sobresaltó a las tres.

—Mira, ahí la tienes —dijo.

Daisy estaba dentro de la camioneta, de pie en el asiento.

Desplazaba las manos alrededor del volante como si condujera.

Gritó algo ininteligible.

Mamá señaló la puerta de la Dodge.

—¿Quién la ha dejado abierta? —No redujo su tono alarmado—.

El chico, claro, quién iba a ser.

—A lo mejor la dejó abierta papá cuando fue a buscarlo —

defendió Iris.

Mamá la miró con los labios apretados.

—De todas formas, ¿qué más da? —continuó Iris—. La niña

está ahí, a salvo, jugando a conducir. No es que vaya a arrancar y

a estrellarse contra la casa.

Unas palabras se escaparon de los labios de mamá al recordar algo.

—La escopeta... —susurró.

Salió corriendo a por la niña.

—¿Ha dicho «escopeta»? —preguntó Melissa.

Iris asintió mientras aprovechaba la situación para colarse en la casa. Ansiaba ver a Rick a solas, sin la censura constante de sus padres.

—¿No deberíamos esperar?

—Por favor, mamá vive preocupada por todo. Esa niña no va a coger un arma y a ponerse a disparar. Tu quédate ahí si quieres.

Pero Melissa entró tras ella.

Encontraron a Rick en el salón. De pie, descolgaba la guitarra de la pared. Al percatarse de que habían entrado, carraspeó.

Quiso devolver el instrumento a su sitio pero no acertó a engancharlo. Lo dejó apoyado en el sofá antes de tumbarse.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Iris.

—Algo mejor, sí.

Se acercó al sofá igual de nerviosa que anoche. Deseaba conversar con él, comentar los recuerdos de su encuentro prohibido, pero con Melissa ahí detrás resultaba imposible.

—¿No ibas a ir a ayudar a mamá? —le preguntó.

—Yo también quiero hablar con él.

—¿Dónde está? —preguntó Rick—. ¿Vuestra madre?

—Regañando a la pequeña ahí fuera.

Desde el terreno llegó el sonido repetido del claxon de la camioneta. Rick se incorporó, recuperado de pronto. Iris se sentó a un lado. Melissa, al otro, apartando la guitarra.

—Esa guitarra no estaba ayer aquí, ¿no? —observó él.

Melissa se encogió de hombros.

—¿Quién la toca?

—Yo, un poco. —Iris se aproximó a Rick—. ¿Quieres que te cante algo?

—No le hagas caso —dijo Melissa—. No tiene ni idea.

Iris deseó empujar a su hermana contra la pared.

—Ahora sólo la sabe tocar mi padre, pero no lo hace casi nunca

—continuó Melissa—. Era de nuestra hermana mayor.

Rick señaló a Iris.

—¿De ella?

Recibir la mirada de él reavivó el calor en el estómago de Iris, calor que ascendió hasta sus mejillas. Parpadeó sin retirar la vista.

—No, nuestra hermana mayor. —Melissa cogió la guitarra, mostrándole a Rick el lateral de la caja con el nombre tallado—.

Se llamaba Edelweiss.

El cuello del muchacho crujió a causa de una tensión repentina. Sus ojos se abrieron más de lo normal. Tragó saliva con tanta fuerza que Iris pudo oírlo.

—¿Otra hermana? —Su voz no era más que un suspiro—.

¿Mayor que tú?

—Dos años más —respondió Iris—, tendría dieciocho ahora.

Murió el año pasado.

Los ojos de Rick se humedecieron hasta parecer de vidrio. Se le escapó un sollozo.

—¿Qué pasa? No sufras por nosotras, lo vamos superando poco a poco.

Rick acarició el nombre grabado en la guitarra. Sus dedos



temblaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Iris.

Él se dirigió a Melissa.

—¿Tienes un dibujo de ella? —susurró.

La niña asintió y se levantó a buscar su cuaderno.

—¿Por qué te pones tan triste? —preguntó Iris.

Rick recorría con el dedo cada curva del nombre tallado en la madera. Notó sus esfuerzos por contener las palabras, como si le avergonzara que se le rompiera la voz si intentaba hablar.

—No debes sentir vergüenza conmigo —dijo Iris—, conocer tu interior es lo que ansío.

Melissa regresó con el cuaderno. Se lo pasó a Rick mostrando una hoja con uno de los últimos retratos de Edelweiss.

—Todavía no dibujaba tan bien, podría estar mucho mejor.

—No dibujabas bien ni antes ni ahora —dijo Iris, sacándole la

lengua.

Pero era mentira. El retrato era precioso. Al verlo, Iris recordó la tarde en el porche en que Melissa lo dibujó. El olor a miel que traía Edelweiss después de darse un baño. El brillo dorado del sol en su pelo, recogido en una coleta lateral con una flor de cactus sobre la oreja.

Asomado al retrato, la voz de Rick se quebró cuando rompió a llorar.

—No...

Iris sólo había visto llorar una vez a un hombre, a papá. Quiso consolar a Rick, pero no supo cómo. Melissa tampoco sirvió de ayuda. Una lágrima cayó sobre la flor dibujada en el retrato, marchitándola. Emborronando a Edelweiss.



Elmer detuvo la *pick-up* a un lado del camino . Llegar a tiempo a la gasolinera había dejado de importarle. Primero lo había

deslumbrado, mientras conducía, un desconocido destello que provenía de algún punto en mitad del desierto, un fogonazo de sol reflejándose en algo en lo que no se reflejaba nunca a esas horas.

Después había descubierto un montón de huellas en la arena de ese camino. Las que habría impreso el muchacho, con sus botas, el día anterior, antes de encontrarse con Rose y las niñas. Lo raro es que las huellas acabaran de pronto en un punto concreto.

Elmer bajó de la camioneta . El sol le calentó la nuca mientras inspeccionaba el final del rastro tratando de entender los

movimientos del chico. Encontró una pila de piedras formando un montículo. Una marca. Giró sobre sí mismo divisando el paisaje. El destello que antes lo había deslumbrado brilló entre los cactus. Emprendió la marcha hacia él, tratando de acallar malos presagios.

En un desnivel, cubierto con matorrales secos arrancados, a modo de camuflaje, descubrió un coche. Un Lincoln con matrícula de Colorado. El sudor en su espalda se enfrió. Elmer lo registró buscando alguna prueba de que perteneciera a Rick, el corazón latiendo atronador en sus oídos. Encontró las llaves escondidas en el tubo de escape. Cuando abrió el maletero, una botella vacía de Coca-Cola rodó hacia él. Sus peores presentimientos se cumplieron al ver una carpeta de color marrón.

Rose rodeó la Dodge por detrás, mientras Daisy gritaba indicaciones ficticias al volante. La niña se detuvo al verla aparecer por la ventanilla.

—Sé conducir, mamá. Es muy fácil.

—¿Y cómo conduces sin esto?

Sacó del delantal la llave que le había dado anoche su marido.

—Pues igual, moviendo la rueda esta. —La niña retomó la conducción, desplazando las manos alrededor del volante.

Rose aprovechó para echar un ojo detrás de los asientos. Como había temido, la escopeta estaba ahí, al lado de una caja de cartuchos, pero Daisy ni siquiera había reparado en ella. El claxon sonó dos veces.

—Había un perro en la carretera —explicó la niña—, no quería

atropellarlo.

—Venga, baja. Ya está bien. Que he dejado al chico solo.

—No, quiero llegar hasta la gasolinera de papá. —Daisy se concentró en el paisaje que imaginaba frente a ella.

—Vamos, baja.

La niña no hizo caso.

—No te lo digo más veces. —Rose abrió la puerta.

Daisy se limitó a tocar el claxon.

—¡Ahora!

La niña encogió los hombros, asustada por el volumen de su

grito. Daisy contraatacó tocando el claxon una vez más. Y otra. Lo

tocó sin parar por encima de los gritos de Rose. Cuando ella se abalanzó para agarrarla, Daisy huyó al asiento del copiloto, fuera

de su alcance.

—A que no me coges...

Rose trató de adentrarse en la cabina, pero el volante frustró su intento.

—Por favor, hija, tengo que volver a casa, está el chico solo.

Daisy se rió, dio saltos. Escapó de las manos de mamá. Cuando la niña entonó un cántico para chingarla, Rose explotó.

—¡Abajo!

Golpeó el asiento del conductor. Algo cayó al suelo, bajo el volante. Daisy abrió la puerta del lado del acompañante y saltó al suelo sin decir una palabra más.

Rose vio lo que había caído bajo el volante. Era una libreta. Un bloc de notas que nunca había visto. Tenía las tapas decoradas

con falsos sellos de pasaporte.

—Perdóname, mamá —dijo la niña, ahora detrás de ella.

—No pasa nada —respondió sin darse la vuelta.

Toda la atención de Rose estaba centrada en la libreta. La cogió.

Observó las cubiertas. La tapa trasera se abrió sola, contenía un papel plegado, de mayor grosor que el resto. Rose lo extendió. Era un mapa. Una ruta marcada recorría los estados de Colorado, Utah, Nevada, Arizona, Nuevo México y California. Después se adentraba en México por Baja California. Había paradas señaladas, algunas tachadas. Una de ellas marcaba la zona donde se encontraba la casa.

—¿Qué pasa, mamá?

Rose oyó la voz de la niña muy lejana.

Las manos empezaron a temblarle.

Intentó plegar el papel pero fue incapaz. Acabó arrugándolo en una bola que lanzó contra el asiento. Hojeó la libreta. Datos escritos con bolígrafo llenaban las hojas. Nombres, fechas, ciudades. En la última página escrita, Rose encontró su propio nombre. También el de Iris, Melissa, Lily y Elmer. Cuando siguió con los ojos una flecha que señalaba las palabras GEMELAS DE 6 AÑOS, un profundo gemido emanó de su garganta.

—¿Qué pasa, mamá?

Rose ocultó la libreta en el bolsillo delantero de su delantal. Sin pararse a pensarlo, cogió la escopeta. Metió dos cartuchos. De pronto, ya no le temblaban las manos.

—¿Hay un coyote? —preguntó la niña al ver el arma.

—Ven detrás de mí, pegadita a mí.

Daisy acató la orden, caminando muy cerca de ella. Guijarros de arena salieron disparados bajo las enérgicas zancadas de Rose, que pisó aún más fuerte al descubrir que Iris y Melissa no estaban en el porche. La estructura de madera al completo crujió cuando subió. Abrió la puerta mosquitera como si pretendiera arrancarla de sus bisagras. Una vez dentro, pidió a Daisy que se encerrara en el cuarto con Dahlia, apoyando la historia del coyote que se había inventado ella misma. La niña subió las escaleras sin rechistar.

Rose se asomó al salón escondiendo la escopeta a un lado del marco. Sentados en el sofá, Iris, Melissa y Rick alzaron las miradas. El chico tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado.

Sobre sus rodillas descansaba el cuaderno de dibujo de Melissa, mostrando un retrato de Edelweiss.

—Melissa, Iris, fuera de aquí —dijo Rose—. Ahora.

—¿Qué pasa? Retumba la casa entera cuando entras.

—Vuestro padre os dijo que no hablarais con el extraño.

—No es un extraño, se llama Rick. —Iris apoyó la barbilla sobre su hombro.

La espalda de Rose se puso tan rígida como el cañón del arma que escondía.

—Subid ahora mismo al cuarto de las gemelas. —Su voz sonó grave—. Encerraos con ellas.

La frente de Rick se alisó.

—¿Qué gemelas? —Melissa guiñó un ojo, intentando advertirle de que había metido la pata, como ocurría a veces en clase con Socorro.

—Subid. —La severidad en su tono y el hecho de que ya no le importara mencionar a las gemelas delante de Rick, lograron transmitir la seriedad del mensaje—. Al cuarto de las niñas, vamos. Y cerrad por dentro.

Sus hijas se levantaron.

—Mamá, dinos qué pasa, estás sudando. —Iris se dio la vuelta hacia el muchacho—. No te vayas sin despedirte.

Rose cogió a Iris del hombro y la empujó fuera del salón.

—¡Vamos!

—¡Me has clavado las uñas!

Melissa aplacó a su hermana, que jadeaba indignada. Se la llevó, escaleras arriba, susurrándole al oído. Antes de alcanzar el segundo piso, Iris dedicó a Rose una profunda mirada, con el ceño fruncido. Ella mantuvo la escopeta escondida, tapándola con su cuerpo, hasta que desaparecieron de su vista.

En el salón, Rick pasaba las hojas del cuaderno de dibujo. Una mueca grotesca contraía su rostro. Se secó las lágrimas y la nariz con el vendaje en su antebrazo. A Rose le revolvió el estómago que un extraño observara a su familia de esa manera.

—Deja eso.

Entró en el salón con la escopeta a un lado, a lo largo de la pierna. Rick parpadeó para asegurarse de lo que veía. Sus manos se aferraron al sofá, los hombros tensos.

—Mi madre decía que puede saberse mucho de un hombre por

sus zapatos. Incluso lo usó de argumento para explicarme por qué

nunca le gustó mi marido. Que los llevaba demasiado limpios,

decía, que brillaban mucho. Como si fuera algo malo, como si a ella le resultara más honesto mostrar la suciedad y no entendiera

que Elmer se empeñara en ocultarla. A mi madre a lo mejor le

hubieran gustado tus zapatos, tan sucios. Pero ya ves, los tuyos de honestos no tienen nada. Esas botas mienten. —Rose las

señaló, junto al sofá—. Esas botas respaldan tu historia, debiste prepararlas bien. Tan maltratadas como están, con esa suela casi

despegada, los cordones deshilachados... Son las botas de un

excursionista, no hay duda. ¿Se las compraste a uno? ¿O las

sacaste de un basurero en la parada anterior de tu recorrido?

Rick no respondió. Rose disfrutó de su desconcierto.

—Tus botas mienten —repitió—. Pero tus pies no. Los he tenido

delante de mí toda la mañana y casi se me escapa el detalle. Se ve

que no llegaste tan lejos para hacer creíble tu historia. Míralos, mira tus pies.

Rick bajó la cabeza. Movié los dedos.

—Ni una rozadura, ni una ampolla, ni una uña negra o rota. Ni

siquiera larga —continuó Rose—. Esos pies no han caminado

veintisiete días. Apostaría a que no han caminado ni uno.

Rick la miró con unos ojos vidriosos llenos de rabia. Un

respingo sacudió su cuerpo, activando sus músculos. Saltó hacia

ella.

—Ni lo intentes. —Rose empuñó la escopeta, enfilando el doble

cañón hacia el rostro de él.

Rick detuvo su ataque. Sus ojos recorrieron la estancia en una

rápida sucesión: ventana, suelo, escopeta, puerta, techo, otra

ventana.

—No intentes nada. —Rose acarició el gatillo—. Te he atendido en esta casa con la mejor de mis intenciones. Te he curado ese brazo como si fuera el de alguna de mis hijas. Pero no dudaré en dispararte a la cabeza, dos veces, si lo considero necesario.

El muchacho tragó saliva.

—Dime quién eres —le exigió—. ¿Qué haces aquí?



Rick no contestó.

—¡Dime quién eres!

—Sólo soy un excursionista que buscaba un poco de compañía.

Rose dio un paso adelante, pisando la alfombra.

—Deja de mentir. —El cañón de la escopeta quedó a escasas pulgadas de la frente de Rick—. No eres un simple excursionista.

El rostro de él se tensó, su mirada se afiló.

—Y tú no eres la madre de esas niñas.

El rostro de Rose enrojeció frente a él. Sus rasgos se retorcieron.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Había recibido esas palabras como una bofetada.

Su dedo se tensó alrededor del gatillo.

Rick agarró el cañón. Tiró de él hacia un lado, desequilibrando

a Rose. La alfombra que pisaba hizo que resbalara. El disparo

estalló cerca de la oreja de Rick. Vio el agujero en el techo al tiempo que un pitido ensordecedor le perforaba el oído. Llovió

yeso sobre sus hombros y sobre la cara de Rose, que pataleaba en

el suelo intentando levantarse. Las violentas sacudidas de su

cuerpo expulsaron el contenido del bolsillo de su delantal. Rick entendió lo que había ocurrido al ver su libreta. Rose abrió y cerró

la boca profiriendo gritos que a él le resultaron mudos, no oía nada más allá del zumbido. Barrió el suelo con la mirada

buscando la escopeta. La encontró debajo de la butaca.

Una mano de Rose se posó muy cerca de la culata. Rick la pisó.

Se hizo con el arma, saltó el cuerpo de ella y huyó del salón.

Desde la puerta de la entrada vio su mochila en la cocina,

también sus botas junto al sofá. Pensó en ir a por ellas, pero Rose

gateaba recuperando el equilibrio. A él, el temblor de sus manos ni

siquiera le permitió quitar el seguro de la puerta mosquitera. Lo deslizó a un lado y a otro incapaz de discernir cuál era la posición

de apertura. El pitido en el oído comenzó a remitir.

—¡Mamá! —gritó Iris desde arriba—. ¡¿Qué pasa?!

—¡Me ha disparado! —dijo Rose.

Rick rompió la mosquitera a golpes, con la culata del arma.

Partió con la rodilla el travesaño central del marco. Salió al porche

atravesando la tela metálica, raspándose los brazos. Se desgarró

el vendaje. Fuera intentó cargar otra vez la escopeta. Le resultó imposible. Saltó los escalones. El aterrizaje sobre la arena le raspó

los pies. Algo se le clavó en el talón. El cañón del arma se coló entre sus piernas, haciéndole tropezar. Evitó la caída apoyando

las manos en el suelo. La herida bajo el vendaje se abrió con el esfuerzo. Las gasas se tiñeron de rojo. Lanzó la escopeta a un lado. Al caer al suelo, se disparó. Rick se protegió la cabeza, pero

el tiro impactó contra algún cristal detrás de él, una ventana de la

casa. Sin reducir la velocidad, miró sobre su hombro. Rose bajaba

los escalones del porche, dispuesta a alcanzarlo. Rick pisó un

matorral lleno de espinas. Gritó. Desvió su trayectoria hacia el camino de arena que había usado anoche, así evitaría las rocas

afiladas y los cactus. Avanzó siguiendo las hendiduras de las ruedas, estampando huellas sangrientas.

No iba a dejarse coger.

La segunda vez que miró por encima del hombro, la distancia con Rose era mucho mayor. Dejó escapar una risa desquiciada.

Iba a conseguirlo. Iba a llegar a su coche con los pies destrozados, pero pisaría el acelerador a fondo para escapar de allí. Y llamaría a mamá en el siguiente pueblo. La velocidad de su carrera propulsó hacia atrás las lágrimas que aparecieron en la comisura de sus ojos cuando se imaginó hablando con ella.

Rick miró hacia atrás una vez más.

Rose era sólo un borrón lejano.

Alivio, emoción e impaciencia inflaron sus pulmones.

Se vaciaron de golpe cuando descubrió frente a él la *pick-up* de Elmer.



Elmer apretaba el volante, los dedos blancos por la presión, los nudillos puntiagudos.

Rick estaba ahí delante, descalzo. Respiraba con dificultad, abriendo la boca con muecas de dolor. Su brazo sangraba como cuando lo encontraron tirado en la toma de agua, junto al cactus.

Un pensamiento aterrador sacudió a Elmer, que la sangre no

fuera suya.

Revolucionó el motor para que rugiera.

Rick escapó a un lado del camino. Corrió esquivando cactus, saltando rocas. Elmer lo siguió con la camioneta. La cabina se agitó de lado a lado, sacudiendo su cuerpo. Golpeó el techo con la cabeza, el volante con las rodillas. Hubo chirridos de metal cuando las rocas rasgaron los bajos. Saltaron chispas de la carrocería. Sorteó los cardones dando volantazos que hacían derrapar las ruedas. Un impacto dobló el retrovisor hacia la ventanilla.

Rick comenzó a tropezar con frecuencia. Necesitó varios intentos para saltar algunas rocas. La disposición irregular de los cactus parecía desorientado, porque giraba sobre sí mismo desandando sus propios pasos, como perdido en un laberinto.

Elmer lo adelantó por la izquierda, arrinconándolo contra una pared de cardones tan gruesos como columnas. Acorralado, intentó huir escalando una formación rocosa más alta que él, pero sus pies resbalaron en la piedra. Se volvió para encarar la camioneta, su mirada llena de rabia. Tenía el ceño fruncido por el pánico, la boca retorcida de dolor. Cuando el motor rugió bajo las órdenes del pie de Elmer, el rostro de Rick se unificó pidiendo clemencia. Mostró las manos abiertas en señal de indefensión.

—Por favor, sólo quiero irme de aquí —unió las palmas sobre su boca como en una oración—, por favor...

Elmer estrujó el volante. Si pudiera, él también dejaría escapar al chico. Se iría a la gasolinera, como todas las mañanas, y

regresaría a la caída del sol para que las gemelas lo recibieran abrazándose a sus piernas. Retrocedería en el tiempo para que

este último día no hubiera existido. Para no abrir su casa a un extraño. Para no haber descubierto nunca esa carpeta marrón.

Para que esa carpeta marrón que ahora tenía en el asiento del

copiloto ni siquiera existiera. Y para no tener un pie sobre el acelerador de su *pick-up* encargado de detener al muchacho que podía destruir lo más importante que había construido en su vida.

Rick caminó de lado hacia el único espacio libre entre dos

cactus. Con cada pequeño paso aumentaba el alivio en su rostro,

revalidando el indulto que esperaba de Elmer. Como si la

camioneta fuera un animal salvaje que hubiera decidido no

devorarlo. Si alcanzaba la abertura, podría escapar. Dio un paso más, mostrando las palmas.

La tensión en los brazos de Elmer le provocó un tirón en la

espalda. Iba a dejar que el chico se marchara. Llegó a convencerse

de que era lo que tenía que ocurrir. Rose y él habían temido este

momento desde que formaron una familia, debían estar

preparados para afrontar las consecuencias de sus actos.

Ahora les tocaba pagar a ellos.

A Rick le quedaban apenas tres pasos para alcanzar el lugar de

escapatoria. Movi6 las manos con un siseo, como si calmara a un

perro rabioso.

Elmer cerró los ojos.

Pisó el acelerador.

El grito agudo del muchacho acabó reducido a un gemido

gutural. Elmer luchó contra la resistencia de los cactus sin

levantar el pie del pedal. Hubo ruidos mecánicos del motor

revolucionándose, la goma de los neumáticos calentándose, algún cristal se fragmentó. Los sonidos orgánicos prefirió adjudicárselos al destrozo de los cardones cuando los derrumbó. La camioneta se agitó superando los obstáculos, hasta que un impacto la detuvo.

Elmer olió gasolina y vapor de agua. Había chocado con otro cactus. Permaneció unos segundos con la frente apoyada en el volante. Tomó aire. Mientras reunía el valor para atreverse a bajar, vio aparecer a Rose en el espejo retrovisor. Llevaba la escopeta.

Elmer bajó con la carpeta marrón. Juntos observaron el resultado del atropello. Varios cactus se habían desplomado en el suelo, formando escombros vivos de pulpa, corteza y savia. Sobre ellos, ensartado en sus espinas, descansaba el cuerpo de Rick, sus extremidades flexionadas como las de un recortable articulado. Elmer se mordió un puño. Después vomitó. Rose frotó su espalda hasta que se recuperó.

—Era todo mentira, tenía un coche a cuatro millas. —Elmer se limpió los labios—. Encontré esto.

Enseñó la carpeta a su mujer.

—¿Más datos sobre nosotros? —preguntó ella.

—¿Más?

Rose sacó la libreta de su delantal.

—La encontré en mi camioneta. Nos estaba vigilando.

—¿Te ha hecho algo? —Elmer estudió la cara de su mujer como si realizara un examen médico—. ¿Las niñas están bien?

—Todas bien. Pero él me dijo una cosa horrible, me ha dicho

una cosa horrible. —Rose encogió los hombros, tapándose los oídos como para no oír el eco de algún mal recuerdo. Después fijó los ojos en Elmer—. ¿Y si no hubieras vuelto? ¿Si no hubieras descubierto su coche? Has visto la ventaja que me llevaba, estaba a punto de escapar. Podría haber escapado y terminado con...

Rose rompió a llorar.

—Ya está, ya está. —Elmer besó la sien sudorosa de su mujer—. No ha escapado, míralo, está muerto aquí delante. Y los papeles los tenemos nosotros. Ya no puede hacer nada, no va a pasar nada. —Recorrió con la mirada el cuerpo magullado de Rick mientras reducía su voz a un susurro—. Ahora hay que pensar qué vamos a hacer nosotros, tenemos que pensar muy bien qué es lo que vamos a hacer.



En el cuarto de las gemelas, Iris asomó un ojo por la esquina inferior de la ventana. Así fue testigo de la huida de Rick con la escopeta, incapaz de encontrarle una explicación. Vio cómo la tiraba al suelo, cómo se disparaba (las gemelas gritaron cuando se rompió el cristal de la habitación de Melissa). Vio a mamá recoger el arma y correr tras él. Iris descubrió la polvareda que se aproximaba por el camino antes de que Rick se topara de frente con la camioneta de papá. También asistió a la huida de Rick. Y vio cómo papá lo acorralaba contra unos cactus para terminar atropellándolo.

Se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Daisy.

—¿Dónde vas? —preguntó Dahlia.

Las gemelas estaban abrazadas a Melissa, agazapadas las tres en una esquina de la habitación.

—No se ve nada por la ventana —mintió Iris—. Voy a salir a ver qué pasa. Quedaos aquí, tranquilas.

—Ten cuidado —dijo Melissa.

Iris corrió escaleras abajo como si sus pies rodaran. Descubrió

la mosquitera destrozada, la puerta rota. En la cocina vio la

mochila de Rick y sintió deseos de investigarla, saber más de él, pero salió al porche sin detenerse. Notó cada guijarro a través de

la suela de sus zapatillas de andar por casa, también el calor del

suelo. Esa noche había dormido con la camiseta de Rick, pero

cuando papá apareció por la mañana en el cuarto, con las

gemelas, se había tapado con la sábana a modo de bata para

cambiarla por su camisón habitual. Ese camisón se enganchó

ahora en un cactus. Tiró de él sin más, desgarrándolo. Sorteó más

cardones y más rocas, guiada por la columna de humo que

delataba la posición de sus padres.

Cuando los avistó de espaldas, entre el bosque de cactus, corrió hacia ellos. El sonido de sus pasos alertó a mamá, que se dio la vuelta justo antes de que los alcanzara. Detuvo su avance y la atrapó a la altura de la tripa.

—Vete de aquí.

Mamá la empujó hacia atrás, alejándola de papá, de la

camioneta y de Rick. Era la primera vez que empleaba tanta

fuerza contra ella, y eso la preocupó aún más.

—¿Qué ha pasado, mamá? Dime qué ha pasado.

Iris clavó los pies en el suelo, oponiendo resistencia. Resultaba difícil mantener el agarre con unas zapatillas tan frágiles.

—O te vas de aquí o te arrastro yo misma de los pelos hasta tu cuarto.

Mamá escupió las palabras con los dientes apretados, pulverizando saliva. Nunca antes le había hablado de esa manera.

Un acceso de rabia calentó la sangre de Iris, que acumuló toda su furia en algún lugar del estómago para doblregar a mamá. La empujó a un lado, haciéndola trastabillar. Liberada, corrió al lugar del atropello, toreando a papá, que no pudo hacer nada por evitar que se asomara al desastre.

—Hija, no...

Iris sabía por sus libros que las historias de amor más poderosas suelen acabar en tragedia, pero ni todas las palabras que había escrito Shakespeare en su vida servían para describir el dolor que le fracturó el alma al ver el cuerpo de Rick. Por encima de los olores a gasolina y goma quemada, Iris reconoció el aroma de su camiseta.

—¿Qué le has hecho? —Su voz no fue más que un susurro, casi un estertor.

—Proteger a mis hijas —contestó papá—, eso he hecho.

Ella lloró contra la mascarilla de dedos con la que se había tapado la boca y la nariz.

—Era peligroso, tenía una escopeta.

—La tiró antes. —Iris se atragantó con sus lágrimas, la boca le

sabía a sal—. Cuando lo atropellaste no la tenía.

Mamá se abalanzó sobre ella. Iris cayó de rodillas, dejándose atrapar. No le quedaban fuerzas para resistirse.

—¿Qué le habéis hecho? —sollozó.

Dejó que mamá la levantara, incluso lloró sobre su hombro

mientras se la llevaba de allí. Dejaron tras ellas la zona del siniestro, como quedaría ya para siempre el recuerdo del primer

amor de Iris.

—Basta ya de tonterías —dijo mamá—, hace un día ni siquiera lo conocías.

Ella oyó entonces la voz de Rick.

Al principio pensó que era su memoria la que había reproducido

algún recuerdo, pero la forma en que mamá se detuvo, con la

columna erguida, dejó claro que también lo había oído.

Iris se dio la vuelta.

—Ayuda —balbuceó Rick.

Verlo mover la cabeza reconstruyó de inmediato su alma

fracturada.

—¡Está vivo! —gritó—. ¡Tenemos que ayudarlo!

Rick levantó una mano. Hizo también un intento por

incorporarse, pero el cambio de distribución del peso desplomó su

cama de cactus. Gimió de dolor cuando su cuerpo se sacudió con

el derrumbe. Iris intentó acercarse. El lazo que formaban los

brazos de mamá se tensó alrededor de sus costillas, sofocándola.

—¡Déjame! —gritó Iris, con los pulmones comprimidos.

Esta vez sus zapatillas perdieron agarre al instante. Mamá la

arrastró, alejándola de allí, cargándola en algunos tramos,

escupiendo su pelo cuando se le metía en la boca. No atendió a sus gritos ni rebajó la presión de su abrazo. Tampoco dudó en

empujarla con las rodillas, ni en inmovilizarle la cara

aprisionando su barbilla con una mano. La llevó de vuelta a casa

en un único arranque de energía. Iris trató de agarrarse a los postes del porche, a la puerta mosquitera, al umbral del salón, pero mamá lo impidió con potentes tirones. No cedió ni cuando

Iris se partió una uña intentando aferrarse a la barandilla de las

escaleras.

La empujó dentro del cuarto de las gemelas. Aterrizó descalza,

había perdido las zapatillas por el camino. El desgarró en el

camisón se había extendido por todo el lateral, descosiendo la

costura hasta la axila. Melissa, Dahlia y Daisy gimieron



sobresaltadas.

Mamá dio un portazo sin decir una palabra.

La llave giró en la cerradura, por fuera.

Iris saltó a la puerta. Sacudió el pomo, incapaz de abrirla.

—¡Ayudadle! —gritó con la boca pegada a la madera—. ¡No está muerto!

Abrir los ojos supuso un esfuerzo. Encontrarse con un mundo tan

borroso, una decepción. Tras cada parpadeo, brotaban de sus

pupilas raíces de dolor hacia el interior de su cabeza, pero uno tras a otro ayudaron a ir enfocando la realidad frente a él. Una piedra con ojos fue lo primero que distinguió. Tuvo la sensación de haber conocido a una niña que hablaba con los cactus, que les

pegaba ojos a las rocas, les ponía nombre. Era una sensación nítida, como un recuerdo, pero era incapaz de discernir en qué contexto de la vida real habría tenido lugar tal encuentro. Debía de tratarse de un sueño. Eso era, estaba despertando de un mal sueño. Una pesadilla habitada por cactus que lo atacaban, agujas saliendo de su piel, licores con gusanos dentro, persecuciones sobre suelos que quemaban, niñas pequeñas repetidas y una canasta de flores. Flores de cactus. Pero también una flor de iris. Una flor de melisa. Un lirio. Una rosa. Rose. La flor con espinas. Le ardió el brazo al pensar en espinas. Se le aceleró el pulso. Recordó una herida, unas pinzas, unos dedos, una cara. Rose. Un disparo. Oyó un cristal romperse en algún rincón de su memoria. Pero no fue en su memoria.

Agachada, una mujer recogía del suelo trozos de cristal que se rompían en fragmentos más pequeños al dejarlos caer dentro de un cubo. Los pedazos pertenecían a una ventana que había sobre la mujer. Fuera, el cielo era de color púrpura, y el aire que entraba, tan caliente como la arena del desierto. La pared contigua estaba cubierta de dibujos a lápiz que mostraban una familia numerosa. Una familia feliz. La mujer que recogía cristales aparecía en muchos de esos dibujos. Entre los rostros de las niñas, hubo uno que devolvió a Rick a la realidad de su situación.

Lo recordó todo.

El retrato que había visto en el salón no era un sueño. Ni las niñas repetidas, ni el atropello con la camioneta, ni el despertar entre los cactus, ni la manera en que lo arrastraron por el terreno, por las escaleras, para meterlo en este cuarto. Estaba en una cama. La piedra con ojos lo observaba desde una mesilla de noche. A su lado había un vaso, una jarra de agua, cajas de

medicinas. Miró al techo, a su cuerpo, cubierto por una sábana.

Quiso levantarse pero ni los brazos ni las piernas obedecieron sus órdenes, sus extremidades sólo se retorcieron. Se entorpecieron unas a otras, conectadas de manera extraña. El ruido de los muelles del colchón alertó a Rose, ella era la mujer que recogía los cristales. Cuando su mirada reparó en él, dejó el cubo en el suelo y salió de la habitación. Regresó acompañada de su marido. Que se llamaba Elmer.

—¿Quién eres? —preguntó Rose—. ¿A qué has venido?

Rick despegó la lengua del paladar como si fuera de velcro.

—Agua...

—Dinos quién eres.

—... necesito agua.

La amargura de la saliva que tragó le provocó una arcada. Sabía a sangre seca. El cuerpo entero le dolió a causa de la convulsión.

—Cuando nos digas a qué has venido. —Elmer se sentó en la cama, las manos apoyadas a cada lado del colchón, su cabeza sobre la de él—. Y por qué tenías esos papeles en tu coche.

¿Quién eres?

A Rick se le escapó el aliento en un suspiro. Elmer apartó la cara, contuvo una náusea. Alcanzó el vaso de agua de la mesilla y, sin acercárselo a los labios, derramó el contenido sobre su

boca. Rick la abrió para capturar el mayor líquido posible. Su

lengua recuperó volumen, elasticidad. La piel de todo su cuerpo pareció revivir, despegarse del músculo.

—¿Quién eres?

Rick se sacudió bajo la sábana, incapaz de entender el

comportamiento de sus extremidades.

—¿Estoy atado? —preguntó.

Rose lo observaba a los pies de la cama. Tocó el hombro de su marido para que se levantara. Ella elevó la sábana, ofreciéndole a Rick la oportunidad de mirarse. En su cuerpo desnudo había más parches de piel morada o amarillenta que rosada. Los bultos en las piernas elevaban a cinco el número aparente de rodillas.

Aunque no pudo desplazarlas, comprobó que no había perdido la movilidad doblando los dedos de los pies. Tenía los brazos extendidos a los lados. Lazos de cuerda rodeaban sus muñecas.

Las habían atado entre sí por debajo de su espalda, anulando cualquier posibilidad de movimiento. Cuando intentó deslizar a un lado la mano izquierda, la cuerda le raspó los glúteos, la otra mano se acercó a la cadera. La herida que se había provocado en

ese brazo durante la ducha ardió en cada uno de los puntos de donde Rose extrajo una espina. Puntos iguales se habían

multiplicado por todo el cuerpo tras el atropello.

—Las que te quité del brazo eran pocas comparadas con las que he tenido que quitarte ahora. —Señaló una zona especialmente afectada en un costado—. Algunas siguen dentro, sobre todo en la espalda.

Rose dejó caer la sábana. Ajustó los bordes bajo el colchón, como si hiciera la cama, apresando aún más a Rick. Lo arropó hasta la barbilla con el tenso tejido.

—¿Nos vas a decir quién eres?

Elmer cogió de la estantería la carpeta marrón con todos los

papeles. La dejó caer sobre su abdomen, prendiendo una hoguera de dolor en sus costillas.

—¿Policía? ¿Detective? ¿FBI?

—Po...,

po...

—Intentó

no

tartamudear

para

resultar

convinciente, pero fue incapaz— ...policía.

Elmer giró la cara hacia su mujer, tapándose la boca con la mano. Susurró algo ininteligible.

—Es mentira —dijo ella mirando a los ojos de Rick. Se sentó en la cama tensando aún más la camisa de fuerza que lo aprisionaba

—. Estás mintiendo. Un agente no se autolesiona. ¿O quieres

hacerme creer que de verdad te caíste contra el cactus? —Cuando

se inclinó hacia él, la sábana lo asfixió—. ¿Qué buscas en las zonas marcadas de tu mapa? ¿Qué buscas aquí?

Rick estiró el cuello intentando facilitar el paso de aire.

—Dinos quién eres —vociferó Elmer.

—¿Qué sabes? —susurró ella. Apoyó la mano de tal manera que el tejido apretó aún más.

Rick tragó saliva elevando su nuez, que no volvió a descender.

Notó cómo su cara enrojecía. El dolor de cabeza se agudizaba con cada pulsación. Los muelles rechinaron cuando se sacudió. Rose

levantó la mano, liberando parte de la sábana. Rick respiró tan fuerte que se raspó la garganta.

—¿Quién eres? —insistió ella. Acercó su rostro al de Rick hasta que sus narices casi se tocaron—. ¿Qué sabes?

Rick afiló su mirada.

—Sé que no eres la madre de esas niñas.

Rose le dio una bofetada. Dolió desde la mandíbula hasta la ceja. Lo señaló con un dedo que acabó clavando en su mejilla. Los ojos le brillaban.

—Claro que lo soy.

Rick humedeció sus labios preparándose para lo que iba a decir a continuación.

—¿También de mi hermana?

Percibió la inmediata revelación en los ojos de Rose. La chispa que hubiera saltado en el interior de su cabeza irradió luz a través

de las pupilas. Sus facciones se tensaron para después relajarse.

La boca se le abrió.

—Claro —dijo en un suspiro—, tuve que haberme dado cuenta nada más verte. Tienes sus ojos.

La misma mano con la que lo había abofeteado se posó ahora sobre su cara. La acarició con el pulgar. Palpó sus pómulos, las cuencas de sus ojos. Recorrió el trazo de sus cejas. Los dedos de

Rose repasaron sus facciones como si ya las conociera. Había dejado de parpadear, hipnotizada por lo que veía.

—Edelweiss... —susurró.

Hubo una delicadeza maternal en su tacto que asqueó a Rick.

Sacudió la cabeza para huir de aquellos dedos que lo acariciaban

como si se despidieran de un cadáver. Lanzó un mordisco al aire.

—Ese no era su nombre —masculló—. Se llamaba Elizabeth.

Rose negó con la cabeza como si hubiera dicho una tontería.

—Edelweiss —repitió—. Ella era una flor. Como todas mis niñas.

—Eliz...

Las manos de Rose le taparon la boca.

—Edelweiss —susurró, aumentando la presión de su mordaza.

Rick pilló con los dientes carne de algún dedo. Mordió con toda la fuerza de su mandíbula. Rose saltó de la cama con un aullido.

Elmer lo estranguló usando sólo una mano.

—¿La habéis... —saliva con sabor a sangre burbujeó en la garganta de Rick, apenas tenía aire para terminar la pregunta—
...la habéis matado?

A Rose se le escapó un gemido doloroso, igual que si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Elmer liberó su cuello cuando lo soltó para abrazar a su mujer, que había roto a llorar.

La consoló hablándole al oído, meciéndola.

—Contesta —dijo Rick con un gruñido—. Sí o no.

—No tienes ni idea de lo que duele esa pregunta. —Rose se sorbió la nariz, secó la humedad bajo sus ojos, sobre el labio—.

Perder a una hija es la cosa más dolorosa que le puede ocurrir a una madre.

—No era tu hija. —La voz de Rick se rompió—. Y lo más doloroso que le puede pasar a una madre no es que su hija

muera. Es que su hija desaparezca. Que se la roben una mañana

en el parque y nunca más vuelva a saber de ella. Su niña, su pequeña joya. —Una lágrima escoció en alguna herida en la sien

—. La incertidumbre duele más que la muerte. Lo sé porque he visto ese dolor cada día en los ojos de mi madre. Y es mucho peor del que veo ahora en los tuyos.

—Nos dijiste que eras hijo único.

—Vosotros me convertisteis en hijo único a los dos años. Me robasteis a Elizabeth. A mi pequeña hermanita...

Rick cerró los ojos. La carita de Elizabeth se proyectó en su

mente. La de la única fotografía en blanco y negro que conservaba mamá, tomada al mes de nacer. Esa carita se fundió al instante con el retrato a lápiz que Melissa le había enseñado en el salón, el

rostro de la mujer tan hermosa en quien se había convertido su hermana. Pequeñas variaciones siguieron transformando la visión

hasta convertirla en la cara de su madre.

—Era igual que nuestra madre. —Rick permaneció con los ojos

cerrados para que la ilusión no se desvaneciera—. Tenía

exactamente la misma cara que mi madre.

—No te confundas —dijo Rose—. Su madre era yo.

—¡No era tu hija! —Rick pataleó a pesar de su estado, la

indignación dolía más que unos huesos dislocados. Sintió cómo

se le desgarraban tejidos internos—. ¡No lo era!

Varios calambres curvaron su cuerpo. Se retorció bajo la

sábana mientras la imagen híbrida del bebé, del retrato y de su madre se deformaba frente a él. Cuando los músculos alcanzaron

el punto de máxima tensión, cedieron. La súbita relajación lo

arrojó al colchón como si cayera desde una gran altura. Recuperó

el aliento con hondas respiraciones que deslizaron a un lado la carpeta sobre su abdomen. Cayó con el lomo sobre la sábana.

Elmer la recuperó. Alineó los bordes de los documentos. Si le

hubieran quedado fuerzas, Rick se habría sacudido de nuevo

sobre la cama. Le resultaba más fácil enfrentarse al dolor físico que al horror de los actos cometidos por la pareja que tenía frente

a él. Habló sin mirarlos.

—Ni siquiera fue suficiente para vosotros. A mí madre la

ausencia de su hija la apagó para siempre y para vosotros mi

hermanita no fue suficiente. Necesitabais más. —Dirigió la

acusación a Elmer, que desvió la mirada a los papeles. Después

enfiló a Rose—: ¿A cuántas madres les habéis hecho lo mismo?

¿Cuántas de esas niñas tienen hermanos como yo?

—Creo que ya te has hecho una idea. —Elmer encontró en la

carpeta los papeles que Rick había marcado con rotulador rojo en

su coche. Los sacudió en el aire. Eran los documentos sobre

desapariciones que encajaban con los perfiles de las niñas—. Y

aquí estás tú. —Mostró un artículo de periódico con la foto de Rick.

—¿Cómo podéis vivir así? ¿Cuántas familias habéis destrozado para formar la vuestra?

Rose evitaba su mirada con la cara dirigida al suelo, los brazos

cruzados sobre el pecho.

—Haz que se calle —pidió a su marido.

—¿Qué clase de familia habéis creado? Es... sois... —Rick no

encontraba las palabras adecuadas—. Es escalofriante.

—Que se calle.

—Y tú diciendo que vivís aquí para huir de la ciudad, para

construir una familia más cercana a la tierra, lejos del asfalto.

Pero para eso no hacía falta venirse tan lejos. Ni a un lugar tan aislado. Esta casa no es una opción de vida. Es un escondite.

—No sabes nada —dijo Rose.

—Sé que me ocultabais a una gemela porque es el caso más llamativo. Niñas desaparecidas hay miles, parejas de gemelas, no tantas. «Me gustaría tener también unas gemelitas», debiste de decir cuando tres hijas no fueron suficientes aún. Fue algo así, ¿no? Pero esas niñas aún salen en los periódicos, sería muy peligroso para vosotros que alguien las viera juntas.

Rose miró a la ventana.

—Hacíais bien, porque para mí ellas han sido la pista definitiva.

Si teníais a esas gemelas, podíais tener a mi hermana. Alguien que roba a un par de niñas puede haber robado a otra. —Rick incorporó la cabeza a pesar del tirón en el cuello—. O incluso, tres más.

—Cállalo, por favor, haz que se calle.

—De no haberlas descubierto me habría ido después de la cena.

Habría visitado las dos casas que me quedaban y habría

regresado a Colorado rindiéndome de una vez. —El tirón se

extendió hasta la mitad de la espalda, el músculo se le clavaba como una esquina—. Hasta mi madre me pedía por favor que me

olvidara, que intentara seguir con mi vida. Ni siquiera podía

decirle que continuaba buscando a Elizabeth, sólo la hacía estar peor. —El dolor en el cuello lo cegó. Dejó caer la cabeza sobre la almohada con los ojos cerrados—. Ella ya se ha rendido.

Dieciocho años son muchos. Y al final hay que rendirse, aceptar que desaparecer es una forma de morir. Llega un momento en que

Lo único que puede consolar a una madre es desear que su hija haya muerto. Ese es el nivel de daño que habéis causado. —Giró

la cabeza hacia Rose, mojando de lágrimas la almohada—. Pero supongo que eso no os importa.

—¡Que te calles!

Rose alcanzó la cama, agarró su pie izquierdo y lo retorció. El dolor se concentró en el tobillo como si le clavaran una estaca. Un

grito nació de su estómago y rompió en la garganta. Lo repitió para distraer su mente de la estaca. Gritó una vez más.

—No grites —ordenó Elmer.

Esta vez Rose no le tapó la boca sólo con las manos. Apoyó todo el pecho sobre su cara, ahogándolo con su carne, con su ropa. Él

sacudió la cabeza hasta que el latido lacerante en el pie comenzó a remitir. La estaca se desintegró y seguir gritando exigía

demasiado esfuerzo. El sosiego que acarreó la desaparición del dolor lo adormeció. Su cuerpo pedía descanso. Cuando Rose

liberó su cara, Rick tomó una bocanada de aire que resultó tan balsámica como el agua que Elmer había arrojado sobre su boca.

La miró a los ojos antes de susurrar una pregunta.

—¿Fue feliz aquí?

Rose le secó los párpados, le peinó el flequillo.

—Mucho. —Alisó la sábana sobre su pecho con delicadeza, la mirada perdida en algún buen recuerdo—. Fue muy feliz.

Elmer masajeó el hombro de su mujer. Intercambiaron una sonrisa nostálgica que entristeció a Rick.

—¿Nunca supo que...?

—Claro que no —contestó Rose sin dejarle acabar—. Nosotros

fuiamos sus padres. Y tuvo cuatro hermanas.

—¿Ninguna de ellas sabe nada?

Rose sacudió la cabeza con los ojos cerrados, como si le molestara responder una pregunta tan absurda. Acariciaba los dedos de su marido en el hombro, jugueteando alrededor del anillo.

—Me dais asco —soltó Rick.

Desde fuera, llegó la voz de Melissa.

—¿Papá?

Elmer se situó junto a la ventana. Rose amenazó a Rick agarrando el mismo pie que había retorcido antes. Colocó el dedo índice sobre sus labios.

—¿Podemos entrar? Ya hemos mojado la camioneta entera. Se está haciendo de noche.

—¿Y tus hermanas?

—Vienen por ahí.

Los gritos y risas de las gemelas sonaron próximos.

—¿Cómo está? —preguntó Melissa—. Le hemos oído gritar.

—Ahora bajamos.

Rose soltó el pie de Rick pero mantuvo la amenaza girando la mano en el aire.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó él.

Elmer colocó la carpeta en una estantería sobre el cabecero de la cama. Descubrió que la goma de la carpeta estaba rota al intentar cerrarla.

—Tápala con las piedras —dijo Rose—, ponla debajo.

—Pero si no va a entrar nadie —contestó él.

Rose cogió de la mesilla la roca con ojos. Rick oyó cómo desplazaban objetos pesados, otras piedras, a lo largo del estante.

La madera crujió al curvarse.

—Así está mejor —dijo ella.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —repitió Rick.

Ellos se miraron pero no respondieron. Rose ajustó la sábana debajo del colchón.

—Al menos déjame respirar.

Elmer esperó a su mujer junto a la puerta.

—Dadme agua...

—Vas a tomar más medicina en una hora —dijo Rose—, puedes esperar.

Abandonaron el cuarto. Lo cerraron desde fuera. Rick pensó en su madre. Se quedó mirando el rostro de su hermana en los dibujos de la pared hasta que oscureció.



Frente a la puerta de la entrada, antes de salir, Rose se colocó el vestido, ajustando los hombros. Limpió de la frente de su marido una salpicadura de sangre que había resistido al baño. Le dio la mano y sincronizaron un suspiro. Abrieron la puerta.

Iris estaba de pie en el porche, al otro lado de la mosquitera destrozada, retorciendo una goma de pelo entre sus dedos. Sobre

su cabeza, los mosquitos revoloteaban en torno a la luz en el

techo. Sentadas en los escalones, Dahlia y Daisy se cuchichearon cosas al oído. Melissa acariciaba una de sus rocas con ojos.

—¿Cómo está? —preguntó Iris.

—Preparaos, que vamos a cenar.

—¿No vais a contestarme?

Rose la cogió del brazo y se la llevó a una esquina del porche.

—Hija, perdóname por haberte arrastrado así al cuarto —

susurró—, pero tenía que separarte de ese chico, es peligroso.

—¿Qué iba a hacerme atropellado en el suelo?

—Cualquier precaución es poca.

—¿Cómo está?

Ante su silencio, Iris inspeccionó su rostro, buscando alguna reacción en sus facciones que pudiera servirle de respuesta. No la encontró. Liberó su brazo de un tirón y huyó a la casa. Tuvo que pelearse con la mosquitera para poder entrar, las bisagras se habían desencajado y el marco de madera entorpeció su camino.

Elmer fue tras ella.

Melissa se levantó.

—¿Teníais que meterlo en mi cuarto? —Sacudió el trasero de su falda—. ¿Ahora cómo devuelvo a Gregory? Hoy me toca dormir con Marlon.

—Ahora mismo tenemos preocupaciones más grandes —dijo

Rose.

—Ya, lo mío nunca es importante.

Melissa entró en casa explicándole algo a su piedra.

Rose animó a las gemelas a ir con ella, pero no se movieron.

Permanecieron muy juntas en su escalón, Dahlia aferrada a un poste de la barandilla.

—¿Qué pasa? ¿No queréis cenar?

Daisy susurró algo al oído de su hermana.

—Nos da miedo entrar —dijeron a la vez.

Rose pidió que le abrieran un hueco. Se sentó en medio de las

dos, pillando la tela sobrante del vestido entre las piernas. Cogió una mano de cada una y las colocó sobre sus rodillas después de

besarles las palmas.

—¿De qué tenéis miedo?

—Del chico. Ha usado la escopeta.

Las niñas se pegaron más a ella, buscando refugio. Rose gozó

del olor de sus melenas al día siguiente de haberlas bañado,

cuando el aroma del jabón se mezclaba con el del sol recibido y el

ligero sudor de sus correrías.

—No tenéis que tener miedo. Vuestro padre y yo nos hemos

ocupado de él. No vamos a permitir que os pase nada malo.

Nunca.

—¿Seguro que no nos va a hacer nada? —preguntó Daisy.

—Ha gritado muy fuerte —dijo Dahlia.

—No os va a hacer nada. —Besó sus coronillas—. Además, si se

trata de gritar, nosotras también sabemos gritar. ¿O no?

Los ojos de las niñas brillaron de esa forma única en que lo

hacían cuando Rose las incitaba a ser traviesas. Fue ella la que pegó el primer grito. Las niñas rieron. Dahlia gritó enseguida.

Daisy la acompañó antes de que su hermana acabara. Rose se

unió al coro. Gritaron una tras otra, todas a la vez, formando parejas. Dahlia probó a gritar con distintas vocales y Daisy la copió. En algún rincón del desierto, un coyote respondió con un aullido. Las niñas rieron a carcajadas entre los brazos de Rose.

—¿Veis? En una batalla de gritos, ganamos. Así que no tenéis que tener miedo de entrar.

Las gemelas la besaron en la mejilla.

—¿Nos tenemos que esconder alguna?



—No, hijas. No os va a ver.

—Y si nos ve a las dos juntas... ¡A lo mejor el que se asusta es él!

—Eso, eso, que se asuste él —dijo Rose.

Dejó reír a las niñas un rato más. Disfrutó de su alegría, del calor de sus cuerpos. Después dio una palmada en el aire.

—Venga, vamos. Adentro.

Las gemelas corrieron a la casa, haciendo vibrar los tablones de todo el porche.

—¡Lavaos las manos! —gritó Rose.

Se impulsó con los talones contra el escalón para levantarse.

Intentó encajar la mosquitera en las bisagras, pero le resultó

imposible. Acabó por apartar el marco entero. Lo dejó apoyado a un lado del columpio en el que tantas veces se había sentado

Edelweiss para tocar su guitarra al atardecer. En el asiento

descansaba ahora la cesta con flores de cactus que las gemelas

habían recogido ayer. Parecía que hubiera ocurrido hacía mucho más tiempo. Pensó en devolverlas a la nevera, pero cuando examinó las flores a la luz del porche, descubrió que se habían marchitado. Las olió. Apestaban. Iris caminaba por la cocina de un lado a otro, sus pasos contenidos en un bucle en forma de ocho. Cada vez que pasaba frente al horno, la envolvía una nube de calor con olor a pan tostado, queso y frijoles.

—¿Puedes parar? —le pidió papá.

Retiró dos sillas para que se sentaran las gemelas. Melissa y la piedra ocupaban su posición habitual a la mesa. Mamá entró en la cocina cargando la cesta de las flores. La volcó sobre el cubo de la basura, golpeándola contra el filo para asegurarse de que cayera todo el contenido.

—¡Nooo! —gritaron Dahlia y Daisy.

—Se han puesto malas, ya cogeremos más otro día.

—¡Mañana!

—¿Me podéis decir si Rick está bien? —Iris buscó el rostro de su madre, que inspeccionó el interior del horno sin contestar.

Papá también evitó el contacto visual buscando algo en la nevera

—. ¿Se va a morir?

Mamá cerró la puerta del horno con fuerza.

—Vas a asustar a tus hermanas. —Aunque usó el volumen de un susurro, la entonación fue la de un grito.

—Nosotras preferimos que esté muerto —dijo Dahlia.

—Nosotras preferimos que esté muerto —repitió Daisy—. Nos da miedo.

—Nos da miedo.

Iris cogió un puñado de flores marchitas de la basura. Las

esparció sobre la mesa, delante de las niñas.

—Las que están muertas son vuestras flores.

Mamá la apartó con el codo y barrió los pétalos de la mesa con

un lado de la mano. Papá se llevó a Iris al umbral de la cocina.

—Ese chico no es asunto tuyo.

—¿Quiénes sois vosotros para decidir lo que es asunto mío y lo que no?

—Somos tus padres. —Mamá se incorporó al diálogo—. ¿Te parece poco?

A Iris no le gustó el intercambio de miradas que se produjo entre ellos. Se llevó una mano a la garganta para contener la congoja.

—Está muerto —sollozó—. Os lo he visto en los ojos, está muerto.

—¿Cómo va a estar muerto? ¿No acabas de oírlo gritar?

Las gemelas hablaron desde la mesa.

—Se lo van a comer los buitres.

—Se lo van a comer los buitres.

—¡Que no está muerto! Melissa, haz el favor, entretén a esas

niñas —ordenó papá. Después agarró a Iris de la muñeca y habló

muy cerca de su cara—: Pero se merecía estarlo. Ese malnacido atacó a tu madre —la señaló con el pulgar—, le disparó con la escopeta que sacó de nuestra propia camioneta. Una camioneta

que le dejamos para que durmiera. Esto nos ha pasado por

pasarnos de buenos.

—¿Y era necesario atropellarlo?

Las fosas nasales de papá se abrieron más de lo habitual.

—¿Qué querías que hiciera? —resopló—. Dime, ¿qué debo hacer si veo a un extraño escapar de mi casa, donde están mis hijas, cargando una escopeta?

—No la llevaba, papá. Cuando tú llegaste ya la había tirado.

Apretó su muñeca con más fuerza.

—Vale, pues la próxima vez que un extraño ataque a tu madre, lo dejaré marchar. Mejor, le daré todo nuestro dinero. —Papá subía el volumen de su voz con cada sílaba—. Que se lleve lo que quiera. A mis hijas, si hace falta. ¡Yo mismo le daré la llave de la camioneta y meteré los cartuchos en la escopeta para que nos dispare a todos, si es lo que quiere!

Iris permaneció inmóvil. Ni siquiera se atrevió a secar las salpicaduras de saliva en su cara. Las gemelas rompieron a llorar.

Mamá dio un manotazo a papá antes de ir junto a ellas.

—No pasa nada, hijas, no pasa nada. Nadie va a haceros ningún daño.

Volvió la cabeza desde la mesa, dedicándoles una mirada de reproche que desarmó a papá.

—Lo siento —musitó—. Perdonadme todas. Pero yo también me asusté mucho esta mañana. No imagináis las cosas que pasaron por mi cabeza al verlo correr de esa manera. Lleno de sangre.

—¿Por qué volvías? —preguntó Iris.

—¿Qué? —Papá parpadeó varias veces seguidas.

—¿Por qué volvías? Te habías ido a trabajar.

—¿Que por qué volvía?

Iris asintió, su pregunta era clara.

—Por... —papá miró a la mesa— ...por tu madre. Me dijo que...

—Se olvidó un dinero que tenía que llevar a Socorro. —Mamá se separó de las gemelas. Cogió de la estantería el bote de las monedas y sacó un billete. Se lo entregó a papá—. Que no se te olvide mañana.

Papá lo guardó en su bolsillo sin mirar a Iris.

—¿No deberíamos llamar a la policía? —preguntó ella—. Avisar a alguien. Una ambulancia.

Él extendió los brazos a los lados, señalando la cocina entera.

—¿Con qué teléfono?

—¿Y si lo llevamos nosotros? Llegamos al hospital antes de medianoche.

—Hija —la cogió de los hombros—. Tu madre y yo tenemos la situación bajo control. Mañana cuando vaya a la gasolinera, llamaré desde allí. La policía, la ambulancia o quien sea vendrá a llevárselo. No es una situación de emergencia. Tu madre lo ha curado lo mejor que ha podido. El chico está bien. Malherido, pero bien. Tampoco tenemos ningún interés en que se muera un chico en nuestra casa.

Mamá dejó caer la mano sobre la mesa.

—¿Podéis parar?

Las gemelas temblaban, agarradas a ella.

—A mí no me da miedo —dijo Melissa—. Pero quiero mi cuarto.

Tengo que organizar mis piedras.

—Melissa, por favor...

Mamá emitió un hondo suspiro. Después, la cocina quedó en silencio. El motor de la nevera se encendió a causa de algún ajuste en la temperatura. Melissa bisbiseó al oído de su roca. El grito llegó desde arriba como si un relámpago impactara contra la cocina.

—¡Socorro!

El corazón de Iris se detuvo al oír la voz de Rick. Después latió descontrolado.

—¡Socorro!

Las gemelas dieron un respingo en sus sillas, se abrazaron a mamá. Ella rompió a gritar como si se tratara de un juego. Sonrió a las niñas, animándolas a unirse. Las tres gritaron sobre los chillidos de Rick pidiendo auxilio. Melissa se encogió de hombros ante aquel brote. Iris quiso salir corriendo, pero papá la detuvo formando una barrera con sus brazos.

—Tú te quedas aquí —dijo.



—Ven a gritar con nosotros —dijo mamá, incitando a las gemelas a que gritaran más alto.

Iris se tapó la cara con las manos, sacudió la cabeza. Retomó su bucle en forma de ocho.

—¡Por favor! —La voz de Rick sonaba rota—. ¡Ayuda!

Dahlia y Daisy gritaron con la letra u.

Elmer apenas pisó tres escalones para subir la escalera entera.

—¡Ayuda!

Sacó de su bolsillo la llave del cuarto. A pesar del aire que entraba por la ventana rota de la habitación, no era suficiente para eliminar el olor a herida, a carne amoratada. Rick aprovechó

que la puerta estaba abierta para gritar más alto.

—¡Socorro!

—Cállate.

El chico respiraba con los dientes apretados, saliva

burbujeando en las comisuras de sus labios.

—No vuelvas a gritar. —Elmer lo señaló con un dedo tan tenso que podría clavárselo.

Rick entrecerró los ojos. Apretó la mandíbula.

—¡Socorro!

El grito culminó en un ronquido que sonó doloroso. Elmer dejó caer el puño sobre la tripa del muchacho. El crujido orgánico, como de costillas desgarrando mucosa, lo asqueó. Sacudió la mano en el aire para librarse de aquella sensación.

—No me obligues a hacer estas cosas —dijo—. Yo no sé hacer estas cosas.

Rick tosió. Se atragantó con sangre o saliva.

—Pero no juegues con mis hijas. —Elmer le secó la boca con



una gasa—. No intentes hacer cosas raras como pedir socorro

mientras estamos en la cocina con ellas. Hay dos niñas muy pequeñas ahí abajo, piensa un poco en ellas.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—No lo sé. —Desechó la gasa sucia en el cubo, sobre los cristales—. De verdad que no lo sé.

Rick cerró los ojos. Los muelles rechinaron bajo su cuerpo con cada espasmo. Elmer le secó las lágrimas.

—Intenta no llorar —dijo—. Sé un hombre.

Pero Rick no se contuvo. Lloró en silencio, sorbiendo mocos que no podía secar de otra forma. A Elmer le conmovió su sufrimiento,

le recordó a momentos de su vida en los que había llorado de la misma forma. Removió las cajas de medicamentos sobre la

mesilla, junto a la jarra de agua y las gasas. Encontró las pastillas

de dormepam que Rose consumía en según qué épocas. Cogió

dos. Rick no colaboró en su administración, siguió sollozando

mientras Elmer se abría paso con los dedos entre sus labios,

hasta tocar una lengua áspera como la piel de un codo.

—Te ayudarán a dejar de pensar.

Cuando le acercó el borde del vaso a la boca, Rick atrapó el cristal con los dientes, ansioso. Absorbió el agua más que beberla.

—A ver si te quitan las ganas de gritar y asustar a mis niñas.

Elmer intentó devolver el vaso a la mesilla, pero no encontró

hueco en el enredo de prospectos y cajas de medicamentos que

había formado él mismo. Acabó dejándolo en la estantería de las rocas, sobre la carpeta marrón. Después, abandonó el cuarto.

Justo antes de cerrar la puerta, Rick dijo algo desde la cama.

—Sólo quiero decírselo a mi madre... —susurró a la oscuridad

—. Que sepa que encontré a su bebé.

Melissa sabía cómo crujía cada tablón de su habitación. Incluso

sentada a la mesa de la cocina podía visualizar los movimientos de papá sobre sus cabezas, dentro del cuarto. Supo que se había

colocado junto a la cama, que había buscado cosas en la mesilla.

También dedujo que se había detenido en la puerta unos

segundos, al salir, porque hubo una pausa en el prolongado

crujido habitual del tablón bajo el umbral.

Mamá sacó una bandeja del horno.

—¡Molletes! —gritaron las gemelas al ver el pan tostado con

frijoles y queso.

Sentadas frente a Melissa, tocaron su mano para informarle de

la gran noticia. Iris mordía la uña de su pulgar, de pie en el fregadero, esperando a que papá regresara a la cocina.

—¿Qué le pasa? —preguntó en cuanto lo vio aparecer.

—Nada, le dolía la pierna —dijo él—. Necesitaba un poco más de

medicina.

Se sentó a la mesa, rehuendo más preguntas de Iris. Se frotó

las manos mientras mamá colocaba la bandeja caliente del horno

sobre un trapo doblado.

—Qué ricos, ¿no?

—¡Mucho! —dijeron a la vez las gemelas.

—¿Cómo está mi cuarto? —preguntó Melissa.

—Bien, hija, bien.

—¿Y mis rocas?

—Tus rocas son rocas. —Papá se quemó con el queso al morder el pan—. ¿Cómo quieres que estén?

Melissa consoló a Gregory con una caricia.

—¿Y yo dónde voy a dormir?

—Te he preparado el sofá —dijo mamá—. Vas a estar muy cómoda.

—Ya, pero es que hoy me tocaba dormir con Marlon. Gregory ha estado conmigo todo el día, así que le toca la estantería por la noche. Y Marlon sabe que le toca la cama. Hay un orden, mamá.

—Bueno, hija, pues tendrás que saltarte el orden por un día —seleccionó un mollete de la bandeja—, que son rocas. Rocas. No se dan cuenta de nada. —Le ofreció el pan que había cogido.



—No quiero. —Melissa se dejó caer en el respaldo, de brazos cruzados.

Cuando mamá intentó dejar el mollete en su plato, Melissa lo apartó de un manotazo, haciendo que ella rozara la bandeja de horno con el codo. El pan cayó a la mesa, mamá recogió el brazo con un quejido.

—¡Bueno, basta ya! —gritó papá.

Mamá usó hielo como bálsamo para la quemadura.

—Nadie se acerca a la puerta de ese cuarto. ¿Me habéis entendido? —Papá miró fijamente a Melissa, después a Iris—. Na-

die. Ni a un paso de la puerta.

Las gemelas negaron con la cabeza, varias veces.

—Nosotras no queremos, nos da miedo. —Daisy tomó aire, sobresaltada. Compartió la que fuera su preocupación al oído de su hermana—. ¿Nos va a robar nuestros dibujos con cuentas? — preguntaron a la vez.

—Claro que no —dijo mamá.

—Pero son obras de arte que valen mucho.

—Ya lo sé —mamá sonrió—, pero ese chico no va a entrar en vuestro cuarto.

Las gemelas se secaron la frente, suspiraron. Mordieron sus molletes, aliviadas. Melissa al final se comió el suyo, pero lo hizo mirando a la ventana, ignorando a su familia, ensimismada en la oscuridad exterior. Estaba deseando contarles lo ocurrido a *Needles, Pins y Thorns*.

Rose fregó el último tenedor y lo dejó en el escurridor. Devolvió al horno la bandeja ya limpia. Deshizo el nudo trasero de su delantal y, doblado, lo dejó junto a los fogones. Apagó la luz y salió de la cocina.

En el salón vio a Melissa, asomada a la ventana que daba al porche, con una mano sobre el cristal. Se acercó a ella por detrás, sin molestarla. Siempre había deseado poder disfrutar de los momentos de quietud de su hija mediana como del olor del pelo

de las gemelas un día después de haberlas bañado. Pero su aire melancólico la preocupaba demasiado para conseguirlo. No le

gustaba que su hija sintiera nostalgia de cosas que no conocía.

—¿Estarás bien aquí?

Melissa bajó la persiana como si su voz hubiera roto la

fascinación que sobre ella ejercía el paisaje nocturno. Lo que un segundo antes parecía ser fuente de serenidad, inmersa en esos

pensamientos que Rose nunca era capaz de desentrañar, se había

tornado en irrelevante con su presencia. Melissa se dio la vuelta y

asintió a la pregunta, esquivándola para acceder al sofá

reconvertido en cama.

—Es temporal —dijo Rose—. Podrás volver a tu cuarto muy

pronto y dormir con la piedra que quieras.

Melissa acercó la roca a su boca.

—Ahora dice que es temporal —susurró.

Ajustó la sábana antes de acostarse. Reservó un hueco a la

piedra entre su cuerpo y el respaldo del sofá.

—Buenas noches, Gregory —dijo—. Buenas noches, mamá.

Rose la besó en la sien.

—Buenas noches, hija —le susurró al oído—, te quiero mucho.

Antes de salir, se detuvo junto a la ventana que daba a la parte

trasera de la casa. La cruz en la tierra la llenó de angustia, de amor. Pensó en los ojos de Rick, atado en la cama.

—¿Te cierro esta persiana también?

—No, déjala abierta —contestó Melissa sin abrir los ojos—. Así

sentiré a Edelweiss más cerca.

Rose soltó la varilla. Lanzó un beso más allá del cristal antes de

abandonar el salón. En el suelo del piso superior encontró el

billete que había sacado del tarro. Se lo guardó avergonzada por la forma en que habían mentido a Iris en la cocina. Elmer salió del cuarto de Melissa, cerró la puerta con llave. Rose le preguntó

por el chico.

—Han hecho efecto las pastillas. —Su marido juntó las manos y las colocó a un lado de su cabeza inclinada.

Iris salió del baño.

—¿Cómo está? —La miró a ella y después a Elmer—. ¿Está

mejor?

Él asintió.

Rose abrió la habitación de las gemelas para asegurarse de que

durmieran. Ambas respiraban en sus camas, a oscuras, el cuarto

sumido en una calma total. Rose cerró la puerta, Elmer echó la llave por fuera. Iris torció el gesto.

—¿Y eso?

—Eso es seguridad —respondió Elmer.

—Y tú ciérrate por dentro también si no quieres que hagamos lo

mismo.

Iris entró en su cuarto, cerró la puerta.

Rose esperó unos segundos.

—No oigo la llave —dijo. Esperó un poco más—. No la oigo.

Se produjo un chasquido metálico en la cerradura. Imaginó a su

hija girando la llave de mala gana para que sonara más fuerte.

—Ahora sí —dijo Rose a la madera—. Lo hacemos para

protegerte.

Con su marido, entró a la habitación de matrimonio como si

fuera una noche normal. Como si fuera una noche normal, se

lavaron los dientes a la vez, los dos frente al espejo. Cada uno se desvistió en su lado de la cama. Elmer dejó su ropa amontonada en el suelo, Rose la colgó de una percha en el armario. No se dirigieron la palabra en todo el proceso, pero eso también podía ocurrir en una noche normal. Él se acercó al interruptor de la entrada para apagar la luz, asegurándose de dejar la puerta completamente abierta, el pomo tocando la pared. Como todas las noches, Rose se sentó en el borde del colchón, sacó una crema de manos del cajón de la mesilla y la extendió por sus antebrazos. Fue en ese momento cuando rompió a llorar. Elmer se deslizó sobre la cama. Le quitó el bote de las manos y la obligó a acostarse, de espaldas a él. Formó un nido con sus brazos en el que ella se acurrucó. El vello del pecho de su marido le acarició la espalda mientras sollozaba contra la almohada.



—Son mis hijas —dijo.

—Claro que lo son —le susurró él al oído.

Una cuija adherida al techo del porche atrapó un mosquito con la lengua. En el terreno, un ratón escapó del amenazador crujido de un matorral, correteó por la arena esquivando cactus y otras plantas espinosas. El brillo de la luna dotaba a las rocas de una cualidad plateada, la arena de un color metálico que transformaba el desierto en un paisaje galáctico.

Iris sacó de debajo del colchón la camiseta sucia de Rick.

Respiró en ella. Mamá acababa de pedirle que cerrara la puerta

por dentro. Se tumbó en la cama abrazando la prenda, que se había secado por completo pero aún conservaba su olor. Acarició la pared con la yema de los dedos, imaginándose más cerca de él. Entre esta habitación y la de Melissa se encontraba la de las gemelas, pero pudo obviarla en sus pensamientos para soñar que tocaba una pared que Rick también podría tocar por el otro lado. Y que sentiría su energía atravesar el tabique para aliviar su dolor. Estaba segura de que si ambos colocaban las manos sobre la pared, sin verse, podrían superponer sus dedos con exactitud, guiándose tan sólo por la atracción de su piel.

La línea de luz bajo la puerta de la habitación desapareció.

Mamá y papá habían apagado ya la de su cuarto. Iris esperó. Con

los ojos cerrados, disfrutó del tacto de la pared imaginando que era el cuerpo de Rick, como había imaginado que era la piel de James Dean la que tocaba en la foto de la revista. Prolongó la ensoñación quince minutos. Veinte. Después se levantó y

escondió la camiseta debajo de la sábana. Pegó la oreja a la puerta.

Silencio.

Giró la llave evitando el menor chasquido. Al abrir, percibió

cada leve chirrido de las bisagras como un estruendo que

despertaría a toda la familia, pero las respiraciones de sus padres

se mantuvieron constantes. Con acercarse un poco al cuarto de

Melissa podría oír también la respiración de Rick. Quizá percibir su aroma escapándose por las rendijas de la puerta. Abrió el

espacio justo para poder salir, estrujando sus pechos contra el filo

de la madera. Apoyó sólo la punta de los dedos en el suelo,

reduciendo al mínimo cualquier contacto. El tercer tablón que

pisó crujió sin sutilezas.

—¿Iris? —La voz de papá sonó tan firme como a cualquier otra hora del día—. Iris, ¿eres tú?

Ella se encogió de hombros, inmóvil, sin saber qué hacer.

Mantuvo el equilibrio de puntillas, los dedos tensos contra el suelo.

—Iris —dijo mamá.

Al oír los muelles del colchón de sus padres, reaccionó.

—Iba al baño —dijo.

—Pues venga, ve. Y vuelves enseguida.

Dejó caer los talones y pisó con fuerza, sin importarle ahora que

el suelo retumbara. Entró en el baño pero no lo usó, sólo se miró

en el espejo. Torció el gesto al descubrir un nuevo grano en la barbilla. Intentó mejorar el enredo de su pelo peinándolo con

cuatro dedos. Atusó sus cejas con un meñique mojado en saliva.

Pasado un tiempo, tiró de la cadena. En cuanto salió del baño, papá habló desde su cama.

—Vuelve a tu cuarto.

Ella miró al de Melissa. Sabía que no podría entrar porque sus

padres habían cerrado con llave, pero se conformaría con

tumbarse ahí mismo, en el suelo. Posar su mejilla en la puerta, oír cómo dormía Rick. Hacerle compañía como un animal

doméstico hasta que mañana se lo llevaran al hospital.

Dio un paso hacia él.

—He dicho a tu cuarto.

Iris dejó caer los hombros. Regresó a su habitación con pasos

pesados, lágrimas brotando de sus párpados inferiores. Tuvo la

intención de dar un portazo, pero se contuvo para no despertar a Rick si el dolor realmente lo había dejado dormir. Recuperó su

camiseta de debajo de la sábana. Se la colocó alrededor del cuello

como una bufanda. Dio vueltas por su habitación, de nuevo

atrapada en un bucle de impotencia. Jugeteó con los hilos que

colgaban de la costura lateral desgarrada en su camisón.

Se detuvo a mirar por la ventana.

Se asomó al exterior. Las tres habitaciones contiguas daban a la

fachada delantera de la casa, eran las tres ventanas sobre el

techado del porche. Iris recordó a Melissa escalando por uno de los postes, anoche, caminando por ese tejado hasta su cuarto. La

ventana adyacente era la de las gemelas, pero a través de la

siguiente podría ver a Rick. En su mente se reprodujo el sonido de

un cristal al romperse, el que habían oído tras el disparo. No sólo

podría ver a Rick, podría acceder por la ventana rota. Vio una cuija aparecer en el tejado, proveniente del techo en el porche. El

reptil caminó sobre las tejas e Iris se imaginó haciendo lo mismo,

usando el tejado como pasarela que la llevaría hasta Rick.

Se llevó las manos al corazón. Atravesó el cuarto. Escuchó a

través de la puerta pero no oyó la respiración pesada de sus

padres. Aún no habían vuelto a dormirse. Se sentó frente al

tocador. Abrió *Orgullo y prejuicio* por la página 17. Sujetó el libro con un frasco de perfume y una polvera. Leyó mientras se

cepillaba el cabello, cumpliendo con el centenar de pasadas. Al

terminar, dobló la esquina de la página 93.

No necesitó acercarse a la puerta para oír los ronquidos de su padre.

Volvió a esconder la camiseta debajo de la sábana. De pie frente

a la ventana, tomó aire con tanta fuerza que asustó a la

salamanquesa, el animal se escabulló más allá de la cornisa. Iris

salió descalza al techado. La textura rugosa de las tejas le raspó los pies. La brisa que se coló por debajo de su camisón secó el sudor que le causaban los nervios. Entre los cactus, o bajo las piedras, cantaban algunos grillos. La luna había pintado de gris el

paisaje. Caminó encorvada delante de la habitación de las

gemelas, deseando que no se despertaran. No sólo para que no

delataran su escapada nocturna, sino por el susto que ellas se

llevarían al ver una figura de tela flotando al otro lado de la ventana.

La emoción infló su pecho antes de alcanzar la siguiente

habitación, a un paso de volver a ver a Rick. Pensó que en esta historia era Julieta la que buscaba a Romeo, no en un balcón sino

en una ventana. Fantaseó con la idea de escucharlo a escondidas

revelando en un soliloquio su amor por ella, pero su Romeo

estaba malherido y no tendría fuerzas para hablar.

Se asomó conteniendo la respiración.

La sábana blanca reflejaba la luz de la luna resaltando el único

volumen claro de la habitación, sumergida en sombras. Una

sonrisa creció en el rostro de Iris a medida que fue distinguiendo

el contorno de sus pies, sus rodillas, el pecho. El latido del corazón en sus oídos enmudeció a los grillos. Con un dedo,

recorrió el marco vacío de la ventana hasta que se pinchó con un

colmillo de cristal. Para evitar engancharse, se recogió el camisón

hasta el ombligo, dejando las piernas y la ropa interior al

descubierto. Atravesó la ventana inexistente apoyando el pie en el

escritorio de Melissa, cubierto de revistas. Agarrada al marco

dentado, alcanzó el suelo sin percances. Aún con el camisón por encima de la cintura, su estómago se encogió al encontrarse casi

desnuda tan cerca de Rick. Dejó caer la prenda sobre sus rodillas

disfrutando del roce del tejido contra su piel.

Iris distinguió el aroma de la camiseta de Rick. Reavivó en ella

sensaciones de su visita nocturna a la camioneta. La respiración

de él era uniforme. Después de inhalar, permanecía varios

segundos en silencio antes de exhalar. Iris se imaginó acurrucada

junto a él, en el columpio del porche, quedándose dormidos al

atardecer, uno junto al otro. En la fantasía sonaban también los acordes de la guitarra de Edelweiss, que de alguna manera seguía

viva y tocaba para ellos sentada en los escalones del porche. Iris se acercó a la cama, forzando la vista en la oscuridad para no golpear ningún mueble, para no tirar nada que hiciera ruido.

La sábana cubría a Rick hasta el cuello, su cuerpo oculto bajo el tejido. Iris cayó en la cuenta de que estaría desnudo y los músculos de su abdomen se tensaron, provocando un hormigueo

en su vientre y más abajo. Tuvo que abrir la boca para respirar.

Se humedeció los labios. La misma excitación que quiso impulsarla a tocar el pantalón en la foto de James Dean, la

incitaba ahora a retirar sigilosamente la sábana, plegar la tela de

la barbilla al pecho, del pecho al ombligo, del ombligo a... las rodillas. Sus pensamientos la avergonzaron. Se tapó con el pelo

su rostro sonrojado aunque no hubiera nadie allí para verlo. Ese

comportamiento no sería propio de una dama. Ninguna historia

de amor que mereciera la pena empezaría con una mujer

aprovechándose de un hombre herido. En lugar de destaparlo, y

para demostrarse a sí misma la pureza de sus intenciones, ajustó

la sábana bajo la barbilla de Rick, subiéndola un poco más.

—Las Moiras tienen guardado para nosotros algo mucho mejor.

—Sus palabras fueron poco más que pensamientos espirados,

inaudibles—. ¿Tú cómo estás?

La escasa luz exterior permitió a Iris discernir parte de sus rasgos. Tenía un ojo hinchado, una ceja abierta. Manchas oscuras que no eran sombras revelaban moretones en su rostro. Un gemido escapó entre los labios de él. Un estertor. Iris acercó su oído a la boca, de la que emanó un aliento cálido. El quejido no se repitió, pero oyó cómo la lengua de él raspaba contra la piel seca de sus labios, incapaz de humedecerlos.

—Espera —susurró.

Un destello flotaba sobre la mesilla, el reflejo de un rayo de luna en el agua de una jarra. Buscó a tientas un vaso entre cajas de medicamentos, frascos, prospectos desplegados. Los crujidos del papel resultaban escandalosos. No encontró nada. Miró a la otra mesilla, a la oscuridad que la rodeaba. Otro destello flotante reveló la posición del vaso. Se encontraba más arriba, en la estantería en la que Melissa guardaba sus rocas. Cuando fue a cogerlo, se raspó la muñeca con algo que sobresalía del estante. Un filo de cartón. Reconoció el papel grueso de una carpeta. Con el dedo repasó el borde del montón de hojas que contenía, como si contara las páginas de un libro.

Serían dibujos de Melissa.

Iris alcanzó el vaso. Con la mano libre, elevó la cabeza de Rick, que sacó la lengua al sentir el borde de cristal entre sus labios, buscando el líquido. Gimió al no encontrarlo, aturdido. Iris inclinó el vaso para que el agua entrara en su boca. La recibió con un gorgoteo. Una leve curva se formó en la comisura de sus labios, un amago de sonrisa que colmó de ternura a Iris. Sintió que lo estaba amamantando, proporcionándole vida con un líquido que emanaba de ella.

Las últimas gotas lo atragantaron. La tos se unió al ruido del colchón al sacudirse y los crujidos de la

estructura de la cama.

Iris devolvió su cabeza a la almohada. Siseó cerca de su cara hasta que se calmó. La casa permaneció en silencio, el ataque no había alarmado a sus padres. Los labios de Rick brillaban tras haber recuperado la humedad.

Iris se preguntó a qué sabrían.

Su respiración se entrecortó.

Con los labios separados, cubrió los de Rick. Los acarició con la punta de la lengua. El contacto detonó una explosión de placer que la mareó. Se agarró al cabecero.

—Anoche, cuando te besé en la camioneta, no me atreví a abrir la boca —susurró en sus labios—, qué tonta.

Sin darse cuenta había apoyado la mano en el pecho de él.

Palpó sus músculos sobre el tejido, las hendiduras en su abdomen. El calor que despedía su cuerpo la incendió por dentro.

Deseó seguir tocando, palpar todo su cuerpo, probar sus sabores.

Un nuevo acceso de tos sacudió a Rick, interrumpiendo sus fantasías. Iris lo arrulló, pero esta vez no logró el efecto calmante, tan sólo acabó con la cara salpicada de saliva. Él completaba cada tos con un gemido, como si las convulsiones le dolieran por dentro. El cabecero golpeó la pared al aumentar la intensidad de los espasmos.

Una luz se encendió en la casa.

El suelo crujió bajo el peso de papá.

Iris corrió a la ventana. Salió al tejado sin subirse el camisón, que se enganchó al colmillo de cristal en el marco. Lo recogió de un tirón. Se sentó sobre las tejas, escondida, la espalda contra la

pared. A pesar del peligro que suponía para ella, quería que papá

entrara cuanto antes para atender la tos de Rick, que aliviara el sufrimiento de esas convulsiones que también le dolían a ella.

Oyó cómo papá abría la puerta. Ella dejó de respirar. El ataque



de tos cesó en ese mismo instante, antes incluso de que papá encendiera la luz del cuarto. Rick recuperó la cadencia normal de su respiración como si la tos no hubiera existido nunca. Papá esperó unos segundos antes de marcharse.

Iris dejó escapar un suspiro.

Una voz la asustó.

—... que si me toca dormir con Marlon tengo que cumplirlo, por mucho que ese chico haya...

Era Melissa, abajo, en el terreno.

Hablaba con su piedra, alejándose de casa. Anduvo entre los cactus, siguiendo en la oscuridad un camino aprendido. Iris la vio detenerse frente a una hilera de destellos azulados, la luna reflejada en los botones de la camisa de uno de los cardones vestidos.

—Será mejor que vuelva —susurró Iris a Rick a través de la ventana—. Mañana nos vemos otra vez, antes de que vengan a por ti.

De regreso a su habitación, Iris se dejó caer en la cama, de

espaldas, con los brazos extendidos y un hondo suspiro. Desplegó

sobre su cara la camiseta de Rick.

El viento revolvió el cabello de Melissa por delante de su cara. Las

ráfagas comenzaron justo después de sentarse frente a *Needles, Pins y Thorns* y se mantuvieron durante toda la conversación. Al principio lamentó no haber podido coger de su cuarto el farol con

la vela, pero se habría apagado de todas formas.

—Entonces, por lo que veo, pensamos todos igual —retiró el

pelo de su cara con los meñiques—, nadie se va a enterar y a mí

el chico no me da miedo. Puedo hacerlo.

Los tres cactus y Gregory le dieron la razón.

—Pues vámonos. —Se levantó con la piedra—. Gracias, chicos.

Mañana os cuento.

El aire había traído consigo nubes estrechas que pintaron rayas

a la luna. Melissa dirigió los ojos de Gregory hacia el cielo para que lo viera. El efecto se reflejaba también en la ventana de su habitación, al menos en el cristal que permanecía entero. A su

lado, la hoja rota era un cuadrado negro de total oscuridad.

—Mira, ahí también se ve.

Dirigió el rostro de la piedra a la fachada.

Melissa escaló el poste del porche sin soltar a Gregory, ni

siquiera cuando una cuija la obligó a cambiar el punto de agarre.

Alcanzó el techado y sobre él caminó como tantas noches,

procurando que las tejas no crujieran frente a las ventanas de sus

hermanas. Tampoco se deshizo de la piedra para entrar en el

cuarto; sabía dónde agarrarse, dónde apoyarse, cuándo saltar.

El olor de la habitación le recordó al de una tirita que despegó

de su dedo tras cubrir durante días una herida que se había

hecho vistiendo a *Needles*.

Melissa se acercó al chico en la cama. Le tocó el hombro con un dedo.

—¿Estás dormido? —Pinchó dos veces más—. ¿Duermes?

Su respiración no varió, sus párpados ni se movieron. Estaba tapado hasta la barbilla con la sábana, como si sintiera frío a pesar del calor que hacía.

—Para una vez que tenía a alguien con quien hablar...

Quiso colocar a Gregory sobre la mesilla, donde también creía haber dejado a Marlon, pero la encontró ocupada con cosas para el herido. Medicinas, un vaso. En la oscuridad, contó los volúmenes de las rocas en la estantería. Estaban todas allí, tendría que encontrar a Marlon por el tacto. Paseó la mano por el estante. Reconoció a James, el recién llegado, por su pronunciada nariz y frente varonil. Palpó también a Clark y a Cary.

Su brazo encontró un obstáculo.

Una carpeta que no era suya.

Justo encima, como un pisapapeles que la mantuviera cerrada, estaba Marlon. Lo diferenció por lo rugoso de su textura, sobre todo en las mejillas, aunque apenas logró tocarlas con la punta de los dedos. Aquellos papeles entorpecían su acceso, no le permitían

coger a Marlon ni estirándose de puntillas. Optó por bajar la carpeta entera, con la piedra encima. El grosor del montón de papeles que contenía aguantó el peso. La dejó en el suelo. Saludó a Marlon en voz baja. A Gregory le deseó buenas noches mientras lo devolvía a la estantería.

—Vaya día te ha tocado estar fuera —susurró.

Probó a despertar a Rick una vez más.

Nada.

Se encogió de hombros.

Recogió a Marlon. Se dispuso a dejar la carpeta donde la había encontrado, no quería que papá descubriera mañana que alguien había entrado en la habitación, pero la piedra le hizo una pregunta.

—No sé —contestó ella—. No es mía.

Escuchó a Marlon.

—Pero si no se ve casi nada —respondió señalando la oscuridad que los rodeaba.

Marlon dijo algo más.

—Ah, claro, está aquí.

Buscó el farol en la habitación. Con una cerilla encendió la vela.

El resplandor era débil, no llegaba ni a la puerta del cuarto. Sólo alguien que estuviera en el terreno podría verlo, y la familia al completo dormía. Se sentó en el suelo con la carpeta sobre las rodillas, Marlon en el regazo, el farol a un lado.

—Vamos a ver —le dijo a la piedra.

Abrió la cubierta sin usar la goma elástica, que estaba rota y no cumplía su labor de sujeción. Un recorte de periódico se deslizó hasta sus piernas cruzadas. Llevaba grapada la cabecera del

diario al que pertenecía, *Rocky Mountain News*. La fecha de septiembre de 1952 sonó muy lejana a Melissa, aún faltaban unos

años para que ella naciera. La noticia hablaba de una niña desaparecida, apenas un bebé que alguien había robado de su cuna durante la noche, mientras los padres dormían en la habitación de al lado. Sacó después una página entera de otro

diario, éste de Arizona, fechado en 1963. Estaba doblado de tal

forma que sólo mostraba la noticia de unos padres que acusaban a un hospital de haber extraviado a su hijo recién nacido. Detrás

encontró un recorte de un periódico llamado *Deseret News*, una noticia de 1964 sobre otro bebé desaparecido en Murray, Utah.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Melissa a Marlon.

Pasó más recortes, más papeles, más páginas de periódicos.

Hojeó decenas de casos, quizá más de cien. Había recortes de

1949, de 1959, 1951, 1967, 1962. De cualquier año. Eran del *The*

Santa Fe New Mexican, *Tucson Citizen*, *El Paso Times*, *The Denver Post*... Infinidad de cabeceras con nombres de ciudades. Todos recogían historias de bebés extraviados, niñas desaparecidas,

niñas secuestradas. Otras anunciaban el descubrimiento de

algún cadáver en un río, restos de ropa encontrados en el bosque

e incluso confesiones de madres que reconocían haber asesinado

a sus hijos. Un escalofrío recorrió los hombros de Melissa. La vela

tutilaba a su lado, alumbrando con una temblorosa luz naranja el

horror y el sufrimiento contenido en esas noticias.

Melissa las pasó lentamente, deseando detenerse pero incapaz

de conseguirlo, tratando de encontrar sentido a lo que no lo tenía.

Una profunda tristeza se fue apoderando de ella con cada nuevo

recorte. El truco que le había enseñado Socorro, el de centrarse en las cosas buenas que uno tiene en su vida, cobró ahora un

sentido rotundo. Quiso despertar a sus padres, a toda a su

familia, para darles las gracias por ser como eran, por quererla, por cuidarla tan bien y ofrecerle un hogar en el que ser feliz a pesar de las pequeñas cosas que no le gustaban, o de sentirse a veces una extraña en su propia casa. Por protegerla de extraños como Rick que abusaban de la bondad de los desconocidos pero

quizá guardarán intenciones tan horribles como quienes fueran

responsables de los actos recogidos en todos esos papeles. Melissa

se sintió afortunada. La carpeta sobre sus piernas contenía un

mundo espeluznante del que ella, por suerte, no formaba parte.

Por primera vez se alegró plenamente de vivir tan aislados, lejos de todo ese horror.

Hasta que pasó la siguiente hoja.

Era de un periódico de Nevada, de hacía seis años. El titular

anunciaba la reciente desaparición de dos niñas. El cuerpo de la

noticia contaba cómo la madre las había dejado en el coche mientras devolvía a su lugar el carrito del supermercado en el que

acababa de hacer la compra. La mujer había oído el rechinar de un frenazo en el aparcamiento, seguido del estruendo de una

fuerte acelerada, pero no lo asoció a sus pequeñas. Incluso se

detuvo en un puesto de flores a las puertas del supermercado y charló durante varios minutos con el dependiente tratando de

elegir el ramo más adecuado para una cena familiar que

organizaba esa tarde. Cuando regresó a su vehículo, las gemelas

ya no estaban en el asiento trasero.

Los párpados de Melissa se detuvieron. El texto frente a ella

desapareció, convirtiendo el recorte en un papel gris en el que permaneció impresa una única palabra. GEMELAS. Se repetía varias

veces en el artículo, formando una aterradora constelación entre

el texto invisible. Sus ojos se desplazaron a una esquina del

recorte, donde alguien había trazado una equis en rotulador rojo.

Esa marca se repetía en otros documentos posteriores.

Al ver la imagen que contenía uno de ellos, Melissa pegó un

grito.

Se tapó la boca con ambas manos.

La hoja cayó, deslizándose sobre la madera hasta los pies de la

mesilla.

Los ojos le ardían. El peso de Marlon sobre su regazo la ahogó de repente. No le permitía tomar el aire que necesitaba. Empujó la piedra al suelo. El impacto retumbó en la habitación entera.

Rick gimió.

Melissa se quedó inmóvil.

La casa permaneció en silencio.

Poco a poco, recuperó el control de la respiración. Dejó la carpeta en el suelo. Se arrastró con el trasero, esquivando el farol, hasta alcanzar el documento de debajo de la mesilla.

La fecha en esa noticia era la más reciente de todas. De hacía siete meses. HERMANO SIGUE LUCHANDO PARA QUE NO SE CIERRE EL CASO

DE BEBÉ DESAPARECIDO HACE DIECIOCHO AÑOS. Melissa tuvo dificultades

para leer el titular a pesar de estar escrito en mayúsculas. Las lágrimas en sus ojos emborronaban las letras. Aunque la

fotografía también la veía desenfocada, no tuvo ninguna duda de

que el chico que aparecía en ella era Rick. Sólo lo conocía desde ayer, pero ni el deseo más intenso de poner en duda su propia vista podía negar la evidencia.

Era él.

Situada bajo el titular, la imagen reveló algo que asustó aún

más a Melissa. Reconoció esos ojos, la estructura ósea que los

rodeaba. El ceño. Se levantó con el farol y acercó el papel al rostro

sobre la almohada. Después se situó frente a la pared cubierta

con sus mejores dibujos. Buscó un retrato en el que Edelweiss

llevaba el sombrero de paja de mamá, su sonrisa tan deliciosa

como las hortalizas que sujetaba en el pecho. Lo había dibujado una primavera en el huerto.

A su lado, colocó el artículo de periódico.

El resplandor cálido de la vela iluminó ambos rostros.

La llama se apagó al instante, incapaz de sobrevivir a las sacudidas en el farol causadas por el temblor de Melissa.

Rick comenzó a toser.

Ella no reaccionó. Ni siquiera podía pensar. Sabía que estaba de

pie en algún sitio, que había descubierto algo horrible, que una luz se había apagado, experimentó esos conocimientos como

sensaciones abstractas que no lograba procesar.

Oyó un martilleo.

Era el cabecero de su cama dando golpes contra la pared. Tuvo

la idea absurda de que un hermano de Edelweiss tosía entre las sábanas, pero eso no podía ser. Edelweiss no tenía ningún

hermano, sólo cuatro hermanas pequeñas que la echaban de

menos tanto como el desierto extraña a la lluvia. Ese chico estaba atragantándose detrás de ella, se convulsionaba por la falta de

aire. Un abanico de luz entró por la rendija inferior de la puerta.

Oyó pasos en la habitación de sus padres. Y cómo Iris salía de su cuarto.

—Quédate dentro —le dijo papá.

La gravedad en su voz arrancó a Melissa del trance.

Devolvió el farol a su lugar. Sopló para disipar el hilo de humo

que aún salía de la mecha. La abanicó con el papel. Recogió la carpeta del suelo. Iba a subirla a la estantería pero se detuvo.

Sacó varios de los documentos marcados en rojo. Los apresó bajo

el brazo. Metió la carpeta debajo de las piedras, como la había encontrado.

Fuera del cuarto, habló Iris.

—Se está ahogando.

—Yo me encargo. —La sombra de papá atravesó el abanico de

luz en el suelo.

Melissa trepó al escritorio. Cabalgó el marco. Ya en el tejado, descubrió que se había olvidado a Marlon en el suelo, junto a la cama.

La llave entró en la cerradura.

No había tiempo para pensar.

Volvió a entrar en la habitación saltando el escritorio. Pisó sólo en los puntos en los que el suelo no crujía. Recuperó su piedra.

Regresó a la ventana. La atravesó de un brinco.

La puerta del cuarto se abrió en el momento en que lograba

escondarse a un lado del marco, su espalda contra la fachada. Un

cuadrado de luz se proyectó en el techado, rozando la punta de una de sus zapatillas. Melissa recogió el pie como si quemara.

Oyó a Iris rogándole a papá que la dejara entrar. Escuchó

también el alboroto que se produjo cuando mamá salió a por ella.

Le dijo que iba a despertar a las gemelas, que Melissa dormía en

el sofá. La obligó a regresar a su cuarto. La luz de esa habitación

proyectó otro foco de búsqueda sobre las tejas. Melissa dejó de respirar. Abrazó a Marlon. Sintiéndose amenazada por las dos

ventanas, cerró los ojos como si dejar de ver la tornara en

invisible. Oyó cómo papá se acercaba a la cama, donde Rick

luchaba contra su garganta agarrotada. Oyó el borboteo de agua

al llenar el vaso, el crepitar de algunos prospectos, el crujido plástico de un blíster al extraer una pastilla. Papá atendió al enfermo hasta que la tos cesó. El pulso de Melissa se aceleró

cuando lo oyó merodear por la estantería de las rocas, donde

había puesto la carpeta. Quizá la había dejado al revés, o con las

puntas de los papeles sobresaliendo del borde. Quizá papá

repasaría los documentos y descubriría que faltaban los marcados con rotulador rojo.

—Lo más sencillo sería dejarte morir —susurró allí dentro.

Una saliva espesa atoró la garganta de Melissa.



Le costó tragar.

Permaneció allí fuera, apretando los dientes, hasta que papá abandonó la habitación. Cuando abrió los ojos, los dos cuadrados de luz sobre el tejado habían desaparecido. Para no pasar por delante del cuarto de Iris, descendió por el poste de ese lado, el de la pintura reseca, el que nunca usaba porque estaba más astillado y raspaba las manos. A Marlon lo dejó caer como si fuera sólo una piedra.

Melissa entró en casa por la puerta trasera. Completó el

trayecto hasta el sofá con la mirada perdida, prohibiendo a sus ojos detenerse en ningún detalle de los que definían la vida

familiar en ese hogar. No quería ver los boles amarillos idénticos en los que las gemelas desayunaban sus cereales cada mañana.

Ni ningún bote de las cuentas con las que coloreaban sus dibujos.

Prefería no ver tampoco los libros de Iris. Ni el delantal que mamá

dejaba doblado junto a los fuegos cada noche, después de fregar los platos de la cena.

De pronto desconocía el valor real de todos esos objetos.

Se sentó en el sofá y se tapó con la sábana. Se retiró el pelo de

la cara con los meñiques. Desdobló los papeles sobre sus rodillas.

Pasó la noche leyendo los cuatro casos que recogían aquellos documentos marcados con una equis de rotulador rojo. Tuvo que parar varias veces para secarse las lágrimas.

Elmer no volvió a dormir después de atender al muchacho.

Tumbado boca arriba, vio cómo la habitación se iba iluminando

con la salida del sol. Con las manos sobre la tripa, esperó a que llegara la hora de levantarse. Acostada a su lado, Rose

permanecía en silencio, pero Elmer sabía que tampoco estaba

dormida. Apenas hacía ruido al respirar y no tenía el brazo estirado debajo de la almohada.

Una voz rasgada quebró el silencio en la casa.

—Agua...

Elmer saltó de la cama. Rose se incorporó en estado de alerta.

Iris salió de su habitación.

—¿Nadie duerme aquí o qué? —preguntó él.

Atravesó el pasillo hacia la voz.

—Agua...

—Necesita agua, papá —dijo Iris.

—Yo también lo oigo.

Usó la llave para entrar en el cuarto. Rick intentó gritar,

aprovechando que la puerta estaba abierta, pero lo que salió de su garganta fue un graznido disonante. Elmer cerró con llave.

—No empieces otra vez.

—Dame agua...

—Te di anoche, ¿no te acuerdas? No hace tanto.

—Agua... —Rick se agitó bajo las sábanas.

—No hagas tanto ruido, por favor. Mis hijas se están

despertando.

Los muelles rechinaron con nuevas sacudidas. Elmer puso una mano sobre el pecho del muchacho.

—Por favor —repitió.

Buscó el vaso en la estantería de las rocas. Creía haberlo dejado medio lleno sobre la carpeta, pero lo encontró vacío sobre la mesilla. Se encogió de hombros, su memoria se hacía menos confiable con la edad. Para que no se le olvidara llevarse la carpeta, la dejó a los pies de la cama. Ofreció el vaso a Rick, que bebió el agua a sorbos, prolongando su duración.

—¿Me voy a morir en esta cama? —Una gota resbaló por la comisura de sus labios hasta quedar encauzada en un corte en la mandíbula.

Elmer no respondió a la pregunta. Incluyó el vaso para que Rick tragara más rápido y rehuyó su mirada vidriosa volviendo la cabeza a la pared de los retratos. Cuando terminó de beber, devolvió el vaso a la mesilla sin mirarle a la cara.

Rick pataleó. Gimió de dolor. Siguió sacudiéndose. Elmer frunció el ceño.

—¿Qué haces?

La carpeta a los pies de la cama se precipitó al suelo. Los documentos salieron disparados, desperdigados sobre la madera.

Una fotocopia se deslizó hasta la puerta y la esquina del papel se coló por la rendija inferior. El sol de la mañana hacía brillar la película de polvo que cubría los tablones.

—¿Qué intentas? —preguntó Elmer.

Rick tomó aire, llenando sus pulmones, sus fosas nasales

burbujearon.

—¡Iris! —chilló—. ¡Iris!

Elmer le tapó la boca con las manos. No las retiró ni cuando el

chico sacó la lengua. Para evitar que mordiera, apretó su

mandíbula con los dedos. Los pasos de Iris corriendo al cuarto

agitaron los botes de lápices allí dentro. La sombra de su cuerpo,

alargada por el sol del amanecer, se coló por debajo de la puerta,

oscureciendo las motas de polvo contenidas en su silueta.

—No puedes entrar ahí —dijo Rose.

Su sombra se unió a la de su hija, dibujando una única figura

oscura, de forma cambiante, en el suelo de la habitación. Entre la

sombra de sus pies se encontraba la noticia de una niña

desaparecida en California. La esquina del papel asomaría por el otro lado de la puerta. Los ojos de Rick se movían de un lado a otro, encima de las manos de Elmer. Él acercó la boca a la oreja

del muchacho.

—No intentes nada.

El pomo de la puerta se sacudió.

—Ni se te ocurra abrir —dijo Rose.

Rick se retorció sobre la cama, haciendo crujir la estructura, los

muelles.

—¡Quiere verme! —gritó Iris.

El pomo se movió, pero las embestidas de Iris no podían hacer

nada contra el cerrojo. El pecho de Rick se desinfló bajo el peso de

Elmer. Notó cómo se relajaban sus músculos en tensión.

—Ya está bien, hija —dijo Rose.

—Pero si me ha llamado, quiere hablar conmigo.

—A saber qué es lo que quiere en realidad. También decía que necesitaba un sitio para dormir y acabó disparándome.

La sombra de la mano de Iris regresó junto a la cadera. Sus hombros cayeron.

—Ayúdame a preparar el desayuno. Antes de que se despierten las gemelas.

Al separarse de la puerta, hubo un momento en que la sombra de la mano de Iris quedó justo encima del documento en el suelo, como si pudiera cogerlo sólo con abrir los dedos. Rick gimió al darse cuenta de la ilusión óptica, pero ni Iris ni Rose lo oyeron ya.

Bajaban la escalera en dirección a la cocina.

—No vuelvas a intentar hacer algo así con mis hijas. Ni lo intentes.

—¿Algo como qué? ¿Que sepan la verdad?

Un crujido plástico detonó entre los dedos de Elmer al sacar una pastilla.

—La única verdad es que nosotros somos sus padres.

—No es lo que demuestran los papeles en el suelo.

—Para ti esos papeles tendrán algún valor. Para mí significan mucho más los que hay colgados en esa pared. —Levantó la cabeza de Rick para que mirara los dibujos de Melissa—. Eso que ves es una familia. Ni dos mil artículos de periódicos como los tuyos pueden cambiar lo que hemos creado mi mujer y yo.

¿Dónde estabas tú en los momentos más felices de Edelweiss?

—Buscándola.

—No estabas. Estaban sus hermanas. Estábamos sus padres.

—Vosotros...

—Ahora vas a dormir hasta que vuelva. —Dejó caer la cabeza del muchacho sobre la almohada, interrumpiendo sus palabras—.

Prefiero que no estés despierto cerca de mis niñas.

Le metió la pastilla en la boca. Rick la escupió, rodó por el suelo. Elmer sacó otras dos. Las empujó hasta su garganta,

luchando contra los intentos del muchacho de morderle los dedos. Le tapó la nariz y la boca.

—No me lo pongas tan difícil.

Rick aguantó hasta que la cara se le puso roja. Cuando su nuez

se desplazó de arriba abajo, Elmer liberó la mordaza. Rellenó el vaso y se lo acercó a los labios. El muchacho bebió mirándole a



los ojos. Él recogió del suelo la pastilla que había escupido.

—Tienes que dormir hasta que vuelva.

Insertó la tercera pastilla entre los labios de Rick, que se la tragó sin resistirse. Elmer devolvió el vaso a la mesilla. De

cuclillas, recogió los papeles del suelo, empezando por el de la rendija inferior de la puerta. La respiración del muchacho se fue regularizando mientras amontonaba los documentos, arrugados, en una pila que resultó más gruesa que antes. Los metió en la carpeta.

—Eliza... beth... —susurró Rick.

Elmer cerró la carpeta con fuerza.

Regresó a su habitación. De debajo del colchón sacó la libreta con las anotaciones que había encontrado Rose en la camioneta.

Sujetó ambas con el elástico de su calzoncillo, las cubrió con la camiseta. Bajó las escaleras ubicando los sonidos de su familia.

La puerta de la nevera se abrió a la vez que una sartén se apoyaba en el fuego, Rose e Iris preparaban el desayuno en la cocina. En el aseo de la entrada corría el agua del lavabo, Melissa ya se había despertado.

Salió al porche sin que lo vieran. Caminó descalzo hasta la barbacoa, al lado de la manguera. Sobre la parrilla dejó la carpeta con todos los documentos. Encima colocó la libreta. De un cubo sacó un frasco metálico y una caja de cerillas. Roció los papeles con el líquido inflamable y dejó caer un fósforo encendido sobre el conjunto. Los bordes de la carpeta se rizaron, el cartón marrón prendió enseguida. La cubierta de la libreta, reforzada con algún tipo de barniz, tardó algo más. Las llamas devoraron rostros, palabras, mentiras. Elmer atizó el fuego reduciendo el pasado a cenizas.

Rose dio un respingo cuando el techo de la cocina tembló. Rick habría propinado una nueva sacudida a la cama.

—¿Lo ves? —Abrió la caja de los cereales que acababa de bajar del armario—. Es agresivo y peligroso.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Iris frente a la nevera—.

¿Vendrá la ambulancia a tiempo? ¿Cuándo se va papá?

Rose oyó el vaciado de la cisterna en el aseo. Vio salir de allí a Melissa, que se dirigía al salón. Fue tras ella.

—Sirve los cereales. —Indicó a Iris en el umbral—. Y deja de preocuparte por un extraño.

El portazo con el que ella cerró la nevera hizo tintinear las botellas de cerveza que había dentro. Rose encontró a Melissa

deshaciendo el sofá.

—Buenos días.

Su hija sacudió la sábana, la dobló, amontonó los cojines.

—¿Tan grave ha sido dormir aquí abajo?

Melissa ahuecó el respaldo, los asientos. Pellizcó pelusas en la tapicería.

—¿Qué te pasa?

Rose le arrebató la funda que acababa de quitar a la almohada.

La invitó a sentarse en el sofá con ella.

—Melissa, por favor, mírame. —Trató de levantarle la barbilla

con un dedo, pero ella se resistió—. Necesitábamos una cama

para el chico. Y este sofá tampoco está tan mal. —Botó en el

asiento para demostrarlo—. No te pongas así, vas a poder volver muy pronto a tu cuarto.

Melissa la miró.

—Eso ya me gusta más.

Pero había una tensión en las cejas de su hija que endurecía su

mirada, haciéndola más oscura, como si el color de sus ojos

hubiera bajado una tonalidad de ayer a hoy.

—¿Qué? —Rose trazó una línea con el dedo en su mejilla—.

¿Tengo la sábana marcada en la cara?

Melissa movió la cabeza a un lado y a otro.

—¿Por qué me miras así, entonces?

El pelo cubrió el rostro de su hija cuando volvió a dirigirlo al

suelo.

—Háblame cariño. —Le apretó la mano, la sacudió—. ¿Te

preocupa tener a un hombre peligroso en casa?

Rose reparó en las zapatillas de andar por casa de Melissa, a un lado del sofá. Tenían las puntas cubiertas de polvo rojizo, semillas espinosas clavadas en las suelas de goma.

—A mí no me dirás nada, pero veo que saliste ayer por la noche a hablar con alguien.

Melissa alzó la cara de pronto, con los ojos muy abiertos. Rose le señaló las pruebas.

—Te he pillado. —La mano de su hija se tensó bajo la suya—.

Pero no te preocupes, no se lo diremos a tu padre. Si fue difícil dormir aquí, entiendo que quisieras salir a hablar con tus cactus.

¿Te contaron algo interesante?

La niña dejó caer la cabeza una vez más. Encogió los hombros.

—Vale, perdón. Que los cactus son cosa tuya y no tengo por qué seguirte el juego. Entonces tampoco le voy a preguntar a tu roca

si ha sido tan grave dormir aquí aunque le tocara dormir en la estantería. —Puso una mano sobre la piedra—. Estoy segura de

que..., ¿Gregory?, está contento de haber pasado otra noche contigo.

Rose esperó alguna reacción.

—De verdad, qué miedo me da vuestra adolescencia —repitió la frase que cada vez pronunciaba con más frecuencia—. Pero una cosa, hija. Ponte calzado de verdad si vas a caminar de noche entre un montón de cactus, no salgas con esas zapatillas de felpa. Ahí fuera todo pincha, todo quema y todo ataca. Bueno, como en la vida misma.

La puerta de la entrada a la casa se abrió. Elmer venía de fuera.

Rose se dio cuenta de que estaba descalzo, contradiciendo la indicación que acababa de dar a Melissa.

—Gracias por estropearme lo que había sido una estupenda lección maternal —dijo a su marido.

—¿Qué he hecho? —Levantó las manos mostrándose inofensivo.

—Hueles a humo —observó Melissa.

Rose se llevó las manos al pecho con una palmada.

—Bueno, por fin abres la boca.

Iris salió de la cocina vertiendo leche en un bol, como si no hubiera podido esperar a servirla.

—¿Cuándo te vas? —preguntó a su padre—. Tienes que llamar a la ambulancia. Desde la gasolinera. ¿Te vas ya?

Rose se levantó.

—A ver, dejad tranquilo a vuestro padre. —Detuvo el chorro de leche antes de que el bol se le desbordara a Iris, que parecía haberse abstraído de su acción esperando la respuesta de Elmer

—. Él se va a duchar —palmeó la espalda a su marido para confirmarle que olía a humo—, yo voy a bajar a las gemelas y vosotras dos vais a terminar de preparar el desayuno.

Levantó a Melissa del sofá y la empujó dentro de la cocina, junto con Iris. La chica volvió la cabeza sobre su hombro.

—Date prisa, papá, por favor.

Rose y Elmer subieron la escalera. Oler el humo en la camiseta de su marido la tranquilizó, porque significaba que todos esos papeles habían dejado de existir.

—No va a despertarse —dijo Elmer acerca del chico—. Le he dado tres. A lo mejor duerme hasta mañana.

—¿Y luego qué? —preguntó ella—. ¿Qué hacemos mañana?

Elmer se metió en el baño sin responder, el chirrido de la llave

al abrir el agua de la ducha fue su única réplica. Rose acercó la oreja a la puerta del cuarto de Melissa. Cuando oyó respirar al muchacho, pensó en Edelweiss.

En la habitación de las gemelas, caminó sobre la alfombra

amarilla que el sol tendía en el suelo a esas horas y que se volatilizaría a media mañana. Se sentó en la cama de Daisy.

Sacudió el colchón con el trasero, impulsándose con los pies en el

suelo. La niña se revolvió entre las sábanas con un gemido.

—El expreso del desayuno se prepara para marchar —anunció

Rose, convirtiendo la vibración de la estructura en un traqueteo

—. ¡Comensales al tren!

Dahlia, en la otra cama, reaccionó primero. Bajó de su colchón

y escaló el de Daisy para sentarse junto a Rose. La abrazó con los

ojos cerrados, el pelo enredado.

—Me subo al tren pero me duermo hasta que lleguemos. —

Apoyó la cabeza en su regazo.

La risotada que soltó Rose acabó por despertar a Daisy, que se incorporó con la cabeza ladeada, los párpados aún pegados por el

sueño.

—¿Qué pasa?

—Pasa que el tren del desayuno está a punto de partir. —Rose

aumentó el traqueteo, la niña varió la inclinación de su cuello buscando el equilibrio—. Tú decides si vienes o no.

Daisy abrió el ojo izquierdo, apretando aún más el derecho.

Sonrió al verla conducir un tren al que ya había subido su

hermana. Tomó asiento al otro lado, enganchada al brazo de

Rose, dispuesta a disfrutar del panorama que ofrecieran las ventanillas del vagón.

—Pero que vaya rápido, que tengo hambre —dijo Daisy.

Rose volvió a reír. Tiró dos veces de una cuerda imaginaria en el aire, imitando el silbido del vapor. Mantuvo el traqueteo de la cama mientras abrazaba a sus hijas. Deseó ir de verdad en un tren y dar con ellas diez mil vueltas al mundo. Para que el viaje no terminara nunca.



Iris dejó un montón de cubiertos sobre el mantel. Se sentó frente a Melissa, que había permanecido en silencio, con las manos a cada lado de su plato, mientras ella terminaba de preparar el desayuno. Se sirvió una taza de café, echó dos cucharadas de azúcar, removiéndolo como si tocara una campanilla.

—¿Lo has oído? —preguntó—. Ha pronunciado mi nombre.

Rick, esta mañana. Quería hablar conmigo y me ha llamado.

Cogió la mano de Melissa para hacerla partícipe de su emoción.

Una lágrima apareció en el párpado inferior de su hermana. Se precipitó a la mesa impulsada por la rampa pronunciada de su pómulo, estampando en la tela una gota de humedad que se perdió entre salpicaduras de leche, agua y café.

—¿Otra vez las clases? —preguntó Iris—. Te prometo que no me resulta fácil entender que signifiquen tanto para ti las visitas de Socorro.

Melissa atrapó su labio superior entre los dientes. Miró a un lado. Después al otro.

—¿Qué? ¿Qué es? —Iris sabía reconocer la cara de su hermana cuando luchaba contra sí misma para no revelar un secreto—.

Puedes decirme lo que sea. ¿Has descubierto algo de Rick? ¿Has mirado en su mochila? No sé dónde la han dejado, pero me encantaría echarle un ojo.

Melissa liberó su labio.

Tomó aire.

Enfiló a Iris con la mirada.

—¿Qué? —apremió ella, acercando la silla a la mesa con los pies.

Melissa dejó caer los hombros.

—Es por Socorro —dijo en un suspiro.

Iris empujó la mano de su hermana como desechando un libro que ya no le interesara.

—Creía que era algo importante. —Dio un sorbo a su café atrapando la cucharilla con el dedo—. ¿Por qué tarda tanto papá?

El techo retumbó. Las gemelas corrieron allá arriba. A la cocina llegaron sus gritos, imitando el silbido de un tren mientras bajaban la escalera.

—Se acabó la calma —dijo Iris—. Llega el expreso del desayuno.

Melissa se sorbió la nariz, se secó las pestañas.

Mamá entró justo a tiempo de ver el gesto.

—Hija, no puedes estar así todo el verano. —Inspeccionó la

mesa y asintió a Iris al dar por válido su servicio—. Es el único verano de tu vida en el que vas a tener trece años. No lo

desaproveches.

Melissa sujetó su cabeza con los nudillos en las sienes, los codos sobre la mesa, y lloró sobre su plato. Mamá encogió los hombros pidiendo ayuda a Iris, pero ella se desentendió. Se arrodilló para recibir a las gemelas.

—Fin del trayecto. —Extendió el brazo formando una barrera—.

Bajen de sus vagones y entren en el restaurante.

Las niñas iban a tomar asiento, pero cuando se dieron cuenta de que Melissa estaba llorando, se colocaron una a cada lado de su silla.

—Sigue triste por las clases —explicó Iris—. Echa de menos a Socorro.

Daisy le apartó el pelo de la cara, sujetándolo detrás de las orejas. Dahlia le acarició el brazo, paseando las yemas de sus dedos desde la muñeca hasta el hombro.

—Son como hormiguitas —le dijo al oído.

Melissa se secó la nariz.

—¿Cómo vas a estar triste cuando los cactus están llenos de flores? —Daisy soltó el cabello sobre su espalda, alisándolo con la



mano—. Piensa lo bien que van a oler esta noche.

Melissa se recostó en la silla, extendió los brazos con una

sonrisa. Las gemelas aceptaron la invitación del abrazo. Besaron a su hermana en ambas mejillas, secándole los ojos.

—Te quejarás de hermanas —dijo mamá—. Son las niñas más monas de todo el estado.

—¡Somos las únicas! —dijeron a la vez.

Iris miró el reloj de la cocina.

—¿Y papá? —preguntó con los brazos cruzados—. ¿Se va o no se va?

Elmer se abrochó la cremallera del mono. De su mentón se desprendió un cuadrado de papel higiénico adherido a la piel con sangre seca. Nunca se cortaba al afeitarse, pero hoy la cuchilla se le había enganchado en cinco ocasiones. Se encontraba junto a la cama de Rick, valorando su estado. Los sedantes habían reducido tanto la frecuencia de su respiración que resultaba preocupante el tiempo que transcurría entre una y otra. Los labios se le habían secado hasta perder el color, apenas se diferenciaban del resto de la piel. El ojo morado mostraba peor aspecto que ayer, aún podía seguir inflamándose.

Elmer agradeció no tener que ver nada por debajo de la barbilla.

La sábana tapaba los cardenales, los huesos desviados, la cuerda con la que él mismo había atado sus muñecas. Sintió ganas de vomitar. No por la carne herida frente a él, sino por sus actos.

Venció las náuseas imaginando el cuerpo ileso de Rick bajo la sábana. La blancura del tejido ocultaba por completo su anatomía y pudo convencerse de que cubría una piel uniforme, sana, unos músculos definidos, enteros. La necesidad de vomitar se fue

desvaneciendo. Elmer era experto en extender sábanas blancas sobre la realidad.

—Vas a quedarte así hasta que vuelva.

Tomó aire para eliminar los últimos coletazos de las náuseas.

En la reconfortante blancura y limpieza del tejido, apareció una mancha. Un cerco húmedo de tonalidad amarillenta que fue

ampliando su circunferencia encima del pubis de Rick. Un olor

químico, medicamentoso, inundó la estancia.

—Oh, no. —Elmer dirigió las manos a la mancha como si

podiera detener su curso, pero ni siquiera tocó la sábana—. No, no, no.

Abandonó la habitación.

Bajó la escalera mientras oía a las gemelas silbar como trenes

en la cocina. Algún cubierto rasgó un plato. Al verlo bajar, su mujer dejó un trapo en el fregadero, se acercó a él.

—¿No desayunas? —Se secó las manos en el delantal.

—¿Crees que tengo hambre?

—Ya veo cómo estás. —Le despegó el papel higiénico de los cortes en la cara—. Yo tampoco puedo comer. Y Melissa no ha probado bocado. De verdad que me gustaría entender a esa niña, pero no hay manera.

Caminaron hacia la puerta de la entrada.

—Ha mojado la cama —susurró Elmer al oído de Rose.

—¿Sólo mojar? —Ella arrugó la nariz.

—Creo que sí.

—Subo ahora, en cuanto las niñas terminen. Y tú —apoyó la mano en el rostro de él—, vuelve pronto.

—No sé cómo van a recibirme después de no haber ido ayer.

—Inventa lo que sea. No quiero que estemos a solas con él.

—Sois cinco contra uno —dijo, repitiendo un argumento que había utilizado ella la mañana anterior.

—Eso lo dije antes de saber quién era.

—No va a despertarse —dijo Elmer—. Casi ni respira.

Abrió la puerta principal. Cuando intentó abrir la mosquitera, se quedó con la mano en el aire. El desconcierto duró unos segundos, hasta que recordó que el chico la había destrozado. En la cocina rechinaron las sillas contra el suelo. Las gemelas corrieron a por él.

—¿Ya te vas?

—¿Ya te vas?

Iris apareció detrás de ellas.

—Llama a la ambulancia lo primero. —Agarró una manga de su mono y la sacudió—. En cuanto llegues.

—Eso haré. —Elmer trató de mantener la mirada pero se le escapó a Rose.

Ella apartó la mano de Iris. Planchó las arrugas que había dejado en la tela.

—¡Melissa! —gritó Rose—. Melissa, ¿no te despides de tu padre?

Se produjo un silencio.

—Adiós, papá —dijo desde la cocina, apenas un murmullo pronunciado sin ganas.

—¡Adiós, hija! —gritó él.

En el porche, Rose lo besó en una esquina de la boca.

—Vuelve pronto —susurró.

—¡Vuelve pronto! —gritaron las gemelas.

Quisieron ir detrás de él, pero Rose las sujetó de los hombros.

—No podéis entretenerle hoy.

Elmer bajó los tres escalones mientras ellas pataleaban contra

el suelo, intentando liberarse del cepo. Antes de llegar a la *pick-up* se giró y se despidió sacudiendo la mano en el aire.

—¡Por favor, papá —gritó Iris, encaramada a la barandilla—,

llama rápido!

Se volteó sin responder, para no mentir. Antes de subir a la

camioneta, sacó trozos de cristal de un foco delantero. Quitó del radiador un pedazo de cactus que había sobrevivido al chorro de

la manguera. Otras secuelas del atropello, como el espejo

doblado, quedaban camufladas entre el destrozo general de la

camioneta, maltratada por el clima y los años. Con las manos

sobre el volante, descubrió a Melissa observándole desde la

ventana de la cocina. Movía los labios, hablando con alguna de

sus rocas. Elmer dio marcha atrás, giró el volante, maniobró para

enfilarse el camino. Pisó el acelerador. En el retrovisor, Rose y las niñas seguían diciendo adiós desde el porche.

Condujo con la mirada fija a un lado de la carretera hasta



encontrar el montón de piedras que marcaban la posición del

coche de Rick. Se bajó de la *pick-up*. Entre los cactus brillaba el mismo destello que ayer, el del sol reflejado en la carrocería del Lincoln. De detrás de su asiento, Elmer sacó la mochila del

muchacho. Las botas, con una bola de calcetines dentro, colgaban de las asas. Cogió una lata de gasolina de detrás del asiento del copiloto, una de las que llenaba sin permiso al final de cada turno para abaratar el coste de mantenimiento del generador de la casa. Seleccionó un destornillador de entre las herramientas desperdigadas en la zona de carga de la camioneta. Con cada paso que daba hacia el coche, se sacudían dentro de la caja las cerillas que llevaba en el bolsillo del mono. Primero desatornilló las matrículas. Después pinchó las ruedas. Roció la tapicería con gasolina e inició el fuego en el asiento del conductor. Esperó a que las llamas cogieran cuerpo. De regreso a la *pick-up*, sintió el calor del fuego en la nuca, a lo largo de la espalda.

Rose sacó la llave de su delantal. Abrió la habitación. Llevaba una pila de sábanas limpias apoyada en la cadera. Las dejó sobre el escritorio de Melissa, tirando al suelo recortes de revistas. Apartó la mirada varias veces antes de poder fijarla sobre Rick. Se llevó la mano a la boca al ver los hematomas en su rostro, el cerco húmedo en la sábana. Cuando liberó los bordes de debajo del colchón, ella misma se sorprendió de lo estirada que la había ajustado, la presión tan grande que ejercía sobre el cuerpo del muchacho. Apoyó una mano en su pecho a modo de disculpa.

Retiró la sábana sucia enrollándola desde la barbilla hasta los pies. Sorbió saliva en varias ocasiones al ir descubriendo el cuerpo herido. Dejó en el suelo el rodillo de tela mojada. La sábana bajera la fue deslizando por debajo de Rick, que gimió tras algunas sacudidas que desplazaron sus extremidades.

—Ya está, ya está.

Dio un tirón para sacar la última esquina de tela atrapada bajo el talón de un pie torcido. Amontonó esa sábana sobre la otra. De

lo alto de la pila sobre el escritorio cogió una toalla que había humedecido en el baño. Limpió la piel de Rick evitando las zonas

más dañadas. La cuerda le había hecho nuevas heridas. Atendió

la zona genital sin reparos, como haría una madre. Al cubrir el colchón con la bajera limpia, supo que estaba causándole dolor

otra vez, pero resultaba imposible no moverlo. La segunda sábana

la dejó caer sobre su cuerpo. Aunque había pensado no tensarla

tanto como antes, el recuerdo de las acusaciones que les había

dirigido Rick la llevó a remeterla debajo del colchón tan lejos como

alcanzó su mano.

Se sentó en la cama. Acarició el contorno de los ojos de él, esa

parte que tanto le recordaba a Edelweiss.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —susurró—. Ojalá no hubieras

venido.

Seleccionó tres mechones en su flequillo, les dio forma antes de

peinarlo a un lado. Recorrió sus cejas con la yema del dedo.

—Me hubiera gustado tener un hijo. —Repasó el ángulo de su

mandíbula mientras anhelaba haber sido testigo del crecimiento

de un varón. Haber visto cómo un rostro se va ensanchando,

cómo unos hombros van embarneciendo, haber escuchado la voz

de un niño transformándose en la de un hombre. Elmer le habría

enseñado a afeitarse, habría jugado con él al baloncesto en el

tablero de la canasta que acabaron usando un verano para

encender la barbacoa—. ¿Te cuento una cosa? Mi marido pensó

que las gemelas eran niños. Nos dimos cuenta ya en casa.

Sonrió para sí misma, bajando el dedo hasta la nuez de Rick,

subiéndolo por la línea de su cabello y deteniéndose en las
entradas en la frente, entradas que no iban a tener ninguna de sus hijas.

—Habría sido bonito tener un niño.

Por la ventana entró el sonido de las risas de las gemelas, como
si hubieran querido distraer esa idea de su cabeza. Vio a Dahlia y



Daisy correr por el terreno, persiguiéndose la una a la otra en turnos que parecían aleatorios. Más lejos,
casi en el horizonte, una columna de humo negro se levantaba entre los cactus, al otro
lado del camino.

—Lo siento. —Rose acarició la cara de Rick—. De verdad que lo
siento. Ojalá no hubieras venido.

Melissa escarbó los restos de ceniza sobre el metal aún caliente de
la barbacoa. Eran un montón de láminas negras que se deshacían

al tacto, convirtiéndose en polvo negro que se colaba entre las rendijas de la parrilla. Extrajo la bandeja
inferior. El chirrido oxidado de los raíles le provocó dentera. Con un dedo, horadó la montaña de ceniza
hasta que la uña topó contra el borde de un papel. Lo arrastró a un lado de la bandeja. Se trataba de un

pequeño triángulo. Lo cogió entre dos dedos. Retiró el tizne con un fuerte soplido, descubriendo una
cartulina de color marrón. La

esquina de la carpeta que había contenido los documentos.

—¿Qué es ese fuego? —preguntó Iris desde el porche.

Melissa empujó la bandeja bajo la parrilla, mordió su lengua
para contrarrestar la dentera. Esperó encontrar a Iris encaramada
a la barandilla, justo encima de la barbacoa, preguntando por ese
montón de ceniza al que su padre había reducido el sufrimiento
de tantas familias, impregnando su camiseta con olor a humo.

Pero Iris estaba de pie en los escalones del porche. Con una mano en la frente, divisaba algo a lo lejos.

—¿Qué será ese fuego? —insistió—. Date la vuelta, mira.

Indicó a Melissa la dirección en la que debía mirar. Nada más volverse, descubrió un rastro de humo que se originaba en algún punto del desierto. Crecía hacia el cielo formando una nube

negra. Melissa movió el triángulo de cartulina entre sus dedos, pinchándose con la punta más afilada. Se preguntó qué más

estaría quemando ahora su padre.

—¿Qué miráis?

—¿Qué miráis?

Las gemelas llegaron corriendo. Subieron al porche y dejaron escapar un suspiro de asombro al descubrir la nube negra. Mamá salió de casa cargando una bola de sábanas.

—¿Qué es ese humo, mamá?

—¿Qué es ese humo, mamá?

—Nada, hijas, el sol habrá encendido un cactus muerto.

A Melissa no le gustó la facilidad con la que mintió a las niñas.

Dio unos pasos para distanciarse de la barbacoa.

—¿Se nos va a quemar la casa? —preguntaron ellas.

—Qué va. —Bajó los escalones esquivando a Iris—. El fuego consumirá el cactus y luego no tendrá adónde ir entre tanta arena y tanta roca.

Mamá miró a Melissa.

—¿Estás mejor?

Ella apretó el puño, clavándose en la palma la esquina de la cartulina. Asintió aunque fuera mentira.

—Me alegro.

Iris dejó *Orgullo y prejuicio* en el primer escalón. Se puso delante de mamá con los brazos abiertos.

—Dámelas. —Se ofreció a coger las sábanas—. Yo las llevo.

—Por favor, Iris —mamá giró el tronco para apartarlas de ella—, que son sábanas sucias.

—A mí eso no me importa. Son de él.

Desaprobó su comentario con un resoplido.

—¿Cómo sigue? —preguntó Iris—. ¿Está mejorando? ¿Necesitas que te ayude a hacer algo? ¿Quieres que lo bañe antes de que llegue la ambulancia?

Mamá sacudió la cabeza como si no creyera lo que oía.

—Me estoy haciendo cargo. —La apartó de su camino con el brazo—. Deja de preocuparte. Juega con tus hermanas.

—Voy a esperar aquí. La ambulancia no tardará en venir —dijo Iris—. Papá llegó hace rato a la gasolinera y habrá llamado



enseguida. Va a aparecer por ahí en cualquier momento.

Dirigió la vista al camino como si la atención médica estuviera al llegar, como si sus ojos vieran ya el vehículo sanitario

acercándose a casa entre la nube de polvo que levantarían sus ruedas, girando a toda velocidad para asistir de urgencia a Rick.

Después sonrió a Melissa.

—Se va a poner bien.

Echó su pelo hacia delante sobre el hombro derecho, mesándolo con las manos mientras iniciaba un camino en forma de ocho frente a la fachada. Lo recorrió una y otra vez pisando sus propias huellas. Cuando inició la tercera vuelta, Melissa dejó de contar.

Siguiendo a las gemelas, fueron en busca de mamá. Tras rodear

la casa por un lateral, la encontraron frente a la lavadora. Echó una cantidad de detergente sobre las sábanas que a Melissa le

pareció excesiva. Después cerró la tapa tan fuerte que el aparato entero se sacudió. Se recostó sobre él, escondiendo la cabeza entre las manos.

—¿Mamá? —dijo Dahlia—. ¿Qué te pasa?

Ella se incorporó de un respingo.

—¿A mí? —Se sorbió la nariz, forzó una sonrisa mientras se apartaba el pelo de la cara—. Nada, ¿por?

Rose pinzó la esquina de una sábana mojada a la cuerda de

tender. Estiró el tejido desde el otro extremo antes de poner la segunda pinza. Colocó otras dos en puntos intermedios para

mejorar la sujeción. La corriente de aire que se formaba en la parte trasera de la casa aceleraba el secado pero derribaba las prendas con facilidad. De pie entre las dos sábanas tendidas,

escondida en un refugio de tela húmeda, Rose elevó los brazos

para intentar disfrutar del frescor que la envolvía, relajarse con el olor a limpio.

—¡Un túnel!

—¡Un túnel!

Antes de que hubiera bajado los brazos, las gemelas allanaron

su refugio atravesando el pasillo de sábanas de un extremo a otro.

A ella la esquivaron por un lado cada una.

—No corráis que se levanta polvo. Se va a pegar toda la arena a las sábanas.

Dahlia y Daisy se detuvieron. Recorrieron el túnel en sentido contrario, de puntillas esta vez. Tocarón las sábanas mojadas con las palmas como si fueran las paredes de un pasadizo secreto.

Una mano de Daisy quedó estampada en polvo sobre la bajera.

—Venga, fuera —las regañó Rose—. Ni corriendo, ni sin correr.

Prohibido entrar aquí.

Se interpuso en el camino de las gemelas, obligándolas a caminar hacia atrás. Las niñas olisquearon el aire con la nariz elevada al cielo.

—Huelen superbien —dijo Daisy.

—¡Queremos vivir ahí dentro! —Dahlia aspiró con tantas ganas que los brazos se le estiraron hacia atrás—. Huele a flores, huele a dalias.

—Huele a margaritas. —Daisy infló el pecho—, huele a mi flor.

—¡Dalias!

—¡Margaritas!

—¡Dalias!

Entre los gritos de las gemelas, Rose vio a Melissa sentada en el suelo, frente a la tumba de Edelweiss, con una mano sobre la tierra.

—En realidad —Rose interrumpió la discusión—, en realidad huelen a jazmín... y a melisa. —Esperó alguna reacción de ella.

Alzó la voz—: ¡Y a melisa!

Melissa no lo oyó o no hizo caso, absorta en el nombre de

Edelweiss escrito en la cruz. Rose vio el arreglo floral que Elmer y ella habían dejado días atrás, ya marchito. El desierto daba poca opción a la vida.

—¡He dicho que las sábanas huelen a melisa!

Dahlia y Daisy cuchichearon a su lado antes de salir corriendo hacia su hermana. Se sentaron alrededor de la tumba,

juguetearon con las piedras que ellas mismas habían cubierto con cuentas de colores. Rose fue tras ellas, encestó una pinza en la cesta sobre la lavadora.

—Que dice mamá que las sábanas huelen a ti —dijo Daisy.

—Huelen a jazmín y a ti —añadió Dahlia.

—Es detergente con melisa —aclaró Rose—. Y huele muy bien.

—¡Huele muy bien! —gritaron las gemelas—. Queremos vivir en una casa de sábanas mojadas.

Melissa dedicó a sus hermanas una de esas sonrisas tristes que había aprendido a forzar para agradar a los demás. Después devolvió su atención a la cruz. Rose hubiera querido cogerla de los hombros, sacudirla para que explicara con palabras lo que le ocurría.

—¿No estabas mejor? —preguntó.

Ella elevó el labio inferior. Las niñas rodearon la tumba

revisando el estado de las rocas, señalando cuáles necesitaban

arreglo. Melissa se abrazó las rodillas, se balanceó con los pies mientras mordía la piel de su muñeca. Observó la cruz y después

a Rose. A la tumba y a ella.

—Mamá —dijo tras varios viajes con la mirada.

—¿Qué hija? —Se agachó para atenderla.

Melissa se cubrió la boca con las rodillas, el balanceo aumentó de intensidad. Sus ojos regresaron a la tumba, pero su mirada parecía perdida más allá, debajo de la tierra.

—Mamá...

—Dime. —Rose detuvo el balanceo apoyando una mano sobre su nuca—. Puedes hablar conmigo.

Melissa la miró. Tomó aire. Aunque durante un instante pareció que fuera a compartir con ella una confesión, sus hombros cayeron con un suspiro.

—No lo sé, mamá —dijo—. No sé lo que me pasa.

Pero Rose podía imaginar lo que le pasaba. Pasaba que echaba de menos a esa profesora con la que podía hablar sin necesidad de terminar las frases, que le daba consejos para ser feliz y que le enseñaba exóticas palabras en español. Se mordió la lengua para



no gritarle que si tanto echaba de menos a Socorro, a lo mejor lo que tenía que hacer era irse a vivir con ella.

—A ésta le faltan muchas. —Daisy enseñó a su hermana una piedra a la que se le habían caído la mayoría de las cuentas, de color azul.

—A ésta más.

—¡Tenemos que arreglarlas! —dijeron a la vez.

Rose se arrepintió de sus pensamientos. Acarició el cabello de

Melissa a modo de disculpa.

—Cuando estés lista —le dijo.

Una campanilla sonó en la cocina.

—La comida está lista. Venga, vamos. —Tiró del codo de Melissa para que se levantara con ella—. Vosotras, dejad esas piedras, luego volvéis si queréis.

Las gemelas devolvieron las rocas a su sitio, moviéndolas para esconder las zonas descascarilladas. Corrieron a la puerta trasera de la cocina. Rose echó un brazo sobre el hombro de Melissa, que miró una última vez a la cruz antes de emprender camino junto a ella.

Rose sirvió platos para sus cuatro hijas. Colocó la fuente, aún caliente del horno, en mitad del mantel. A través de la ventana, vio que Iris seguía fuera, caminando de un lado a otro. Miraba al horizonte con la espalda estirada.

—¡Iris! —gritó asomada al porche—. ¡Iris! ¡A comer!

Su hija se dio la vuelta pero no respondió. Retomó su marcha circular con los brazos colgados del cuello, las manos entrelazadas a la nuca. Durante el tiempo que duró la comida,

Rose siguió los movimientos de Iris desde la cocina. La vio

ponerse de puntillas varias veces, haciendo visera con la mano, esperando ver aparecer la ambulancia en la lejanía. La vio cruzar

los brazos, descruzarlos. Sentarse y levantarse. Ponerse de

puntillas una vez más. En la mesa, las gemelas hablaban sobre

flores y cuentas de colores, Melissa susurraba cosas a la roca.

Cuando terminaron de comer, Rose cubrió con papel de aluminio

el plato que Iris no había tocado. Los restos del suyo, y los de las

niñas, los vació con un tenedor en la basura.

Salieron todas al porche. Dahlia y Daisy ocuparon el columpio,

cuyo mecanismo chirrió al ritmo de sus risas. Melissa anunció

que iba a hablar con *Needles, Pins y Thorns*. Del primer escalón, recogió el libro de Iris y se lo entregó a Rose, que limpió con el delantal el polvo que había cubierto la portada.

—¡Iris! —gritó con las manos alrededor de la boca—. ¡Vamos,

Iris, tienes que comer!

Esta vez, el llamamiento surtió efecto. Iris regresó a casa

salpicando arena con cada paso. Se quedó a los pies de la

escalera. Tenía la cara, los hombros y el escote tan cubiertos de polvo como la portada de su libro.

—¿Por qué no ha venido la ambulancia? —Una película de

lágrimas cubría sus ojos entrecerrados—. ¿Por qué no ha llamado

papá?

Rose le entregó *Orgullo y prejuicio* como si así pudiera escaparse de la pregunta. Ella se lo arrancó de las manos.

—Mamá, ¿por qué no ha venido nadie?

Al no obtener respuesta, Iris resopló. Se llevó la mano a la

frente. Su pecho ascendía y descendía a la velocidad de su

acelerada respiración. Cuando se dio la vuelta para encarar el

horizonte una vez más, Rose se fijó en lo puntiagudas que

parecían sus escápulas. Iris se dejó caer sobre el segundo

escalón. Se quedó allí sentada, derrumbada contra la barandilla.



Con la caída del sol, las letras empezaron a resultar ilegibles en la

página. Daba igual, Iris no conseguía leer de todas formas.

Sentada en las escaleras del porche, con el libro abierto sobre las rodillas durante horas, ni siquiera había logrado terminar el capítulo, más pendiente del horizonte que del papel. La columna de humo negro había ido desvaneciéndose en la lejanía, hasta desaparecer. El azul brillante del cielo se había convertido en púrpura.

—Aguanta —dijo con la barbilla elevada hacia la ventana de Melissa, enviando sus palabras a Rick—. Ya viene.

Desde la cocina llegaba el ruido del cuchillo contra la tabla de cortar, el del grifo llenando una olla. Mamá había empezado a preparar la cena. Iris se preguntó qué causaba el molesto martilleo que oía contra la madera. Descubrió que era el talón inquieto de su propio pie.

—Aguanta —repitió.

Una nube de polvo flotó sobre el camino, a lo lejos. Iris enderezó la espalda. Siguió su trayectoria con la mirada para descartar que se tratara de otro remolino de arena como los que la habían confundido tantas veces a lo largo del día. La polvareda permaneció constante, moviéndose en línea recta. Iris cerró el libro. Se puso de pie. Parpadeó sin separar la vista del camino.

—Te lo dije —susurró—, vienen a por ti. Te vas a poner bien.

Iris oyó la empuñadura de un cuchillo apoyarse en la encimera.

Cerrarse la llave del grifo. Oyó los pasos de mamá viniendo desde la cocina.

—¿Qué pasa?

—Ya vienen, mamá. —Señaló la nube de polvo, cada vez más

cerca—. ¿Tenemos que bajarle?

—Iris...

Corrió a la entrada del camino sin escuchar lo que tuviera que decir mamá. La sonrisa en su rostro relajó los músculos de su

mandíbula, agarrotados por la tensión. De pronto fue consciente

del hambre que tenía. Sus tripas rugieron al recordar cómo había

rechazado durante la tarde la comida que tantas veces le había

ofrecido mamá (incluso le había dejado el plato en el escalón del porche, hasta que las idas y venidas de Dahlia y Daisy cubrieron

de arena el papel de aluminio). Se puso de puntillas, notando un

pinchazo en los gemelos, doloridos de repetir el movimiento. La

polvareda llegaba ahora hasta el cactus alto, el lugar donde

debería girar para enfilar el camino a casa. Iris se humedeció los

labios. Estiró el cuello. Cuando el origen de la nube de polvo resultó visible, se frotó los ojos.

Era la *pick-up* de papá.

Apoyó los talones en el suelo con la boca abierta, el estómago contraído aniquilando de nuevo cualquier apetito. La camioneta

pasó junto a ella, cubriéndola de arena antes de que pudiera

reaccionar. Quiso gritar a su padre, pero se atragantó con algunos

guijarros. Tosió. Corrió tras el vehículo, agitando los brazos. La nube de polvo la hacía invisible.

—¡Papá!

La *pick-up* se detuvo a cierta distancia del porche, adonde acababan de salir las gemelas. Corrieron a por papá de frente

mientras ella corría a por él desde atrás. Ellas llegaron primero.

Se abrazaron a su cintura. Iris los alcanzó falta de aliento, pero usó todo el que le quedaba para gritar.

—¿Por qué no has llamado? —La garganta raspaba con cada

toma de aire—. ¿Y la ambulancia?

—Hola a ti también.

—¿Por qué no ha venido nadie? —Iris notó la saliva chisporroteando en la comisura de sus labios—. Es casi de noche.

¿Por qué no has llamado? ¿Por qué no?

—He llamado. —Papá la interrumpió alzando la voz—. He llamado.

Iris echó la cabeza hacia atrás, frunciendo el ceño.

—No pongas esa cara, claro que he llamado.

—¿Y?

—Llamé esta mañana. Me hicieron preguntas. Qué le duele, qué le pasa, si puede respirar. No han considerado que su estado sea

motivo de urgencia.

Iris intentó decir algo, pero se atragantó con sus palabras. Papá miró a un lado antes de continuar.

—No está tan mal como para enviarnos una ambulancia.

Estamos muy lejos, hija. Son más de cuatro horas para venir y volver al hospital. No pueden ocupar el vehículo y desatender otras urgencias. Urgencias reales. El chico no necesita atención inmediata.

—¿Qué? —Iris respiró entre dientes, las manos en la cintura.

Papá intentó cogerla de un hombro, pero ella dio un paso atrás.

—Puede curarse aquí mismo con los cuidados adecuados.

—¿En la cama de una niña?

—Estamos encargándonos de él. —Mamá apareció junto a papá

—. Si el propio hospital considera que no es una urgencia, ellos saben más que nosotros. Y más que tú.

Iris miró al cielo y dejó escapar el aire que le quedaba. Se tapó

la cara con las manos. Sacudió la cabeza.

—Yo prefiero que se lo coman los buitres —dijo Dahlia.

—Eso, así no nos roba nuestros cuadros —añadió Daisy.

Las lágrimas mojaron las palmas de las manos de Iris. Las retiró, descubriendo su rostro. Las gemelas se dieron de la mano al verlo.

—¿Qué hemos dicho?

—Iris, haz el favor... —dijo mamá—. Los adultos somos nosotros y estamos haciéndonos cargo de la situación.

—Tu madre está curando a un hombre que la disparó, no lo olvides.

Iris soltó un grito con los dientes apretados, los puños cerrados sobre su vientre. Seguir mirando a sus padres, e incluso a las gemelas después de lo que habían dicho, le dolía en el pecho.

Caminó por el terreno entre sollozos, pisando las huellas impresas cuando aún pensaba que alguien vendría a atender a Rick. Sus padres gritaron su nombre desde algún punto indeterminado, las voces cambiaban de posición. Papá apareció frente a ella, con los brazos extendidos. Logró esquivarlo. Iris corrió sin rumbo hasta



que vio a Melissa frente a sus cactus, a lo lejos. Huyó hacia a ella alejándose de los demás. Se sentó en el suelo, a su lado.

—Le quiero —balbuceó con la cabeza sobre el hombro de su

hermana—. Le amo.

Melissa la abrazó. Siseó en su oreja. Le secó las lágrimas con los dedos, el polvo raspó en las mejillas. Cuando Iris miró a su hermana, se quedó extrañada.

—¿Y tú por qué lloras? —le preguntó.

Melissa sacudió la cabeza, quitándole importancia.

La luna era roja esa noche, como una herida en el cielo. Elmer la

observaba desde la ventana rota en el cuarto de Melissa. El brillo

tenue de aquel hematoma apenas iluminaba el paisaje,

convirtiendo el bosque de cactus en un misterio de oscuridad y

espinas. En el terreno próximo a la casa, algunas rocas grandes resaltaban en la negrura, reflejando en su superficie plana la luz

moribunda de alguna estrella. El cráneo de una res refulgía más allá, entre los restos de cuatro camionetas quemadas.

Una mancha negra revoloteó frente a los ojos de Elmer. El

insecto se posó en el lado intacto de la ventana, las alas

desplegadas contra el cristal. Era una polilla oscura, tan grande como la palma de una mano. Cuando una de esas aparecía en la

gasolinera, sus compañeros la espantaban a gritos y manotazos.

La llamaban *Mariposa de la Muerte*, en español, y aseguraban que

anunciaba muertes inminentes en los lugares que visitaba.

Aunque Elmer no creía en supersticiones locales, golpeó el cristal

para que se marchara. La polilla permaneció inmóvil al otro lado,

grande como un murciélago. Tuvo que sacar la mano para

espantarla.

—Está muy bonita... —susurró Rick a sus espaldas.

Elmer se volvió. El chico habló con un lado de la cara apoyado

sobre la almohada, mirando a la ventana. Apenas movía los labios y luchaba por mantener los párpados abiertos.

—... la luna... —un hilo de baba se desbordó por la comisura—

...tan roja. Qué bonita... ¿Ya es de noche?

—Voy a tener que dormirte otra vez.

—No..., por favor. He tenido una pesadilla... estaba atado y... —

Dejó la frase a medias, desinflándose con un gemido.

El blíster crujió entre los dedos de Elmer, que temblaron ante la

idea de seguir sedando al muchacho. Sacó una pastilla. Situó el pulgar en la de al lado, dudando si administrarle otra dosis tan fuerte. Llegó a provocar el chasquido del plástico, pero dejó la pastilla en el envase. Metió sólo un dormepam en la boca de Rick,

separándole los dientes con los dedos. Lo dejó caer en la garganta

y, sobre ella, vació medio vaso de agua. Una tos le salpicó la cara.

Tuvo que reclinarle la cabeza para que el líquido y el medicamento

se vaciaran dentro, como en un desagüe. Rick abrió los ojos,

apenas una rendija.

—Sólo quiero decírselo a mi madre... que sepa que Elizabeth fue

feliz aquí... —murmuró—. La luna... está roja...

Elmer salió del cuarto. Iris esperaba en el quicio de la puerta.

En cuanto la miró, su hija se encerró dando un portazo. Echó la

llave con rabia. Elmer comprobó el cuarto de las gemelas. Ambas

dormían en el borde de sus camas, lo más cerca posible una de la

otra. Respiraban al compás. Elmer cerró la puerta sin hacer

ruido, la aseguró por fuera. Abajo, en el salón, aún había luz.

—Buenas noches, Melissa —dijo, agarrado a la barandilla.

Oyó cómo su hija sacudía una almohada, ahuecándola. Apoyó

alguna de sus rocas sobre la mesa, o en el suelo. No respondió.

—He dicho buenas noches.

Las zapatillas de ella se deslizaron por el suelo.

—Hija, buenas noches.

—Buenas noches... —dijo Melissa al fin—, papá.

—Que duermas bien.

Antes de entrar en la habitación de matrimonio, Elmer

reconoció sobre la cama una caja grande de madera, con

bisagras. Hacía seis años, desde la llegada de las gemelas, que no la veía. Rose se encontraba frente al espejo. Miraba a su reflejo de

lado, dando forma a una protuberancia que había aparecido

debajo del camisón, a la altura de su tripa. Él se colocó detrás de

ella. Entrelazaron las manos sobre el vientre abultado,

masajeándolo como si de verdad creciera algo allí dentro.

—He sido muy feliz formando esta familia —dijo ella.

Elmer apoyó la barbilla en su hombro.

—Es lo mejor que hemos hecho.

Rose retorció el cuello para escapar de las cosquillas de su

aliento. Acariciaron el falso embarazo, sonriendo a la imagen del pasado que les brindaba el espejo. En ese momento, un fuerte

impacto en el salón reverberó en la casa. Rose se sacudió entre los brazos de él. Se giró para encararlo, encajando entre ambos el

vientre de mentira con delicadeza maternal.

—¿Qué ha sido eso? —Los ojos ocupaban la mitad de su cara.

Elmer deshizo el abrazo, se asomó a la puerta.

—¿Melissa?

—¡Se me ha caído la piedra! —gritó desde abajo—. ¡No he roto

nada!

Rose desabrochó una hebilla debajo de su camisón. Lo hizo sin mirar, con la destreza con la que se lleva a cabo una acción muchas veces repetida. Su tripa quedó vacía. El embarazo se esfumó, reducido a la incómoda visión de un amasijo de silicona, elásticos ortopédicos y broches de aluminio. Inertes realidades que habían sustituido en sus vidas a la sangre, la placenta, el líquido amniótico. El desagradable recordatorio provocó un escalofrío a Elmer. Rose devolvió la prótesis a su caja. Cerró la tapa como si fuera un joyero, abrochando un cierre dorado.

Acarició los surcos en la madera, la imagen grabada de una cigüeña. La guardó en lo alto del armario, de puntillas. La caja quedó escondida detrás de una bolsa con ropa vieja.

—Voy a ver cómo sigue —dijo Rose.

—Ve a hablar también con Iris, que me ha cerrado la puerta en la cara.



Melissa recogió a Marlon del suelo, se le había resbalado por querer cogerlo sin soltar su cuaderno de dibujo. Aunque acababa de decirle a papá que no se había roto nada, descubrió una profunda muesca en la madera del suelo.

—Si es que con esa barbilla que tienes... —le dijo a Marlon.

Lo dejó en la mesa y le avisó de que luego tendría que devolverlo a la estantería, que hoy no le tocaba dormir con ella. Era el turno

de Clark. Sentada en el sofá, abrió sobre sus piernas el cuaderno de dibujo, por la página donde había escondido los documentos que salvó de la carpeta de Rick. El techo crujió sobre su cabeza. Aguzó el oído para identificar al responsable, intuir su trayectoria. Era mamá. Bajaba las escaleras.

Cerró el cuaderno de un golpe. Miró a su alrededor. Los pasos sonaban cada vez más cerca. Probó a esconderlo bajo la almohada, pero las esquinas sobresalían por un lado. Mamá pisaba ya el último escalón. Podía oír su respiración. Dejó caer el cuaderno por detrás del respaldo del sofá. Una esquina del lomo impactó contra el suelo. —¿Y ahora qué se te ha caído? —preguntó ella nada más entrar en el salón.

—Me he dado contra la pared —se frotó un codo—, haciendo esta cama que no es una cama.

—Lo que pasa es que no la haces bien. Levántate.

—¿Para?

—Si separamos el sofá podemos meter la sábana por detrás del respaldo, así no la tienes arremolinada como ahora.

—Da igual, mamá.

Ella se acercó al sofá. Lo abarcó con los brazos, una mano en el respaldo y la otra en un asiento.

—Levanta los pies, que yo lo muevo.

—Que no, mamá, que no hace falta.

Pero ella empujó de todas formas. En cuanto lo separó de la pared, otra esquina del cuaderno sonó contra el suelo.

—Que no lo muevas. —Melissa pateó con los talones

disfrazando el ruido con más golpes—. A mí me gusta así.

—Entonces ¿reconoces que te gusta dormir aquí? —Levantó el cuello con una media sonrisa, sin soltar el sofá.

Melissa se cruzó de brazos. Dejó caer la espalda contra el respaldo con tanto impulso que desplazó el sofá de nuevo hacia la pared. Mamá se sentó junto a ella.

—Hija —posó una mano sobre su rodilla—, yo sólo quiero que tú estés bien.

Durante un segundo, Melissa quiso romper a llorar. Contarle a mamá lo que había leído y preguntarle por qué todos esos periódicos mentían. Por qué el extraño que dormía en su cama había venido a esta casa buscando a una hermana que no podía ser suya por mucho que sus ojos se parecieran tanto a los de Edelweiss. Pero no dijo nada. Tan sólo retiró la mano de mamá de su rodilla y se incorporó para alcanzar a Marlon. Lo dejó junto a la almohada.

—Nos vamos a dormir.

—Puedes hablar conmigo. —Mamá se quedó mirándola—. Dime que lo sabes.

Asintió.

—Pero dímelo.

—Sé que puedo hablar contigo —repitió sin ganas.

—Igual que con Socorro. Mejor que con Socorro. Yo soy tu madre. No hay nadie en el mundo que te quiera más que yo.

Melissa recogió las piernas. Se acostó en el mismo espacio en el que estaba sentada.

—¿Quieres que te cambie la roca? Dos noches son muchas para saltarte tu orden. Ese Gregory además tiene los ojos tristes, no creo que sea tu mejor compañía.

—No hace falta. —Tapó a Marlon para esconderlo, aunque estaba claro que a su madre todas las piedras le parecían la misma—. Estoy bien con Gregory. Ya me disculparé con las otras cuando pueda hablar con ellas.



Cuando mamá se levantó, Melissa estiró las piernas a lo largo del sofá. No se incorporó para recibir el beso de buenas noches que ella le ofrecía, sino que dejó que lo plantara en su mejilla sin moverse.

—Yo sólo quiero que tú estés bien —repitió.

Melissa alargó el brazo, palpando la pared hasta que dio con el interruptor.

—Voy a apagar —avisó justo antes de hacerlo.

A oscuras, mamá le dio otro beso. Después atravesó el salón hacia la salida y subió las escaleras. Melissa acercó su boca al oído de Marlon.

—No dejes que me duerma —susurró—. Tenemos que seguir despiertos.

La roca dijo algo.

—Buena idea.

Melissa bajó del sofá. La luna en la ventana que daba al porche

captó su atención por lo anaranjado de su brillo. En la cocina, bebió tres vasos de agua seguidos. Regresó a la cama junto a

Marlon.

—Hecho.

Tumbada en la cama boca arriba, con la camiseta de Rick sobre la

cara, Iris realizó profundas inspiraciones. Imaginó a Rick

tumbado allí, junto a ella, los dos tapados bajo la sábana,

susurrándose el montón de palabras bonitas que aún les faltaban

por decirse el uno al otro. Pudo sentir el aliento cálido de sus secretos junto a la oreja, la piel de la espalda se le erizó.

Los toques en la puerta la alertaron con un respingo.

—¿Me abres? —susurró mamá al otro lado.

Iris se incorporó como si despertara de un trance, aturdida por la intensidad de sus fantasías. El pomo de la puerta se sacudió.

—Iris —los nudillos golpearon la madera—, quiero hablar contigo.

Se levantó y escondió la camiseta debajo del colchón,

empujándola hasta donde alcanzó la mano. Revisó el resto de su

habitación con la mirada. Se olió las manos, los hombros del

camisón. Aunque el aroma de Rick a ella la embriagaba, mamá no

lo detectaría. Abrió la puerta lo justo para encajar el rostro.

—¿Qué quieres?

—Hija, déjame pasar. —Coló un brazo, después una pierna,

abriéndose camino. Ya dentro, compuso su pelo enredado con un

chasquido de la lengua—. Qué difícil me lo estáis poniendo para hablar con vosotras hoy.

Le colocó el camisón a Iris pellizcando la tela del pecho. Ella sacudió los hombros para rechazar el

ajuste.

—Y eso hay que coserlo. —Señaló el desgarro en el lateral.

—Me lo hiciste tú.

Mamá se sentó en la cama, justo encima del lugar donde acababa de esconder la camiseta. Al empujarla, debió de arrastrar también parte de la sábana, porque el tejido se adentraba de forma sospechosa debajo del colchón. Iris desvió la mirada de ese punto. Disimuló peinándose con los dedos. Mamá frotó la cama, el espacio a su lado. Esperó a que ella se sentara.

—¿Por qué estás enfadada con tu padre? —Intentó retocar el escote de su camisón una vez más—. ¿Con nosotros?

Iris detuvo su mano en el aire.

—Rick necesita la ambulancia. O un doctor. —Acogió la mano que sujetaba entre las suyas—. Por favor, mamá, necesita atención médica urgente.

—Ha mejorado mucho. —Mamá se rascó la nuca—. Tú no lo has visto.

—Vi lo que papá le hizo con la camioneta.

—Y por eso papá ha llamado esta mañana a la ambulancia. Y le han dicho que no era necesario venir...

—Que estaba muy lejos.

—O que no podían, me da igual. —Mamá hizo una pausa tras haber alzado la voz. Continuó en un susurro—: Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos.

—No estáis haciendo nada.

—Hija. —Mamá se aproximó aún más—. ¿De verdad crees que

tendríamos a una persona en casa agonizando sin ayudarla?

¿Para qué querríamos eso? —Encogió los hombros como si fuera absurdo formular la pregunta.

A Iris le resultó imposible imaginar una respuesta. Observó las arrugas que brotaban de los ojos de su madre, hacia las sienes, tres en un lado y dos en el otro. En una ocasión escuchó cómo le

decía a Socorro que tenía una por cada hija, marcas en su propia piel del esfuerzo y el sacrificio que había dedicado a cada una de ellas.

—Me estoy ocupando de él —añadió mamá.

—¿No deberíamos llamar a su familia? ¿A alguien?

—Eso queremos. Que hable y pueda darnos algún nombre, algún teléfono. Pero aún no ha despertado desde... —No terminó la frase.

—Desde el atropello.

—Desde que tu padre actuó en defensa propia.

Mamá intentó ponerle una mano sobre la mejilla. Aunque el primer impulso de Iris fue apartarse, acabó apoyando la cara en el calor de aquella palma. Se frotó contra ella recordando otras ocasiones en las que el mero tacto de la piel de su madre había sido suficiente para hacerla sentir mejor.

—¿Puedo verlo? Quiero verlo, mamá.

Ella retiró la mano, dejando un parche frío en su rostro.

—Hija, lo estoy cuidando por compasión. Porque no íbamos a dejarlo morir al sol. Pero ese chico me disparó. Me disparó y salió corriendo. No voy a dejar que mis hijas se acerquen a él.

—¿Qué quería? ¿Robarnos?

—Yo qué sé. —Mamá resopló—. Pasó la noche en la camioneta, quizá le gustó lo que vio y pensó en llevársela. O a lo mejor creyó que en el tarro de las monedas había más dinero del que hay.

A Iris le costó creerlo.

—O a lo mejor —sonrió con la mitad de la boca—, a lo mejor tus hermanas tienen razón y lo que quería era llevarse sus cuadros.



Iris no respondió a la broma.

—Parecía tan bueno...

—Hija —mamá le levantó la barbilla con un dedo, hasta que los ojos de ambas se encontraron—, la gente casi nunca es lo que parece.

Las cinco arrugas de sus ojos se hicieron más profundas.

—¿Se va a poner bien?

—Nosotros lo estamos intentando.

—¿Y papá?

—Tu padre lo único que quiere es que pueda volver a caminar, que coja su mochila y que se marche por donde ha venido. Lejos de esta familia.

Iris jugueteó con un hilo que colgaba del lateral de su camión.

—De verdad que parecía un buen chico...

Enrolló el hilo alrededor de su dedo. Lo desenrolló.

—No le des más vueltas. —Mamá la besó en la frente—. A ver

qué tal amanece mañana.

—Gracias, mamá.

—Yo sólo quiero que vosotras estéis bien.

Iris arrancó el hilo de un tirón.

—Ya lo sé.

Mamá salió de la habitación. Iris echó la llave y esperó a que se

cerrara también la puerta del cuarto de sus padres. Entonces

metió el brazo debajo del colchón. Se quedó sentada en el suelo, la espalda contra la cama, apretando contra su cara la camiseta arrugada de Rick.

Rose apareció en el cuarto. Se derrumbó de espaldas contra la

puerta cerrada. Elmer saltó de la cama.



—¿Qué ha pasado?

—No puedo mentir así a mis hijas. —Rose se tapó la cara con

ambas manos, sacudió la cabeza—. No puedo.

Su barbilla empezó a temblar. Elmer tiró de los codos,

separándolos, hasta descubrir su rostro. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Esperar? ¿Tener al chico ahí hasta

que...? —La voz se le rompió.

—No tenemos que decidir nada ahora —susurró Elmer en su

oreja.

—¿Y mañana? ¿Y al día siguiente?

Rose parpadeó, esperando una respuesta que él no supo darle.

Iris se sentó en el tocador. El grano de anoche había mejorado, apenas se veía ya. Estiró la tela del escote, deshaciendo arrugas,

dándole forma a sus pechos. Abrió el libro por la página en la que se había atascado esa tarde. Sujetó las esquinas con el perfume y la polvera.

Leyó treinta páginas.

Dio cien pasadas con el cepillo a su cabello.

Al terminar, la casa estaba en completo silencio. Había oído murmullos en el cuarto de sus padres hasta tarde, pero hacía un buen rato que habían cesado. Presionó el atomizador para pulverizar una nube de perfume que llovió sobre su pecho. Dio golpecitos con la polvera a su rostro.

Después irguió la espalda, cuadró los hombros.

Sonrió a su reflejo.

Antes de salir al tejado, se aseguró de que Melissa no estuviera hablando con sus cactus. La luna brillaba en amarillo, el mismo color con el que destellaron los botones en la camisa de *Thorns*. No reconoció frente a él ninguna silueta que pudiera pertenecer a su hermana. Caminó descalza sobre las tejas, pasó por delante de la ventana de las gemelas de una zancada. Entró en el cuarto de Melissa apoyando el pie en el escritorio, atravesando el marco atenta a los dientes de cristal roto. Sus pulmones se inflaron en cuanto reconoció los volúmenes de Rick bajo la sábana. Su respiración era tan pausada como anoche.

—Soy Iris —le dijo al oído—. Gritaste mi nombre esta mañana, ansiabas verme.

En la oscuridad, la piel de su rostro parecía azulada. Lo

inspeccionó a la espera de alguna reacción. No la hubo. Ni sus párpados se movieron, ni su respiración cambió de ritmo. Los

músculos de su cara permanecieron flácidos.

—¿Quieres agua?

Sus labios cerrados no lucían tan secos como anoche, pero ella

llenó un vaso y se lo acercó a la boca.

—Tienes que beber.

Frotó el borde del cristal contra sus labios. Quería volver a

sentir el placer de saciar la sed de Rick, de aliviar su necesidad física. El vaso tintineó contra los dientes sin que él respondiera al

estímulo.

Iris tuvo una idea.

Se bebió el agua pero no la tragó. Dejó el vaso vacío en la

mesilla. Posó sus labios sobre los de Rick. Buscó la abertura con

la lengua y dejó escapar el líquido, poco a poco, en la boca de él.

La sensación fue aún más intensa que la que había

experimentado ayer. Protagonizaban un beso más romántico que

el de muchas escenas ante las que había suspirado leyendo sus

libros. El agua acabó derramándose por las comisuras de Rick,

mojando la almohada. Iris se incorporó. Sentía el corazón latir a un ritmo desconocido, su cabeza mecida por un dulce vaivén. De

pronto comprendió por qué las flores desplegaban colores tan

bonitos, por qué había estrellas en el cielo o por qué la guitarra de

Edelweiss producía un sonido tan hermoso. Entendió por qué

papá besaba a mamá a la menor oportunidad. Las palabras se

desbordaron de entre sus labios como acababa de desbordarse el

agua entre los de Rick.

—Te quiero —susurró.

Se recostó sobre él, abrazándolo por encima de la sábana.

Encajó el rostro en el espacio entre su mandíbula y su hombro. Le pareció el lugar más acogedor que había conocido.

—Te vas a poner bien. Mamá te está curando. Van a echarte de aquí en cuanto mejores, pero quizá pueda marcharme contigo, caminar juntos hasta donde alcance nuestra vista. Mi alma reconoce la pureza de la tuya, yo sé que no querías hacernos nada malo.

Apoyó un lado de la cara sobre su pecho. Sonrió al escuchar su corazón. Con los ojos cerrados, pudo sentir cómo sus latidos se sincronizaban con los de él. Cuando presionó la oreja para oír mejor, Rick gimió.

—¿Tú también lo sientes? —Miró su rostro azulado—, nuestros corazones bailan a un mismo ritmo.

En la frente de Rick se dibujaron algunas arrugas, pero no respondió. Iris volvió a usar su pecho como almohada, ignoró el gemido. Permaneció de pie junto a la cama, recostada sobre él.

—Me siento como Julieta esperando a que despierte Romeo. —

Mordisqueó el interior de sus labios.

Acariciaba el pelo de Rick con una mano, la otra la tenía apoyada sobre su vientre. Palpó con los dedos la superficie dura y ondulada del abdomen,

sintiendo

cómo

aumentaba

la

temperatura de su cuerpo. Sus yemas pasearon por las

hendiduras paralelas de los músculos, se dejaron guiar por el

valle más profundo que los atravesaba por la mitad. Aquel valle dirigía el movimiento de sus dedos hacia abajo. La respiración de

Iris se aceleró, su corazón latió a un ritmo mucho mayor que el de

Rick.

Iris concedió a su mano total libertad.

Bajó hasta apoyarse en la parte blanda entre los muslos.

Sus dedos investigaron aquella zona, descubriendo formas y

texturas que no conocía.

La respiración entrecortada que le sobrevino humedeció la

sábana con el calor de su aliento. Percibió otra humedad en la ropa interior. Su cuerpo entero temblaba. Se apretó más fuerte



contra Rick y tuvo ganas de morder la sábana. De gritar. Cerró la

mano. La tiritona culminó en una intensa contracción de todos

los músculos. Los dedos de sus pies arañaron el suelo al

retorcerse. El placer desconocido se repitió en espasmos sucesivos

que la cegaron. Las palpitaciones prosiguieron en su entrepierna,

el eco de la deliciosa explosión. Cuando se extinguieron, Iris retiró

la mano de donde la tenía. La escondió detrás de la espalda. Se incorporó y secó su mejilla. Ordenó su cabello. Se ajustó el

camisón como si se vistiera.

—Yo..., esto..., ha sido...

No supo qué palabras usar para expresarse. Besó los labios de Rick una vez más.

—Te quiero. —El sentimiento era ahora también una realidad física que había cambiado su cuerpo para siempre—. Te vas a poner bien.

Volvió a su cuarto sintiéndose tan volátil que pudo no haber pisado el tejado. Aterrizó entre sus sábanas como si hubiera regresado de un mágico vuelo nocturno.

Melissa abrió los ojos. Se había quedado dormida. Giró la cara hacia la ventana con el estómago encogido. La oscuridad en el horizonte era total, seguía siendo noche cerrada. Suspiró aliviada y notó el cosquilleo en la uretra.

—Ha funcionado —susurró a Marlon.

Caminó con las piernas juntas, rozando los muslos, hasta el aseo. Orinó los tres vasos de agua que había usado como sistema despertador. De regreso al salón, se detuvo a los pies de la

escalera. Afinó el oído. El silencio era el habitual de cualquier madrugada. Melissa recuperó a Marlon y con él salió al terreno,

por la puerta trasera de la cocina. Rodeó la casa hasta el porche.

Lo escaló por el pilar de la pintura seca, el que raspaba las manos pero conducía directamente a su ventana. Accedió al cuarto a través del cristal roto. La habitación seguía oliendo a tirta usada.

Igual que anoche, la sábana cubría a Rick hasta la barbilla. Su posición era casi idéntica.

—Con lo que me muevo yo en esa cama cuando duermo...

Melissa dejó a Marlon en la estantería, donde ya no había ninguna carpeta. De puntillas, buscó a Clark al tacto. Lo reconoció por el particular agujero en una oreja. El trasiego de las piedras y los cambios de peso sobre la estantería la hicieron crujir. Melissa atornilló la tuerca que siempre se aflojaba.

—Hasta la próxima, Marlon —susurró—. Buenas noches, Clark.

Después se dirigió a Rick.

—Necesito hablar contigo, es importante.

Le tocó el hombro, pero no despertó. Melissa acercó la boca a su oreja. Subió el volumen de su voz al máximo que consideró prudente.

—Despierta, tengo que hablar contigo.

Esperó unos segundos. No hubo respuesta. Le pinzó la nariz con los dedos. Creyó que se despertaría ansioso por dar una bocanada de aire, pero sus labios se abrieron apenas una rendija y por ella respiró con normalidad. Melissa recorrió su cuarto con la mirada, repasando a oscuras sus pertenencias. En un cajón guardaba viejos tarros de témpera, pinceles, latas de acuarelas y tubos de colores al óleo. Revolvió el contenido hasta dar con un frasco de trementina, un disolvente de pintura que sólo había usado una vez, para borrar la boca de una roca que quedó demasiado triste. Cuando desenroscó el tapón, tuvo que ladear la cara para escapar del punzante aroma. Acercó esa misma abertura a la nariz de Rick. Movié el frasco delante de su cara.

Sopló al líquido para que le resultara más fácil inhalar sus efluvios.

—Despiértate. —Volvió a sacudirlo del hombro—. ¿Cómo puedes dormir así?

El disolvente no surtió ningún efecto. Melissa lo devolvió a su sitio. Buscó el farol, encendió la vela con las cerillas. Investigó las

medicinas que había sobre la mesilla. Salicex. Profenil.

Dormepam. Sabía que mamá usaba esas últimas pastillas cuando

tenía épocas tristes. Decía que la ayudaban a dormir. Acercó la caja al farol, iluminando el texto del dorso. Aunque estaba en

español, entendió lo que significaba 6 horas. Miró al cielo oscuro

moteado de estrellas. Trató de calcular el tiempo que haría que papá se había ido a dormir.

—Voy a esperar —susurró a Rick—. Por favor, despiértate antes de que amanezca.

Del mismo mueble que contenía el cajón con las témperas,

Melissa sacó un cuaderno de dibujo. Pasó hojas usadas hasta dar

con una en blanco. De un bote de lápices sobre su escritorio,

seleccionó el más afilado. Desplazó la silla junto a la cama.

Sentada frente a Rick, a la luz anaranjada del farol, se retiró el pelo de la cara con los meñiques y empezó a dibujarlo. El ángulo

de su mandíbula fue el primer trazo que realizó. Respetó la

posición en la que se encontraba, tumbado, cubierto con la

sábana hasta la barbilla y la cabeza apoyada en la almohada.

Pero obvió las heridas de la frente, ignoró el corte de la nariz, prescindió de los cardenales en las mejillas. En su dibujo, Rick era un chico sano que dormía en paz en una cama que podía ser la suya.

El último detalle que añadió al retrato fueron sus pestañas.

La punta del lápiz se había quedado roma tras el montón de trazos realizados.

Melissa volvió la cabeza.

Un fulgor amarillento delataba el inminente despuntar del alba, como si el horizonte fuera una esquina que el sol estuviera a punto de doblar.

—Vamos, por favor. —Pellizcó la mejilla de Rick—. Se me acaba el tiempo. Necesito que hablemos.



Rick sintió un hormigueo en la mejilla. Un repentino punto de sensación en un cuerpo que podía ser de piedra. En su estado de sedación, se imaginó que era una estatua de mármol blanco. Y que en la mejilla de la estatua había aparecido una marca de color rosa. Una escama de piel humana. Un foco de células vivas que fue contagiando al mineral circundante, extendiéndose por toda aquella anatomía hasta cubrir de tejido orgánico a la estatua.

Y esa estatua barnizada de vida era él.

Despertó con un espasmo.

Sus nervios ópticos se resintieron, hasta la nuca, cuando abrió

los ojos. El dolor en cada articulación dejó claro que no era una estatua. La piedra no dolía así. Reconoció la habitación en la que

se encontraba. Recordó lo ocurrido. Intentó mover las muñecas,

pero seguía atado. Unos dedos pellizcaban aquel foco de

sensación que lo había devuelto a la vida.

—Estás despierto.

Asustado, giró la cara hacia la voz infantil, sintiendo un latigazo

de dolor desde el cuello hasta la mitad de la espalda. Vio un camisón. Una media melena. Una piedra con ojos.

—Necesito hablar contigo.

Era la hermana mediana. Margarita. No, Melissa. Rick barrió la

habitación con la mirada. Temió encontrar a Elmer a los pies de la cama, agazapado en un rincón, subido a la estantería, colgado

del techo. Aquel hombre podía salir de entre las sábanas en

cualquier momento para meterle en la boca dedos con sabor a

gasolina. Dedos que apagaban sus sentidos. Se retorció

escapando de la amenaza que no existía. Ignoró los crujidos en la

carne, la crepitación en los tejidos. La torsión del cuerpo extendió

calambres hasta los glúteos.

—Para, te va a oír papá.

Rick se detuvo. Enfiló a la niña con un rápido desplazamiento

de los globos oculares.

—¿Estás sola?

Ella asintió.

—Ayúdame. —Escupió la palabra entre dientes, mareado por el

dolor que el movimiento de ojos había detonado en su cabeza—.

Melissa, por favor, ayúdame.

—Tranquilo, estás bien. —Apoyó la mano sobre su pecho—. Mis

padres te están curando.

—Melissa, tus padres... —Rick miró a la cara de la niña que lo mecía como si adormeciera a un bebé intranquilo. Como si en lugar de tener los huesos rotos, tumbado sobre una cuerda que ataba sus manos y agujereado por espinas de cactus, tuviera molestias causadas por la indigestión de una papilla. El rostro de Melissa era una burbuja de inocencia que flotaba ajena a la verdad. Rick se sintió incapaz de tocarla con sus sucios dedos llenos de realidad, de destruir algo tan frágil con la información que poseía—. Necesito un hospital... Por favor, Melissa, dile a alguien que estoy aquí.

El amanecer que iba iluminando la habitación permitió a Rick leer mejor los ojos de aquella niña, era una mirada que poseía una madurez impropia. Melissa retiró la mano de su pecho. Tomó aire.

—¿Eres el hermano de Edelweiss?

La burbuja explotó frente a sus ojos sin que él la hubiera tocado.

—¿Lo sabes?

—Estuve aquí anoche —un barniz de lágrimas nubló su mirada—, vi tu carpeta. ¿Mis padres hicieron todo eso?

Si en ese momento la cuerda que lo mantenía atado hubiera desaparecido de repente, Rick no habría aprovechado la libertad para atender sus heridas, sino para abrazar a Melissa. La tristeza que vio en esos ojos le dolió más que dos rodillas fracturadas. Retorció el cuerpo como si pudiera detener de alguna manera la pérdida de inocencia, taponar con sus manos aquel escape.

—Lo siento —dijo Rick, como si la culpa fuera suya.

Había visto demasiadas veces el vacío que deja la esperanza una vez que abandona a alguien. Lo opacas que se quedan las

miradas tras perder ese particular brillo de ilusión. Lo había visto

apagarse en los ojos de su madre. En los de su padre. Algunas veces, hasta en los de los espejos. Pero verlo ocurrir en los ojos de

una niña resultaba desolador.

—Lo siento mucho —repitió.

Melissa acarició su piedra, la apretó contra la tripa.

—¿Mis padres hicieron todo eso?

Sus ojos viajaron por la habitación, llenándose de lágrimas al detenerse en algunos puntos. Recuerdos familiares que ahora no significarían lo mismo, imaginó Rick. Quizá estuviera fijándose en unos trazos de rotulador que habrían ido marcando su crecimiento en el marco de la puerta. O en algún viejo juguete que sus padres le habían regalado hacía muchos años pero del que no se quería deshacer aún.

—Yo soy el bebé del orfanato, ¿verdad? —soltó de pronto—. En tus artículos. Ésas son las noticias sobre mí.

Rick asintió.

La manera en que ella bajó la cabeza y se miró a los pies lo conmovió.

—A mí no me robaron de ninguna familia —dijo al suelo.

—Pero a tus hermanas, sí. Como a Edelweiss, como a mi hermana Elizabeth. Se llamaba Elizabeth.

Melissa se secó las lágrimas.

—Lo he leído. Es un nombre muy bonito. —Se sorbió la nariz—.

Aunque a mí me gusta más Edelweiss.

Él concedió con un asentimiento.

—Fue una gran hermana —susurró ella—, la mejor.

—¿Lo fue? —El dolor de todo su cuerpo desapareció, entumecido por una cálida sensación de felicidad.

—Ella fue la que me dio la idea de poner ojos a mis piedras. Y a

los cactus. Sabía que me siento muy sola aquí, tan lejos, que me

gustaría hablar con más gente. Un día apareció en mi cuarto,

aquí mismo, con cuatro rocas y una vieja revista de cine. Entre las dos buscamos los ojos más bonitos de todas las fotos y dimos

vida a las piedras. Las bocas se las hicimos con un pincel. —La

propia Melissa dibujó una sonrisa en su rostro—. Papá traía las revistas para ella, ahora las trae para mí. A Edelweiss le gustaba

ver las fotos de los actores. ¿Ves ese dibujo de ella con su guitarra

y una toalla en la cabeza, recostada en la ventana? —Señaló uno

de los retratos en la pared—. Estábamos imitando una foto de

una actriz. Nunca llegó a ver la película, o a escuchar la canción

que tocaba, pero le encantó la foto.

Rick reconoció la escena que protagonizaba Audrey Hepburn.

Recordó también cómo su madre había llorado viendo la película

en el cine, sin saber que existía un dibujo de su hija desaparecida

emulando esa misma imagen. Cuando en la cabeza de Rick se

reprodujo la melodía que su madre había silbado durante días, la

misma que tocaba la actriz con una guitarra en la película, la anestesia de felicidad dejó de hacer efecto. El dolor regresó, a las

articulaciones y a los músculos, pero era un dolor tan hondo que

no estaba seguro de que fuera solamente físico.

—No sabes cuánto desearía haberla conocido...

Igual que había hecho él antes, Melissa se disculpó, aunque lo ocurrido nada tuviera que ver con ella. De la silla que había junto a la cama, recuperó el cuaderno de dibujo. El lápiz lo dejó sobre la mesilla.

—He hecho esto.

Giró el cuaderno. La luz del sol que resplandecía en algún rincón más allá de la ventana permitió a Rick ver el dibujo. Se vio reflejado en el papel, su rostro repetido en la hoja como en un espejo. Aunque no se había mirado desde el atropello, sabía que al retrato le faltaban las heridas. El escozor de la frente y las palpitaciones en la ceja derecha no podían corresponderse con esa cara ilesa dibujada a lápiz.

—Tus ojos son como los de Edelweiss —observó Melissa.

—Son los ojos de nuestra madre. —La melodía silbada regresó a su mente—. Por eso reconocí a Elizabeth en el dibujo que me enseñaste en el salón.

Ella intentó cogerle de la mano, pero, aprisionado como estaba bajo la sábana, acabó apoyándola sobre su pecho.

—¿Por qué te tapas tanto? ¿No tienes calor?

—Melissa... —Dudó si tocar la pompa con los dedos—. Tus padres me tienen atado.

—¿Atado?

Dio un paso atrás.

—Necesito tu ayuda, Melissa. ¿Puedes hacer una llamada?

—No tenemos teléfono.

—Andar a alguna casa, la que esté más cerca.

—No hay ninguna cerca.

—¿Conducir? ¿Sabes conducir?

—Tengo trece años.

—Pues díselo a alguien, a tu hermana. A Iris. ¿A ella le has contado...?

Sacudió la cabeza.

—Dile que estoy atado. Que tus padres no me están curando.

Que necesito ayuda.

Melissa se llevó las manos a la cara. Las acercó a sus orejas como si jugueteara con la posibilidad de taparlas, de dejar de oír.

Como si deseara hacerlo.

—¿Qué pasará con mis padres? ¿Y con nosotras?

Aunque Rick abrió la boca para decir algo, la cerró sin

pronunciar palabra. No quería mentir, pero tampoco le convenía

responder con la verdad. Respetó el silencio de Melissa mientras las arrugas en su frente cambiaban de forma y de su garganta

brotaban gemidos de angustia. Raspó las palmas de las manos

contra su piedra. La niña frente a él se estaba enfrentando a la decisión de ayudar a un extraño (y con ello destruir a sus padres,

disolver su familia y acabar con la vida que conocía), o no hacer nada y que todo siguiera igual.

A Rick lo atenazó la certeza de que moriría en esa cama.

—Muchas veces he sentido que no pertenezco a este lugar. —

Melissa miró al techo—. Mi familia a veces no me entiende, con mamá no puedo hablar de mis cosas. He deseado vivir en otro

sitio. Con más gente. En una ciudad. Tener más amigos aparte de

mis hermanas, unas rocas y unos cactus.

—Puedes tener todo eso —susurró Rick.

—¿Podría? —El atisbo de una sonrisa encendió su rostro

durante un instante.

—Podrías. Una nueva vida. En otro sitio.

Los primeros rayos de sol entraron por la ventana e iluminaron la pared de los retratos. La aparición de la franja de luz atrajo la

atención de Melissa, también la de Rick. El brillo de las motas de

polvo en el resplandor ámbar del amanecer creó un velo de

destellos que dotó a los retratos de una cualidad mágica. Como

recuerdos que flotaran en una conciencia dorada, en un pasado

perfecto.

—Son mis padres —dijo Melissa.

El cariño con el que observaba las imágenes apretó la tenaza

que aterrizzaba a Rick.

—Tienes que ayudarme. —Su voz adquirió un tono lastimoso—.

Por favor, Melissa, tienes que hacerlo.

Un tablón del suelo crujió fuera de la habitación.

Melissa miró a la puerta.

—Mi padre.

—Desátame —le pidió Rick—. Al menos desátame.

Melissa buscó el filo de la sábana en el lateral del colchón.

—Está metida.

Tiró de ella, agitando la cama con cada intento. Rick apretó los

dientes enfrentando el dolor que provocaba cada sacudida. El

cabecero golpeó la pared.

—Va a venir —susurró Melissa—, tengo que irme.

—Por favor, haz algo. Tienes que ayudarme.

—Me va a ver...

Melissa se separó con un brazo extendido hacia él, como si le costara alejarse de la cama, dejarlo ahí. Cerró el cuaderno de dibujo y lo devolvió a una estantería. Guardó el farol. Movi6 la silla.

Una sombra apareció en el suelo por la rendija inferior de la puerta.

La llave entró en la cerradura.

Melissa escaló el escritorio.

El pomo se movió.

Desde el otro lado de la ventana, de pie sobre el tejado del porche, Melissa le dedicó una mirada en la que resultaba imposible descifrar si prevalecía el miedo, la tristeza, la culpa o el afecto.

Elmer entró en la habitación.

El escritorio aún se balanceaba.

El olor a gasolina que lo acompañaba era más débil que otras veces, pero Rick lo saboreó en el paladar. Aprovechó la náusea para toser, distraer su atención del marco vacío por el que acababa de desaparecer Melissa.

Elmer no se molestó en atenderlo, fue directo a la ventana.

Al asomarse emitió un gemido de sospecha.

Rick cerró los ojos, contuvo la respiración.

Se temió lo peor.

—¡Hola, papá! —oyó gritar a Melissa.

Su voz sonaba lejana, como si caminara por el terreno.

—¿Ya estás despierta?

—No podía dormir más. Hace mucho calor en el salón en cuanto da el sol. —Su entonación casual resultaba creíble—. Voy a hablar con los cactus.

Rick dejó escapar el aire, abrió los ojos una rendija.

—¡Qué bonito se ve el amanecer desde vuestros cuartos! —gritó

Elmer—. ¡Todo el desierto para vosotras!

—Lo mejor es que lo primero que ilumina el sol son los retratos.

Él se giró hacia esa pared. Después mostró a su hija el pulgar levantado, sacando el brazo a través del cristal roto.

Rick descubrió entonces el lápiz de Melissa sobre la mesilla.

Lo había dejado entre las cajas de medicinas.

Su cuerpo realizó el amago instintivo de extender los brazos para cogerlo, pero el intento quedó reducido a un espasmo del torso. Sus muñecas seguían atadas por mucho que su sistema

nervioso se negara a aceptarlo. Pensó en derribar el lápiz de un soplo. Desechó la idea al imaginar cómo acabaría rodando por el suelo hasta los pies de Elmer.

Él se dio la vuelta.

Rick cerró los ojos. Ralentizó su respiración para hacerse el dormido, aunque su ritmo sanguíneo solicitaba lo contrario. En la oscuridad de su mente centelleaba un único pensamiento.

Que Elmer no viera el lápiz.

La estructura de la cama se desplazó levemente a la izquierda cuando él se apoyó en el lado contrario. Quizá lo estaría



observando cruzado de brazos, decidiendo qué hacer con él. O con su cadáver.

—¿Qué vamos a hacer contigo?

Rick espació sus inhalaciones. Oyó cómo se hundían los tablones bajo el peso de Elmer. Se había colocado frente a la mesilla. Desplazó cajas de medicinas. Crujieron algunos papeles. El agua borboteó en el vaso al llenarse. Plegó algún cartón, aseguró algún cierre. Hubo un desgarró metálico, un crujido plástico. La secuencia se repitió dos veces. Estaba sacando las pastillas.

Los dedos invadieron la boca de Rick. El sabor de la gasolina le revolvió el estómago. Después de que una uña rozara su paladar, el filo del vaso tocó sus labios. Sintió cómo los comprimidos rodaban sobre su lengua. Recibió el agua con tantas ganas que los tejidos secos de su garganta dolieron al crujir.

Pero más dolió obligarse a no tragarla.

Dejó escapar el líquido lentamente por las comisuras, como si fuera un goteo sin importancia, para que Elmer no sospechara que no estaba tragando la medicina. La falta de aire hizo sentir a Rick que su cabeza se inflaba. Ardía. No iba a poder aguantar mucho más.

Elmer dejó el vaso sobre la mesilla.

Caminó hasta la puerta.

Echó la llave por fuera.

Rick escupió el agua al mismo tiempo que recuperaba el aliento.

Se atragantó. Las toses dolieron en las costillas, en cada músculo, hasta los tobillos. A pesar de ello, sonrió al escupir las tres pastillas sobre la almohada. Una rodó más lejos, cayó al suelo.

Rick chupó la sábana mojada para saciar la sed.

Melissa se sentó frente a los cactus, con Clark entre las piernas.

La arena le raspó el trasero a través del camisón.

—Voy a necesitar mucha ayuda —les dijo—. Tengo que tomar una decisión.

La brisa cálida había secado sus lágrimas en el camino hasta aquí. El sol le acariciaba la cara proporcionando un calor agradable. Aunque quiso disfrutar de la sensación, nuevas lágrimas barnizaron sus ojos. Tragó saliva salada mientras les contaba lo ocurrido a *Needles*, *Pins* y *Thorns*.

Pins fue el primero en hacer una pregunta.

—Atado —contestó ella—. No puede moverse.

Melissa escuchó la opinión de cada uno, dirigiendo el rostro a quien estuviera hablando.

—Claro que no —respondió a *Thorns*—. Quiero que sigamos juntos.

Needles dijo algo.

—Ya, ya lo sé.

Asintió mientras él se explicaba. *Pins* añadió algo .

— Y entonces ¿qué hago?

Needles defendió su posición con vehemencia, pero *Thorns* opinaba lo contrario. *Pins*, como Melissa, era incapaz de

decantarse por una opción.

—Podría llamar a Socorro.

La idea reavivó la discusión. *Thorns* se acaloró.

—¡No quiero eso! —respondió Melissa—. ¡Son mis padres!

Needles contraatacó .

—¿Iris? No sé —dijo—. ¿Edelweiss?

Prestó atención al punto de vista de *Thorns*. *Pins* hizo una pregunta.

—No haberme enterado —respondió ella.

Melissa siguió escuchando los argumentos de los tres cactus

hasta que se tornaron borrosos. El verde de sus cuerpos se

mezcló con los colores de sus ropajes en una paleta de manchas irregulares. Melissa se tapó la cara para que no la vieran llorar.

—No sé qué debo hacer —sollozó—. De verdad que no lo sé.

Pins hizo una broma sobre abrazarla a pesar de los pinchos,

pero Melissa no tenía ánimos para sonreír. Alguien gritó su nombre a lo lejos. Volvió la cabeza apartándose el pelo con los meñiques. Iris la llamaba desde las escaleras del porche. Agitaba

la mano indicándole que fuera.

—Luego vuelvo —dijo a los cactus.

Regresó a casa con Clark, que no había dicho una palabra

durante la conversación. En la cocina encontró a Iris frente a los fogones.

—Buenos días. —Quebró un huevo en el filo de la sartén.

Entonó el saludo como en una melodía, además de adornarlo

con una amplia sonrisa. Un esplendor rosado coloreaba sus

mejillas. Toda su piel, la de los hombros, la del escote, parecía más brillante, más llena de vida.

—He dicho buenos días. —Miró a Melissa con el cabello echado

hacia un lado, el cuello estirado, largo como el de mamá. Hasta sus pechos parecían más voluminosos, bambolearon cuando

revolvió los huevos con una espátula de madera—. ¿A qué se debe ese semblante?

—¿Y tú por qué estás tan contenta?

Iris levantó las cejas. En su mirada lucía un brillo similar al que tenía cuando leía novelas románticas. La curva en sus labios era la que le dibujaban los secretos.

—Dime por qué —insistió Melissa.

Iris tardó en responder.

—¿Acaso no tengo razones para estarlo? —Tomó aire elevando los hombros—. Es verano, los cactus tienen flores. Estoy leyendo un libro maravilloso de mi autora favorita. Soy joven. Soy guapa...

Con un resoplido, Melissa dejó de prestar atención. Huyó a la nevera. Iris la alcanzó por la espalda.

—... y tengo una hermana estupenda. ¿Cómo no voy a estar contenta?

Le plantó un beso húmedo en la mejilla. Mientras Melissa trataba de escabullirse de un abrazo asfixiante, las gemelas aparecieron en la cocina enfundadas en sus pijamas rojas. Al ver la muestra de amor, se unieron a ella con los brazos abiertos.

—Perdón, tengo tres hermanas estupendas —añadió Iris.

Las gemelas rieron, apretaron el abrazo. Empujaron sus cabezas hacia al centro como si así demostraran aún más su cariño. Daisy la sacó de pronto, con el pelo revuelto.

—En realidad tienes cuatro.

—¡Cuatro hermanas maravillosas! —Iris gritó con la boca dirigida a la puerta trasera—. ¡Perdona, Edelweiss!

—Ojalá fueran así todas las mañanas. —Mamá entró en la cocina.

Melissa advirtió su intención de unirse al abrazo. Lo disolvió antes de darle opción, separando a sus hermanas con los codos.

—Vaya, he llegado tarde. —Se anudó el delantal a la cintura.

—¿Está mejor? —Iris señaló el techo con los ojos, refiriéndose a Rick.

—Poco a poco.

Botellas de cristal tintinearón dentro de la nevera cuando

Melissa la cerró de un portazo.

—Alguien se ha levantado de mal humor —observó mamá.

Melissa se sentó a la mesa sin responder. Observó a su familia mientras se servía los cereales. Mamá se dirigió a Iris.

—Tú has dormido mejor, ¿no? —Le retiró un mechón de pelo de la cara—. Estás radiante.

El rosa de sus mejillas se intensificó hasta que un olor a tostado emanó de la sartén. Iris corrió a retirar los huevos. Dahlia y Daisy tiraron del delantal de mamá.

—Nosotras también hemos dormido bien.

—Hemos dormido muy bien.

Ella se arrodilló, se dejó achuchar por las gemelas.

—¿Tenéis hambre?

—¡Mucha!

—¡Muchísima!

Las tres juntaron las narices en un gesto de cariño animal, una madre olisqueando los hocicos de sus cachorros.

—La que me parece que no se está acostumbrando a su nueva cama es Melissa. —Mamá se sentó frente a ella—. Tienes cara de haber dormido fatal. Y me ha dicho papá que estabas ya despierta al amanecer, caminando por ahí fuera. Espero que llevaras calzado bueno.

Melissa apretó la lengua al paladar para que las lágrimas no la delataran. Mamá se echó hacia delante. Apoyada en los codos, acercó la cara. Miró a los lados comprobando que el resto de las hermanas no la escucharan.

—¿Quieres que bajemos a Iris al sofá esta noche? ¿Y duermes tú en su cama?

Detrás de mamá, sin que pudiera verla, Iris juntó las manos como en una súplica, la espátula apuntando al techo.

—No hace falta, mamá.

—Que sí, tú llevas dos noches aquí abajo.

Iris intensificó el ruego a Melissa entrelazando los dedos.

—Ella es más alta, va a caber peor que yo.

—¿Estás segura?

—De verdad, mamá, no hace falta.

—¿Segura, segura?

—Ya me estoy acostumbrando.

Mamá desvió la mirada hacia el lugar donde debían de estar las gemelas.

—¿Te está suplicando Iris detrás de mí?

Melissa se dio la vuelta. Dahlia y Daisy imitaban, a la vista de mamá, el gesto implorante de Iris. Al verlas, le sobrevino una

risotada. Incluso Iris rompió a reír. Las gemelas se unieron a las carcajadas arrastrando consigo a mamá.

—En fin, si vosotras estáis de acuerdo —señaló a Iris y a

Melissa—, por mí podéis dormir donde queráis.

—¡Donde queráis!

—¡En la luna!

—¡En un cactus!

Los disparates de las gemelas avivaron las risas de las demás, pero Melissa perdió las ganas de golpear.

—Hija, no estés tan seria. —Mamá apoyó una mano sobre la suya—. No será por mucho tiempo.

A esas palabras podía adjudicárseles un significado terrible.

Papá entró en la cocina abrochándose la cremallera del mono.

—Cuánto me gusta oírlos reír de esta forma.

Iris se acercó a él.

—Perdón por ponerme ayer como me puse. —De puntillas, le dio un beso en la cara—. Ya me explicó todo mamá.



Ella se levantó, frotó el hombro de Iris, besó a papá en el otro lado.

—¿Qué habré hecho yo para merecer una esposa y unas hijas

tan bonitas? —se preguntó.

Dahlia y Daisy se unieron al grupo.

—Ahora sólo falta que mi hija mediana alegre esa cara para ser el hombre más feliz del mundo —añadió—. Sólo necesito ver una sonrisa de mi hija mediana.

Melissa observó el retrato familiar frente a ella. Días atrás se habría sentido inspirada a inmortalizar el momento en su

cuaderno de dibujo, pero ahora no sabía muy bien qué significaba

aquella imagen. Volvió a apretar la lengua contra el paladar. Esta

vez no iba a poder contener las lágrimas. Entonces vio a las

gemelas estirando los labios. Lo hacían de una forma tan

exagerada que se les cerraban los ojos. Después los abrían. Era como si estuvieran enseñándole a sonreír y fueran comprobando

la eficacia de sus lecciones.

A Melissa se le escapó una sonrisa.

—Conseguido —papá levantó las manos—, soy el hombre más feliz del mundo.

Después de desayunar, la familia entera salió a despedir a papá.

Melissa se quedó en la cocina. De la estantería donde Iris

guardaba parte de sus novelas y mamá el tarro del dinero, cogió el

libro de ciencias que había usado por última vez hacía tres días, cuando Socorro las sacó al terreno para ilustrar la lección sobre la

reproducción de las flores.

Llevó el libro al salón y se sentó sobre la sábana aún revuelta en el sofá.

Lo abrió por la primera página.

Donde Socorro había apuntado su teléfono.

Melissa observó la caligrafía de la profesora. Repasó los

números uno a uno, imaginando cómo los marcaría en el teléfono de la gasolinera de papá para contarle a Socorro lo que había descubierto.

Desde fuera llegaron más risas de las gemelas. El motor de la *pick-up* arrancó, seguido del arrastre de los neumáticos contra la arena del terreno. La estructura del porche crujió.

—A ver cuándo puede arreglar papá la mosquitera —oyó decir a mamá.

Daisy atravesó el umbral a gran velocidad, a bordo de un avión imaginario. Dahlia la perseguía con los brazos extendidos a los lados. Aterrizaron en la cocina. Antes de que mamá o Iris

accedieran al salón, Melissa cambió la página del libro. Frente a ella apareció un cuadro esquemático de la metamorfosis de los

lepidópteros.

—No te puedo creer —dijo Iris al verla—. ¿Estudiando en vacaciones?

Melissa ni se molestó en levantar la vista.

—Déjala, anda —intervino mamá—. Ve a mirar qué hacen las niñas, que no creo que estén recogiendo el desayuno.

Mamá se sentó en el sofá junto a ella.

—Hija, las vacaciones son para descansar.

Intentó cerrarle el libro, pero Melissa lo mantuvo abierto.

—Socorro me dijo que podía llamarla por teléfono si tenía ganas de hablar con alguien.

La espalda de mamá se tensó.

—¿Y no puedes hablar conmigo? ¿No te basta con tu madre?

—Es por hablar con alguien de fuera —desvió la mirada—, para hablar de otras cosas.

—¿Y molestar a una profesora en su tiempo libre? Te recuerdo que las clases también han acabado para ella.

Iris habló desde la cocina, llevaba a Daisy montada a caballito.

—Llamar a la profesora en verano —resopló—, lo nunca visto.

—¡Lo nunca visto! ¡Arre!

Mamá chistó, agitó la mano para que las dejaran en paz. Ellas



retomaron el trote frente a la nevera.

—Pero si quisiera llamarla —continuó Melissa—, ¿qué tendría que hacer?

—No creo que una profesora...

—Es más que una profesora para mí, mamá. Es mi amiga.

—Tendrías que ir a la gasolinera con papá —sus labios se endurecieron—, y eso es un lío para todos. Nadie te va a traer de vuelta, así que tendrías que pasar el día entero allí.

Melissa se mordió el interior del labio. Ni siquiera estaba segura de si realmente quería llamar a Socorro. Pensó en los ojos de Rick suplicándole ayuda desde la cama. Dirigió la mirada a la ventana, al terreno. Recordó la conversación de hacía un rato con *Needles, Pins y Thorns*.

—¿Podemos preguntarle luego a papá?

Mamá tardó en responder.

—Vale. —Su rostro su relajó—. Si tan importante es para ti,

luego le preguntamos. Pero de este libro, te olvidas. Que estás de vacaciones.

Se lo arrebató de las manos sin darle opción a réplica y se marchó a la cocina. El libro cayó sobre la mesa con un ruido de palmada.

—Melissa-quiere-hablar-con-la-profesora

—chincharon

las

gemelas desde allí—, Melissa-quiere-hablar-con-la-profesora...

Sin responder a la provocación, Melissa recogió las sábanas del sofá, las dobló. Sacudió los cojines.

Rick escuchó cómo arrancaba la camioneta de Elmer. A través de la ventana vio la columna de polvo alejándose por el camino.

Por primera vez seguía despierto después de su marcha.

Comenzó a retorcerse debajo de la sábana. Las pastillas que había escupido sobre la almohada rodaron al colchón. Cada

movimiento convirtió sus articulaciones en los vértices de un poliedro doloroso que deformaba su cuerpo.

Gritó entre dientes después de cada torsión.

Tras un minuto agónico, dejó de saber para qué se movía, si merecía la pena aquel sufrimiento. Tenía claro que haberse dejado sedar otra vez no hubiera servido de nada. Permanecer inmóvil, tampoco. Pero contorsionarse debajo de una sábana, atado, sin posibilidad de liberar sus muñecas o escapar, parecía un acto masoquista.

Suicida.

La repetida elevación del hombro completó el trabajo que había iniciado Melissa al amanecer, cuando trató de liberar la sábana de debajo del colchón antes de que entrara su padre. Al sentir cómo se aflojaba la tensión del tejido sobre su pecho, Rick sonrió. La piel de sus labios cuarteados escoció al quebrarse. Se balanceó hacia los lados, mordiéndose la lengua para distraer el dolor de las piernas. Poco a poco, el vaivén logró desplazar la sábana hacia un lado, destapándolo.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en voz alta.

Un hondo suspiró lo desinfló al contemplar su cuerpo desnudo.

No sólo por la gravedad de las lesiones, sino por lo evidente que resultaba la futilidad de cualquier intento de fuga. Esas piernas dislocadas no podrían sostenerlo, apenas podía moverlas. Las

manos no le servían de nada, atadas como estaban por detrás de

la espalda, pegadas a los muslos, la cuerda aprisionada bajo su propio peso.

Ver el lápiz en la mesilla le recordó a Melissa.

Sobre esa niña recaía su única posibilidad de salvación.

Sopló para derribarlo. Un lápiz en el suelo resultaría menos

sospechoso que un lápiz cuidadosamente colocado sobre la

mesilla. Con un poco de suerte, rodaría debajo de la cama y

desaparecería por completo. Impulsado por el aire de Rick, el lápiz

giró sobre sí mismo, pivotando sobre un único punto de apoyo en

la superficie de la mesa.

Rick volvió a soplar, sus pulmones ardieron.

El lápiz giró como una hélice, sin desplazarse. La punta rozó un prospecto arrugado.

—Venga ya.

Un nuevo soplido provocó en Rick un ataque de tos que dolió en

las costillas. Sacudió el cuerpo contra la cama para derribar el lápiz a golpes. El cabecero machacó la

pared y la vibración se transmitió a la mesilla. El lápiz se movió, acercándose al borde.

Repitió el movimiento. Se sacudió una vez más. El lapicero se fue desplazando hacia el filo de la mesilla. Pegó otra sacudida. Y otra más.

El lápiz terminó por caer.

Se produjo también un crujido sobre el cabecero.

Rick observó la pronunciada curva del estante situado justo

encima de él. Era el mismo en el que había visto a Elmer

depositar la carpeta con sus documentos. Probó a golpear la

pared otra vez. Una tuerca floja bailó en el tornillo que debía sujetar el estante. Un golpe más estuvo a punto de sacar el

tornillo de la pared. Derribar esa sujeción haría caer la estantería

entera.

Rick oyó pasos en el terreno, a través de la ventana.

—¡Iris! —Rose gritaba en el porche—. ¡Ven! ¡Ayúdame a doblar esto!

—¿Es la colada de ayer? —preguntaron las gemelas.

—Sí, pero quitaos de en medio. Necesitamos espacio, que las sábanas son grandes.

—¡Huelen a jazmín!

—¡Huelen a jazmín!

Rick no entendió lo que dijeron a continuación.

—¿Qué, mamá? —Iris había aparecido.

Pensó en gritar, en pedir socorro. Pero Rose sabría entonces que

no estaba dormido y subiría a sedarlo otra vez. Cualquier

información que él gritara a las niñas sonaría al delirio de un enfermo.

—Coge esas esquinas —dijo Rose.

—¿Son las sábanas de él?

Rose no contestó o lo hizo en voz baja, porque Rick no escuchó ninguna respuesta. Las gemelas canturreaban algo sobre Melissa



y su profesora.

—¿Quieres que te ayude a cambiárselas? —preguntó Iris.

—No digas tonterías. —Rose sacudió una tela—. Anda, dame, ya está. Que voy a subir yo. Tú llévate a las gemelas a jugar por ahí.

Rick se tensó sobre la cama.

—Mira, podéis ir a buscar a Melissa, que está con sus cactus.

Que deje de hablar con ellos y haga un poco más de caso a sus hermanas.

—¡Sus hermanas somos nosotras!

—¡Sus hermanas somos nosotras!

Rick oyó un montón de arena salpicando la estructura del porche. Las gemelas habían salido corriendo.

—Vamos, ve con ellas.

—¿Seguro que no necesitas mi ayuda? —insistió Iris—. Entre las dos le cambiaríamos mucho más rápido...

Rose dijo algo que no se oyó bien desde el cuarto, pero los escalones de madera crujieron bajo el peso de unos pasos enfadados, que serían los de Iris. Después Rose entró en la casa.

Venía a cambiarle.

E iba a encontrarlo destapado.

Rick reptó al extremo izquierdo del colchón, el lado hacia el que había desplazado la sábana. Estiró la mano atada, logró pellizcar la tela.

Rose subía ya la escalera.

Tiró con toda la fuerza que fue capaz de concentrar en dos

dedos. El agarre resultó insuficiente para subirla. Los contoneos de Rick movieron el cabecero. El tornillo raspó la pared,

escupiendo yeso.

Al ver al muchacho destapado, Rose se cubrió la cabeza con los brazos. Imaginó que se habría liberado de la sábana. Y de la

cuerda. Y que la esperaba al acecho para saltar sobre ella como un coyote. Relajó la postura defensiva al entender lo ridículo de la

idea. Con sus lesiones, Rick no podría ni sentarse sobre el

colchón. Sedado como estaba, tampoco podía haber movido la

sábana por sí mismo. Rose trazó con la mirada la trayectoria que

seguiría una corriente de aire, desde la ventana rota hasta la

cama. Elmer habría aflojado la sábana por la noche y la brisa la habría ido desplazando hasta destapar por completo al herido.

Rose se colocó junto a él.

Su respiración era pausada. Las pastillas habían hecho efecto.

Su cuerpo amoratado se hundía en el colchón como si hubiera

caído desde una gran altura. Rose recogió del suelo la sábana y la

descartó, hecha una bola, junto a la cama. Con la palma de la mano, comprobó el estado de la bajera, palpando alrededor del

cuerpo, por la cintura, entre sus piernas. No la había mojado, ni

ensuciado. No sería necesario cambiarla. Peor aspecto tenían

algunas de las vendas que cubrían sus heridas. Algunas lesiones

dolían sólo de mirarlas. Rose desplegó una de las sábanas que traía. La extendió, limpia y aromatizada, sobre el cuerpo de Rick. Incluso sobre su rostro. Fue un alivio ver cómo hematomas y fracturas desaparecían bajo la tela.

—Perdóname —susurró para sí misma.

Procedió a remeter la sábana, rodeando la cama de mesilla a mesilla. Después plegó sobre su pecho el extremo que le cubría la cara. Tensó al máximo la tela antes de ajustarla debajo del colchón.

Fue entonces cuando vio las pastillas.

Dos dormepam intactos atrapados bajo la almohada. Un tercero crujió en ese momento bajo la suela de sus zapatillas.

Rose gritó antes incluso de que Rick se sacudiera en la cama.

La sábana escapó de entre sus dedos, como si se la arrancaran.

El cabecero impactó contra la pared. Oyó un fuerte golpe seguido del estruendo de un derrumbe. Rose no entendió qué pasaba hasta que una piedra atizó su hombro.

El estante de Melissa se venía abajo.

Sobre ella.

El tablón le golpeó la cabeza, un tornillo se le clavó en la espalda. La esquina de una roca le golpeó en el occipital. El dolor

la mareó, se derrumbó junto a la cama. De rodillas, encogió los hombros enfrentando la tormenta de rocas. La pantalla de la

lámpara se quebró. Una bombilla estalló. Cajas de medicamentos

quedaron aplastadas. Cuando la jarra cayó al suelo, el agua le

mojó los pies, pero el cristal no se rompió.

—No sé qué intentas —balbuceó Rose.

Sacudió la cabeza, luchando contra el aturdimiento. El golpe en

la nuca había hecho vibrar toda su columna vertebral. La notaba

floja, como se quedaban las cuerdas de la guitarra de Edelweiss cuando giraba las clavijas. Era incapaz de levantarse. Apoyó las manos en el suelo. En esa postura animal enfiló a Rick, que la miraba desde la cama, escupiendo al respirar. Reía entre gritos.

Gritaba entre risas. Las rocas habían caído también sobre él. En

el filo del colchón se balanceaba una de las más grandes, encima

de Rose.

—No te atrevas.

Rick estiró los dedos de su mano atada.

Rozó la piedra lo justo para derribarla.

Cayó sobre una vértebra de Rose. Un crujido gelatinoso recorrió

su columna. Entumeció sus piernas. La pelvis se tambaleó hasta

que la cadera acabó por desplomarse a un lado. Rose se masajéo

los muslos, los gemelos. Las rodillas.

—No, no, no, no, no... —Veía sus dedos amasar la carne, pero

no lo sentía.

En la cama, Rick abrió mucho los ojos, también la boca. Parecía

tan asustado como satisfecho por el resultado de su ataque.

Retorció el cuello, serpenteó sobre el colchón. Rose se aferró a la

estructura de la cama, escaló hasta el pie de él.

Cuando lo usó como punto de agarre para incorporarse, el

tobillo crujió.

El alarido de Rick retumbó en el cristal de la ventana. Un eco lejano lo reprodujo entre las rocas del terreno. Él lo repitió en la habitación.

—Cállate —dijo Rose.

Pero supo que sus hijas lo habrían oído. Aunque estuvieran junto a los cactus de Melissa. El grito de Iris se lo confirmó.

—¡Mamá!

Sonó lejano aún. Rose se descolgó del pie. Tirada en el suelo, clavó los dedos en sus muslos. Le provocaron un fogonazo de

dolor. Un hormigueo caliente se extendió por sus piernas,

devolviéndoles la sensación.

—¡Mamá!

La voz se aproximaba con rapidez. Rose levantó el peso de su

cuerpo aferrada al colchón. Se abalanzó sobre Rick, que aún

gritaba. Intentó callarlo con las manos, pero le mordió. Rose cogió

las dos pastillas apesadas bajo la almohada y las coló en su boca

abierta. Aprovechó un momento en el que se atragantó para

tapársela. La salpicó de moco al toser por la nariz. Pero acabó tragando.

—¡Mamá! ¿Qué pasa?

Iris lo preguntó desde el porche, pero no se detuvo a esperar la

respuesta. Entró en casa. Sus pasos arreciaron contra la escalera.

Sus puños golpearon la puerta.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Rose apretó la mandíbula de Rick. Le cubrió la cara entera con

el pecho.

—No pasa nada, hija.

—¿Rick? —preguntó Iris.

Él se agitó, los muelles rechinaron. Rose se tumbó encima de él,

aplastando tejido fracturado.

—Lo estoy cambiando —improvisó Rose—. Tiene dolor, por eso

ha gritado.

El pomo se movió pero la puerta permaneció cerrada. Las sacudidas de Rick empezaron a reducirse. El dolor o el tranquilizante lo estaban anulando.

—¿Está bien?

—Sí, hija.

—¿Me abres? ¿Puedo verle?

La resistencia de Rick fue menguando hasta desaparecer.

—¿Qué te dije ayer? Vuelve con las gemelas.

Iris aún permaneció junto a la puerta unos segundos antes de



marcharse. Al quitarse de encima, Rose comprobó si Rick seguía respirando. No tenía muy claro qué opción prefería.

Seguía vivo.

El resto de las niñas llegaron al porche.

—¡Mamá!

—¡Mamá!

—Está bien —dijo Iris.

Rose se sentó en la cama, esperando que sus piernas dejaran de hormigear. Observó el destrozo a su alrededor con una mano en la frente. Salió de la habitación con el pelo sudado pegado a la cara. Cerró con la llave y la guardó en el bolsillo del delantal.

Mamá salió al porche recogiendo el pelo en una coleta que

después soltó. Melissa advirtió cercos de sudor en el cuello de su blusa, bajo los brazos.

—Qué calor hace, cómo sudo —dijo ella al darse cuenta de que la miraba.

Uno de sus hombros parecía más bajo que el otro. Un raspón reciente, tan rojo como sus mejillas, recorría su antebrazo. Lo escondió detrás de la espalda.

—¿Y tú por qué me miras tanto?

Sentada en los escalones, la espalda contra la barandilla, Melissa se encogió de hombros. Mamá también tenía cardenales en las piernas.

—¿Qué le pasa a Rick? —preguntó Iris.

Dahlia y Daisy estaban abrazadas a su cintura, refugiadas detrás de sus piernas.

—Tenemos miedo —dijeron a la vez.

—No pasa nada, hijas. —Mamá buscó las manos de las



gemelas, tiró de ellas para sacarlas de su parapeto—. Tiene dolores. Y necesitaba moverlo para cambiarle las sábanas. Lo raro

sería que no gritara.

—¿Pero está bien? —La preocupación arrugaba la frente de Iris hasta afearla—. ¿Está consciente?

Mamá se humedeció los labios.

—Aún no ha despertado. —Miró al horizonte negando con la cabeza—. No ha dicho nada desde que está en esa cama.

Melissa sintió ganas de huir, de correr por el camino hasta que se desintegraran sus zapatos. Aparecer en cualquier otro lugar, en cualquier otro momento. Volver en el tiempo a tres días atrás, cuando mamá no mentía de esa forma. O cuando al menos ella no se daba cuenta. Abrazó sus rodillas, mordió su antebrazo.

—¿Pero está mejorando? —insistió Iris.

—Yo lo estoy intentando.

Con un hondo suspiro, Melissa miró las siluetas de *Needles*, *Pins* y *Thorns*. Necesitaba hablar con ellos.

—Al final nos va a robar los cuadros —dijo Daisy.

—Al final nos va a robar los cuadros —repitió Dahlia.

—Nadie os va a robar nada. —Mamá les pellizcó la nariz—.

¿Sabéis para qué hace un día perfecto?

Las gemelas se dieron la mano, anticipándose a la idea que propondría mamá.

—Para comer de picnic ahí fuera —desveló—, a la sombra de las piedras grandes.

Dahlia y Daisy celebraron con saltos la propuesta de mamá.

Repitieron en perfecta sincronía una sucesión aprendida de gestos.

Melissa aceleró el movimiento del lápiz, quería completar el dibujo del lagarto antes de que escapara. Tenía silueteada la cabeza, el arco del cuerpo, la posición de las patas. Cuando bajó la mirada para reproducir sobre el papel la curvatura de la cola, oyó al reptil

huir entre los matorrales secos. No importaba, podía completar el

resto de memoria. Trasladó la punta del lápiz a la parte inferior de

la hoja, donde caía la esquina del mantel de picnic. Sombreadó los cuadros rojos. Repasó los volúmenes de los platos de papel

apilados, los restos del pollo. Realzó el brillo en la jarra de agua de Jamaica, los hielos ya derretidos. Perfeccionó la textura de las

servilletas usadas, los huesos masticados. Detalló el sol azteca

bordado en el delantal que mamá se había quitado antes de

empezar a comer. Mejoró también el vuelo del sombrero que tenía

sobre la cara, tumbada al sol echando la siesta. Obvió los

cardenales en sus piernas.

A las gemelas las había congelado escalando una piedra, como

hacían ahora. Subían y saltaban al suelo como si volaran. Melissa

aprovechó un nuevo brinco para matizar la caída de sus melenas.

Después llevó el lápiz a la figura de Iris, quien había retomado su

lectura al terminar de comer. La había esbozado sentada contra

una roca, usando la rodilla de una pierna flexionada como atril para su libro. Volvió a mirarla ahora, para

definir mejor la

intensidad de sus rasgos concentrados en la lectura, pero Iris se estaba levantando. Venía hacia ella. Melissa se aseguró de que los

documentos de la carpeta de Rick estuvieran bien metidos entre

las últimas páginas del cuaderno.

—¿Qué? —Iris se recogió la falda antes de sentarse—, ¿cómo

está quedando?

Melissa apartó su mano, sopló para retirar polvo de grafito. Su

hermana dejó escapar un suspiro de asombro.

—Ni me voy a molestar en bromear con que dibujas mal. Esto es una auténtica preciosidad. —Observaba el dibujo con un dedo en la boca—. Qué lástima que me haya levantado antes de que me hubieras acabado. Si llego a saber que lucía tan hermosa y cautivadora, no me habría movido.

—Sólo me falta ponerte ese grano de la barbilla...

Iris le dio un codazo.

—Ni se te ocurra. —Agarró la parte posterior del lápiz—.

¿Podrás acabarme de memoria?

Melissa añadió al boceto el perfil exacto de la nariz de Iris.

—Si es que me conoces a la perfección —dijo ella—. Qué bonito

te está quedando. Casi apetece entrar a vivir en el dibujo, jugar con esas niñas, tumbarse a echar la siesta junto a la mujer del sombrero. O coquetear con esa delicada dama que disfruta tanto de la lectura. Seguro que es una joven inteligente.

Realizó una pausa esperando alguna risa. Al no obtenerla, señaló en el dibujo el lugar que había ocupado Melissa durante la comida.

—Pero es una pena que faltes tú.

—Da igual. —Melissa arrugó la cara, encogió los hombros—.

Siempre falto.

—¿Ya estás otra vez? Por favor, no me hagas ahora una de esas deprimentes interpretaciones de tus dibujos. No me digas que el desierto representa el vacío del alma, o que las rocas son en realidad unos monstruos que mantienen apresadas a las niñas.

Al oír eso, Melissa clavó el lápiz en el papel con tanta fuerza que

quebró la punta.

—Vale, vale, no te enfades. Tus dibujos son tuyos. Pero me gustaría que fueras capaz de disfrutar de su belleza. Y no sólo por cómo quedan en el papel, sino por la realidad que representan. —

Iris le levantó la barbilla, obligándola a mirar al frente, no al dibujo—. Yo misma a veces no sé por qué tengo tanta prisa por crecer, por qué fantaseo con huir de aquí de la mano de Rick. Me

pregunto si realmente habrá algún momento en que la vida vaya a ser mejor que ahora. La muerte de Edelweiss me ha enseñado que nada es eterno y me asusta pensar que el tiempo nos va a separar también a los demás, que nos vamos a ir perdiendo unos a otros... —Iris sonrió con la mirada perdida entre los cactus—.

Quizá lo mejor sería detener el tiempo y permanecer para siempre en una tarde perfecta como ésta, convertirnos en uno de tus dibujos.

Melissa pasó las páginas del cuaderno hacia atrás, con cuidado de que no se salieran los recortes de Rick.

—Entonces preferiría que el tiempo se hubiera parado aquí. —



Mostró un dibujo antiguo.

—Claro, cuando estaba Edelweiss —entendió Iris—. Yo también.

Melissa quiso corregir un detalle en el vestido de Edelweiss.

Cuando acercó la punta del lápiz al papel, Iris se lo arrebató.

—Déjalo así —pidió ella—. Está perfecto como está. No lo

cambies.

Con el lápiz de Melissa aún en la mano, un grito de Daisy las sobresaltó a las dos. Iris vio cómo Dahlia tropezaba al saltar

desde lo alto de una roca. En su búsqueda de equilibrio pisó la tripa de mamá, el sombrero sobre su cara salió despedido. La

gemela cayó de lado sobre el mantel de cuadros. Derribó la pila de

platos. Huesos de pollo quedaron esparcidos sobre la tela. La

jarra derramó su contenido, regándolo todo de líquido rojo.

También el delantal de mamá. Dahlia acabó derrapando con las

manos en la arena.

Iris corrió a atenderla, pero mamá llegó antes.

—A ver, abre las manos.

Dahlia lloraba, sentada en suelo.

—Ábrelas —insistió mamá, arrodillada junto a ella.

Daisy se unió al grupo en el momento en que su hermana

desplegaba los dedos. Mamá sopló la arena de sus palmas.

Algunos guijarros quedaron adheridos a las partes despellejadas,

de color rosa brillante.

—No es nada.

—Eso te pasa por creerte un lagarto. —Iris le revolvió el pelo—.

¿Te crees que puedes correr entre las rocas como ellos?

—No eres un lagarto —dijo Daisy moviendo el dedo índice.

Dahlia sollozó.

—Anda, dejadla en paz —dijo mamá.

Iris trató de recomponer el desastre del mantel. Se mojó las

manos y las rodillas al gatear sobre la tela. Un trozo de piel de pollo se le pegó al codo. Lo retiró con una mueca.

—Ese mantel hay que ponerlo a remojo ya —dijo mamá, que seguía soplando la mano de Dahlia—. Llévatelo al fregadero. Y me traes el yodo cuando vuelvas. Está en el baño de abajo.

—¡No quiero! —Dahlia pataleó, intentó huir—. ¡El yodo pica!

—Pica porque cura. —Mamá besó su mano.

Iris juntó las esquinas del mantel mojado en el centro, lo levantó formando un saco. Los cubiertos tintinearón contra la jarra. Se lo cargó a la espalda. Arqueó la columna en cuanto la humedad atravesó la tela de su vestido, hasta la piel.

—Si es que a quién se le ocurre... —observó mamá.

Iris le sacó la lengua.

Después se dirigió a Melissa.

—Así no me dibujes —le dijo—. Prefiero ser la joven sensual que lee un libro apoyada en la piedra, no esto.

Caminó a casa, acelerando el paso a medida que la humedad se extendía por la espalda del vestido. Dejó el saco junto al fregadero con un último empuje de sus lumbares. Recuperó el aliento apoyada en la encimera, las manos en el pecho. No estaba segura de si su corazón latía tan fuerte por el esfuerzo realizado o por haber caído en la cuenta de que se encontraba a solas en la casa con Rick. Podría acercarse a la puerta de la habitación, oírlo respirar aunque fuera un minuto. Decirle algo por la rendija a ver si conseguía despertarlo.

Abrió el mantel, sacó la jarra. Retiró los platos. Cuanto menos tardara en dejarlo a remojo, más tiempo podría estar frente a la puerta. Lo sacudió en el aire para despegar los restos de pollo. Al suelo cayeron varios huesos, un ala entera.

El delantal de mamá.

El sol azteca miró a Iris desde abajo, entre sus pies.

Incapaz de creer lo que podía significar aquello, chequeó su

contenido con la punta del calzado, sin agacharse. El bolsillo

contenía algo duro. Arrebujó el mantel, lo metió en el fregadero, abrió el grifo. Se arrodilló frente al delantal. Los dedos

temblorosos de sus manos confirmaron lo que habían creído distinguir los de los pies. Dentro del bolsillo había una llave. Iris

la sacó. La inspeccionó con la boca abierta.

Y corrió con ella escaleras arriba.

Poder besar a Rick a la luz del día sería como anunciar su amor

al mundo. Abandonar el reino sombrío de los secretos para

convertir su romance en una flor que cuidar al aire libre. Llegó a

sentir nostalgia por el encanto de un idilio nocturno que estaba a

punto de dejar de serlo.

Frente a la puerta cerrada se peinó, curvó la tela de su escote.

Le dio vergüenza presentarse así, con el vestido tan manchado por

detrás, pero Rick entendería la urgencia de la visita. No podría entretenerse mucho antes de llevar el yodo a Dahlia.

Introdujo la llave en la cerradura, el corazón le latía en las mejillas.

Entró en la habitación.

Lo primero que vio fueron las rocas de Melissa desperdigadas

por el suelo, como cabezas que la miraban desde abajo en ángulos

extraños (a algunas se les habían despegado los ojos). Después

reparó en la estantería desplomada, vencida por un lado. El

derrumbe había arañado la pared, destrozado lo que hubiera

sobre la mesilla. Reconoció pedazos del cristal curvado de una

bombilla, la base fracturada de la lámpara. La jarra estaba en el suelo.

Por último, Iris posó la mirada sobre Rick.

Sus manos actuaron solas, tapándole la cara, los ojos, como si

otra persona, o la parte más sensata de sí misma, quisiera

protegerla del horror. Respiró contra la oscuridad de sus palmas húmedas, su aliento le calentó la cara. La ahogaba. Separó los

dedos, abriendo una rendija por la que asomarse a lo que tenía enfrente.

La sábana, retorcida, apenas cubría el cuerpo de Rick, su

cintura, sus manos. Serpenteaba entre sus piernas como un reptil

de tela. Iris vio hematomas en el pecho, heridas en el abdomen, bultos amarillentos en las rodillas. Una de las vendas, la que

cubría el brazo que se había herido mientras se duchaba, estaba

de color marrón. En varias partes de su anatomía se adivinaban

aún espinas enterradas. Al ver el ángulo que formaba el tobillo derecho con respecto a la pierna, sintió dolor en el suyo. Se le escapó un gemido.

—¿Qué te han hecho?

Dio un paso hacia la cama. El suelo crepitó bajo su zapatilla.

Pegado a la suela descubrió polvo blanquecino. Recogió el blíster

triturado. Dormepam. Había más cajas del mismo tranquilizante

aplastadas en la mesilla, bajo el estante desplomado.

—¿Qué te están haciendo?

Iris se abalanzó sobre Rick. Lo besó en la boca, la frente, las mejillas. Reparó en el montón de heridas que la oscuridad de la noche no le había permitido ver hasta ahora. Acarició la aspereza

de la barba incipiente. Un temblor febril lo atacó. Ella le acercó el

vaso de agua a los labios. No reaccionó. Le dio de beber de su propia boca, como había hecho anoche. Buscó su mano debajo de

la sábana enredada.

Al principio no supo qué era aquella textura rugosa que

encontró. Después la siguió con los dedos. Daba la vuelta a la muñeca de Rick.

Una cuerda.

Pero no podía ser una cuerda.

Ni mamá ni papá harían algo así.

Levantó la sábana.

Gritos de mamá llegaron desde fuera.

—¡Hija! ¡Necesito eso! ¡Vamos!

Iris apenas entendió lo que decía, su mirada fija en la cuerda que ataba las muñecas de Rick por detrás de su espalda.

—¡Iris!

Sabía que alguien gritaba allí fuera, pero le daba igual lo que dijera. Era la misma persona que había anudado una soga a las

manos de su amor herido.

—No te están curando —susurró—. ¿Qué te están haciendo, mi

amor? ¿No quieren que estemos juntos?

Lo preguntó muy cerca de su cara.

—¡Iris! —prosiguieron los gritos en el exterior.

—Pero no van a poder con nosotros. —La rabiosa pronunciación

de Iris salpicó de saliva a Rick—. Voy a buscar ayuda. Te vas a

poner bien.

—¡Iris!

La voz sonaba más cerca. También se oía el llanto de Dahlia.

Por la ventana, Iris vio que mamá caminaba hacia la casa, tirando

de la niña. Andaba cada vez más rápido.

Tenía que moverse.

Pensó en extender la sábana para tapar a Rick, aliviar su

tiritona, pero aquello delataría su visita.

—Perdóname.

Dejó la sábana como estaba. Comprobó el estante derrumbado, la mesilla, el suelo. Con el pie empujó el blíster pisoteado debajo de la cama. Se sacudió el polvo de la suela.

Las zancadas de mamá sonaron próximas.

Iris salió de la habitación, cerró con la llave. Corrió escaleras abajo saltándose algunos escalones. Cruzó frente a la puerta de la

entrada en el momento en que mamá alcanzaba el porche. Cogió

del aseo el bote de yodo. De un salto alcanzó la cocina. Resbaló con el agua que se había desbordado del fregadero. Evitó caer

agarrándose a la encimera. Había dejado el grifo abierto. Lo cerró.

Mamá entró en casa.

—¡Iris!

Iris tenía la llave en la mano. El delantal estaba en mitad del charco. Se agachó, la devolvió al bolsillo. Miró a su alrededor buscando alguna excusa para la tardanza. Abrió el bote de yodo.

Lo derramó sobre la mesa. Manchó adrede su vestido. Se dio la vuelta justo cuando mamá alcanzaba el umbral de la cocina.

Iris vio cómo los ojos de mamá inspeccionaban la estancia. No se detuvieron en el charco del suelo. Tampoco en la mancha

oscura en la falda de su hija. No cesaron hasta localizar el

delantal. A por él se agachó apoyando la punta de un pie en el agua. Palpó su contenido. Sus hombros descendieron al reconocer

el volumen de la llave. Se lo ató a la cintura como si no estuviera mojado.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué tardas tanto?

Dahlia lloriqueaba a su lado.

—Pues de todo. Al fregadero no sé qué le pasa que se ha

desbordado. Y encima se me ha abierto esto. —Iris mostró el frasco de yodo—. A ver cómo quito esta mancha ahora.

Frotó un trapo contra el lamparón en la falda, peleándose contra la mancha como en realidad le gustaría pelear contra mamá.

—No es para tanto —dijo ella—. Luego la metemos en la lavadora.

Iris restregó con tantas ganas que la tela le quemó los nudillos.

Mamá le agarró la muñeca.

—Que pares.

Cogió el frasco de yodo y lo agitó junto a su oído para comprobar si quedaba algo de la solución.

—Limpia esto antes de que cale en la madera. —Señaló el charco anaranjado sobre la mesa—. Voy al baño con Dahlia.

—¡Yodo no! —gritó la niña de camino—. ¡Pica mucho!

Iris trató de controlar su respiración mientras pasaba el trapo sobre la mesa. El líquido había alcanzado el libro de ciencias de Melissa. Mamá lo había dejado ahí por la mañana. Lo levantó de

una esquina. Lo sacudió salpicándose aún más el vestido. Secó la

portada, lo abrió para atender las hojas empapadas. En la primera página apareció un nombre, acompañado de un número.

El teléfono de Socorro.

La mirada de Iris atravesó la ventana de la cocina.

Se fijó en la Dodge aparcada fuera.

Desde el aseo llegaron gritos.

—¡Pica, pica, pica, pica, pica...!

—A ver, quieta, que tengo que poner el algodón.

—¡...pica, pica, pica, pica, pica!

Mamá regresó a la cocina.

—Te cambio curar a la niña por limpiar todo este desastre. —

Extendió los brazos ofreciéndole a Iris el algodón y el frasco de antiséptico—. Al menos sé que los trapos no van a gritar ni a patalear.

De soslayo, Iris miró a la camioneta.

Dejó caer el paño sobre el yodo.

—Todo tuyo.

Antes de salir, guardó el libro de ciencias en la estantería.

Esquivó a mamá de camino al baño. No quería ni tocarla.

—Vaya carácter tenéis todas hoy —murmuró ella en la cocina—.

Con lo tranquila que estaba yo durmiendo la siesta.



Iris desinfectó el raspón de Dahlia con fuertes golpes del algodón.

Aunque la niña empezó a quejarse, percibió enseguida que su hermana no estaba para rabieta. Daisy y Melissa entraron en casa cuando desechaba el algodón en la papelera del baño.

—¿Estás bien? —preguntó Daisy.

Dahlia asintió con reservas, exagerando su dolencia.

—¿Vamos a poder seguir jugando?

—Claro que sí —contestó Iris—, si no es nada, vamos fuera.

Al salir del baño, mamá les habló desde la cocina.

—Eso, a descansar, que ya está aquí vuestra madre para

hacerlo todo. —Ecurría el trapo con las manos—. Hija, no me

pongas esa cara, que era broma.

Iris intentó forzar una sonrisa, pero le salió un tic extraño que apenas levantó su comisura.

—¿No te cambias el vestido?

—Cuando vuelva —empujó a sus hermanas hacia el porche—,

se me va a seguir manchando de todas formas.

Fuera, Melissa se acomodó en el columpio con su cuaderno de

dibujo. Dahlia y Daisy se sentaron en los escalones. Iris observó la Dodge, mordiéndose la mejilla por dentro. Instó a las gemelas a

que jugaran en el terreno, señalando la zona próxima a la

camioneta. Ellas cuchichearon.

—Llevamos mucho rato al sol —dijeron a la vez—, nos apetece

sombra.

—¿De verdad vais a rechazar una visita a la casa de los espejos locos?

Las gemelas se miraron con el cuello estirado. Las abolladuras

en la carrocería del vehículo devolvían reflejos distorsionados que

siempre las hacían reír. Tras susurrarse algo al oído, salieron

disparadas hacia allá. Melissa resopló. La familia entera usaba

esa treta cada vez que querían tranquilidad en el porche.

—No es por eso. —Iris se dio la vuelta—. De hecho, voy a ir con

ellas. Así vigilo que Dahlia cuide su mano.

Melissa levantó las cejas.

—Todo para mí, entonces. —Estiró las piernas a lo largo del

columpio.

Iris fue detrás de las gemelas.

Dahlia y Daisy se miraban en las puertas de la camioneta, en el radiador. En los parachoques. Inflaban los mofletes o curvaban los brazos a un lado del cuerpo para potenciar la distorsión. Reían con cada reflejo, viéndose muy altas, muy gordas o muy flacas.

Iris subió al vehículo, al asiento del copiloto. Permaneció sentada de lado, con las piernas colgando hacia fuera. Si mamá miraba desde la cocina, pensaría que de verdad estaba vigilando a las gemelas. Alzó el volumen de sus risas para integrarse con el entorno, mientras comprobaba de un rápido vistazo si la llave estaba puesta en el contacto. No lo estaba. Mandó a las gemelas a la parte trasera de la Dodge, les dijo que la matrícula deformaba mucho la silueta. Aprovechó el momento para bajar el parasol del conductor.

La llave cayó al asiento.

Dahlia y Daisy rieron al ver las formas disparatadas que adquiriría el cuerpo de su hermana mayor cuando se unió a ellas en el juego. Pero Iris no dejó de mirar a la ventana de Rick, rogándole mentalmente que aguantara, que esperara. Entre sus piernas notaba el metal caliente de la llave que había escondido en su ropa interior.



Rose volvió al cuarto de Rick cuando un sol naranja empezaba a posarse en el horizonte. A esa hora de la tarde, las piedras desperdigadas por la habitación proyectaron sombras alargadas en el suelo. Desde la ventana rota, Rose divisó a Melissa hablando

con sus cactus. Agitaba los brazos de manera acalorada, algo poco habitual en sus charlas con ellos. A las gemelas las localizó tiradas en el suelo, de espaldas, cerca de la camioneta. Abrían los brazos y las piernas dibujando ángeles en una arena a la que el atardecer dotaba de una tonalidad morada. De Iris sabía que estaba en el porche, leyendo. A la habitación llegaba el chirrido rítmico del columpio.

Rick roncaba con la cabeza torcida sobre la almohada, la sábana enredada entre las piernas. El pie dislocado se había hinchado hasta ocultar el tobillo. Rose desvió la mirada. En la estancia seguían frescas las secuelas de la pelea, también en su cuerpo. El hombro derecho aún le dolía, fregar la cocina sólo lo había empeorado. La extraña sensación en la columna, como si estuviera descolocada, no había remitido. Contó tres cardenales en sus piernas.

Rose recogió las piedras de Melissa, las acumuló en una esquina, procurando que los rostros quedaran derechos. Aunque dos de ellas habían perdido los ojos, conservaban la sonrisa incluso en su ceguera. También intentó enderezar el estante, pero el lado que permanecía atornillado a la pared limitó sus movimientos. Recompuso la mesilla devolviendo su volumen a las cajas de medicamentos, levantando la lámpara. Tiró restos de bombilla a la papelería. Recogió la jarra. Halló polvo de pastillas en el suelo, lo barrió con un pie. Debajo de la cama encontró un blíster pisoteado. Lo habría empujado ella durante el forcejo.

Al devolverlo a su caja y ver todos los sedantes juntos, una idea ensombreció los pensamientos de Rose. Sus ojos pasearon por la jarra, por el vaso. Se desviaron al rostro de Rick. Volvieron a las pastillas.

Desenredó la sábana de entre las piernas del herido. Cuando rodeó la cama para taparlo, un destello dorado titiló sobre su

rostro. Un filamento brillante parecía flotar por encima de su boca, mecido por el ritmo de su respiración. Rose lo miró de cerca. Enganchado a su barba había un cabello. Rubio. Recorría parte de la mejilla, la barbilla, antes de continuar por el cuello y acabar enredándose también entre el vello de su pecho. Rose tiró del pelo hasta sacarlo. Pellizcó un extremo con cada mano, descubriendo su longitud. Era tan largo como la melena de Iris.

—¿Qué?

La palabra escapó de sus labios como un jadeo. Un peso mayor que el de todas las piedras de Melissa aplastó su pecho, dificultándole la respiración. La brisa que entró por la ventana mecía el cabello. Rose observó el cristal roto. Caminó hacia el marco y asomó la mitad del cuerpo. Con los ojos siguió el techado hasta el cuarto de Iris. Imaginó los pies de su hija caminando de noche sobre aquellas tejas.

—No puede ser.

Su corazón latía fuerte en un pecho comprimido. Abandonó la habitación, echó la llave. Entró en el cuarto de Iris. Registró las estanterías llenas de libros, el armario, el tocador. Revolió la polvera, el cepillo, el perfume. Giró sobre sí misma mirando cada esquina de la habitación, sin saber muy bien qué esperaba encontrar.

Buscó debajo de la cama.

Al agacharse, su propia melena cayó frente a sus ojos y los rayos del sol brillaron en su cabello de la misma forma en que lo habían hecho en el de Iris. A no ser que el pelo que había encontrado en la cara de Rick no fuera de Iris. La que había forcejeado con él había sido ella misma. Y también había sido ella la que se había tumbado encima de él. Era fácil que uno de sus cabellos se hubiera enganchado en su

barba. Uno de los que eran
tan largos como los de su hija.

Rose resopló arrodillada junto a la cama.



—Estás paranoica —se dijo a sí misma.

Dejó caer la muestra de pelo que aún mantenía entre los dedos
y usó el colchón como apoyo para levantarse. Al desplazarlo sobre
el somier, la punta de una tela desconocida apareció por debajo.

Rose tiró de ella.

Obtuvo un gurrño de tejido blanco, manchado de polvo.

Su mandíbula se descolgó al estirar la camiseta.

En el terreno, a lo lejos, la habitual columna de polvo anunció la llegada de Elmer. El sol acababa de
escondese.

Elmer agitó la mano por fuera de la ventanilla para saludar a

Melissa, que parecía estar discutiendo con sus cactus. Las
gemelas aparecieron de pronto a un lado de la camioneta.

Corrieron tras él, atravesando la nube de polvo. Cuando detuvo el
vehículo en el terreno, vio cómo Rose se plantaba en el porche, de
brazos cruzados. Gritó a Iris, que leía en el columpio. Elmer corrió
hacia ellas.

—¿Qué pasa, qué pasa? —Saltó los escalones para alcanzar a
su mujer—. Tranquilas.

Fue a tocar un moretón que descubrió en el cuello de Rose, pero

ella se lo impidió, quitándole importancia o no queriendo hablar de ello delante de Iris.

—¡Papá!

—¡Papá!

Las gemelas llegaron al porche. Elmer les chistó con una mano abierta para que se detuvieran y permanecieran calladas.

—¿Has entrado? —Rose gruñó la pregunta.

Iris bajó los pies del asiento, se abrazó al libro como si fuera un escudo.

—¿Entrado? —preguntó Elmer—. ¿Dónde?

Su hija no pudo sostenerle la mirada, sus ojos escaparon al suelo. Rose dio un paso hacia el columpio. Señaló a Iris con un dedo en tensión.

—¿Has entrado a ver al chico?

El sudor que cubría la espalda de Elmer se enfrió.

Iris se engancho el pelo por detrás de las orejas.

—No sé qué dices, mamá, no he entrado en ningún sitio.

—Has entrado en el cuarto del chico. En el de Melissa. Por la ventana rota, por el tejado.

—No, mamá. ¿Qué ventana?

—La del cuarto de ella. —Rose señaló a Melissa, que alcanzaba el porche en ese momento.

—¿Está rota su ventana? —Iris no parpadeó—. No sé de qué me hablas. No he entrado en ningún lado.

—Has entrado, has hablado con él.

Elmer cogió a su mujer de los hombros.

—Tranquila. —Levantó las cejas pidiéndole precaución en sus palabras—. Ella dice que no ha entrado.

—¿Qué has visto?

—No he entrado.

—¿Qué es lo que has visto? —La voz de Rose se había transformado en un sollozo.

Elmer la sacudió para que se callara. Ella se quejó de dolor en un hombro.

—Ha visto algo...

—Dice que no ha entrado. Vamos a tranquilizarnos y a escucharla.

—Es que no he entrado, papá. No sé qué está diciendo.

Rose soltó aire por la nariz. Enfiló a Iris con la mirada.

—He encontrado un pelo, así de largo, en la cara del chico.

—¿Un pelo? —Iris arrugó la nariz—. ¿Y por qué tiene que ser mío? Puede ser de Melissa. O tuyo. Hasta de las gemelas.

Elmer se fijó en que Melissa escuchaba la conversación con la cara dirigida al suelo, observando la discusión tras el telón de su melena. Apretaba una de sus rocas contra la tripa, masajeando algún tipo de intranquilidad.

—Por favor, Iris, demuéstreme al menos que eres sincera.

—No he estado en esa habitación, mamá.

Rose levantó los hombros con un hondo suspiro. Echó mano de algo que llevaba a la espalda, enganchado al cordón del delantal.

—¿Y esto? —Desplegó una camiseta sucia de Rick—. La encontré debajo de tu colchón. ¿De dónde la has sacado si no has entrado en el cuarto? ¿Vas a seguir negándolo?

Iris se levantó del columpio.

—Esta camiseta la cogí el primer día. Se la dejó en la cocina cuando se cambió. —Arrebató la prenda a su madre. Cuando

Elmer intentó separarlas, se dirigió a él—: La otra se la destrozaste tú al atropellarlo.

Elmer cazó el dedo acusador de Iris. Rose le pellizcó un costado, señaló a las gemelas con las cejas. Él soltó la mano.

—¿Por qué me hacéis esto? —preguntó Iris—. No he sido yo.

—El pelo era tuyo. Conozco a mis hijas.

—¡Yo no he entrado!

—¡Era tu pelo!

Rose alzó la voz, Iris también. Elmer se unió a la discusión y las gemelas golpearon la barandilla del porche para sumarse al escándalo.

—¡He sido yo!

El grito de Melissa los calló a todos. Elmer no recordaba haberla oído hablar así nunca. Rose se llevó la mano a la boca.

—Melissa... —susurró entre los dedos.

—Subí por ahí. —Señaló la estructura del porche—. Lo hago algunas noches cuando salgo a hablar con los cactus. Entré para cambiar mis rocas, tengo que dormir con una cada día.

—Te pregunté si querías que te las cambiara...

Elmer tapó la boca a su mujer para que no iniciara otra discusión. Rose bajó al terreno, abrazó a Melissa, le retiró el pelo de la cara.

—Hija, ¿por qué harías algo así? ¿Poner tu vida en peligro por unas rocas?

—No corrí ningún peligro.

—¿Viste algo?

—Entré y salí. Estaba oscuro.

—¿Intentó hacerte algo?

Melissa negó con la cabeza, pegando la barbilla al pecho. Una lágrima cayó en la arena. Elmer pensó en acercarse, consolar a su niña como hacía cuando era más pequeña, acariciándole la cara contra su pecho, pero dejó que fuera Rose quien lo hiciera.

—No llores, no te asustes. —Le secó las mejillas con los pulgares—. No podéis entrar en ese cuarto, ¿me oís? —Giró la cara para incluir en la advertencia a todas las hermanas—. Si hace falta haré guardia yo misma dentro de la habitación. Tenéis que entender que ese chico es peligroso.

El llanto de Melissa se intensificó, le temblaban los hombros.

—¿Qué pasa, hija? —preguntó Rose—. ¿Qué he dicho?

Melissa no respondió. Elmer descubrió a Iris acercándose la camiseta de Rick a la nariz. Cerró los ojos al olerla.

—Pero ¿qué haces? —Le arrancó la prenda de las manos de un tirón—. ¿Qué tipo de niña estoy criando?

La rabia que había enrojecido las mejillas de Iris durante el enfrentamiento con Rose endurecía ahora los ángulos de su cara.

—Ya no soy ninguna niña, papá. Soy una mujer. Y tengo todo el derecho del mundo a enamorarme de un hombre.

—Espera, espera, espera... —Sacudió la cabeza—. ¿Qué?

—Enamorarme, sí. Sentir cosas por un chico.

—¿Por este chico? —Mostró la camiseta como si fueran los restos de un animal atropellado en el camino.

—Iris, por favor, no digas tonterías —intervino Rose—. Le has conocido durante un día.

Ella se acercó a los escalones.

—¿Y cuánto tiempo necesitó Marius para saber que amaba a Cossette?

Elmer no entendió la referencia, pero Rose se quedó boquiabierta.

—¿Amaba?

—Sí, mamá. Amor.

Rose desatendió el llanto de Melissa, entró en casa. Merodeó por la cocina, el cubo de la basura rechinó contra el suelo.

Regresó con algo en la mano.

—¿Amar a un chico que ha disparado a tu madre?



Rose mostró los restos de un cartucho de escopeta. Lo acercó tanto al rostro de Iris, que ella tuvo que girar la cara para no tocarlo con la nariz.

Elmer resopló.

—A ver si te he estado comprando demasiadas novelas románticas...

Iris huyó dentro de casa, trotó escaleras arriba. El portazo que dio en su cuarto retumbó hasta el porche. Elmer fue detrás de ella

pero sólo subió el primer escalón. Igual que no había sabido

acercarse a Melissa para consolarla contra su pecho, ahora

tampoco supo qué podía decir a Iris para hacerla sentir mejor.

El viento sacudió el camión de Melissa, de pie frente a la tumba

de Edelweiss. Un escalofrío recorrió la piel de sus brazos. Observó

la cruz, retirando con un meñique el pelo que el aire enredaba frente a su cara. La luna llenaba de sombras los surcos de cada letra grabada en la madera, deformando la caligrafía de papá.

Antes de que pudiera reaccionar, una racha de aire se llevó

consigo un arreglo floral marchito, esparciendo flores sin vida

sobre la tierra. Algunas quedaron atrapadas entre las rocas que

delimitaban la tumba, las que las gemelas habían decorado con

cuentas de colores. La mayoría rodaron a la oscuridad, Melissa

las vio volar hacia las sombras.

—No sé si voy a hacer lo correcto —susurró a su hermana—.

Espero que lo entiendas.

Aunque oía con facilidad las voces de sus cactus y piedras,

Melissa nunca había vuelto a escuchar la voz de su hermana

salvo en recuerdos, en memorias que contenían palabras que ella

había pronunciado mientras vivía. Ahora prestó atención con la

cara ladeada, una oreja dirigida a la tumba. A lo lejos oyó el murmullo alterado de *Needles, Pins y Thorns*, que seguirían comentando la fuerte discusión que habían tenido. Clark, a quien

sujetaba entre las manos, también quiso decir algo, pero Melissa

chistó. A la única a la que quería escuchar era a Edelweiss. Rogó

mentalmente para que respondiera, para que por favor le dijera lo

que opinaba sobre la decisión que había tomado. Cerró los ojos y

la visualizó acercándose a ella con su perenne sonrisa, envuelta en el olor a miel de su cabello.

Edelweiss la tomó de un hombro,

movió los labios, pero lo único que escuchó Melissa fue el ulular del viento nocturno. Rugía con fuerza en sus oídos, ensordeciendo

el mundo entero. Cuando volvió a abrir los ojos, su hermana tan sólo era una cruz de madera con un nombre escrito en sombras.

—Espero que lo entiendas —repitió—. Rick es un buen chico.

Las bisagras de la puerta trasera de la cocina rechinaron.

Mamá asomó la cabeza.

—¿Sigues ahí? Vamos, entra ya, que hay mucho aire.

De cuclillas, Melissa palmeó la tierra, despidiéndose de

Edelweiss.

En la cocina, mamá terminaba de recoger los restos de la cena.

Raspó un tenedor contra el plato mientras tiraba a la basura la comida que Iris no había tocado. No había salido de su habitación

tras la discusión. Papá andaba por arriba acostando a las gemelas.

Melissa dejó a Clark sobre la mesa del salón, encima del libro de ciencias que de alguna manera Iris le había manchado de

yodo. Oyó cómo mamá abría el grifo, apretaba el bote de jabón, frotaba el estropajo. Del escondite detrás del sofá recuperó su

cuaderno de dibujo. Lo abrió por la última página, donde

guardaba los recortes de Rick. Los había estudiado tantas veces

que casi se los había aprendido de memoria, aunque se esforzaba

en ignorar los nombres reales que habían tenido sus hermanas

durante los primeros meses, o días, de vida. También se le hacía

raro leer los pueblos de los que provenían, lugares lejanos que ellas nunca habían pisado realmente. Esos nombres, esas

ciudades, parecían palabras extrañas de un vocabulario ajeno. Un

idioma inventado para contar la gigantesca mentira que era esa

otra realidad de la que hablaban los periódicos. O quizá la mentira fuera esta realidad en la que mamá había bautizado con

nombres de flores a cinco niñas escondidas en una casa entre los

cactus. Gran parte de la discusión que Melissa había tenido con *Needles, Pins* y *Thorns* se basaba en discernir si eran más reales las familias de las que las hermanas nunca habían formado parte

o la que papá y mamá habían creado para ellas.

Melissa cambió de página en el cuaderno, fijándose en el mismo dibujo que había estado mirando con Iris en las rocas, después de comer. Una instantánea en la que aún aparecía Edelweiss y en la que también estaba la propia Melissa, que se añadía pocas veces a los dibujos. Era la imagen de un pasado familiar perfecto.

Melissa repitió en un murmullo las palabras que había pronunciado Iris cuando intentó alterar un detalle del retrato.

—No lo cambies —murmuró en el salón.

—¿Qué dices?

La voz de mamá la sobresaltó. La miraba desde la entrada al salón, secándose las manos en la ropa. Melissa cerró el cuaderno.

Se encogió de hombros como respuesta.

—¿Hablabas con tu roca? —Se sentó en el sofá junto a ella—.

¿Quieres que te la cambie?

Melissa alejó el cuaderno de mamá llevandoselo al lado opuesto, entre su cuerpo y el brazo del sofá.

—Te prometo que voy a poner de mi parte para mejorar nuestra comunicación —dijo mamá—. Me ha quedado bastante claro lo importante que es para ti cumplir el orden de tus piedras y voy a intentar darles a las cosas la misma importancia que tú les des.

Si te hubiera escuchado cuando me lo dijiste la primera vez, no habrías corrido el peligro que has corrido con el extraño.

Melissa suspiró, prefería no oírla hablar de Rick.

—¿Estás bien, hija?

Ella asintió aunque no fuera verdad.

—Quiero empezar a demostrártelo, así que voy a pedirle a papá

que te lleve a la gasolinera para hablar con tu profesora, si es lo que de verdad quieres. —Le pellizcó la mejilla—. ¿Sigues

queriendo hablar con Socorro?

Melissa abrazó el cuaderno que contenía noticias de familias



destrozadas entre los dibujos de una familia feliz construida con su dolor. Eran dos realidades que no podían coexistir y de ella dependía que prevaleciera una u otra. Miró el libro de ciencias en

el que Socorro había apuntado su teléfono. Después cerró los

ojos. En su mente atronaron las voces de *Needles*, *Pins* y *Thorns*, que repetían a gritos lo ya discutido. Visualizó también a

Edelweiss, flotando frente a ella como acababa de hacer junto a su tumba. Le concedió una última oportunidad de pronunciarse,

pero en su rostro translúcido tan sólo brillaba la misma sonrisa de siempre.

—No, mamá, no hace falta. —Melissa abrió los ojos—. No tengo

que hablar con mi profesora.

—Haces bien —dijo mamá sin darse cuenta del verdadero

alcance de la decisión que acababa de tomar—. Vamos a pasar un

verano excelente.

Melissa apretó el cuaderno con fuerza, acallando gritos

imaginarios proferidos por las personas que aparecían en las fotografías de los artículos. Personas cuyo dolor no podía permitirse escuchar, aunque entre esas personas se encontrara Rick. Mamá le peinó el flequillo como si fuera una niña.

—Pronto podrás volver a tu cama.

Melissa prefirió no adjudicar ninguna interpretación concreta a esas palabras. Apretó la lengua contra el paladar para contener las lágrimas.

Rose deseó buenas noches a Melissa con un beso en la mejilla. Se acercó a la ventana para despedirse también de Edelweiss. Arriba se encontró con Elmer, salía del cuarto de las gemelas con cuidado de no hacer ruido al cerrar la puerta.

—¿Me puedes explicar de una vez por qué te duele todo? — susurró al verla.

No habían tenido un momento a solas desde que había llegado.

Rose indicó con la cabeza que fueran al cuarto de Rick. Lo abrió con la llave que había sacado del delantal antes de dejarlo

doblado junto a los fogones. Cuando encendió la luz, los ojos de Elmer doblaron su tamaño al ver la estantería caída, las rocas apiladas en una esquina.

—¿Ha sido él? —El enfado inicial se transformó en incredulidad

—. ¿Ha sido él?

Rose asintió. Le contó lo de las pastillas escupidas, el tornillo flojo y la lluvia de rocas sobre su espalda. Los músculos en la mandíbula de su marido se fueron tensando a medida que le

contaba cómo había transcurrido la pelea.

—Pero ¿tú estás bien?

—Me duele un poco —Rose masajear su hombro quitándole

importancia—, pero no podemos tenerlo aquí. No después de lo que me ha hecho. Te juro que sólo de pensar que Melissa ha estado aquí, que podría haber... —La voz le falló.

Dejó que su marido la reconfortara frotándole la espalda.

—Y lo que ha dicho Iris... ¿Enamorada? —Rose pronunció la palabra como si le supiera mal en la boca. Sacudió la cabeza mordiéndose el labio inferior, recordando las advertencias de Socorro sobre las necesidades de una joven de la edad de su hija —. No podemos tener a este chico aquí. Ya no. ¿Cuánto crees que va a tardar Iris en intentar colarse por la ventana ahora que le he mostrado cómo hacerlo?

En la cama, un espasmo sacudió a Rick. Gimió sacudiendo la cabeza, como si fuera a despertar de una pesadilla, pero su cuerpo volvió a relajarse. El ritmo de su respiración se normalizó.

—Tenemos que hacer algo —dijo Rose.

La frente de su marido se alisó al entender. Caminó por la habitación, de una pared a otra, con las manos en las caderas.

Sus dedos acabaron poniéndose blancos por la presión que ejercía. Después se agarró la barbilla, la apretó como si la exprimiera.

—Estuve a punto de dejarlo escapar —dijo—. Cuando me planté delante de él con la camioneta, hubo un momento en que pensé dejarlo marchar, que corriera entre los cactus. No me vi capaz de atropellarlo, nunca me imaginé haciendo algo así. No quería que fuéramos ese tipo de personas. Retorcí el volante —apretó los puños en el aire—, aceptando que había llegado el momento de

enfrentarnos a las consecuencias de lo que hemos hecho.

—Lo que hemos hecho es criar una familia hermosa. —Rose le acarició la cara—. Querer a nuestras hijas más que a nada en el mundo.

—Por eso pisé el acelerador. —Elmer guió la mano de ella a su corazón—. Y creo que volveré a pisarlo si es necesario. Quizá sí somos ese tipo de personas.

—No lo seríamos si no hubiera venido —susurró Rose—. Ojalá no hubiera venido...

Apoyó la mejilla en el pecho de su marido. Cuando advirtió los esfuerzos que hacía él por disimular que estaba llorando, lo abrazó por la cintura. No le preguntó por qué se sorbía la nariz, ni por qué se secaba los ojos con las muñecas. No le miró a la cara hasta que supo que se había repuesto.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó él.

Rose deshizo el abrazo y se acercó a la mesilla. Desplegó todos los blisters de dormepam sobre la cama. Miró a su marido.

Elmer bajó la cabeza, aceptando la propuesta. En el escritorio de Melissa, apartó las revistas de cine y las latas de lápices.

Colocó el vaso en el espacio liberado. La jarra la inclinó frente a sus ojos, comprobó que estaba vacía.

—Voy yo. —Rose se la quitó de las manos.

Elmer llevó los blisters al escritorio. Se sentó en la silla con un suspiro en el que parecía dejar escapar parte de su ser. Empezó a sacar pastillas. Rose se quedó hipnotizada viéndolas caer sobre la mesa al compás de los crujidos plásticos que provocaban los pulgares de su marido.

Ni siquiera se dio cuenta de que Iris se había acercado a la puerta.

—Me da igual que estéis ahí —dijo a la rendija—. Rick, aguanta, te vas a poner bien. Mi corazón es y siempre será tuyo.

El pomo se sacudió. Elmer tapó el montón de pastillas como si

Iris hubiera entrado en la habitación, aunque ambos sabían que la llave estaba echada. Rose mostró la jarra indicando que iba a salir a por el agua. Exigió a Iris que diera un paso atrás antes de

abrir. En cuanto salió, ella saltó al umbral, se puso de puntillas tratando de ver algo por encima de su cabeza, de sus hombros.

Rose cerró la puerta en su cara.

—Yo la lleno. —Iris llevó sus manos a la base de la jarra—. Por favor, mamá, yo la lleno. Yo se la llevo.

Rose la apartó con un brazo.

—No sé qué más tiene que pasar para que entendáis que este chico es peligroso —dijo—. Nosotros nos estamos encargando de él, vosotras no podéis hacer nada.

Una calma repentina relajó el rostro de Iris.

—Buenas noches, Rick —habló directamente a la puerta, como si ella hubiera dejado de existir—. Aguanta.

—Vale ya, vuelve a tu cuarto —lo señaló con la barbilla—. Que tus hermanas están durmiendo.

Iris se dio la vuelta, regresó a su habitación. Aunque Rose esperaba que diera un portazo, cerró la puerta con suavidad.

Echó la llave por dentro, como ellos habían insistido en que hiciera estos días.

—Que duermas bien, hija —susurró.

Rose bajó a la cocina sin hacer mucho ruido, por si Melissa dormía ya. En la encimera dejó la jarra vacía. Aunque llegó a sacar el agua de la nevera, se detuvo antes de empezar a llenarla.

Sus ojos vieron algo junto a la licuadora.

Regresó a la habitación sin la jarra.

Elmer machacaba el montón de pastillas con el vaso. Después hacía rodar el borde grueso del cristal sobre los pedazos, reduciéndolos a polvo. Obtuvo un montón más voluminoso que el que ella utilizaría para llenar un salero.

—¿Y el agua? —preguntó al verla.

Rose le mostró la botella de mezcal que había traído. La misma de la que Rick había bebido la primera noche. Con la uña, Elmer dio unos toques al vaso para desprender polvo de pastilla adherido al cristal.



Iris se sentó en el tocador.

De la polvera sacó, escarbando, la llave escondida de la camioneta. La sacudió, la sopló. Abanicó el aire para deshacer una nube de maquillaje.

Con la espalda pegada a la pared, junto al marco, miró por la ventana. La luz de la habitación proyectaba un cuadrado

luminoso en el tejado del porche. Algunas sombras difusas

revelaban el movimiento de sus padres en el interior. Mamá había

regresado al cuarto de Rick tras rellenar la jarra de agua en la cocina.

—Vamos, vamos.

Iba a salir cuando estuvieran dormidos. Había ensayado dónde

pisar para que los tablones no crujieran. Se había asegurado de que la puerta trasera de la cocina estuviera abierta.

—Volved a vuestro cuarto.

Abrió el libro sobre el tocador. Fue incapaz de prestar atención a la lectura, las letras en la página parecían reordenarse para escribir sus pensamientos.

Se cepilló la melena, contando las pasadas en sentido inverso,

desde cien hacia abajo. Lo hizo con tanta fuerza que los tirones dolieron en el cuero cabelludo. Decenas de pelos como el que

mamá había descubierto en la cara de Rick quedaron enredados

entre las púas.

—Aguenta —susurró a su reflejo—. Sólo un poco más.



Melissa miraba al techo. Aunque llevaba un rato acostada en el sofá, aún no había cerrado los ojos. Encima de su cabeza, colgada en esa pared, veía la guitarra de Edelweiss, su nombre grabado en un lateral de la caja. Pensó en el otro nombre de su hermana.

Elizabeth. Pensó en Rick.

Probó a cambiar de postura. Se colocó de perfil, con la cara

hacia el respaldo. Al otro lado, entre el sofá y la pared, estaba el cuaderno que contenía los artículos. Las personas de las

fotografías, Rick entre ellas, le susurraron cosas al oído. Se volvió

para darles la espalda. Frente a ella apareció ahora el cuaderno de ciencias, sobre la mesa. La tinta con

la que Socorro había

escrito su teléfono parecía refulgir a través de las páginas,

haciéndose visible en la oscuridad.

Melissa se dio la vuelta otra vez.

La gente de las noticias de los recortes empezó a gritarle.

Cambió de lado.

El número se encendió y apagó, llamando aún más su atención.

Se puso boca arriba.

Leyó el surco en la madera que escribía Edelweiss.

No había forma de escapar de sus pensamientos.

Melissa se incorporó.

Separó el sofá de la pared. Sacó los documentos de entre los

dibujos. Los metió en el libro de ciencias. El cuaderno lo dejó sobre la mesa, abierto por el retrato del pasado perfecto en el que

aparecía Edelweiss. Su roca le preguntó si iba a llevarla a la habitación, que le tocaba dormir en la estantería esa noche.

—Ahora no, Clark, espérame aquí.

Melissa fue a la cocina. Del segundo cajón sacó una caja de

cerillas.

Salió al terreno por la puerta trasera.



Elmer le entregó el vaso. A Rose la mano le tembló al cogerlo.

Colocó la parte abierta del recipiente bajo el borde del escritorio.

Con el meñique extendido, arrastró el montón de polvo

blanquecino al fondo del recipiente. Sentía el corazón laténdole en el cuello, en las sienes.

Elmer quitó el tapón a la botella de mezcal.

—No lo hagáis...

Al principio, Rose creyó que había escuchado un pensamiento.

Que su conciencia había adquirido la voz rasposa del herido para resultar más convincente. Pero Elmer también lo había oído, porque la miraba conteniendo la respiración.

—Por favor, no lo hagáis...

Ambos giraron el cuello hacia la cama. Rick los observaba con unos ojos tan abiertos que parecía que no tuvieran párpados. Era

como si el efecto de los somníferos no sólo hubiera desaparecido sino que se hubiera invertido. Su mirada lucía enfocada, alerta.

—Por favor.

Rose bajó la cabeza. Prefería no verlo, no escucharlo. Elmer le apretó la rodilla, la besó en la frente.

—No tenéis por qué hacerlo —añadió Rick. La sequedad en su boca hizo que chasqueara la lengua en consonantes imprevistas

—. No diré nada. Lo prometo. Vine aquí buscando a mi hermana y mi hermana ya no está. El resto me da igual. Me iré de aquí como

si no hubiera pasado nada. Os lo juro. Podéis seguir aquí con el resto de las niñas, cuidarlas como si fueran vuestras hijas.

—Son nuestras hijas.

—Vuestras hijas. Podéis seguir aquí con ellas. Pero a mí

dejadme ir. No tenéis que hacer eso. —Su cuerpo se sacudió en el intento fallido por señalar el vaso—. Por favor, no lo hagáis.

La voz de Rick mejoraba a medida que su garganta recuperaba la elasticidad. A Rose le pareció que hablaba a un volumen

ensordecedor. Observó el vaso en su mano, enterrando la mirada en los restos de pastilla. Se lo pasó a su marido antes de acercarse a la cama.

—Sé que no podrías hacer eso —le dijo a Rick—. Ves a tu hermana en cada una de mis hijas. Piensas en ti, en tu madre. Y te gustaría poder ayudar a esas otras señoras.

—¿A sus madres?

—Su madre soy yo. —Rose se señaló el pecho tan fuerte que los dedos sonaron contra el esternón—. Lo otro es sólo sangre.

Los ojos sin párpados de Rick aumentaron de volumen, como si se inflaran.

—Mi madre era más madre de Elizabeth de lo que tú lo serás nunca.

—¿Eso crees? —A Rose el comentario ni siquiera la ofendió, una mentira no podía molestarla—. Para empezar, se llamaba

Edelweiss. Y tu madre no la sujetó de la mano cuando dio sus primeros pasos ahí mismo, en el porche. Tu madre no sabe lo

mucho que le gustaba el melón, o el miedo que le daban los

alacranes. No sabe cómo se le arrugaba la cara al llorar, ni la cantidad de dientes que mostraba al sonreír. A tu madre no le

robaba ramitas de canela mientras cocinaba, ni le regaló un ramo

de flores de cactus. Tampoco ella vio cómo se convertía en sirena

en la bañera. Tu madre no aguantó semanas escuchando acordes

desafinados en la guitarra hasta que logró poner los dedos donde

debía. Ni verá nunca el increíble color del que pintaban su pelo los atardeceres de este desierto. Tampoco tu madre tuvo que lavar

nunca camiones que apestaban a enfermedad. Ni estuvo a su lado, agarrándola de la misma mano que cogía aquel día que la enseñó a caminar, cuando sonrió por última vez al techo de su habitación. —Rose se secó las lágrimas antes incluso de que aparecieran—. Da igual lo que tu madre sienta, o que crea que la sangre de verdad significa algo. Edelweiss sólo ha tenido una madre. Y he sido yo.

Elmer dejó la botella y el vaso en el escritorio. Masajeó un hombro a Rose con una mano cálida. La besó en la nuca.

—Una verdadera madre no necesita esconder a sus hijas —dijo Rick—. Las muestra al mundo orgullosa.

—No hay madre más orgullosa de sus niñas que yo.

—Pero si hasta les pusiste nombres de flores.

—Claro —Rose frunció el ceño sin entender—, porque son preciosas.

—¿O porque las has cultivado?

Rose arrugó la cara.

—Es horrible eso que has dicho. —La sucia interpretación de los nombres de sus hijas la asqueó—. Retíralo, es horrible.

—Horrible es lo que habéis hecho vosotros.

—¿Darles a nuestras hijas unos grandes padres? —Rose miró a Elmer—. ¿Una buena familia? Han tenido todo lo que han necesitado, lo que...

—Tu hija habla con las piedras —la interrumpió Rick.

—Les hemos dado una buena vida.

—Una vida que no es la suya.

Rose se limitó a negar con la cabeza, no tenía sentido explicar nada a quien no está dispuesto a entender.

—Eres mala. —Rick habló entre dientes.

—Y tú muy bueno —dijo ella—. Por eso sé que lo contarías todo en cuanto te dejáramos marchar. ¿O vas a hacerme creer que no se lo dirías a tu madre? Se lo dirías a ella y a todas las demás.

Necesitarías reunir a esas otras señoras con mis niñas para imaginar que es Edelweiss...

—Elizabeth.

—... reuniéndose con tu madre. Te daría igual destrozar esta familia. Separar a mis hijas de sus padres.

—Fuiste tú quien las separó de sus verdaderos pa...

Elmer le tapó la boca. Rick se sacudió, haciendo rechinar los muelles del colchón. Después retorció la cabeza contra la almohada, el cuerpo entero bajo las sábanas, como si un dolor intenso lo atravesara.

—Ojalá no hubieras venido.

Rose cogió la botella de mezcal del escritorio, llenó el vaso hasta la mitad. Removió el contenido con uno de los lápices de Melissa.



Tuvo que añadir más licor para que los polvos se disolvieran mejor.

Iris había completado las cien pasadas al cabello hacía una

eternidad. La luz en el cuarto de Rick seguía encendida. Desde

ahí llegaba en ocasiones la voz de sus padres, sílabas que

sobresalían de pronto en una conversación ininteligible.

—Vamos —dijo al aire—, volved a vuestro cuarto.

Cambió la mejilla que se mordía, el interior de la otra había

empezado a saber a sangre. Caminó en su habitación trazando

uno de esos símbolos de infinito en los que tendía a quedar

atrapada esos días. Agitaba en una mano la llave de la camioneta,

la anilla del llavero enganchada al dedo anular como si ya se

hubiera casado con Rick.

Los faros de la Dodge la miraban desde el terreno.

Esperándola.

—Ya voy...

Lo sinuoso del bucle que trazaban sus pies le recordó la forma

de una madeja. Pensó en una soga. Y recordó la manera en que

otra cuerda se enredaba a las muñecas de Rick.

Iris se detuvo.

No podía esperar más.

Tendría que cambiar el plan de huida.

Miró a la ventana.

Salió al tejado como había hecho las dos noches anteriores.

Llevaba en la mano unas zapatillas de andar por casa. Deseó

acercarse a la habitación de Rick para retomar el idilio nocturno con su amado, pero dentro, junto a él, se encontraban los

principales enemigos del romance.



La forma en que el viento silbaba entre las espinas de los cactus, el ruido que provocaba al sacudir los matorrales secos, disfrazó el crepitar de las tejas bajo los pies descalzos de Iris, que contuvo la respiración hasta alcanzar el borde del techado.

Primero dejó caer las zapatillas, tan ligeras que el aire las lanzó contra la fachada de la casa. Después aprovechó que se levantaba

otra racha para descender agarrada al poste. Los crujidos en la estructura del porche parecieron causados por el viento.

Un guijarro se le clavó en la planta del pie antes de recuperar su calzado. El remolino de aire que invadió el interior de su

camisón enfrió el sudor nervioso que cubría su cuerpo. El salón se encontraba a oscuras. Melissa estaría dormida. En lugar de

dirigirse en línea recta hacia la camioneta, atravesando el terreno

a la vista de sus padres, Iris rodeó la parcela. Desapareció entre las sombras de la noche.

Melissa alcanzó la barbacoa.

Apoyó sobre la parrilla la caja de cerillas y el libro de ciencias.

De entre sus páginas extrajo los documentos que al final iban a

acabar quemados como el resto. Melissa iba a completar el

trabajo que había iniciado papá, reduciendo a cenizas los

nombres irreales de sus hermanas, los lejanos lugares de

procedencia, las fotografías de gente que pertenecían a otras

familias.

La primera cerilla se apagó al instante.

La segunda, que ni siquiera llegó a prender, apenas

chisporroteó con un silbido que consumió el fósforo.

Tampoco pudo encender la cuarta, ni la quinta.

Parecía que el viento soplara más fuerte cada vez que lo



intentaba, como si una presencia junto a ella quisiera apagarlas.

Rose desenfocó la mirada para no ver cómo su marido acercaba el vaso a los labios de Rick. Logró así reducir a manchas borrosas lo que ocurría frente a ella, como si fueran las imágenes difusas de alguna pesadilla.

—Le vais a hacer esto a mi madre por segunda vez —dijo Rick.

Sentada en la cama, Rose intentó agarrar su mano, un ofrecimiento de cariño que él repudió. Retorció su muñeca atada para esconder los dedos bajo la pierna.

—No me toques.

La mancha borrosa que era Rick volvió la cara sobre la almohada, escapando del vaso. Del tarro de lápices de Melissa,

Rose cogió un bolígrafo. Con los dientes sacó el tubo de tinta de su interior. Le pasó a Elmer el plástico vacío para que lo usara como pajita.

—Voy a necesitar que me ayudes —dijo él.

Rose tomó aire, enfocando la realidad.

—Sujétale la cabeza —indicó Elmer.

Ella se colocó al otro lado de la cama, hacia donde miraba Rick.

Con una mano enderezó su mentón, el mismo que había

reavivado en ella los deseos de tener un hijo. Con la otra levantó

su cabeza como haría con ese hijo para atender a base de jarabe

algún catarro. Aunque Rose quiso ocultar sus lágrimas, una rodó

por su mejilla, se precipitó sobre la cara de Rick.

—No quieres hacerlo —susurró él—. No lo hagáis, por favor.

Rose miró a la pared de los dibujos.

—Le estáis haciendo esto a mi madre por segunda vez. —Rick

hablaba rápido, disparaba las palabras como si supiera que se le acababa el tiempo—. Ahora empezaba a superar lo de Elizabeth.

Por favor, pensad en mi madre.

—Yo también soy madre.

—No lo hagáis, no es justo que le pase esto.

Rose notó la presión de su ceño sobre los ojos, los labios se le pusieron tensos. Encaró a Rick.

—La justicia no existe. A la gente sólo le pasan cosas. —Soltó la

cabeza de Rick, desechándola sobre la almohada—. Todos los

días, en todas partes, a la gente le ocurren cosas terribles. La gente se mata en sus coches. Otros se caen por las escaleras de su casa. Jackie recogió un trozo del cráneo de su marido con sus

manos. ¿Te lo puedes imaginar? —Rose cerró los ojos al

recordarlo—. A esas señoras, a tu madre, también les pasó algo

malo, como a tanta gente. Lo de ellas fue perder un bebé.

—Tú se los quitaste.

—Esas señoras perdieron a sus bebés. —Se detuvo después de

cada palabra como si enseñara una lección—. Porque son cosas

que pasan. Hay madres que dan a luz a niños que no viven más

de dos días. A otras se los matan en la guerra. También hay

madres que matan ellas mismas a sus hijos o que los abandonan

en una acera. A otras les desaparece su bebé. Lo hiciéramos

nosotros o no, seguiría pasando. ¿O ahora soy yo la culpable de todo el mal en el mundo? —Realizó una pausa aunque no

esperaba respuesta—. A nosotros también nos han pasado cosas

terribles, no creas. Recibir la noticia de que no puedes tener hijos,

cuando ser madre ha sido el sueño de tu vida..., créeme, no es

fácil. Pero ¿acaso me hundí? No. ¿Sigo quejándome, llorando por

ello? No. Junto al hombre más maravilloso del mundo —tomó la

mano libre de Elmer, la acarició con el pulgar—, encontré una

solución a mis problemas. Buscamos la manera de salir adelante.

Y esas señoras..., esas señoras también tienen que encontrar la

solución a su problema. A lo que a ellas les ha pasado en la vida.

La mirada de Rick viajó de ella a Elmer, de Elmer a ella. Frunció

el ceño con tanta fuerza que la costra de la herida sobre la ceja se

cuarteó. Hilos de saliva blanca, pegajosa, cosían sus labios

deshidratados.

—A ellas les pasasteis vosotros... —La costura de baba se quebró al hablar.

Rick empujó la cabeza contra la almohada, como si alejarse de

ellos, aunque fuera una pulgada, supusiera un alivio. Rose atrapó

otra vez su mandíbula. Le levantó la cabeza luchando contra la

fuerza de su cuello.

—Ojalá no hubieras venido —dijo Rose—. Esto no tendría por

qué estar pasando.

—Nosotros tampoco queremos esto —añadió Elmer.

Acercó el vaso a la boca de Rick, dirigiendo el bolígrafo a sus labios. Rose olió el mezcal, reconoció

también el dormepam, ese

aroma pegajoso que se quedaba adherido al paladar incluso horas después de haberlo tomado. La mezcla era tan concentrada que un sedimento blanquecino giraba en el fondo del licor.

Rick apretó los labios hasta que se le pusieron blancos.

Elmer intentó abrirse paso con los dedos. Probó a hacer palanca con el bolígrafo entre los dientes.

—No puedo —dijo.

Rose tiró de la barbilla para separar la mandíbula, pero la mordida de Rick era tan intensa que sus muelas rechinaban.

Entonces le apretó el mentón en sentido contrario, cerrándolo.

Cubrió sus labios con una mano. Su marido le dedicó un gesto confundido.

—Métesela por la nariz —dijo ella.

Rick gimió como lloran los perros.

Rose instó a Elmer a que procediera con un movimiento de

cabeza. Él cogió un extremo del bolígrafo entre el pulgar y el índice. Lo dirigió a la nariz de Rick apartando la mirada, el cuello

vuelto hacia la ventana. Inhalaba entre dientes, repugnado por la idea.

—Sujétalo tú —dijo Rose.

Elmer le entregó el vaso e inmovilizó a Rick de la misma forma que ella, aprisionando su mandíbula. Rose introdujo el extremo de la pajita en el orificio nasal derecho. Rick abrió mucho los ojos, aceleró el ritmo de su respiración. En el vaso se formaron algunas burbujas, pero la principal entrada y salida de aire seguía siendo

a través del orificio izquierdo.

Rose le tapó la nariz.

Palpó el tubo de plástico a través del cartílago.

Rick dejó de respirar. Aguantó hasta que la cara se le puso

morada. Una gran burbuja estalló dentro del vaso justo antes de

que tomara aire. El líquido ascendió por el bolígrafo.

Entró en el cuerpo de Rick.

Parte del mezcal regresó al recipiente, pero volvió a ascender por

el tubo como en un circuito cerrado de tuberías sin escape.

Rick se atragantó con la boca cerrada.

Arcadas y espasmos estallaron dentro de su pecho, en el

estómago.

Cuando cesaron las sacudidas, Rose liberó su nariz. Le

salpicaron sustancias de diferente densidad, a diferentes

temperaturas, que salieron a presión de los orificios nasales. Los

ojos horrorizados de Rick se inundaron de algo que no parecían

lágrimas. El vaso quedó vacío a excepción de algunos sedimentos

de pastilla. Rose sacó la mano de Rick de debajo de su pierna, donde él la había aprisionado para que no lo tocara. La acarició hasta que los dedos se quedaron flácidos.

El cuerpo entero se relajó

—¿Lo..., lo hemos...?

Elmer preguntó sin soltarle la mandíbula, la frente apoyada

contra el pecho que acababa de desinflarse.

Rose buscó el pulso en el cuello de Rick.

Un suave latido palpitó en la yema de sus dedos.

—Aún no —informó a su marido—. Pero puedes soltarlo. No

tardará en hacerle efecto.

Elmer liberó el bozal.

Un estertor apenas audible emanó de entre los labios de Rick.

—Sólo quiero decírselo a mi madre... —Movi6 la cabeza a un lado—. La encontré..., mamá...

Rose se secó los ojos con el dorso de una mano. Buscó refugio en el pecho de su marido, se dejó abrazar.

Necesitaba escuchar el firme latido de ese corazón.

Pero lo que oyó fue el arranque de un motor.

Dos cañones de luz se proyectaron sobre el techo de la habitación. Los faros de una camioneta.



Elmer saltó a la ventana, arrojando a Rose contra la cama.

Asomado al exterior, su marido extendió una mano delante de la cara para contrarrestar el deslumbramiento. Su cuerpo era una silueta oscura esculpida por el contraluz.

—Es Iris —dijo.

—¿Iris? —Rose se sujetó el corazón.

—Se está yen... —Elmer corrió escaleras abajo con media palabra en la boca.

Rose salió detrás de él.

Cerró el cuarto de un portazo, sin detenerse.

Melissa veía la fachada de un orfanato consumirse entre las

llamas cuando oyó a sus espaldas el arranque de un motor.

Sacudió la parrilla para avivar el fuego, para que se quemaran los últimos pedazos de papel antes de que papá descubriera lo que estaba haciendo. El rostro de Rick fue lo último en ennegrecerse, flotó hacia el cielo convertido en una pavesa que apagó de un manotazo.

La camioneta maniobró en el terreno de forma errática, los ruidos mecánicos del motor sonaron a engranajes rotos. Melissa identificó la Dodge.

—¿Mamá? —se preguntó en voz alta.

Pero mamá no conducía así de mal. El vehículo aceleró de golpe, hacia la casa. Frenó cuando los faros rozaban ya la estructura del porche, formando círculos de luz definidos en la madera. De la cabina emanó un grito asustado.

—¿Iris?

Melissa reconoció a su hermana al volante, peleándose contra él, contra la palanca. La melena se sacudía con cada giro de su



cabeza.

Papá apareció en el porche.

—¡Iris! ¡No!

Un estridente crujido metálico estalló bajo el capó. Él saltó los escalones. Quedó colgado del espejo en el lado del conductor.

—¡Para!

—¡Necesita ayuda! —gritó Iris—. ¡Le amo!

Un intenso rugido del motor disparó la camioneta hacia atrás, arrastrando con ella a papá. Sus pies levantaron nubes de polvo.

—¡Iris! —gritó mamá, que acababa de encaramarse a la barandilla del porche—. ¡No lo entiendes! ¡No hagas nada!

Un trompo amenazó con lanzar despedido a papá.

—¡Frena!

La fuerza centrífuga del derrape circular acabó por derribarlo.

Rodó por el suelo con un bramido de dolor. Mamá corrió a asistirlo. La Dodge se alejó de casa, formando un remolino de polvo entre los cactus del camino.

Melissa susurró al aire una pregunta dirigida a su hermana.

—¿Adónde vas?

Recordó entonces las manchas de yodo en el libro. Lo abrió por la primera página sabiendo lo que iba a encontrar. Recorrió con el dedo el borde del trozo arrancado.

Levantó la vista hacia la columna de polvo que nublaba la luna.

Visualizó su hogar encogiéndose en el espejo retrovisor de esa camioneta. Cuando Iris se alejara lo suficiente, la casa acabaría por desaparecer.

Las sacudidas de la camioneta al atravesar algunos baches levantaron a Iris del asiento. Dio con la cabeza en el techo sin



soltar el volante. A pesar de los golpes, pisó a fondo el acelerador.

En el asiento del acompañante llevaba el trozo de papel con el teléfono de Socorro. A su lado botaba también la llave de la *pick-up* de papá.

Elmer bajó los parasoles. Levantó las alfombrillas. Recorrió con la mano el espacio entre la luna y el salpicadero. Oyó a Rose rodear la Ford por fuera, arrodillarse sobre la arena por si la llave había caído debajo del vehículo.

—Nada, no está —dijo por la ventanilla abierta del copiloto—. Se la ha llevado.

Elmer se tapó la cara con las manos, los codos apoyados en el volante. Se abofeteó. Se golpeó la cabeza obligándose a pensar.

Bajó de la *pick-up*, escaló a la zona de carga. Rebuscó hasta dar con el destornillador grande. El martillo. De vuelta en la cabina, rompió con ellos la base del volante.

Tiró de dos cables.

—¿Papá?

—Ahora no, Melissa.

Buscó una navaja en el desorden detrás de los asientos.

—¿Qué quieres, hija? —preguntó Rose—. ¿Qué haces aquí?

La niña no dijo nada.

—¿Por qué me das esto?

—Era el teléfono de Socorro.

Elmer no veía lo que ocurría fuera del vehículo, su atención estaba centrada en los cables.

—¿Qué va a pasar, mamá? —preguntó Melissa.

—No va a pasar nada, está todo bien —respondió Rose—. Si lo que nos preocupa es que conduzca sola, todavía no sabe hacerlo



bien.

Elmer peló los cables. Retorció los hilos desnudos de cobre.

—Anda, vuelve al salón —dijo Rose—, que sigue sin gustarme que salgas de noche a hablar con esos cactus.

Elmer oyó a Melissa regresar a casa. Él se quemó los dedos con

las chispas que saltaron al juntar los dos cables. A través de la ventanilla abierta, Rose le mostró la primera página de un libro de

texto. Señaló una esquina arrancada.

—Se ha llevado el teléfono de la profesora.

Elmer volvió a unir los cables, saltaron más chispas. Siguió

probando incluso cuando el olor a electricidad empezó a mezclarse con el de piel quemada.

El cuaderno de dibujo seguía sobre el sofá, donde Melissa lo había

dejado. Estaba abierto por el retrato familiar que incluía a

Edelweiss. Sintió nostalgia por el pasado contenido entre esas

páginas, pero también miedo ante un futuro en el que no

existieran nuevos momentos familiares que plasmar a lápiz. Al

final iba a ser Iris quien lo cambiara todo, aunque hubiera sido ella quien le pidió durante el picnic que dejara las cosas como estaban en el dibujo. Melissa se sintió tonta por haber pensado que sólo de su decisión dependía el futuro de la familia, quizá la verdad siempre encuentra un camino.

Su piedra habló en la mesa.

—Clark, por favor, no es un buen momento.

La roca insistió.

—No puedo llevarte ahora. —Señaló a sus padres en el terreno.

Destellos anaranjados iluminaban el interior de la camioneta—.

Me verían subir al tejado.

Clark dijo algo.

—¿Abierta? —Melissa resopló—. No creo que se les haya

olvidado por muy rápido que hayan bajado.

Pero la piedra insistió hasta convencerla.

Ya en mitad de la escalera resultaron audibles algunos gemidos

de Rick. Más cerca de la puerta, Melissa descubrió que en

realidad eran palabras. Las murmuraba de forma ininteligible,

como si hablara en sueños.

Melissa agarró el pomo.

—No va a abrirse —avisó a la piedra.

Pero pudo abrir la puerta sin dificultad. Abrazó a Clark nada

más entrar, lo encaró a su tripa para que él no viera el desastre,

la estantería caída. Melissa se arrodilló frente a sus rocas,

apiladas en una esquina. Se llevó las manos a la boca al descubrir

que a Natalie y a Marlon les faltaban los ojos. Los buscó en el escritorio. Había blisters vacíos sobre las revistas, polvo

blanquecino entre los papeles. Un lápiz mojado humedecía un

boceto, emborronándolo.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Melissa... —susurró Rick—. Fui yo, la estantería, la tiré yo...

Perdóname... Tus piedras...

La miraba desde la cama con unos ojos que eran todo pupilas,

como si fueran de color negro. Melissa se acercó a él. En la

mesilla había un vaso con la funda de un bolígrafo dentro. El extremo descansaba sobre los restos de una sustancia parecida a la que se secaba alrededor de la nariz de Rick.

—¿Qué te han hecho?

Lo supo al ver las cajas vacías de dormepam junto a una lámpara rota. Al mirar los blísters usados sobre el escritorio. Al palpar el polvo adherido a sus dedos tras haber movido los

papeles. Se los limpió en el camisón para eliminar de su cuerpo cualquier resto de la acción de sus padres.

—Iris ha ido a buscar ayuda —le dijo—, se ha llevado la camioneta de mamá.

Una mueca retorció el rostro de Rick.

—¿Y tú? Tú no dijiste nada. —Cerró los ojos, los volvió a abrir

—. Preferiste mantener tu hogar.

—Lo siento.

Melissa bajó la cabeza. Esperaba que Rick la increpara. Que le gritara todas esas barbaridades que había imaginado que le gritaban los familiares en las fotografías de los periódicos.

—No te culpo —dijo él—. Yo hubiera hecho lo mismo... Éste es tu hogar..., tu familia...

Melissa secó las lágrimas que resbalaban por ambos lados de su cara. Se sorbió la nariz.

—También fue el hogar de Edelweiss —dijo levantando la vista hacia Rick. Después repitió la frase de otra forma, aunque le costara pronunciar el otro nombre—: También fue el hogar de Elizabeth.

El rostro desencajado de Rick recuperó su forma conocida cuando sonrió.

—Elizabeth... Háblame de ella... Háblame de mi hermana... tu hermana...

Sus ojos se sacudieron en rápidos movimientos fuera de control, como si durmiera con los párpados abiertos.

—Aguanta, Iris ha ido a por ayuda.

Pero Melissa miró el vaso sobre la mesilla. Imaginó lo grande que había sido la dosis para dejar aquel sedimento. No iba a tener mucho tiempo. Con los codos clavados en el colchón, tomó la mano de Rick.

—Háblame de ella... —dijo él.

—¿Puedes mirar a la pared de enfrente? ¿La de los dibujos?

—Creo que no..., no veo... —susurró—. ¿Tengo los ojos abiertos?

Lo preguntó con los párpados desplegados, sus enormes pupilas

enfocando el infinito. Melissa no respondió a su pregunta. Había querido mostrarle un dibujo en la parte inferior de la pared, el de

la tumba de Edelweiss en la parte trasera de la casa.

—Ella está aquí —le dijo—. Elizabeth está muy cerca de ti.

Una sonrisa más amplia que la anterior recompuso de nuevo sus facciones.

—¿Está aquí? ¿En el cuarto? —Rick movía la cabeza de un lado a otro, sobre la almohada. Reaccionaba a estímulos que no existían, viendo cosas que no estaban allí—. ¿Elizabeth?

Melissa presionó la lengua contra el paladar, luchando contra unas lágrimas que se derramaron de igual

forma.

—Sí, está aquí —concedió—, en el cuarto.

Rick detuvo sus ojos en un punto arbitrario.

—Justo ahí, a tu lado —dijo Melissa—. Lleva el pelo como más le gustaba, recogido sobre un hombro. Con una flor de cactus sobre la oreja. ¿Hueles la miel? Es de su champú. Ella misma lo fabricaba. Sabía hacer tantas cosas...

Rick inspiró una honda bocanada.

—Ese vestido que lleva era su favorito —continuó Melissa—.

Decía que salía tan blanco de la lavadora porque estaba hecho con verdaderos pétalos de edelweiss. Y que las cuatro flores bordadas en la falda le recordaban a sus hermanas. Está sonriendo, como hacía siempre. ¿La ves?

Rick asintió a la nada.

—La veo... —dijo cerrando los ojos—. Por fin... Elizabeth, qué ganas tenía de conocerte.

—Te está agarrando de la mano.

—Lo noto. —Él apretó la de Melissa—. Noto tu mano, Elizabeth.

Eres igual que mamá, eres igual que ella de joven.

—Te da las gracias por venir a buscarla.

—¿Cómo no iba a venir? Eres mi hermanita...

Melissa dejó que las lágrimas fluyeran, que mojaran su cara como las de Rick mojaban la almohada.

—Elizabeth...

—Gracias por venir a buscarme —dijo Melissa como si quien

hablara fuera Edelweiss, o Elizabeth—. Me hace muy feliz que
hayas venido.

Él sonrió hasta donde le alcanzaban los labios.

—Yo también me alegro de haber venido —dijo—. Ha merecido
la pena sólo por verte.

Los dedos de Rick perdieron fuerza entre los de Melissa.

—Ahora tenemos que ir a ver a mamá...

La mano se quedó flácida.

El cuerpo entero se relajó.

Un sollozo sobrevino a Melissa. Lloró con la frente apoyada
sobre el pecho de Rick. La frecuencia de sus respiraciones se fue



reduciendo hasta detenerse por completo.

Rose vio cómo brotaba la sangre en los dedos ennegrecidos de
Elmer. El roce repetido contra el hilo de cobre había acabado por
levantarle la piel.

—¡Vamos! —grito él.

Saltaron chispas bajo el volante, el motor reaccionó con un leve
murmullo que se extinguió enseguida. Rose estaba fuera de la

camioneta, de pie junto a él, con la puerta abierta. El olor a electricidad, a carne caliente, la estaba
haciendo sentir

indispuesta.

—Déjalo.

Pero Elmer volvió a juntar los cables.

—No la alcanzaríamos, de todas formas. —Rose colocó una mano sobre las de su marido—. Se fue hace demasiado tiempo.

Elmer soltó los cables, se desplomó contra el respaldo del asiento.

—Se acabó. —Levantó las manos aceptando una derrota.

—No —dijo Rose—. No vamos a rendirnos ahora.

—Tenemos a un chico atado en una cama. —Elmer señaló primero la ventana de Melissa. Después, el camino—. Y nuestra hija ha ido a contárselo a todo el mundo.

Rose caminó por el terreno, con la mirada dirigida al suelo.

Anduvo de un extremo a otro de una misma recta, recorriéndola

en ambos sentidos. Desdibujó algunas de las huellas que Iris

había plasmado en la arena el día que esperó a la ambulancia

durante horas. En la quinta vuelta, Rose levantó la cabeza para proponer una idea, pero la dejó caer en silencio, era inviable. Al noveno bucle, una esquina de sus ojos reparó en el sofá vacío del salón.

—¿Melissa?

—Melissa ¿qué? —preguntó Elmer en la camioneta.

Ella se acercó al porche para asomarse a esa ventana. Sólo había un cuaderno de dibujo sobre el sofá.

—No está.

Elmer bajó de la *pick-up*. Miró a la habitación encendida de Rick.

—¿Cerraste la puerta al salir?

Rose sintió cómo su cara perdía color, temperatura. Se llevó las manos a las mejillas. A Elmer se le abrió la boca. Los dos gritaron

a la vez.

—¡Melissa!

Corrieron dentro de casa. A los pies de la escalera vieron el amplio resplandor que emanaba del cuarto de Rick.

—Está abierta...

Rose se quedó paralizada, incapaz de soltarse del poste de la barandilla. No quería subir y encontrar a Melissa en mitad de su habitación destrozada. Exigiendo saber por qué se había desplomado el estante de sus piedras. Por qué habían atado en su cama al chico al que estaban cuidando. Por qué en su mesilla había un vaso con restos de somníferos disueltos en alcohol.

—¡Melissa! —Elmer llegó a lo alto de la escalera de tres zancadas.

Rose apretó los párpados, encogió los hombros como si se preparara para escuchar una detonación.

—¿Mamá?

Creyó que la voz había venido de arriba. Visualizó a Melissa agitando el vaso desde lo alto. Incluso oyó en su mente el tintineo del bolígrafo contra el cristal.

—¿Qué pasa?

La segunda pregunta le permitió discernir que la voz provenía de un lado. Rose abrió los ojos. Su hija salía del aseo con una roca en la mano.

—Nada, pensábamos..., pensamos que... ¡Elmer! —gritó a la escalera—. ¡Está aquí!

Un portazo en el piso superior aniquiló la fuente de luz que los



había alertado.

—¿Dónde iba a estar, si no? —preguntó Melissa.

Rose negó con la cabeza mientras su hija la esquivaba de camino al salón.

—¿Has llorado? —preguntó Rose—. Tienes los ojos rojos.

—Me estaba lavando la cara.

Oyó cómo Melissa se dejaba caer en el sofá.

Una nube de mosquitos revoloteaba alrededor de los focos de la camioneta. El aire caliente que entraba por la ventana había secado el sudor en la piel de Iris, sus lágrimas. El área iluminada frente al vehículo mostraba el camino de tierra, los cactus que lo flanqueaban a ambos lados, los ratones que lo cruzaban. Algunos insectos explotaron contra la luna delantera, detonaron con mayor o menor intensidad en función del grosor de sus cuerpos.

El más voluminoso dejó una mancha parda en una esquina del cristal.

Iris empezó a creer que se había equivocado de camino, o de sentido. Llevaba demasiado tiempo conduciendo. Su pie había ido aflojando la presión sobre el acelerador a medida que aumentaba la incertidumbre. Volvió a pisar a fondo el pedal cuando en el lado derecho del camino apareció un cartel de madera. Estaba clavado contra el tronco de un cardón, escrito a mano, con pintura negra.

Informaba de que faltaban nueve millas hasta la gasolinera.



Rose entró en el cuarto. Encontró a Elmer junto a la cama, presionando los dedos contra el cuello de Rick. Aunque el rostro de su marido ya revelaba lo que había ocurrido, ella lo interrogó con la mirada.

Él asintió.

Un dolor que no era físico retorció el pecho de Rose, o su estómago. No quería relacionar la muerte de Rick con la de Edelweiss, pero no pudo evitar pensar en ella, en cómo, tras una última espiración, se había desdibujado en su rostro la sonrisa que había estado dirigiendo al techo.

Elmer retiró los dedos del cuello de Rick. Levantó las manos de la misma forma que había hecho tras el puente fallido a la camioneta, admitiendo su derrota.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tampoco nos rendimos —dijo Rose—. Ayúdame con el estante.

Tiraron de él hasta que lograron arrancarlo. Los tornillos salieron de la pared sin aflojar las tuercas. Rose lo dejó a un lado como si acometieran una reforma cotidiana.

—Hay que dejarla lo mejor posible. —Señaló a la habitación entera—. Ordena tú el escritorio.

Elmer sacudió las revistas, secó salpicaduras, ordenó los

lápices de Melissa. Rose se llevó el vaso al baño. Bajo el chorro del

lavabo, lo lavó con jabón de manos. Restos de medicamento y

mezcal desaparecieron por el desagüe. Lo devolvió, lleno de agua limpia, a la mesilla, colocándolo junto a la jarra. Mantuvo en pie la lámpara apoyándola contra la pared, giró la pantalla para que

no mostrara la parte rasgada. A la vista dejó las cajas de

medicamentos, excepto las de dormepam. Ésas las tiró a la

basura junto a los blisters que Elmer había retirado del escritorio.

Y el bolígrafo vacío que habían usado como pajita. De cuclillas, anudó la bolsa, la sacó del cubo. Un cristal sobresalía por la base,

rasgando el plástico. Creyó que se trataba de un resto de

bombilla, pero era más grueso.

Era un trozo de la ventana que rompió el disparo.

Rose se quedó mirándolo.

Tenía un codo apoyado en su pierna flexionada, el dedo índice sobre los labios.

De su garganta escapó un gemido de revelación.

—¿Qué piensas? —preguntó Elmer.

Ella se incorporó de un salto.

—Ayúdame a desatarlo.

Elmer frunció el ceño.

—Ayúdame —repitió ella.

Retiró la sábana que cubría a Rick sin dejar que la visión de las lesiones la afectara. Elmer, sin embargo, se dolió nada más verlas, inhalando entre dientes. Ella comenzó a deshacer los nudos de la mano izquierda hasta que su marido hizo lo propio con la derecha.

—Si tu idea es esconderlo —dijo Elmer mientras peleaba con la cuerda—, atado sería más fácil de llevar a cualquier parte.

—No es eso.

—¿Entonces?

Rose cesó su trabajo con los nudos.

—Acaba tú —le indicó a Elmer.

Salió de la habitación llevándose la bolsa de basura. Cuando pasó frente a la habitación de las gemelas, el pomo de la puerta tembló.

—Mamá, ¿por qué hay tanto ruido? —preguntó Daisy desde dentro.

—¿Estáis todos despiertos? —preguntó Dahlia.

—Dejadnos salir —dijeron a la vez.

Ella tragó saliva.

—Volved a la cama, no es nada. El extraño ha tenido un achaque.

—¿Nos va a robar nuestros cuadros?

—¿Nos va a robar nuestros cuadros?



—Si mantenéis la puerta cerrada, no.

Rose prosiguió el camino a su habitación, huyendo de esa escena en la que mentía a sus hijas mientras sujetaba en una mano una bolsa llena de gasas ensangrentadas, restos de medicamentos y cristales. Escondió la bolsa en el armario. De un

lateral, más allá del único abrigo largo que tenía, cogió algo.

Regresó al cuarto de Melissa, donde Elmer terminaba de desatar la mano que ella había dejado a medias.

—¿Y bien? —preguntó él.

Rose le mostró la escopeta.

La cargó con dos cartuchos.

La cabina de teléfono proyectaba una sombra diagonal sobre el suelo de la gasolinera. Su ángulo había ido variando en función de la trayectoria de la luna. Iris esperaba con las manos en los bolsillos del camión, en el derecho agitaba la moneda que le había sobrado tras la llamada. El viento enredaba su pelo.

Sacudía también la puerta de la Dodge que había dejado abierta al bajar.

El ruido de un motor resultó audible a lo lejos. Los focos de un vehículo perforaron la oscuridad. Iris salió al camino. Agitó los brazos hasta que la camioneta se detuvo frente a ella. Subió, jadeando, al asiento del acompañante.

—No me gusta nada que me asusten de esta manera, Iris. —

Socorro hablaba con una mano en el pecho, la otra en el volante

—. ¿Quién es ese chico? ¿Estáis todos bien?

—Vamos.

—¿Has venido conduciendo tú sola?

—Venga, vamos. —Iris golpeó el salpicadero.



Elmer miraba al exterior a través de la ventana rota. El viento soplaba tan fuerte que los grillos habían

dejado de cantar. Una polilla negra, grande como un murciélago, se posó con las alas extendidas sobre las tejas. Esta vez, Elmer no se molestó en espantarla.

Se cruzó de brazos.

Cada vez que cambiaba la distribución del peso, crujía bajo sus pies un tablón en el suelo. Sentada en la cama, Rose se mordía la uña de un pulgar. El sonido repetido de sus dientes al chocar actuaba como el segundero que medía la espera.

Permanecieron en silencio.

Hasta que Rose se levantó. Se colocó junto a Elmer.

—Ya vienen.

—¿Cómo lo sabes?

Una neblina morada flotó sobre el camino, nubes de polvo teñidas por la luna y la noche. El vehículo que las provocaba tomó la curva junto al cactus alto, enfilando el camino que dirigía a la casa.

—Vamos —dijo Rose, dándole un toque en el hombro.

Ella cogió la escopeta apoyada en el escritorio de Melissa. Elmer

colocó los brazos por debajo de los de Rick. Lo sacó de la cama cargándolo por las axilas. Se mordió la lengua para contrarrestar

la sensación desagradable que le provocaban los crujidos de hueso roto, de cartílago desgarrado.

—Abre —ordenó a su mujer, sus lumbares no resistirían el peso durante mucho tiempo—, venga.

Las rodillas de Elmer flaquearon, sus piernas temblaban. La columna de polvo se había convertido en una nube tempestuosa



que amenazaba tormenta sobre la casa.

—Date prisa.

Rose abrió la puerta. Se dirigió con el arma a la habitación de matrimonio. Elmer la siguió. La cabeza vencida de Rick se

balanceaba a un lado y a otro, frente a su cara. Sus pies

colgantes se le enredaron entre las piernas. A punto estuvo de

tropezar en el pasillo.

Melissa miró al techo del salón. Los pasos de sus padres

retumbaron allí arriba. Se trasladaron de la habitación en la que

estaba Rick a la de ellos. Su roca le preguntó algo.

—No lo sé, Doris.

Fuera, los focos de un vehículo aproximándose encendieron

destellos intermitentes entre los cactus, las rocas. Frente a la ventana, Melissa vio su propia sombra alargada reptar por el

suelo del salón, trepar por la pared. La camioneta de Socorro se detuvo en el terreno. Del frenazo, una lluvia de guijarros arreció contra el porche.

Iris salió por un lado, ayudó a la profesora a bajar por el otro.

Melissa nunca había visto a Socorro con el pelo suelto. De la

mano, subieron los escalones del porche. Las luces de la

camioneta se quedaron encendidas, las puertas, abiertas.

—¡Vamos! —gritó Iris—. ¡Lo tienen atado!

Antes de que alcanzaran la puerta, un disparo estalló en el piso

superior. Socorro encogió los hombros, se cubrió la cabeza.

Retrocedió arrastrando a Iris.

A Melissa se le cayó la roca al suelo.

—¡Riiick! —gritó Iris.

Tiró de la mano de Socorro, luchando por entrar en casa, pero la profesora opuso resistencia. La retuvo en contra de su voluntad.

—¡Tengo que ir! ¡Es Rick!

Melissa las vio discutir a través de la puerta de la entrada.

Socorro se agarró a un poste del porche para tirar de Iris con más fuerza. Arriba se produjo un nuevo impacto. Mamá gritó. El techo tembló cuando algo pesado se precipitó contra el suelo. Un cuerpo. Después estalló algún cristal. Sonó a madera rota. El rostro de la profesora se fue desencajando con cada ruido.

Hubo un segundo disparo.

—¡Quiero subir! —Iris desgarró su voz con un aullido doloroso.

Liberó su mano de una sacudida que lanzó a Socorro contra la barandilla del porche. Después, atravesó la entrada y corrió escaleras arriba. Fuera, la profesora recuperó la estabilidad entre jadeos. Tras una honda respiración, persiguió a Iris hasta el piso superior. Ninguna de las dos reparó en Melissa, que recogió a Doris del suelo y subió detrás de ellas.

Las encontró agolpadas bajo el umbral de la habitación de

matrimonio, asomadas a lo que hubiera ocurrido allí dentro. Iris se volvió, tapándose la cara con las manos. Socorro se arrodilló, con dificultad, junto a dos cuerpos ensangrentados.

—Oh, *Dios mío*, Rose.

Melissa fue incapaz de dar sentido a la escena que encontró en la habitación. El brazo de mamá emergía bajo el cuerpo desnudo

de Rick, que la aplastaba contra el suelo. Papá se retorció en una esquina, desplomado sobre los escombros de una mesilla de noche. Se agarraba la cabeza presa de algún mareo.

—Rose, *por favor*, contesta. —Socorro hablaba con la mejilla pegada al suelo—. Rose. Rose.

Mamá dejó escapar un profundo gemido, quitándose de encima a Rick, que se desplomó a un lado, sobre el charco de sangre.

Entre los dos cuerpos había una escopeta.

—Estoy bien —dijo mamá, recuperando el aliento—. La sangre es de él. Yo estoy bien. He tenido que dispararle. Apareció de pronto, en nuestro cuarto.

— *Híjole*, Rose —Socorro limpió salpicaduras en su cara—, acabo de llevarme el susto de mi vida.

Papá peleó entre las maderas astilladas para ponerse de pie.

Ancló una mano a la pared recuperando el equilibrio.

—¿Qué ha pasado? —Iris hablaba sin destapar del todo su rostro, cubriéndose la nariz y la boca—. Rick está..., está... —sollozó contra sus manos sacudiendo los hombros—. No puedo mirar, ¿qué le habéis hecho?

—Pero ¿tú has visto cómo está tu madre? ¿Cómo estoy yo? —

Papá mostró su ropa manchada, desgarrada—. Con el numerito que has montado nos olvidamos de asegurar la puerta y mira lo que ha pasado. —Señaló el suelo—. Ahora dime otra vez que el chico no era peligroso.

Iris tenía los ojos muy abiertos, las pestañas húmedas, la mandíbula descolgada. No parpadeaba.

—Suerte que esta vez he sabido defenderme mejor. —Mamá usó

la escopeta como bastón para levantarse—. Sabía que hacía bien en guardarla debajo de la cama.

Limpió con su vestido la sangre de un corte en el brazo.

—Mamá..., perdona... —balbuceó Iris—. Pero no..., no puede ser... Estaba atado.

—¿Atado? —preguntó papá.

—Eso me ha dicho. —Socorro señaló a Iris—. Me llamó desde la

gasolinera, me dijo que había... —arrugó la cara como si fuera a decir algo extraño—, que había un chico atado en la cama de su

hermana.

Melissa se fijó en las muñecas de Rick. Las manchas de sangre ocultaban las rozaduras que habría dejado la cuerda.

—¿Y le dijo también que estaba enamorada de él? ¿De un chico al que no conocía? ¿Al que ofrecimos cobijo una noche y disparó a mi mujer para robarnos?

—No —la profesora habló entre dientes—, eso no me lo ha dicho.

—Yo..., es que... —Iris no encontraba las palabras—, esto...

—Lo estábamos cuidando, Socorro. —Mamá se concedió unos segundos para tomar aire—. No quisieron enviarnos una

ambulancia aquí, tan lejos, y lo hemos atendido lo mejor que hemos podido. Elmer lo redujo en defensa propia, con la

camioneta, hace unos días, al verlo escapar de casa con la

escopeta, después de dispararme... y ahora nos aparece aquí, en el cuarto, como una bestia, en mitad de la noche. —Mamá se

sentó en la cama, luchando contra un sofoco—. Y mi hija cree que

se ha enamorado de él. Y que nosotros estamos en contra de un romance entre ellos.

—Muy Romeo y Julieta todo —añadió papá—. Es por todos esos libros que lee.

—Iris... —susurró Socorro. Alargó una mano para tocarla, pero ella se apartó. La profesora se dirigió a mamá—: ¿Te lo avisé o no te lo avisé?

Ella bajó la cabeza, aceptando la culpa de alguna advertencia que Melissa desconocía.

—Pe..., pero no puede ser —intervino Iris—. Tenía el tobillo roto, una pierna doblada. No ha podido venir él, es imposible.

Las manos de mamá apretaron el colchón, con fuerza. Socorro ladeó la cabeza, la movió observando el cuerpo de Rick de un extremo a otro.

—Se ven muy malheridas —dijo—. ¿Vino del otro cuarto hasta aquí? ¿Con esas piernas?

Detrás de Iris, Melissa no alcanzó a ver el rostro de sus padres, o si intercambiaron alguna mirada, pero sí escuchó cómo se apresuraban en responder, atropellándose el uno al otro.

—Apareció de pronto...

—Fue en la entrada...

—Sí, eso, cuando entramos...

—No, él salía...

Socorro dejó escapar un gemido de sospecha. Melissa abrazó a Doris, la apretó contra su vientre. Sin palabras, pidió disculpas a Rick por lo que iba a decir. Tapó los oídos de la roca para que no

la escuchara mentir.

—Es verdad, lo ha hecho —dijo—. Yo lo he visto.

Todas las caras se volvieron hacia ella al advertir su presencia.

Melissa sólo se fijó en la de mamá. En cómo sus ojos se

ampliaban a causa de la sorpresa. En cómo fruncía el ceño sin

entender por qué estaba respaldando su mentira. Los dedos con

los que apretaba el colchón también se aflojaron.

—Melissa, ¿qué haces ahí? —Socorro se llevó las manos a la

boca—. Date la vuelta, no veas esto.

La profesora corrió a por ella. Bloqueó su visión con un abrazo

que sumergió su rostro en unos pechos que la asfixiaron. Giró la

cara para poder respirar.

—En vaya lío me has metido. —El busto de Socorro reverberó al

hablar. La profesora miraba a Iris de lado, con los ojos

entrecerrados—. Me dijiste que lo estaban dejando morir.

—También dice que está enamorada —papá se sentó en la

cama, junto a mamá—, de un ladrón capaz de disparar a una

mujer que es madre de tres hijas, a mi esposa —la besó en la sien

—, para llevarse, ¿qué?, ¿una camioneta de hace veinte años?,

¿un tarro de monedas? —Hizo una pausa para resaltar lo absurdo

de cualquier opción—. De verdad, qué bien hacemos en vivir tan

apartados. Hay veces que pienso que el mundo está lleno de gente

mala.

Al escucharle decir eso, Melissa rompió a llorar. Lloró por la

sonrisa que había desplegado Rick en la cama al sentir la

presencia de Elizabeth junto a él. Por la forma en que había tomado aire para disfrutar del aroma a miel de un pelo que nunca tuvo la oportunidad de tocar. Lloró también por cómo su pecho se había detenido al dejar de respirar, mucho antes del supuesto ataque a sus padres.

—Tranquila, ya pasó. —Socorro besó su coronilla—. Estáis fuera de peligro, el chico ya no puede hacerte nada malo.

Pero el llanto de Melissa se intensificó. La frecuencia de los sollozos creció hasta atragantarla. Socorro la meció como a una niña pequeña.

—Ya está, ya está —susurró en su oído.

—No sé qué decir... Papá... —Iris negaba con la cabeza—, mamá, lo siento, no creí que... Parecía tan bueno.

—Anda, trae el botiquín.

Los ojos de mamá se encontraron con los de Melissa, que secaba sus lágrimas en el vestido de Socorro. Percibió ligeros cambios en el enfoque de sus pupilas, el sutil trabajo de los párpados. Mamá seguía intentando descifrar el motivo de sus acciones. El diálogo de miradas se interrumpió con las voces de las gemelas.

—¿Mamá?

—¿Mamá?

Hablaron las dos, en presencia de Socorro. Iris dejó de sorberse la nariz. Papá carraspeó. Mamá enderezó la espalda. Los ojos de todos ellos buscaron los de los demás.

—La niña —dijo Socorro usando la forma en singular—. Que Lily no vea esto, por favor.

Mamá se levantó de un salto, se dirigió al cuarto de las gemelas con la llave en la mano. Melissa se separó de la profesora, cogió la llave de entre los dedos de su madre.

—Vosotros encargaos de Rick. —Señaló el cuerpo con la barbilla

—. Yo me ocupo de Lily.

Vislumbró en la mirada de mamá un destello de asombro, de orgullo. La propia Melissa se sorprendió de lo adulta que había sonado. Entró en la habitación de las niñas con un dedo en los labios.

—Ha habido disparos, ha habido disparos —dijeron las gemelas

—. Otra vez.

Melissa chistó.

—No pasa nada, está todo bien —susurró—. Pero tenéis que callaros, que está Socorro aquí.

Se miraron la una a la otra, frunciendo el ceño.

—¿Tenemos clase?

—Claro que no.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces ¿a qué ha venido la profesora?

Melissa tomó aire, preparándose para otra mentira.

—Ha venido a llevarse al chico. Va a acercarlo al siguiente pueblo, para que pueda seguir su camino desde allí. —Pronunció las palabras como si su boca no le perteneciera—. Mañana ya no estará aquí.

—¡Bien! —gritaron ellas al unísono.

Verlas celebrar la ausencia de Rick provocó en su nariz el ardor

de un nuevo llanto.

—¿Por qué lloras? —preguntó Daisy.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dahlia.



Cuatro manos pequeñas secaron sus mejillas, arreglaron su cabello enredado.

—¿Te duele la tripa?

Ella negó con la cabeza, forzó una sonrisa.

—Y ahora, calladitas.

Les tapó la boca con las manos.

—Es que nos daba mucho miedo —susurró Daisy, calentándole la mano izquierda con su aliento.

—Y quería robarnos los cuadros. —La lengua de Dahlia le humedeció la derecha.

Melissa abrazó a sus hermanas. Besó sus cabecitas pensando en cuántas veces habría deseado Rick besar la de Elizabeth.

Rose apagó la luz de la cocina, no era necesario seguir teniéndola encendida ahora que el amarillo pálido del amanecer iluminaba la estancia. Regresó a la mesa con Iris y Socorro, las tres se habían sentado a compartir una infusión cuando aún era de noche. Iris agarraba su taza entre las manos, soplando el borde, la mirada perdida en el té de valeriana, como si el líquido tuviera la profundidad de un océano.

—Imagine lo culpable que se sentía mi marido. —Rose se sentó, recuperó su taza, continuó la conversación por donde la había interrumpido—. Pero yo también lo habría atropellado si llego a casa y lo veo huyendo, loco como iba, con una escopeta en la mano.

— *Dios mío*, qué horrible. —La profesora sorbió la infusión entornando los párpados—. Para tu marido tuvo que ser horrible ese momento.

—Hemos estado cuidando a ese chico lo mejor que hemos sabido, hemos sacado a nuestra propia hija de su habitación para atenderlo..., y mire cómo ha terminado la cosa.

Rose extendió el brazo sobre la mesa, mostrando el corte que se había hecho ella misma. Una línea de color ocre permitía adivinar la dimensión de la herida a través de la venda. Iris salió de su ensimismamiento, acarició el apósito.

—¿Te duele? —preguntó—. Perdóname, mamá...

Rose tomó esa mano.

—No te culpes. —La acarició con el pulgar.

—Cómo que no, por supuesto que me hago responsable —Que

Iris hubiera recuperado su forma elaborada de decir las cosas era un buen síntoma—. Si yo no me hubiera escapado con la camioneta, no os habríais dejado la puerta abierta, y si no os hubierais dejado la puerta abierta...

—Que no te culpes —la interrumpió Rose—. Fuimos nosotros los que invitamos a un extraño a nuestra casa.

—Pero tampoco vosotros tenéis la culpa —dijo Socorro.

—Ya, ya lo sé. De verdad que nos engañó. Parecía un buen chico que sólo quería hablar con alguien, compartir una cena con

gente. Lo invitamos con la mejor de nuestras intenciones. —Rose chasqueó la lengua—. Si es que no se puede ser buena, Socorro, no se puede ser buena con la gente.

La profesora cogió su mano.

—Sí que se puede. Claro que se puede. Y hay que ser buena.

Como tú, como tus niñas. Por favor, que esto no os haga perder la bondad. Gente mala hay en todas partes. Incluso aquí, en mitad del desierto, quién lo iba a decir. Pero no podemos dejar que nos ensucien con su maldad. A veces es difícil de entender, pero la maldad no se vence respondiendo con maldad. Se vence respondiendo con más bondad.

Iris suspiró.

—Yo ya no sé si podré confiar en ningún chico...

—Iris, por favor. —Socorro le tomó la mano que le quedaba libre, entre las tres formaron un círculo cerrado—. No vayas a dejar que este episodio te atormente. Lo que ha pasado aquí, con ese chico, no es representación de nada que forme parte del mundo real, es una excepción. No asocies el amor que has sentido por ese muchacho con la tragedia. El amor es algo bello, no es algo trágico.

—En los buenos libros, casi siempre es trágico.

—¿Y tú quieres vivir amores trágicos como los de tus libros? ¿O amores reales, bonitos, sin complicaciones, como el de tus padres? —Apretó la mano de Rose al mencionarlos.

Iris se quedó pensativa.

—Creo que ya he tenido suficiente con un amor trágico...

A ojos de Rose, la ligera sonrisa que asomó a los labios de su hija iluminó la cocina con mayor

intensidad que el sol del

amanecer.

—Perdóname, Socorro —dijo Iris.

—¿Perdón? ¿A mí?

—Por el susto que te he dado.

—Tonterías. Actuabas movida por el amor. —La profesora guió la mano de Iris a su corazón—. Nunca pidas perdón por eso.

Nunca.

Rose asintió, aplicándose el mensaje.

—Eres muy joven, aún te queda mucho amor que dar —

continuó Socorro.

Iris miró al paisaje. Rose supo, con el estómago encogido, que su hija estaba imaginando amores que acontecerían allí fuera, lejos, más allá de la casa entre los cactus.

—Y aún te quedan muchos chicos por conocer —añadió la profesora.

Los ojos de Iris se abrieron, escandalizada. Soltó sus manos para tapar la risa que estalló en su boca.

—¡Socorro!

—Bueno, bueno —intervino Rose—. Mejor que no sean muchos.

Las tres mujeres rieron sobre sus tazas, como si fueran un grupo de amigas que hubiera quedado a tomar el té. Las carcajadas de Rose encendieron el dolor en los hematomas que le había causado el cuerpo de Rick cuando Elmer lo dejó caer sobre ella.

—¿Estás bien? —preguntó Socorro.

—No es nada. —Se masajeó el cuello, presionó una zona dolorosa en el abdomen. Aprovechó sus movimientos para

comprobar que la profesora se había terminado la infusión—. Lo que sí necesito es descansar, ha sido una noche agotadora.

Bueno, han sido cuatro días agotadores.

Socorro captó el mensaje.

—Hora de que me vaya —dijo—. Pero si quieres que me quede, Rose, que me ocupe de las niñas mientras tú duermes...

—No hará falta, de verdad —dio un último sorbo a su té—, muchas gracias.

—A veces lo único que una necesita para ponerse bien es estar a solas con su familia, no creas que no te entiendo. —Socorro se levantó, arrastró la silla bajo la mesa—. Lo que sí puedo hacer por ti es llamar a la policía en cuanto llegue a casa, una preocupación que te ahorro.

A Rose se le cayó la taza de las manos.

Quedó balanceándose en el borde de la mesa.

—Voy... voy a... a mandar a Elmer ahora a la casa de su compañero de trabajo —dijo—, está más cerca que la gasolinera, y

que su casa, así que va a tardar menos en llegar. —Observó la taza oscilando en el filo, a punto de caer—. Cuanto antes reciba la

policía esa llamada, mucho mejor para todos.

—Entonces mejor eso —dijo la profesora—, que vengan cuanto antes.

Rose cogió la taza en el momento en que el peso la vencía hacia

el suelo, evitando el desastre. Aprovechó para recoger también las otras dos, las dejó en el fregadero.

—La acompañamos a su camioneta —dijo, invitando a Iris a levantarse.

Las tres salieron juntas al porche, que olía a madera caliente.

Rose vio a Melissa a lo lejos, cerca de sus cactus. El metal de la escalera plegable refulgía al sol.

—¿Está cogiendo flores? —preguntó Iris.

—No —dijo Socorro—. Creo que está haciendo otra cosa.

A Rose le molestó que sonriera, que entendiera mejor que ella las acciones de su hija.

—¡Melissa! —gritó la profesora de puntillas, agitando un brazo en el aire—, ¿vienes a despedirme?

Rose intentó imitar el gesto, pero la herida en el brazo se lo impidió. Melissa las miró desde su posición.

—¡Voy!

Se entretuvo aún unos segundos, recogiendo algo, antes de emprender camino hacia el porche. El brillo metálico de la escalera quedó flotando detrás de ella. Venía con algo en las manos. Rose descubrió lo que era cuando alcanzó los escalones del porche. Traía la ropa doblada de sus cactus.

—Qué bien, hija —dio un paso adelante—, cuánto me alegra que te deshagas de ellos.

Pero Melissa no se detuvo junto a ella, sino que continuó hasta situarse frente a Socorro. La profesora asintió al ver las prendas.

—Acabas de dar un paso muy importante. —Le pellizcó la

mejilla—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Voy a empezar a alegrarme por lo que tengo en lugar de lamentarme por lo que no tengo —dijo Melissa.

Socorro sonrió como si reconociera las palabras.

—Ésa es una gran filosofía de vida.

—La aprendí de una mujer muy sabia.

El vínculo especial que existía entre ambas despertó los celos de Rose.

—Tengo una familia maravillosa y una casa preciosa en un paisaje espectacular. —Melissa pronunció las palabras con esa madurez que parecía haber adquirido de pronto—. Es todo lo que necesito para ser feliz.

Rose agradeció las palabras lanzándole un beso a Melissa. Los celos se desvanecieron. La niña entornó los párpados, cuestionándola con unos ojos que también parecían más profundos. Después abrazó a la profesora.

—Que pases un buen verano. —Aumentó la presión con un gemido, ilustrando lo mucho que iba a echarla de menos—. Ahora voy a despedirme también de mis rocas.

—Diles adiós de mi parte —pidió Socorro.

—Y de la mía —añadió Rose enseguida.

Melissa entró en casa pisando con tanto aplomo como si cargara con una de las piedras más grandes del paisaje.

—Cada vez tienes menos niñas —Socorro incluyó a Iris en la observación rodeándola con un brazo—, se te está llenando la



casa de *mujercitas*. El próximo curso no voy a tener nada que enseñaros.

Con esa mención al futuro próximo, la profesora se despidió. Su camioneta se alejó por el camino mientras Rose e Iris decían adiós desde la barandilla del porche.

—Dejé nuestra camioneta en la gasolinera...

—No te preocupes más —dijo Rose—, no te preocupes por nada.

Cogió a su hija de la mano invitándola a que se sentaran en los escalones. Iris apoyó la cabeza sobre su hombro. Juntas observaron cómo se desvanecía entre los cactus la nube de polvo que Socorro iba dejando detrás de ella.

—Y que sepas que no estaba atado. —Rose acarició el rostro de su hija con el brazo ileso—. Estaba inmovilizado para evitar que se hiciera más daño. Lo estábamos curando.

—Ya lo sé, mamá.

—Pero si viste que estaba atado fue porque entraste en la habitación. —Notó cómo Iris dejaba de respirar—. Tenía yo razón ayer, cuando bajé con un pelo del cuarto. Ese pelo era tuyo.

Ella se tomó un tiempo antes de responder.

—Sí, mamá —concedió con un suspiro—, perdóname, por favor.

—La abrazó con una entrega a la que no se abandonaba desde que era niña—. De verdad sentí que le quería.

Su hija se desahogó sobre su hombro, sollozó entre sus brazos.

Como corresponde hacer a una madre, Rose la consoló

acariciándole el cabello, enamorada de su tacto, su brillo. Igual que el de Edelweiss, el pelo de Iris adquiriría diferentes tonalidades

a lo largo del día, reflejando el abanico de colores infinitos con los

que el sol pintaba el desierto.

Melissa percibió el olor que despedían las prendas mientras subía las escaleras hasta su habitación. Las camisas de *Needles* y *Pins* olían a polvo, a sol, a savia de cactus. La de *Thorns* no había estado tantos días a la intemperie como para haber absorbido los

olores del desierto.

En el piso superior, a través de la puerta entornada, vio a papá

moviéndose dentro de la habitación de matrimonio. De cuclillas,

empujaba un bulto envuelto en una sábana blanca, haciéndolo

rodar sobre el tejido desplegado en el suelo. Melissa apartó la mirada al ver las manchas de sangre. Cuando papá advirtió su

presencia, se incorporó, se puso muy recto. Tocó las yemas de sus

dedos a la altura de la tripa. Bajó la cabeza sin saber qué decir, rehuyendo su mirada. Acabó por cerrar la puerta empujándola

con un dedo.

Melissa entró en su cuarto.

Las revistas en el escritorio estaban ordenadas, el resto de los papeles, también. No había medicinas sobre la mesilla, ni ningún

vaso con sedimentos blanquecinos. El cubo de la basura estaba

vacío. La estantería desplomada descansaba sobre una pared,

como descansaba la puerta mosquitera sobre el columpio en el

porche. El colchón al descubierto, sin ninguna sábana que lo

cubriera, mostraba los motivos romboidales de sus costuras, las

etiquetas. Melissa se sentó en el borde. Dejó a un lado la ropa de

los cactus.

Miró sus rocas apiladas en una esquina.

—Prometo buscar vuestros ojos para que podamos despedirnos como es debido —les dijo a Marlon y a Natalie.

Unos nudillos tocaron la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó mamá.

Melissa asintió. Una vez dentro, mamá cerró la puerta, echó la llave. Se sentó en el colchón, a su lado. Durante unos segundos, se miraron sin decir nada. Entonces mamá la cogió de una mano. La llevó al calor de su regazo.

—No viste al chico atacándome en el cuarto —susurró.

Melissa negó con la cabeza.

—Rick no pudo hacer nada —dijo—. Estuve antes con él, aquí, en mi cama, cuando... —Prefirió no pronunciar la palabra.

Los ojos de mamá brillaron.

—Hija, no..., no tendrías que haber visto nada.

—Os dejasteis la puerta sin cerrar. Sólo quería cambiar mi roca, pero Rick me habló.

—¿Te habló? —Su cuello se tensó.

Melissa asintió.

—¿Y qué te dijo? —apenas dibujó las palabras con los labios.

Los párpados de Melissa hormiguearon. La humedad de las lágrimas incipientes picaba en el interior de su nariz.

—Me quedé mientras ocurría, mamá.

—¿Por qué me miras así?

—Mamá, le hablé de Edelweiss.

—¿Edelweiss? —Tragó saliva.

—Sí, mamá.

—¿Y por qué le hablaste de Edelweiss?

—Le dije que Edelweiss lo estaba agarrando de la mano —
susurró Melissa—. Para que se sintiera acompañado por alguien
querido mientras se marchaba.

La barbilla de mamá empezó a temblar. Se mordió los labios
luchando por contener unas lágrimas que asomaron a sus ojos a
pesar de los esfuerzos por evitarlo.

—¿Nuestra Edelweiss?

Frunció el ceño tratando de fingir desconcierto, aunque ambas
sabían que no tenía sentido seguir disimulando.

—Su hermana, mamá. Quise que sintiera que su hermana lo
esperaba al otro lado.

El rostro de mamá se arrugó, reprimiendo un sollozo que
finalmente estalló en su cara, derrumbándola entre los brazos de
Melissa. Lloró sobre su hombro con el abandono propio de una
niña pequeña.

—Hija, perdóname...

—Odio saber la verdad —susurró Melissa.

Mamá esperó a controlar sus espasmos para incorporarse. Lo
hizo secándose los ojos con las manos. Agarró a Melissa de las mejillas.

—Hija —habló muy cerca de su cara—, la única verdad es esta
familia.



—Lo sé todo, mamá.

Los ojos de ella recorrieron cada una de sus facciones como si esperara encontrar en ellas alguna explicación.

—¿Cómo? —preguntó al final.

Melissa bajó la cabeza. Miró el mismo suelo en el que se había sentado cruzando las piernas, con un farol, frente a la carpeta de recortes, alumbrando por primera vez la verdad. Sintió en los

párpados inferiores el peso de las noches sin dormir leyendo los documentos. Recordó la conversación con Rick de la mañana

siguiente. Revivió en sus manos el calor del fuego con el que había reducido a cenizas ese otro pasado que no podía existir, igual que había hecho papá.

—Me lo han contado mis rocas —dijo Melissa—. Ellas han estado aquí todo el tiempo.

Señaló con la barbilla la esquina en la que estaban apiladas.

Mamá abrió la boca para decir algo, que eso no podía ser verdad, pero la cerró sin pronunciar palabra. Aceptó la explicación con un asentimiento, igual que Melissa estaba aceptando lo que ellos habían hecho.

—Perdóname, hija. —Se derrumbó una vez más entre sus brazos, llorando contra su pecho—. Por favor, perdónanos.

Como si ella fuera la madre, Melissa acarició su cabello hasta que se relajó. Observó, mientras lo hacía, la pared de los dibujos.

Los retratos de un pasado familiar perfecto brillaban en dorado al recibir la luz especial con la que el sol los iluminaba cada mañana.

—¡Vamos! —gritaron las gemelas—. ¡Es el último día de floración de los cactus! ¡Hay que darse prisa!

—¿Floración? —preguntó mamá—. ¿Quién os ha enseñado esa palabra?

—¡La profesora!

Corrieron escaleras abajo contando en voz alta el número de collares que pensaban hacer. Melissa observaba la escena desde el baño, lavándose los dientes frente al espejo. Mamá se dirigió a ella en el reflejo.

—Y tú, vamos, no hagas esperar a papá. —Recogió del suelo algunas cuentas de colores—. ¿No se supone que te encanta ir al pueblo?

Asintió con el cepillo en la boca.

—Pues no lo parece. —Mamá tiró las cuentas a la papelera

junto al lavabo. Aprovechó la cercanía para darle un beso en la coronilla—. Vamos, date prisa, que papá ha terminado de

desayunar.

En su cuarto, Melissa sacó de debajo de la cama el bolso con el

que siempre iba al pueblo. Solía llevarlo vacío para poder traer más compras, pero no en esta ocasión. Del mueble que incluía el

cajón de las témperas, sacó un cuaderno de dibujo. Arrancó el

retrato que había hecho de Rick en la cama. De la pared de los dibujos, seleccionó también uno de Edelweiss. Los metió en el

bolso junto al resto de las cosas. Bajó las escaleras ajustando el cierre en el agujero más apretado.

—¿Lista? —preguntó papá cuando la vio entrar en la cocina.

—Lista.

—Pues déjame que termine de vestir a estas floricultoras —con una rodilla en el suelo, ajustaba unos sombreros de paja en la cabeza de las gemelas—, y nos vamos.

—Es verdad, somos floricultoras —repitieron ellas.

Mostraron las cestas de mimbre vacías que colgaban de sus brazos.

—Vamos a hacer un collar para cada una —dijo Daisy.

—Vamos a hacer un collar para cada una —repitió Dahlia.

Melissa agradeció sus intenciones con una sonrisa.

—Y ahora unos guantes para que no os pinchéis. —Papá les puso unos tan grandes que se les salieron de las manos al bajar los brazos—. ¡Rose! Acaba tú con ellas que me estoy poniendo nervioso.

Recogió los dos pares del suelo y los dejó sobre la mesa, donde Iris construía columnas inestables con los libros que iba sacando de su estantería. De puntillas, metió la mano hasta el fondo de la sección más alta. Mamá entró en la cocina por la puerta trasera, venía del huerto con cuatro tomates.

—Nada, no está. —Iris chasqueó la lengua—. No lo entiendo.

—¿Has mirado en el salón? —preguntó mamá.

—He movido todo. —Señaló una pila de cojines a la entrada—.

No está.

Melissa echó su bolso hacia atrás, ocultándolo detrás de su espalda.

—¿Qué buscas?

—Mi libro. *Orgullo y prejuicio*. Parece que hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Y ni siquiera he tenido la oportunidad de terminarlo.

—¿En un mes no lo has acabado? —dijo Melissa—. Eso sí que es raro.

El comentario nubló el rostro de Iris.

—No me he encontrado con el ánimo adecuado para leer... —

Escapó de la tormenta con un parpadeo—. A ver vosotras, en serio —se dirigió a las gemelas—, ¿y mi libro? ¿Lo habéis sacado a jugar por el desierto y lo habéis perdido? Prefiero que me digáis la verdad.

Las niñas negaron con la cabeza.

—Pues es que no lo entiendo.

—Seguro que te lo robó el chico —dijo Daisy.

—Seguro que te lo robó el chico —dijo Dahlia.

Un tomate cayó al suelo, salpicó a Melissa en los tobillos. Mamá se agachó a recogerlo, aún se ponía nerviosa cada vez que alguien mencionaba a Rick.

—¿Por qué decís eso? —preguntó Iris.

Las gemelas cuchichearon al oído.

—Pues porque a nosotras al final también nos ha robado un cuadro —dijeron a la vez—, uno de los más bonitos.

—¿Ah sí?

Asintieron con total convicción.



—Sabía lo mucho que valían —dijo Daisy.

—Se habrá hecho rico vendiéndolo —dijo Dahlia.

—¿Seguro que no se os ha caído de la pared y está detrás de la cama? —Mamá secó restos de tomate entre sus dedos.

—Nos lo robó el chico —repitieron ellas—. Se ha comprado una casa con el dinero que ganó vendiéndolo.

—Seguro que sí. —Iris les enredó el pelo—. Yo por si acaso voy a seguir buscando mi libro.

—Y vosotros. —Mamá señaló a Melissa y a papá—. Como no os vayáis se os va a hacer tarde.

—¿Nosotras cuándo podremos ir al pueblo? —preguntaron las gemelas.

Papá les pellizcó la nariz.

—Cuando seáis más mayores.

—Ya somos mayores.

—Vosotras os quedáis aquí conmigo —dijo mamá—. Así me ayudáis a preparar la cena para cuando regresen.

—¿La cena? Eso es un rollo. Nosotras queremos hacer collares.

—¿Preparar un picnic es un rollo?

Las gemelas se miraron, rozando las alas de paja de sus sombreros.

—¡Picnic!

Celebraron la noticia dando saltos, las cestas balanceándose en sus brazos.

—Pero para eso vuestro padre y vuestra hermana Melissa — mamá los empujó hacia la salida— tienen que irse ya y volver antes de que anochezca.

La primera parada que hicieron en el pueblo fue en el supermercado.

Melissa permaneció al lado de papá mientras él leía las etiquetas de algunos productos, escritas en español. También habló en español con el señor que vendía la fruta y con la mujer que le dio dos paquetes de cien tortillas de maíz cada uno.

Siguiendo las indicaciones de papá, el carnicero seleccionó un trozo grande de carne y se dispuso a cortarlo en filetes.

—¿Voy buscando alguna cosa? —preguntó Melissa.

Papá le entregó la lista que había escrito mamá.

—Las tres últimas —las señaló en el papel—. De azúcar, el tamaño mediano.

Ella cogió la lista, se perdió entre los pasillos. Cuando supo que papá no la veía, apretó el bolso contra su cadera.

Empezó a correr.

Salió del supermercado, el sol quemaba en los hombros. Dejó pasar una camioneta para cruzar la calle, tosió al respirar el humo negro que salió del tubo de escape. Corrió a la derecha hasta la primera esquina, la dobló.

Entró sudando en la oficina postal. En el mostrador, vació su

bolso. El dependiente preguntó algo, pero Melissa no entendió lo que decía. Tampoco tenía tiempo de entretenerse.

— *Por favor* — dijo en español . Señaló las direcciones que había escrito en tres paquetes—. *Aquí*.

Antes de marcharse, dejó caer un puñado de monedas sobre el mostrador.

De vuelta en el supermercado, cogió las cajas de cereales, los sacos de arroz y el azúcar. Regresó junto a papá mientras el carnicero empaquetaba un tercer pedido.

—Hija, coge aire —dijo él—. Tampoco hacía falta que te dieras tanta prisa. Aquí el amigo se lo está tomando con calma.

El carnicero sonrió sin saber lo que había dicho papá.

Melissa se abanicó con las manos, tragó saliva espesa. El bolso sobre su cadera ya no pesaba.



Mamá extendió el mantel de cuadros sobre el terreno. Para que el aire no lo moviera, sujetó las esquinas con cuatro piedras.

—¿Qué tal en el pueblo? —preguntó Iris.

Melissa se encogió de hombros mientras depositaba la cesta de picnic sobre el mantel. En el centro, Iris colocó la jarra de agua de Jamaica que acababa de preparar en la cocina. Rodajas verdes de limón flotaban sobre los hielos, gotas de condensación perlaban el cristal.

—¿Y las niñas? —preguntó mientras repartía los seis vasos.

—Ahora vienen —dijo mamá—, están muy emocionadas.

Melissa miró hacia el porche. A esa hora de la tarde, la fachada adquiriría la misma tonalidad morada que el resto del terreno. Las sombras alargadas de los cactus pintaban líneas oscuras en la casa, que parecía camuflarse entre las rocas y desaparecer, como si no existiera.

Mamá tomó aire con los brazos extendidos hacia el cielo.

—Qué tarde tan preciosa, qué bien huele.

—No será por las flores. —Iris señaló los brazos de los cactus, en los que no quedaba ni rastro de los ramos de flores blancas que los habían adornado durante las últimas semanas—. ¿Las

han arrancado todas o qué?

Mamá sonrió con un lado de la boca nada más.

—No te creo. —Iris ahogó una risa.

—Venga, sentaos.

Mamá las cogió de las manos invitándolas a tomar asiento en el mantel.

—Sois tan bonitas... —les dijo.

Después sacudió su pelo hacia atrás, volvió a suspirar.

—¿Habéis visto los colores de las piedras? —Miró al paisaje con

los párpados entornados, como si la belleza que veía a su alrededor fuera tan intensa que la cegara.

La puerta mosquitera golpeó la pared al abrirse, papá la había arreglado unos días después de lo de Rick. Dahlia y Daisy

aparecieron en el porche. Vistas desde la distancia, a Melissa le parecieron dos nubes blancas que flotaran sobre el terreno,

acercándose a ellas.

—¿Qué llevan puesto?

Como única respuesta, mamá le enseñó su mano izquierda, las yemas de los dedos cubiertas de pinchazos. Iris se puso de rodillas para ver mejor.

—No puede ser.

—¿Qué es?

Mamá sonrió.

—No sabéis el trabajo que me ha costado.

Las gemelas alcanzaron la zona de picnic. Melissa dejó escapar un suspiro de asombro, Iris se llevó las manos a la boca.

—Estáis preciosas...

Daisy cogió una mano de Dahlia para que girara sobre sí

misma, mostrando a sus hermanas el vestido que llevaba. Las

flores cubrían los tirantes de la prenda, el pecho, la espalda, la falda. Después Daisy se detuvo e hizo lo mismo con su hermana,

que también lucía un vestido de flores dando vueltas entre

piropos de las demás. Las niñas agradecieron tanta adulación con

una reverencia.

—Y éstos son para vosotras.

De sus cuellos sacaron collares de flores para todas. Daisy le

puso uno a Melissa, Dahlia se lo puso a Iris. Entre las dos

entregaron el más frondoso a mamá.

—Eres la mejor madre del mundo —dijeron a la vez.

—Gracias, hijas. —Mamá olió las flores en los hombros de las niñas.

Dahlia sacó un último collar.

Lo dejó en un lado del mantel, donde se habría sentado

Edelweiss.

Melissa vio cómo brillaban los ojos de mamá.

—¿Y papá? —preguntó Iris.

—Papá también tiene una sorpresa. —El brillo en su mirada se intensificó—. Os va a gustar mucho.

Señaló el porche, a donde él salía en ese momento. Las gemelas

dieron saltos de alegría cuando vieron lo que traía. Después se sentaron en el mantel junto a las demás. Iris se enganchó a un brazo de mamá. Melissa, al otro. Las cinco se acomodaron en un

semicírculo mientras papá las alcanzaba. Cuando llegó, se quedó de pie frente a ellas, sin pisar el mantel.

—Qué bien, papá... —dijo Iris—, por fin.

Él se aclaró la garganta. Sus sienes se llenaron de arrugas cuando sonrió.

—Allá voy —dijo—, espero que os guste.

El primer acorde que tocó en la guitarra revivió en Melissa

tantos recuerdos de Edelweiss que pudo verla sentada junto a

ellas, luciendo el collar de flores que Dahlia había dejado en su sitio.

— *I want to live with you among the flowers* — cantó papá, sus dedos tan certeros sobre las cuerdas como si no llevara más de un

año sin tocarlas—, *with them and me you'll never be alone...*

Las gemelas se levantaron. Bailaron la música que tocaba papá

igual que bailaban la que salía del tocadiscos en el salón. Melissa

sonrió al ver los dos remolinos de blanca felicidad girando entre las rocas, sus vestidos despidiendo el olor dulzón de las flores en

el crepúsculo del desierto. Después se fijó en Iris. Escuchaba

cantar a papá con la boca abierta, tarareando mientras soñaba

con algún nuevo romance en el que un chico le demostrara su amor ofreciéndole un ramo de flores. Mamá intercambió una mirada con papá, el hombre que le había regalado a ella el ramo más bonito que ha existido nunca, uno formado por cinco hijas con nombres de flor. Melissa sonrió también a la imagen flotante de Edelweiss, compartiendo con ella un pensamiento afectuoso sobre Rick y su madre. Después, cerró los ojos. Olió las flores, el limón en la bebida. Sin palabras, pidió disculpas a la familia por su visita secreta a la oficina postal. Hasta que encontraran la casa entre los cactus, Melissa aún podría disfrutar de la voz de papá, de las risas de las gemelas, del suave tarareo de Iris. Acarició la mano de mamá, sintiéndose orgullosa de ser su hija. Antes de que todo cambiara, deseó que la vida fuera como un dibujo en el que su familia pudiera ser feliz para siempre.

Nevada

Desde la cocina, mientras preparaba el desayuno del niño, vio levantada la tapa del buzón, en la calle. Un sobre más grande de lo habitual, o un paquete, habría impedido al cartero volver a cerrarlo. Derramó el zumo de naranja que vertía en un vaso.

—¿Estás bien?

Su marido extendía mantequilla de cacahuete en una rebanada de pan, la corbata echada hacia atrás, sobre un hombro, para reducir el riesgo de manchas. Era muy cuidadoso con los trajes del trabajo. Ella salió de casa sin responder. Había algo en ese envío anómalo que la inquietaba, no sabía por qué sonreía. Al

sacar el paquete, otras cartas cayeron al suelo, se mojaron en el césped recién regado. Lo inspeccionó ahí mismo, de pie junto al buzón. No encontró las señas de quién lo enviaba, ni siquiera la dirección de ellos estaba completa. Trató de rasgar el sobre

rompiéndolo por la mitad, pero el temblor de sus dedos se lo impidió. Gritó el nombre de su marido. Él salió corriendo a buscarla, las suelas de sus zapatos sonaron al acercarse.

—¿Qué es?

—Ábrelo, tenemos que abrirlo.

—¿Quién lo envía?

—Ábrelo, por favor...

Unos nervios dolorosos retorcían su estómago, su voz sonó a lamento, pero tenía las manos recogidas a la altura del pecho, como si esperara una buena noticia. Su marido rasgó un borde del sobre amarillo, arrugó la barbilla al asomarse a su interior.

—¿Qué es?

Dejó que fuera ella quien lo sacara. Era un papel enrollado, en forma de tubo. Despegó con la uña el trozo de cinta adhesiva que lo mantenía sujeto. Una explosión de color apareció entre sus manos al desplegar el papel, cuando el sol iluminó la superficie cubierta con pequeñas cuentas de plástico. Rojas, amarillas, verdes, naranjas azules. Escribían una palabra:

MAMÁ

Al leerla, cayó de rodillas al suelo, agarrada al poste del buzón.

Su marido se situó a su lado, manchando de césped, de tierra

húmeda, el pantalón de su traje. Fue él quien dio la vuelta al papel.

Las gemelas han hecho este cuadro, coloreando con cuentas las letras que yo les dibujé. Me gusta mucho tenerlas como hermanas. Ellas están bien, les gusta hacer todo juntas. Incluso hablan a la vez. Son muy felices.

MELISSA

La mujer acercó la obra de arte a su cara como si pudiera ver a

sus hijas reflejadas en esas cuentas con las que habían decorado

la palabra que nunca las escuchó pronunciar.

—¿Mamá? —preguntó el niño desde la entrada—. ¿Qué pasa?

Ella miró a su hijo con una sonrisa, se dejó abrazar por su

marido. Ambos se desplomaron sobre la hierba sin importarles

que estuviera mojada. Rieron como hacía seis años que no lo

hacían, se besaron como pensaron que no volverían a besarse. El

niño saltó sobre ellos, se unió a la celebración de sus padres. Ni siquiera se levantaron cuando llegó el autobús escolar.

Texas

Los nudillos del cartero repitieron la secuencia de golpes con la que avisaba de que la correspondencia del día no cabía por la

ranura en la puerta. Ella esperó unos minutos antes de atender la

llamada. Prefería no tener que saludarlo, ni escuchar sus

comentarios sobre lo triste que le resultaba ver tan seco un jardín

que antes de lo ocurrido se llenaba de flores cada primavera. El paquete se desplomó hacia dentro cuando abrió la puerta. Lo

recogió sin mirar a la tierra yerma frente a la casa, obligándose a

no recordar tiempos felices en los que cuidó de aquel jardín

imaginando cómo su hija perseguiría las mariposas que

revoloteaban entre las flores.

Regresó al salón balanceando el paquete para comprobar su

peso, intentando adivinar lo que contenía. Esos envíos que

llegaban sin remitente ni dirección exacta solían provenir de gente

que había leído sobre ella en los periódicos, que habían apuntado

su nombre, el del pueblo, y habían sentido la necesidad de

escribirle. Eran mensajes de ánimo que de verdad ayudaban, pero

llegaron sobre todo durante los primeros años, hacía tiempo que

nadie enviaba nada.

Se sentó en la butaca junto a la mesilla, donde había dejado su

segunda taza de té de la mañana. Con el paquete sobre las

rodillas, le dio un sorbo, seguía tan caliente que el vapor le humedeció las pestañas. Pellizcó una esquina del sobre para

abrirlo sin que se rompiera, como le había enseñado a hacer su madre. Al levantar la solapa, vio el borde superior de un libro.

Lo sacó con el ceño fruncido.

Lo apoyó en sus piernas.

De la mesilla, cogió unas gafas para ver de cerca. Su vista se había cansado antes de tiempo, ella decía que sus ojos se habían

estropeado de tanto llorar. Se las puso y leyó la portada:

—«Orgullo y prejuicio».

Como hacía con cualquier libro, acercó el borde a su nariz para respirar el olor del papel. Entre los aromas de tinta y polvo, descubrió otro. Una nota dulce que, sin que pudiera entender por

qué, llenó de lágrimas sus ojos rotos. Era algo que podía ocurrir en cualquier momento, desde hacía años, echarse a llorar sin

motivo aparente. Abrió la cubierta. En la primera página encontró

una dedicatoria:

Este libro huele a su hija. Ha pasado horas con él. Le encanta leer y puede hacerlo durante un día entero. Le gustan especialmente las historias románticas. A veces parece que estuviera en las nubes, pero es una chica muy inteligente. Tiene dieciséis años, es una hermana maravillosa y ha sido feliz todo este tiempo. Muy feliz.

MELISSA

La mujer cerró el libro antes de que las lágrimas que caían

sobre el papel emborronaran más la tinta. Olió las páginas con un

profundo suspiro que llenó sus pulmones como no se habían

llenado desde que olió la cabecita de su bebé el último día que la

tuvo entre sus brazos. Con los ojos cerrados, aspiró el aroma

impregnado en esas páginas. Nada más abrirlos, examinó una

esquina del sobre, tratando de descifrar, en la tinta borrosa del sello, el nombre de la ciudad desde la que había sido enviado el paquete. A través de la ventana, vio una mariposa revoloteando en

el jardín.

Colorado

En el sobre que llegó a la oficina postal tan sólo aparecía un nombre propio, sin más dirección que la localidad y el estado,

pero todos en el pueblo conocían a la mujer a la que iba dirigido.

El cartero que lo llevó a su buzón era el mismo que había cubierto

esa calle durante dos décadas, antes incluso de que se produjera

la desaparición. Cuando ella lo oyó marchar, interrumpió la carta

que estaba escribiendo y salió a recoger el envío. Se sentó con el

sobre en el columpio del porche, a la sombra de los olmos que flanqueaban la fachada delantera y envuelta en el aroma que

desprendían las rosas calentadas al sol. Retiró del cojín una de las canas que poblaban su rubia melena, mucho más blanca de lo

que correspondería a su edad. Ahora el pelo también había

empezado a caérsele. Antes de abrirlo, palpó la desconocida

caligrafía infantil que escribía su nombre.

Del interior del sobre extrajo dos hojas de papel duro que

identificó como pertenecientes a un cuaderno de dibujo.

Entrecerró los ojos al descubrir en la primera hoja un retrato de sí

misma, hecho a lápiz. Incapaz de imaginar quién podía haberlo

enviado, valoró que hubiera sido algún amigo de su pasado, algún

conocido enamorado en secreto que la hubiera dibujado de

memoria años después, tal como la recordaba cuando era joven.

Entonces miró la segunda hoja. Un retrato de su hijo, tan guapo, durmiendo en una cama que ella no conocía.

—Rick —susurró con una mano en el pecho—, te estaba escribiendo, ¿dónde estás?

Al escuchar su propia voz, una idea imposible prendió en su mente. Volvió a mirar a la mujer en el primer dibujo. Hipnotizada por aquel reflejo a lápiz de sí misma, retrocedió en el tiempo con cada parpadeo hasta reconocer en el retrato la carita del bebé que había besado todas las mañanas en la única fotografía que conservaba de su hija.

—¿Elizabeth?

Hacía mucho que no pronunciaba su nombre en alto.

—Eli...

El resto de las sílabas quedaron reducidas a lágrimas que se tragó. El mundo entero le supo a sal. Examinó ambos retratos buscando alguna firma. Dio la vuelta al de Rick. Luego al de Elizabeth. Se secó los ojos para leer un texto escrito en la misma caligrafía que encabezaba el sobre:

Rick encontró a su hermana. Ahora descansan juntos en el paisaje más hermoso que existe. Ella vivió una vida feliz en una familia que la quiso muchísimo, fue la mejor hermana que pude tener. La echo de menos todos los días y pienso en ella cada vez que escucho una guitarra. Tenía una voz preciosa y siempre olía a miel.

Rick me dijo que era igual que su madre, igual que usted. Espero que mi dibujo le sirva para comprobarlo. Siento mucho lo que ha ocurrido, ojalá pudiera hacer algo para cambiarlo. Espero que podamos conocernos algún día, me encantaría contarle muchas cosas sobre ella.

MELISSA





Paul Pen (Madrid, 1979) es escritor, autor de *El aviso* y *El brillo de las luciérnagas*. La traducción al inglés de su segunda obra, *The Light of the Fireflies*, se alzó a la tercera posición de los libros más vendidos en Amazon USA, superando las cien mil copias. La

novela será llevada al cine por Morena Films, que también se

encarga de la adaptación de *El aviso*. Tras la publicación de *Trece*

[historias, una impactante colección de relatos cortos y Otel- La sangre](#)

[del muerto, bajo el sello digital Flash relatos, La casa entre los cactus](#)

confirma a Paul Pen como uno de los mejores autores de

suspense en el panorama español.

La escritura de Paul Pen es una potente experiencia para la

mente, el corazón y los nervios. Es igualmente capaz de impactar

y emocionar, de horrorizar y conmover, combinando a la

perfección la luz y la oscuridad, el amor y el terror. Su estilo certero, sencillo pero profundo, con ecos de Dahl, de King o de Hitchcock, atrae tanto a seguidores casuales amantes de los

superventas, como a los más oscuros y sofisticados lectores.

www.facebook.com/mrpaulpen

[@ PaulPen](#)

www.paulpen.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2017

© 2017, Paul Pen

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Fotografía de portada: © Davide Nadalin

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01952-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Document Outline

- [La casa entre los cactus](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Nevada](#)
- [Texas](#)
- [Colorado](#)
- [Sobre Paul Pen](#)
- [Créditos](#)